

Autora de *best sellers* de *The New York Times*

Tiá

PENELOPE DOUGLAS

NEW ADULT

Libros de
seda
FALL AWAY

TABLE OF CONTENTS

[Biografía de la autora](#)

[Resumen](#)

[Créditos](#)

[Título](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

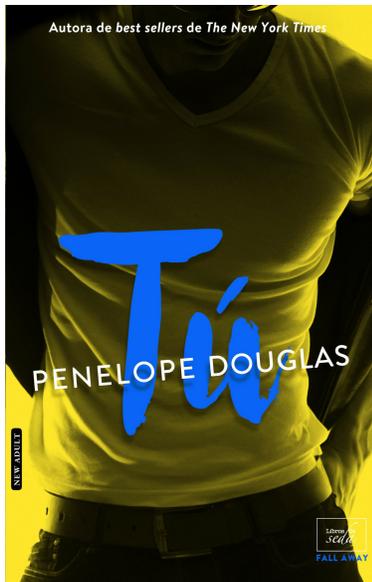
[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[BULLY](#)
[RIVAL](#)



© Privado

Penelope Douglas es autora de best sellers de *The New York Times*. Ha escrito la serie *Fall Away* (*Bully*, *Tú* y *Rival*, entre otros) y la novela *Misconduct*. Nacida en Dubuque, Iowa, es graduada en Administración Pública y máster en Ciencias de la Educación por la Universidad de Loyola en Nueva Orleans. Vive en Las Vegas con su marido y su hija.



¿Has estado alguna vez tan enfadado que eso de ponerte a golpear las cosas te relajaba? ¿O tan ciego que te creías que eras más cuando no lo eras? En los últimos años yo me he sentido así. Viajando entre la furia y la indiferencia sin paradas intermedias.

Hay quienes me odian por eso y a los demás les doy miedo por el mismo motivo. Ya nadie puede herirme, nada me importa, nadie me importa.

Salvo Tatum. La quiero tanto que la odio. Hubo un tiempo en que éramos amigos, pero me di cuenta de que no podía confiar ni en ella ni en nadie.

Así que le hice daño. La aparté de mí. Pero sigo necesiéndola. Cuando la veo me centro y lanzo todo el odio que siento sobre ella. Me gusta meterme con ella, retarla, acosarla... lo necesito como el comer, como el aire, como si eso fuera la última parte de mí que hace que siga sintiéndome humano.

Hasta que un día se fue. Se fue a Francia durante un año, y cuando volvió ya no era la misma.

No, ahora, si le doy, me la devuelve.

Tía

Tú. Libro 1.5 de la serie *Fall Away*.
Título original: *Until You*
Copyright © Penelope Douglas, 2014
© de la traducción: Natalia Navarro Díaz
© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Conversión en epub: Books and Chips
Imágenes de cubierta: © GlebSStock/Shutterstock
Primera edición digital: mayo de 2018
ISBN: 978-84-16973-17-0

Hecho en España - *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Tiú

PENELOPE DOUGLAS

Llibres de
sedda

NOTA DE LA AUTORA

No tenía pensado escribir este libro.

Cuando se publicó *Bully*, me di cuenta de que la historia de Jared era igual de importante que la de Tate y, seré sincera, los lectores alzaron la voz para poder leer el punto de vista de él. Querían conocer su versión de la historia.

Estoy eternamente agradecida por ello. Me ha encantado escribir este libro y ser testigo de cómo evoluciona Jared.

Aunque esta novela se puede leer de forma independiente, no lo recomiendo. Descubrir primero el punto de vista de Tate en *Bully* hará que disfrutes más y que te entren ganas de conocer el de Jared.

Dicho esto, si ya has leído *Bully*, me gustaría tranquilizarte. Las novelas con distintos puntos de vista son engañosas y a nadie le gusta que le mientan para que compre la misma historia dos veces.

He trabajado duro para ofrecerte algo distinto.

Esto no es una versión de *Bully*.

Esta es la historia de Jared.

La música me ayuda a desarrollar a mis personajes. Jared es una persona agresiva y peligrosa; lo querrás o lo odiarás. Esta es su lista de canciones:

Criticize, de Adelitas Way

Coming Down, de Five Finger Death Punch

Adrenalize, de In This Moment

Cold, de Crossfade

Love-Hate-Sex-Pain, de Godsmack

Heaven nor Hell, de Volbeat

I Don't Care, de Apocalyptica

Wicked Game, de Chris Isaak

Tears Don't Fall, de Bullet for My Valentine

Bottom of a Bottle, de Smile Empty Soul

Crazy Bitch, de Buckcherry

Girl from the North Country, de Lions

Pain, de Three Days Grace

I Stand Alone, de Godsmack

(You Gotta) Fight for Your Right (to Party), de Beastie Boys

Dearest Helpless, de Silverchair

Raise the Dead, de Rachel Rabin

Esta novela está dedicada exclusivamente a los lectores. Gracias por creer en Jared y por pedir este libro.

PRÓLOGO

«Me llamo Jared. Me llamo Jared. Me llamo Jared».

Me lo repetí una y otra vez para que el corazón dejara de latirme tan rápido. Estaba deseando ir a conocer a nuestros vecinos nuevos, pero me moría de nervios.

Ahora vivía una niña en la casa de al lado, probablemente de unos diez años, como yo, y sonreí al ver que llevaba una gorra de béisbol y deportivas. Las demás niñas del vecindario no vestían así, y esta, además, era guapa.

Me apoyé en el alféizar de la ventana y observé la casa de al lado, que había cobrado vida con música y luces. Hacía mucho que nadie vivía ahí, e incluso cuando así era, se trataba de gente mayor.

Entre las dos casas se alzaba un árbol muy grande, pero podía verla a través de las hojas verdes.

—Hola, cielo.

Volví la cabeza y me encontré a mi madre apostada en el marco de la puerta. Estaba sonriendo, pero tenía los ojos vidriosos y la ropa arrugada.

Otra vez se encontraba mal. Le pasaba cada vez que bebía.

—He visto que tenemos vecinos nuevos —continuó—. ¿Has hablado con ellos?

—No. —Sacudí la cabeza y volví a mirar por la ventana con la esperanza de que se marchara—. Tienen una niña. No hay niños.

—¿Y no puedes hacerte amigo de una niña? —Se le rompió la voz y la oí tragar saliva. Sabía qué venía ahora y se me revolvió el estómago.

—No.

No me gustaba hablar con mi madre. En realidad, no sabía hablar con ella. Pasaba mucho tiempo a solas y ella me ponía de los nervios.

—Jared... —comenzó, pero no continuó. Un momento después, la oí salir y cerrar una puerta en la planta de abajo. Probablemente hubiera ido al baño a vomitar.

Mi madre bebía mucho alcohol, sobre todo los fines de semana. De

pronto pensé que no quería conocer a la chica rubia de la casa de al lado.

¿Qué más daba que pareciera simpática y le gustara montar en bici?

¿O que sonara Alice in Chains en su habitación? O donde yo pensaba que estaba su habitación, pues tenía las cortinas corridas.

Cuadré los hombros dispuesto a olvidarme de todo e ir a comer algo. Probablemente mi madre no preparara nada esta noche.

Pero entonces vi que se descorrían las cortinas y me detuve.

Allí estaba ella. «¡Es su habitación!» Y, por alguna razón, sonreí. Me gustaba que nuestras habitaciones estuvieran una enfrente de la otra.

Entrecerré los ojos para verla mejor cuando abrió la ventana, pero a continuación los abrí mucho al ver lo que estaba haciendo.

«¿Qué hace? ¿Está loca?»

Abrí la ventana de mi cuarto y la miré.

—¡Eh —le grité—. ¿Qué estás haciendo?

Levantó la cabeza y me quedé sin aliento al verla tambalearse en la rama en la que intentaba mantener el equilibrio. Agitó los brazos y salió de inmediato por la ventana para subirme a mi lado del árbol e ir a ayudarla.

—¡Cuidado! —grité cuando se agachó y se agarró a la rama gruesa con las manos.

Me deslicé poco a poco por el árbol agarrado a una rama que tenía junto a la cabeza.

«Menuda niña tonta, ¿qué hace?»

Tenía los ojos azules muy abiertos y estaba a cuatro patas sobre el árbol que se movía bajo su peso.

—No puedes trepar a los árboles tú sola —espeté—. Casi te caes. Ven. —Me incliné para tomarla de la mano.

Los dedos me empezaron a hormigear, como cuando se te queda dormida una parte del cuerpo.

La niña se puso de pie con piernas temblorosas y nos dirigimos hacia el tronco ayudados por una rama que estaba sobre nuestras cabezas.

—¿Por qué has venido? —se quejó detrás de mí—. Sé trepar a los árboles. Me has asustado y por eso casi me caigo.

La miré y me senté en la parte central del árbol, más gruesa.

—Ya, claro. —Me limpié las manos en los pantalones cortos de color caqui.

Me quedé mirando nuestra calle, Fall Away Lane, pero fui incapaz de quitarme de la cabeza la sensación de haberla tocado. El hormigero se extendió por el brazo y por todo el cuerpo.

Ella se quedó allí de pie, posiblemente enfadada, pero unos segundos después se sentó a mi lado. Nuestras piernas colgaban juntas de la rama.

—Y bien —comentó, señalando mi casa—, ¿vives ahí?

—Sí, con mi madre —respondí y la miré justo en el momento en que

ella bajaba la mirada. Empezó a jugar con los dedos.

Durante unos segundos me pareció triste, y entonces frunció el ceño y pareció a punto de ponerse a llorar.

«¿Qué había dicho?»

Seguía vestida con la misma ropa con la que la había visto antes, cuando estaba descargando el camión de mudanza con su padre. Llevaba el pelo suelto y, aparte de por un poco de tierra en los pantalones, parecía limpia.

Nos quedamos ahí sentados un minuto, mirando la calle y oyendo cómo el viento hacía crujir las hojas que nos rodeaban. A mi lado parecía muy pequeña, como si en cualquier momento fuera a caerse de la rama, incapaz de sostenerse sobre ella. Tenía los labios curvados hacia abajo por las esquinas y no sabía por qué estaba tan triste, lo único que sabía era que no quería irme a ninguna parte hasta que no se sintiera mejor.

—He visto a tu padre —comencé—. ¿Dónde está tu madre?

Empezó a temblarle el labio inferior y me miró.

—Murió en primavera. —Tenía los ojos llenos de lágrimas. Inspiró profundamente, como si intentara mostrarse dura.

Nunca había conocido a un niño cuyo padre o madre estuvieran muertos y de pronto me sentí mal por no querer a mi madre.

—Yo no tengo padre —le dije en un intento de hacer que se sintiera mejor—. Se marchó cuando yo era un bebé y mi madre dice que no es un buen hombre. Al menos tu madre no quería abandonarte, ¿verdad?

Sabía que parecía una bobada, no quería que sonara como si ella estuviera en mejor posición que yo. Simplemente sentí que tenía que decirle cualquier cosa para hacerla sentir mejor. Incluso abrazarla, que era lo que de verdad me apetecía hacer en ese momento. Pero no lo hice; cambié de tema.

—He visto que tu padre tiene un automóvil antiguo.

No me miró y vi que ponía los ojos en blanco.

—No es solo un automóvil antiguo, es un Chevy Nova.

Ya sabía lo que era, solo quería ver si ella lo sabía.

—Me gustan los automóviles. —Me quité las deportivas y estas cayeron al suelo; ella hizo lo mismo con las tuyas rojas. Los pies descalzos se balanceaban adelante y atrás en el aire—. Algún día competiré en el Loop.

Alzó la mirada y se volvió hacia mí.

—¿El Loop? ¿Qué es eso?

—Es una pista adonde van los mayores. Podemos ir cuando estamos en el instituto, pero tenemos que tener un automóvil. Puedes venir a animarme.

—¿Y por qué no puedo competir? —Parecía enfadada.

«¿Habla en serio?»

—No creo que permitan a las chicas competir —respondí e hice un esfuerzo por no reírme en su cara.

Entrecerró los ojos y volvió a mirar la calle.

—Tú conseguirás que me lo permitan.

Alcé las comisuras de los labios, pero reprimí una carcajada.

—Puede.

«Por supuesto».

Me tendió una mano para que le diera un apretón.

—Soy Tatum, pero todo el mundo me llama Tate. No me gusta Tatum, ¿de acuerdo?

Asentí, le agarré la mano y sentí una oleada de calor extenderse de nuevo por el brazo.

—Yo soy Jared.

CAPÍTULO 1

Seis años más tarde

La sangre me borbotea del labio inferior y cae al suelo como si fuera un chorro de pintura roja. Se me acumula en la boca antes de derramarse, pues me duele demasiado incluso como para escupir.

—Por favor, papá —le pido. La voz me tiembla por el miedo y también el cuerpo.

Mi madre tenía razón. Es un hombre malo y ojalá nunca le hubiera pedido que me dejara pasar el verano con él.

Me arrodillo en el suelo de la cocina, temblando, con las manos atadas a la espalda. La cuerda me raspa la piel.

—¿Estás suplicando, niño pequeño? —brama, y el cinturón vuelve a impactar contra mi espalda.

Cierro los ojos en un gesto de dolor cuando el fuego se expande por los omóplatos. Cierro la boca en un intento de no emitir ningún sonido y respiro por la nariz hasta que la sensación de quemazón se disipa. Noto la piel de los labios estirada e hinchada, y el sabor metálico de la sangre me llena la boca.

Tate.

Su cara aparece en mi mente y me interno en mi cabeza, donde está ella. Donde estamos juntos. El pelo del color del sol se mece en el viento mientras nos subimos a las rocas del estanque. Yo siempre voy detrás de ella por si tropieza. Su mirada de color azul tormenta me sonrío.

Pero mi padre irrumpe en el pensamiento.

—¡No supliques! ¡No te disculpes! Eso es lo que he conseguido por haber permitido que esa zorra te críe todos estos años. Un cobarde. Eso es lo que eres.

Siento un tirón en la cabeza cuando me agarra del pelo y tira para mirarme a los ojos. Se me revuelve el estómago al oler el hedor a cerveza y cigarrillos en su aliento.

—Jax por lo menos escucha —sisea y siento una sacudida en el

estómago por las náuseas— ¿Verdad, Jax? —grita por encima del hombro.

Me suelta, se dirige al congelador que hay en la esquina de la cocina y da dos puñetazos en la puerta.

—¿Sigues vivo?

Me arde la cara de dolor al intentar reprimir las lágrimas. No quiero chillar ni llorar, pero Jax, el otro hijo de mi padre, lleva en el congelador casi diez minutos. ¡Diez minutos sin hacer un solo ruido!

¿Por qué hace mi padre esto? ¿Por qué castiga a Jax si con quien está enfadado es conmigo?

Pero me quedo quieto porque así es como quiere que estén sus hijos. Si logra lo que desea, a lo mejor deja que mi hermano salga. Tiene que estar congelándose ahí dentro y no sé si tendrá suficiente aire. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una persona dentro de un congelador? A lo mejor ya está muerto.

Dios mío, ¡solo es un niño! Parpadeo para evitar que caigan las lágrimas. Por favor, por favor, por favor...

—Bueno... —Mi padre se acerca a su novia, Sherilynn, una drogadicta con el pelo alborotado, y a su amigo Gordon, una escoria asquerosa que me mira raro.

Los dos están sentados a la mesa de la cocina, disfrutando de la droga que toca hoy de menú, sin prestar atención a lo que está sucediendo con los dos niños indefensos que hay en la habitación.

—¿Qué pensáis vosotros? —Mi padre posa una mano en el hombro de cada uno de ellos—. ¿Cómo vamos a enseñar a mi hijo a convertirse en un hombre?

Me desperté y sentí un latido en el cuello y en la cabeza. Me caía una gota de sudor por el hombro y parpadeé hasta que enfoqué mi dormitorio y las paredes.

«Muy bien. —Inspiré con dificultad—. No están aquí. Solo ha sido un sueño».

Estaba en mi casa; mi padre no estaba, Gordon y Sherilynn no estaban.

«Todo va bien».

Pero siempre tenía que asegurarme de ello.

Los parpados me pesaban mucho, pero me senté y examiné rápidamente la habitación. La luz de la mañana entraba por la ventana como una ráfaga y levanté la mano para protegerme de los molestos rayos.

Todas las cosas que tenía encima de la cómoda se habían caído al suelo, aunque no era ninguna novedad que lo dejara todo hecho un desastre cuando me emborrachaba. Aparte del desorden, la habitación estaba en silencio y a salvo.

Exhalé un suspiro hondo y volví a inspirar para pausar el ritmo del

corazón mientras seguía mirando de izquierda a derecha. Hasta que no efectué un círculo completo, no me fijé en el bulto que había a mi lado bajo las sábanas. No presté atención al dolor que sentía entre los ojos por el alcohol de la noche anterior y aparté las sábanas para ver con quién había sido tan tonto —o había estado tan borracho— como para pasar la noche en mi casa.

«Estupendo».

Otra maldita rubia.

«¿En qué diablos estaba pensando?»

Las rubias no me gustaban. Todas tenían aspecto de niñas buenas. No eran exóticas ni remotamente interesantes. Demasiado puras.

Se parecían a la chica de la casa de al lado. ¿Quién quería eso?

Pero los últimos días, cuando las pesadillas habían empezado de nuevo, solo quería a rubias. Era como si tuviera una obsesión enfermiza por autodestruirme por culpa de la rubia a la que tanto me gustaba odiar.

Pero... tenía que admitir que la chica era guapa. La piel parecía suave y tenía unos buenos pechos. Creo que me había dicho algo sobre venir a pasar el verano a casa desde Purdue. No creo que le dijera que tenía dieciséis años y seguía yendo al instituto. A lo mejor se lo comentaba cuando se despertara, solo por gusto.

Eché la cabeza atrás, demasiado dolorido como para sonreír al imaginármela poniéndose de los nervios.

—¿Jared? —Mi madre llamó a la puerta y levanté la cabeza, avergonzado.

Me latía el cráneo como si alguien me hubiera estado clavando un tenedor toda la noche, y ahora mismo no quería hablar con ella. Salí de la cama y me acerqué a la puerta; la chica que tenía al lado se removió. Abrí solo un poco la puerta y, con toda la paciencia de la que pude armarme, miré a mi madre.

Llevaba unos pantalones de pijama rosas y una camiseta ajustada de manga larga, algo bonito para tratarse de un domingo, pero, de cuello para arriba, estaba hecha un desastre, como de costumbre. Tenía el pelo recogido en un moño y manchas del maquillaje del día anterior bajo los ojos.

Su resaca posiblemente fuera digna rival de la mía. La única razón por la que estaba en pie y moviéndose era porque su cuerpo estaba mucho más acostumbrado que el mío a las resacas.

No obstante, cuando estaba bien, quedaba a la vista lo joven que era en realidad. Cuando la mayoría de mis amigos la vieron por primera vez pensaron que era mi hermana.

—¿Qué quieres? —pregunté.

Me dio la sensación de que esperaba que la dejara entrar, pero eso no iba a suceder.

—Tate se va. —Lo dijo con tono suave.

El corazón empezó a martillearme en el pecho.

«¿Hoy?»

Y, de repente, fue como si una mano me abriera el vientre y me encogí de dolor. No sabía si era por la resaca o por el recordatorio de que se marchaba, pero apreté los dientes para tragar la bilis.

—¿Y? —murmuré, exagerando la falta de interés.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—He pensado que querrías mover el trasero para despedirte. Va a estar fuera todo un año, Jared. Antes erais amigos.

«Sí, hasta hace dos años...». El verano anterior al primer curso de instituto fui a visitar a mi padre y, al regresar a casa, me di cuenta de que estaba totalmente solo. Mi madre era débil, mi padre era un monstruo, y Tate no era mi amiga.

Sacudí la cabeza y le cerré la puerta en la cara a mi madre.

Ya, claro, como si fuera a salir ahí a despedirme de Tate con un abrazo. No me importaba y me alegraba poder deshacerme de ella.

Pero tenía un nudo en la garganta que no me dejaba tragar saliva.

Me apoyé en la puerta y sentí el peso de mil ladrillos sobre los hombros. Se me había olvidado que se iba hoy, llevaba sin parar de beber desde la fiesta de los Beckman hacía dos días.

«Mierda».

Oí las puertas del automóvil cerrarse en la calle y me convencí a mí mismo de quedarme donde estaba. No necesitaba verla.

Que se fuera a estudiar al extranjero, a Francia... Su partida era lo mejor que podía pasarme.

—¡Jared! —Me tensé cuando mi madre me llamó desde la planta de abajo—. El perro se ha escapado, ve a buscarlo.

«Estupendo».

Seguro que había sido ella la que había dejado salir al maldito animal. Y seguro que por la puerta delantera. Fruncí el ceño con tanta fuerza que hasta me dolió.

Me puse los *jeans* de la noche anterior, abrí la puerta sin importarme que la chica de Purdue se despertara, y bajé las escaleras de mala gana.

Mi madre me esperaba junto a la puerta abierta, con la correa en la mano y sonriendo como si se creyera muy inteligente. Le quité la correa, salí fuera y me dirigí al patio de la casa de Tate.

Madman también era su perro y seguro que no había ido a otra parte.

—¿Has venido a despedirte de mí? —Tate estaba de rodillas en el patio, al lado del Bronco de su padre, y me detuve de golpe al oír la risa incontrolable de felicidad. Sonreía como si fuera la mañana de Navidad y tenía los ojos cerrados mientras *Madman* le acariciaba el cuello con el hocico.

La piel clara resplandecía bajo el sol de la mañana y tenía los labios carnosos y rosados separados, mostrando una preciosa hilera de dientes blancos.

El perro también estaba feliz, movía la cola con insistencia, y me sentí como un intruso.

Eran una pareja, los dos se querían, y sentí mariposas en el estómago.

«Maldita sea», gruñí entre dientes. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba siempre hacerme sentir feliz al verla a ella feliz? Parpadeé con fuerza.

Tate continuó hablando con el perro.

—Oh, ¡yo también te quiero! —Parecía como si hablara con un niño, era todo dulzura mientras *Madman* seguía removiéndose y lamiéndole la cara.

No debería de quererla tanto, ¿qué había hecho ella por él los últimos dos años?

—*Madman*, ven —lo llamé, aunque en realidad no estaba enfadado con el animal.

Los ojos de Tate se posaron en mí y se puso en pie.

—¿Ahora también te comportas como un capullo con el perro? —Frunció el ceño y en ese momento me di cuenta de lo que llevaba puesto.

La camiseta de Nine Inch Nails que le regalé cuando teníamos catorce años. Por alguna razón desconocida, el pecho se me hinchó. Se me había olvidado que la tenía.

Bueno, en realidad no. Supongo que no había caído en que aún la conservaba. Probablemente ni siquiera recordase que se la había regalado yo.

Me agaché para enganchar a *Madman* la correa y alcé ligeramente la comisura de los labios.

—¿Estás hablando, Tatum?

No la llamé Tate. Odiaba Tatum y por eso la llamé así. Compuse una expresión aburrida y altiva.

«Sería más feliz sin ella cerca», pensé. No significaba nada para mí. Pero de nuevo oí una vocecilla en un rincón de la cabeza: «Ella lo significaba todo».

Sacudió la cabeza y cuando se dio la vuelta para alejarse, el dolor en su mirada era evidente.

No iba a defenderse. Hoy no. La fiesta del viernes por la noche, en la que la había humillado y ella le había pegado un puñetazo a mi amigo Madoc en la cara, había sido probablemente un hecho aislado.

—¿Eso es lo que te pones para subirte al avión? —le pregunté con desdén.

Debería de haberme limitado a marcharme, pero, maldita sea, no podía parar de enfrentarme a ella. Era una adicción.

Se volvió hacia mí, con los puños apretados.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque parece un poco desaliñado, solo eso. —Menuda mentira más descarada.

La camiseta negra estaba desgastada, pero se le ajustaba al cuerpo como si la hubieran fabricado para ella, y los *jeans* oscuros le marcaban el trasero, dejándome muy claro el aspecto que tendría desnuda. Con el pelo largo y brillante y la piel perfecta, parecía fuego y azúcar, y yo quería endulzarme y quemarme al mismo tiempo.

Tatum era sexi, pero ella no lo sabía. Y, rubia o no, era mi tipo.

—No te preocupes —continué—. Lo entiendo.

Entornó los ojos.

—¿Qué es lo que entiendes?

Me incliné y esboqué una sonrisa burlona.

—Te encanta ponerte mi ropa.

Abrió mucho los ojos y su piel sonrosada no dejó lugar a dudas de que estaba disgustada. La rabia se reflejaba en la dureza de su expresión.

Sonreí para mis adentros porque eso me encantaba.

No obstante, no salió corriendo.

—Espera. —Levantó el dedo índice y se volvió para dirigirse a la camioneta.

Rebuscó bajo el asiento delantero, entre los utensilios de emergencias que su padre guardaba ahí, alcanzó algo y cerró la puerta del vehículo. Cuando regresó resoplando, vi que tenía un mechero en la mano.

Antes de darme cuenta siquiera de lo que estaba sucediendo, se quitó la camiseta y dejó a la vista su pecho perfecto con un sujetador deportivo condenadamente sexi.

El corazón estuvo a punto de salirseme del pecho por el maldito retumbar.

«Joder».

Observé, sin respirar, cómo alzaba la camiseta, encendía el mechero y acercaba la tela a la llama, reduciéndola a cenizas.

«¡Joder!» ¿Qué narices le pasaba de repente? La miré y el tiempo se detuvo mientras nos mirábamos, olvidando la tela en llamas que nos separaba. El pelo danzaba alrededor de su cuerpo y los ojos furiosos me perforaron la piel, el cerebro, y anularon mi capacidad para moverme o hablar.

Le temblaban un poco los brazos y su respiración, aunque firme, era profunda. Estaba nerviosa.

«Conque lo de romperle la nariz a Madoc la otra noche no fue un accidente». Estaba contraatacando.

Había pasado los últimos dos años haciéndole la vida imposible en el instituto. Contando mentiras, saboteando unas cuantas citas, y todo por diversión. Molestar a Tate, convertirla en una marginada en el instituto,

hacía que mi mundo funcionara, pero nunca se había defendido. Hasta ahora. A lo mejor pensaba que como se iba de la ciudad podía arriesgarse.

Apreté los puños con energías renovadas y de pronto me quedé paralizado al darme cuenta de lo mucho que echaba esto de menos. No odiarla ni molestarla.

La echaba de menos a ella.

Al llegar a esa conclusión, apreté la mandíbula con tanta fuerza que me dolió.

«Maldita sea».

Ella seguía perteneciéndome.

—¡Tatum Nicole! —gritó su padre desde el porche y ambos regresamos a la realidad. Este se acercó corriendo y le quitó la camiseta de la mano para arrojarla después al suelo.

No aparté la mirada de la suya, pero el trance se había roto y al fin fui capaz de respirar.

—Nos vemos dentro de un año, Tatum —concluí con la esperanza de que sonara a amenaza.

Ella alzó la barbilla y se limitó a fulminarme con la mirada cuando su padre le pidió que entrara a ponerse una camiseta.

Volví a casa con *Madman* a mi lado y me limpié el sudor frío de la frente.

«Maldita sea». Aspiré una bocanada de aire como si no hubiera un mañana.

¿Por qué no podía quitármela de la cabeza? Sus jueguitos de pirotecnia no iban a servirme de ayuda para apartarla de mis pensamientos. Esa imagen iba a permanecer en mi cabeza para siempre.

El miedo enraizó en mi cerebro cuando me di cuenta de que se iba de verdad. Ya no iba a poder ejercer ningún tipo de control sobre ella. Viviría cada día sin pensar en mí, tendría citas con cualquier capullo que mostrara interés por ella y, aun peor, no la vería ni escucharía su voz. Iba a vivir una vida sin mí y eso me asustaba.

De repente, todo me parecía fuera de lugar e incómodo. Mi casa, el vecindario, la idea de regresar a clase una semana después.

—Mierda —gruñí entre dientes.

Esto tenía que acabar. Necesitaba una distracción. Muchas distracciones.

Una vez dentro, dejé libre al perro, subí las escaleras que conducían a mi habitación, y saqué el teléfono móvil del bolsillo por el camino.

Si se tratara de otra persona, Madoc no respondería tan pronto, pero con su mejor amigo tan solo tardó dos tonos.

—Estoy durmiendo —refunfuñó.

—¿Sigues interesado en organizar una fiesta en la piscina antes de que

empiecen las clases? — pregunté. Puse *Crazy Bitch*, de Buckcherry, en el iPod que tenía en la cómoda.

—¿Vamos a hablar de esto ahora? Nos queda una semana sin clases. —Sonaba como si tuviera la mitad de la cara enterrada en una almohada, pero era así como hablaba últimamente. Desde que Tate le rompió la nariz la otra noche, le costaba respirar por una de las fosas nasales.

—Hoy. Esta tarde —dije al tiempo que me acercaba a la ventana.

—¡Eh! —exclamó—. Sigo muerto después de anoche.

Yo estaba igual. Todavía me daba vueltas la cabeza por el licor en el que había tratado de ahogarme la noche anterior, pero no iba a quedarme todo el día sin hacer nada con la única compañía de mis pensamientos.

Tate se iba a Francia un año.

Tate en el patio delantero de su casa en sujetador, prendiendo la camiseta.

Me quité las imágenes de la cabeza.

—Pues vete al gimnasio y suda la resaca —le indiqué—. Necesito una distracción.

«¿Por qué acababa de decir eso?» Ahora sabría que algo iba mal y no me gustaba que la gente se enterara de mis líos.

—¿Se ha ido Tate? —me preguntó con un tono que rozaba la timidez.

Tensé los hombros, pero mantuve el tono firme mientras la veía salir de su casa con una camiseta nueva.

—¿Quién ha dicho nada de ella? ¿Te apuntas a la fiesta o no?

Se quedó en silencio unos segundos hasta que murmuró:

—Ajá. —Parecía que tuviera algo más que decir, pero tomó la sabia decisión de cerrar la puñetera boca—. De acuerdo, pero no quiero ver a la misma gente de anoche. ¿A quién vamos a invitar?

Observé cómo salía el Bronco de la entrada de la casa y a su condenada conductora rubia que ni siquiera miró atrás una sola vez. Me apreté el teléfono contra la oreja.

—A rubias. A muchas rubias.

Madoc soltó una carcajada.

—Tú odias a las rubias.

«No a todas. Solo a una».

Suspiré.

—Ahora mismo quiero ahogar las penas con ellas. —No me importaba si conectaba o no los puntos, él no iba a insistir y por eso era mi mejor amigo—. Envía los mensajes de texto y compra las bebidas. Yo me encargo de la comida. Iré en unas horas.

Me di la vuelta cuando oí un gemido procedente de la cama. La chica de Purdue —se me había olvidado su nombre— se estaba despertando.

—¿Por qué no vienes ya? Podemos ir al gimnasio y comprar las provisiones —me sugirió Madoc, pero yo tenía los ojos fijos en la espalda desnuda de la chica que había en mi cama. Al moverse, la manta se le había bajado hasta la parte alta del trasero y tenía la cara vuelta hacia el otro lado. Lo único que veía era piel y el pelo del color del sol.

Colgué el teléfono a Madoc porque, en ese preciso instante, el único lugar en el que quería estar era mi cama.

CAPÍTULO 2

Las siguientes semanas fueron como bucear por cuevas con un paracaídas perfecto que me negaba a utilizar. El instituto, mi madre, Jax, mis amigos... todos estaban ahí para apoyarme en ellos, pero lo único que conseguía sacarme de casa todos los días era la promesa de nuevos problemas.

Entré, iracundo y cabreado, en clase de Inglés III mientras intentaba averiguar por qué narices seguía viniendo al instituto. Este era el último lugar en el que me apetecía estar. Los pasillos estaban siempre abarrotados de gente y, aun así, parecían vacíos.

Tenía un aspecto de mierda. El ojo izquierdo estaba morado y un corte de una pelea que ni recordaba me atravesaba la nariz. Además, me había arrancado las mangas de la camiseta esta mañana porque no podía respirar.

No sabía por qué lo había hecho, pero en ese momento tenía sentido para mí.

—Señor Trent, no se siente —me dijo la señora Penley cuando entré tarde en clase. Todos estaban ya sentados y yo me detuve y la miré.

Me gustaba Penley casi lo mismo que me gustaba cualquier otra persona, pero no pude ocultar el aburrimiento que estaba seguro de que empañaba mi rostro.

—¿Disculpe? —pregunté al verla garabatear algo en una hoja rosa.

Exhalé un suspiro a sabiendas de lo que significaba ese color. La profesora me tendió el papel.

—Ya me has oído. Ve al despacho del secretario —me ordenó e introdujo el bolígrafo en el recogido alto que llevaba.

Me erguí al comprender que este perro ladrador sí que me había mordido.

Llegar tarde, hacer novillos se había vuelto un hábito, y Penley se había hartado. Aunque habían tardado bastante, la mayoría de los

profesores me habían echado de clase en la primera semana.

Sonreí y me invadió una sensación de euforia ante la posibilidad de provocar un tumulto.

—¿No hay un «por favor» en esa pregunta? —me burlé y agarré el papel.

Unas risas silenciosas y resoplidos estallaron en la clase, y Penley entornó los ojos marrones oscuros en mi dirección.

Pero no titubeé, eso tenía que reconocérselo.

Me di la vuelta, tiré la hoja rosa a la basura y abrí la puerta de madera sin preocuparme por cerrarla al salir.

Oí unos gemidos y susurros, pero esto no era nuevo para mí. La mayoría de la gente me evitaba, pero mi resistencia se estaba quedando desfasada. Al menos para mí. El corazón ya no se me aceleraba cuando me comportaba como un capullo. Estaba ansioso por superarme.

—¡Señor Caruthers! —oí que exclamaba la profesora. Me di la vuelta y vi que Madoc también se iba de la clase.

—Estoy en esos días del mes, señora Penley. —Sonaba totalmente en serio—. Ahora vuelvo.

En esta ocasión, las carcajadas retumbaron con total claridad en la clase de la señora Penley.

Madoc no era como yo. Él era una persona con don de gentes. Podía servirte un montón de mierda y seguro que le pedías salsa de tomate.

—Oye —se puso a mi altura y señaló con el pulgar en la dirección contraria—, el despacho del secretario está por ahí.

Enarqué las cejas.

—Bien, bien. —Negó con la cabeza, como si quisiera apartar el lapsus que había tenido al pensar que iba a irme al despacho del secretario a perder a saber cuánto tiempo—. ¿Adónde vamos entonces?

Me saqué las llaves del bolsillo de los *jeans* y me puse las gafas de sol.

—¿Importa acaso?

—¿Y qué piensas hacer con el dinero? —preguntó mi amigo mientras se miraba el tatuaje nuevo.

Nos habíamos marchado del instituto y buscado centros de tatuadores en los que no pidieran el carné de identidad. Encontramos un lugar llamado Black Debs —«debs» como diminutivo de «debutantes»— al que no encontré ningún sentido hasta que miré a mi alrededor y me fijé en que el personal estaba formado por completo por mujeres.

Teníamos menos de dieciocho años, así que legalmente no podíamos tatuarnos sin consentimiento de nuestros padres, pero a ellas no pareció importarles.

Una chica llamada Mary acababa de terminar el «Fallen» en la espalda de Madoc, con una «e» que parecía estar en llamas. En mi opinión se

parecía más a una «o», pero no dije nada. Él no me había preguntado qué significaba mi tatuaje, así que yo no iba a abrir la caja de pandora.

—No puedo hacer mucho ahora mismo —respondí en un gruñido mientras la aguja se deslizaba por la piel que cubría una costilla—. Mi madre ha ingresado la mayor parte en una cuenta para la universidad. Será mío cuando me gradúe, pero he podido tomar una parte. Estoy pensando en comprarme un automóvil nuevo y regalarle el GT a Jax.

Mi abuelo materno había muerto el año anterior y me había dejado una porción de terreno y una cabaña cerca de Lake Geneva, en Wisconsin. La cabaña estaba destrozada y no tenía ningún valor sentimental para la familia, así que mi madre estuvo de acuerdo en vendérsela a unos constructores y guardó la mayor parte del dinero bajo llave.

En realidad me sentía orgulloso por su insistencia. No era habitual que tomara decisiones responsables de adultos. Pero no me interesaba en absoluto ir a la universidad.

No quería pensar en cómo cambiarían las cosas una vez terminara el instituto.

Me sonó el teléfono y lo silenció. Cerré los ojos mientras sonaba de fondo *Cold*, de Crossfade, y me concentré en el escozor de la aguja que me marcaba. No estaba tenso en absoluto y tampoco había pensado en nada desde que había entrado en la tienda. Sentía los brazos y las piernas ligeros, y la tonelada de problemas que cargaba sobre los hombros se había desintegrado.

Podría volverme adicto a esto.

Esbocé una sonrisa y me imaginé a mí mismo en diez años, cubierto de tatuajes simplemente porque me gustaba el dolor.

—¿Quieres echarle un vistazo? —me preguntó Aura, la tatuadora con rastas que me había tocado, cuando terminó.

Me puse en pie y me acerqué al espejo de pared. Miré las palabras que tenía en el torso.

«El ayer dura para siempre. El mañana nunca llega».

Las palabras habían surgido de alguna parte de mi cabeza, pero me parecían idóneas. La fuente era lo bastante ilegible como para que no se leyeran con facilidad, justo lo que quería. Era un tatuaje para mí, para nadie más.

Miré las gotitas de sangre que salían del final de «llega».

—No te he pedido esto —señalé, mirando a Aura por el espejo con el ceño fruncido.

Se puso unas gafas de sol y se metió un cigarrillo sin encender en la boca.

—Yo no explico mi arte, niño. —Y, sin más, se encaminó a la puerta trasera. A fumar, supuse.

Y, por primera vez en semanas, me reí.

Ama a una mujer que sea peor que tú.

Pagamos, fuimos a buscar algo de comida y volvimos a mi casa. Mi madre me había mandado un mensaje para decirme que iba a salir con unos amigos después del trabajo, por lo que sabía que tendría la casa para mí solo un rato. Cuando bebía, no regresaba hasta estar borracha.

Y para mi fastidio, me encontré un paquete de Francia en la entrada. Era para el padre de Tate, seguramente lo habrían enviado aquí por error. Mi madre había pensado que era para nosotros y lo había abierto sin querer a la hora del almuerzo. Me lo había dejado con una nota para que lo llevara a la casa de al lado.

La maldita curiosidad pudo conmigo.

Cuando Madoc entró en el garaje con la intención de que comiéramos mientras trabajábamos, aparté las tapas de la caja de cartón y de inmediato volví a cerrarla. La rabia me ardía en las venas y de repente me sentí más hambriento que nunca. No sabía lo que había en la caja, pero el olor de Tate estaba por todas partes y me estaba destrozando.

La euforia que había experimentado con el tatuaje desapareció poco a poco y una energía agresiva ocupó su lugar.

Dejé la caja en la puerta de la casa de su padre y me fui al garaje a trabajar en el automóvil y ahogar así el dolor.

—Apunta con la linterna —le pedí a Madoc.

Se acercó más al capó mientras yo intentaba aflojar las bujías del vehículo.

—Deja de forzarlas —se quejó—. Si no tienes cuidado vas a romperlas.

Paré y aferré con fuerza la llave inglesa. Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Te crees que no lo sé?

Mi amigo se aclaró la garganta y apartó la mirada. Todo él desprendía una sensación de incomodidad.

«¿Por qué le hablaba tan mal?»

Bajé la mirada, sacudí la cabeza y ejercí más presión sobre la bujía. La mano cedió y el cuerpo se me fue hacia delante cuando oí el chasquido.

—Mierda —gruñí y tiré la llave inglesa dentro del capó, donde desapareció entre todas las piezas.

«Maldita sea».

Me agarré al vehículo con fuerza.

—Tráeme el extractor.

Madoc se acercó al armario de herramientas que tenía detrás.

—¿No hay un «por favor» en esa pregunta? —repitió mis palabras al tiempo que alcanzaba la herramienta para que pudiera sacar la pieza.

Esa bujía era un hueso duro de roer y probablemente él estuviera

dándose una palmadita mental en la espalda por haberme avisado.

—Oye... —comenzó, dejando escapar un suspiro—, he tenido la boca cerrada, pero...

—Entonces sigue con ella cerrada.

Apartó la luz de la linterna de debajo del capó y yo retrocedí y me aparté cuando la tiró al fondo de la habitación, donde se estrelló contra la pared.

«¡Madre mía!»

Su actitud, normalmente relajada, había dado paso a la rabia. Tenía la mirada afilada y respiraba con dificultad. Estaba enfadado y me di cuenta de que me había pasado con él.

Apreté los dientes, me agaché con las manos apoyadas en el vehículo y me preparé para su arranque de ira. Pocas veces se ponía así, lo que hacía que me sorprendiera cuando sucedía.

—¡Estás hundido! —gritó—. No vas a clase, te metes con todo el mundo, estamos todo el día enzarzados en peleas con gente que ni conocemos y tengo un montón de cortes y moratones que lo demuestran. ¿Qué narices te pasa?

Las palabras resonaron en la habitación. Todo lo que decía tenía sentido, pero no quería aceptarlo.

Me parecía todo mal. Tenía hambre, pero no de comida. Ganas de reírme, pero no encontraba la gracia. Las emociones que normalmente sentía ya no me llenaban por dentro. Incluso el barrio en el que vivía, que normalmente me hacía sentir cómodo con sus patios cuidados, me parecía ahora yermo y desprovisto de vida.

Estaba atrapado en un maldito agujero que me asfixiaba y no había nada que me proporcionara aire.

—Vuelve en ocho meses. —La voz tranquila de Madoc se coló en mis pensamientos y parpadeé. Tardé un instante en darme cuenta de que se refería a Tate.

Negué con la cabeza.

«No. ¿Por qué había dicho eso?».

Esto no tenía nada que ver con ella. No la necesitaba.

Apreté el puño en torno a la llave inglesa y enderecé la espalda. Me dieron ganas de hacerle tragar sus palabras.

Madoc miró hacia mi mano derecha, con la que sostenía la herramienta, y después me miró a la cara.

—¿Qué? —me retó—. ¿Qué piensas que vas a hacer?

Quería golpear algo. Cualquier cosa. Incluso a mi mejor amigo.

El teléfono nos interrumpió cuando me vibró en el bolsillo. Lo saqué con la mirada fija en mi amigo.

—¿Qué? —rugí al descolgar.

—Hola. Llevo todo el día intentando localizarte —respondió mi

hermano Jax con la voz un tanto ahogada.

El pulso no se me relajaba y mi hermano no merecía que la pagara con él.

—No puedo hablar ahora.

—Estupendo —replicó él—. Pues que te jodan. —Y colgó.

«Maldito idiota».

Apreté el teléfono con el deseo de destrozarlo. Miré a Madoc, que estaba negando con la cabeza; dejó el mono de trabajo en el banco y salió del garaje.

—Mierda —siseé y marqué el número de Jax.

Si había alguien por quien tenía que tranquilizarme, ese era mi hermano. Me necesitaba. Cuando me fui de la casa de mi padre hace dos veranos, lo denuncié por abuso. Abuso de mi hermano, no de mí. Se lo llevaron de la casa a un lugar de acogida temporal, ya que no había forma de localizar a su madre.

Yo era todo cuanto tenía.

—Lo siento —me disculpé sin esperar siquiera a que respondiera cuando descolgó—. Aquí estoy, ¿qué te pasa?

—¿Vienes a recogerme?

No podía hacerlo sin bujías en el vehículo. Pero probablemente Madoc siguiera aquí con su automóvil.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En el hospital.

CAPÍTULO 3

—Disculpa, ¿puedo ayudarte? —me preguntó una enfermera cuando entré. Seguramente tuviera que preguntarle a ella, pero ya podía meterse su portapapeles por donde le cupiese. Tenía que encontrar a mi hermano.

Las manos me sudaban y no tenía ni idea de lo que había sucedido. Jax había colgado nada más decirme dónde estaba.

Lo había vuelto a dejar solo... y herido. No volvería a pasar.

—Relájate, amigo —me pidió Madoc, que estaba detrás de mí—. Vamos a tardar menos si le preguntamos a alguien. —Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado conmigo.

Los zapatos rechinaron en el suelo de linóleo mientras recorría los pasillos, apartando cortina tras cortina hasta que al fin encontré a mi hermano.

Estaba sentado en una cama, con las largas piernas colgando y la mano en la frente. Le tiré de la coleta para verle la cara.

—¡Au, joder! —gruñó.

Bizqueó por las luces fluorescentes y me fijé en los puntos que tenía en la ceja.

—¡Señor Trent! —exclamó la voz de una mujer detrás de mí, pero no supe si se refería a Jax o a mí, pues ambos compartíamos el apellido de mi padre.

—¿Qué diablos le ha pasado? —No le preguntaba a Jax, la culpa la tenían otros.

Mi hermano solo era un niño. Tenía poco más de un año menos que yo, pero seguía siendo más joven.

Y su vida había sido una mierda.

Su madre era nativa americana y no tenía los papeles en regla cuando se quedó embarazada. Jax tenía los ojos azules de nuestro padre, pero en todo lo demás se parecía a ella.

Probablemente tuviera el pelo negro, pero lo llevaba un tono más claro y le llegaba hasta la mitad de la espalda. Llevaba algunos mechones trenzados y lo tenía recogido en una coleta. La piel era un par de tonos más oscura que la mía y su sonrisa ensombrecía todo lo demás.

La mujer que había detrás de mí se aclaró la garganta.

—No sabemos qué le he pasado —respondió—. No nos lo ha contado.

No me había dado la vuelta para ver con quién estaba hablando. Posiblemente fuera una doctora o una trabajadora social. O una agente de policía. Me daba igual, todos me miraban de la misma forma, como si me mereciera un azote o algo por el estilo.

—Llevo horas llamándote —susurró Jax. Me quedé sin aliento al darme cuenta de que tenía el labio hinchado. Me miraba con ojos suplicantes—. Creía que llegarías antes de que los médicos los llamaran.

Y entonces supe que se trataba de una trabajadora social y me sentí como un capullo. Mi hermano me necesitaba hoy y yo la había cagado otra vez.

Estaba entre él y la mujer, o tal vez fuera que él se escondía de su vista. No lo sabía. Pero sí sabía que Jax no quería marcharse con ella. Se me tensó la garganta y el nudo que sentía creció tanto que me dieron ganas de lastimar a alguien.

«Tate».

Siempre era la víctima a la que escogía, aunque también estaba en todos los buenos recuerdos que tenía. En mi cerebro apareció el único lugar que no se había visto afectado por el odio y la desesperación.

Nuestro árbol. De Tate y mío.

Me pregunté si Jax tendría un lugar donde se sintiera a salvo, tranquilo e inocente. Lo dudaba. ¿Se habría sentido así en algún lugar?, ¿alguna vez en su vida?

No sabía cómo había sido la vida de mi hermano. Lo había comprobado el verano que había pasado con mi padre con catorce años, pero Jax había experimentado ese maltrato toda una vida, y eso sin mencionar todas las casas de acogida. Me miraba como si yo fuera todo su mundo, pero no tenía las respuestas que necesitaba. No tenía poder, ningún modo de protegerlo.

—¿El señor Donovan te ha hecho esto? —le preguntó la trabajadora social, refiriéndose a su padre de acogida, Vince.

Mi hermano me miró antes de responder.

—No.

«Está mintiendo».

No mentía para proteger a Vince. Sabía que yo siempre lo descubriría cuando no decía la verdad. Por el modo en que dudaba y me miraba directamente antes de decir la mentira. Siempre me daba cuenta.

A mí no me estaba engañando, estaba engañándola a ella.

Jax y yo peleábamos nuestras propias batallas.

—De acuerdo —respondió la mujer de la carpeta. Por fin me di la vuelta para mirarla a los ojos—. Te lo vamos a poner fácil. Vamos a dar por sentado que ha sido él quien te ha hecho esto y te vamos a trasladar a una residencia esta noche hasta que encontremos un nuevo hogar.

«No». Cerré los ojos.

—Hijos de puta —gruñí. Sentí un agujero en el estómago y traté de contener las emociones por Jax.

Mi hermano había pasado toda la vida durmiendo en camas extrañas y viviendo con gente que no lo quería. Nuestro padre lo había llevado de tugurio en tugurio y lo había dejado en lugares horribles.

Ya era suficiente. Jax y yo teníamos que estar juntos. Éramos más fuertes juntos. Solo era cuestión de tiempo que la poca pureza que le quedaba se pudriera y el corazón se le endureciera hasta el punto de que fuera imposible que algo bueno creciera en él.

Iba a volverse como yo y me dieron ganas de gritar a toda esta gente que yo podía quererlo más que ninguna otra persona. Los niños no solo necesitaban comida y un lugar donde dormir, necesitaban sentirse a salvo y queridos. Necesitaban confianza.

Vince no le había robado eso a mi hermano esta noche porque Jax no había confiado en él en ningún momento. Pero Vince sí se había asegurado de que volviera a una residencia y me había vuelto a poner en situación de recordar a mi hermano que yo no podía ayudarle. No podía protegerle.

Maldita sea, odiaba sentir eso.

Me saqué un fajo de billetes del bolsillo, tiré de mi hermano para darle un abrazo y le puse el dinero en la mano. Sin siquiera mirarlo, me di la vuelta y salí de la habitación todo lo rápido que pude.

No merecía mirarlo a la cara. No obstante, sí sabía una cosa. Sabía cómo resarcirme.

—¿Vamos adonde creo que vamos? —Madoc caminaba a mi lado y no me sorprendió comprobar que seguía conmigo.

Era un buen amigo y yo no lo trataba todo lo bien que merecía.

—No tienes que venir —le dije.

—¿Tú lo harías por mí? —preguntó. Lo miré como si fuera tonto—. Sí —asintió—. Eso me parecía.

Llegamos a la casa de los Donovan media hora más tarde, y yo salté del vehículo antes incluso de que parara. Era tarde, la casa estaba a oscuras y el barrio parecía vacío. El murmullo del GTO de mi amigo era lo único que se oía.

Me di la vuelta para mirarlo.

—Vete.

Parpadeó, probablemente preguntándose si me había oído bien.

En el último mes nos habíamos metido en muchos problemas; no debería de haberlo involucrado en tantos. Sí, las peleas eran divertidas, olvidarnos de todo con muchas chicas distintas era medianamente entretenido también, pero Madoc no se lanzaba al vacío si yo no lo animaba a ello.

¿Se había acercado al borde del abismo? Por supuesto. ¿Se había asomado? También.

Pero no había dado el paso. Siempre había sido yo quien lo había empujado o había permitido que cayera. Un día de estos no se levantaría, y la culpa sería enteramente mía.

—No —replicó con determinación—. No me voy a ninguna parte.

Esbocé una media sonrisa a sabiendas de que me iba a ser casi imposible conseguir que se marchara.

—Eres un buen amigo, pero no voy a arrastrarte conmigo.

Me saqué el teléfono del bolsillo de los *jeans* y marqué el 911.

—Hola. —Tenía la mirada fija en Madoc mientras hablaba con la policía—. Estoy en Moonstone Lane, el número 1248, en Weston. Alguien ha entrado en nuestra casa y necesitamos a la policía. Y una ambulancia.

Colgué y miré la cara de sorpresa de mi amigo.

—Llegarán en unos ocho minutos —señalé—. Ve a despertar a mi madre. Eso sí puedes hacerlo.

Alguien, probablemente un tutor legal, tendría que pagar la fianza.

Recorrí el camino que conducía a la casa de ladrillos marrones y rojos. Se oía la televisión. Me detuve un instante en los peldaños de la entrada, exasperado porque aún no había oído a Madoc marcharse, pero también desconcertado por lo lento que me latía el corazón.

«¿Por qué no estoy nervioso? ¿O emocionado?» Bien podría estar de camino a un restaurante para pedir un batido.

Con Tate experimentaba una descarga de emoción cuando aguardaba a su reacción, suficiente para satisfacerme un día sí y el otro también. No me gustaba admitirlo, pero la tenía siempre en la mente. Vivía por y para ese momento en que la veía por la mañana y la posibilidad de interactuar con ella durante el día.

Eché un vistazo a la vibrante luz de la pantalla de la televisión que provenía del interior de la casa y respiré hondo.

Ese capullo seguía despierto.

«Bien».

En las escasas ocasiones en las que Vince Donovan y yo habíamos hablado, habíamos mostrado intolerancia mutua. Él me hablaba como si yo fuera un gamberro y trataba de la misma forma a mi hermano.

Cuando subí los escalones del porche, oí que Madoc se marchaba. Entré por la puerta y me dirigí al salón. Me quedé allí quieto, ocupando todo el espacio de la puerta.

Vince ni siquiera movió un dedo al vociferar:

—¿Qué narices haces aquí?

Agarré el pie largo de madera de la lámpara que tenía al lado y tiré para desenchufar el cable de la pared.

—Has pegado a mi hermano —señalé con tranquilidad—. He venido a ajustar las cuentas contigo.

CAPÍTULO 4

—No tenía por qué pagar la fianza. —Deslicé la lengua por el corte que me escocía en la comisura de los labios.

—No lo he hecho —respondió James, el padre de Tate—. Ha sido tu madre.

Condujo tranquilamente por la carretera llena de curvas que llevaba a nuestro barrio. El sol asomaba por los árboles y las hojas, entre doradas y rojizas, parecían resplandecer como el fuego.

«¿Mi madre? ¿Ha venido?»

Madoc y James habían pasado la noche en la comisaría, esperando a que me soltaran. Me habían arrestado y multado, y había terminado durmiendo en una celda.

En cuanto a lo de que te suelten tras pagar la fianza, no es verdad: no lo hacen hasta que es de día.

Si mi madre la había pagado, ¿dónde estaba entonces?

—¿Está en casa? —pregunté.

—No. —Dobló una curva y redujo la marcha del Bronco—. No está en condiciones de ayudarte, Jared. Creo que eso ya lo sabes. Tu madre y yo hablamos anoche en la comisaría y decidió que ya es hora de ir a pasar una temporada en Haywood.

James tenía los ojos azules concentrados en la ventanilla y en ellos bullía un océano de emociones que nunca expresaría. En ese sentido, Tate y él eran iguales. Si James gritaba, estaba claro que tenías que callarte y prestar atención. En contadas ocasiones decía algo que no fuera importante y odiaba las conversaciones innecesarias.

Se veía a la legua cuándo perdían los nervios James y Tate.

—¿Para hacer rehabilitación? —pregunté.

—Ya es hora, ¿no crees? —señaló.

Apoyé la cabeza en el asiento y miré por la ventanilla. «Sí, supongo que sí».

Y, aun así, sentí que el temor se abría paso en mi cabeza.

Estaba acostumbrado al modo de vida de mi madre. A mi vida. James podía juzgarnos, otros tal vez sintieran pena por mí, pero esta era nuestra normalidad. Yo nunca he sido de los que sienten pena por los niños pobres o por la gente que atravesaban situaciones complicadas. Si eso era lo único que conocían, no sufrían como la gente pensaba. Esa era su vida. Para ellos era un infierno, por supuesto, pero también era lo habitual.

—¿Cuánto tiempo? —Era un menor y no sabía qué pasaría sin ella en casa.

—Por lo menos un mes. —Accedió a la entrada de su casa. La luz de la mañana hacía que el árbol que había entre la ventana de Tate y la mía resplandeciera como si fuera un lago iluminado por el sol.

—¿Y qué va a pasar conmigo? —pregunté.

—Poco a poco. —Exhaló un suspiro y salimos del vehículo—. Hoy te quedas conmigo. Te vas a duchar, vas a comer y vas a dormir unas cuantas horas. Te despertaré para el almuerzo y ya hablaremos entonces.

Me tendió una mochila que había en el asiento trasero y nos encaminamos a la puerta de entrada.

—Tu madre te ha preparado una muda. Ve a la habitación de Tate, dúchate y yo prepararé algo de comer.

Me detuve. «¿La habitación de Tate? ¡Ni hablar!»

—No voy a dormir en su habitación. —Fruncí el ceño y el corazón me latía tan fuerte y rápido que no podía respirar bien—. Me quedo en el sofá.

Se detuvo antes de abrir la puerta de la casa y volvió la cabeza para mirarme con cara de no me fastidies.

—Tenemos tres habitaciones, Jared. La mía, la de Tate y la otra es un despacho. La única cama disponible es la de ella. —Con cada sílaba, abría mucho la boca, como si estuviera hablando con un niño—. Vas a dormir ahí. No es tan complicado. Ahora ve y dúchate.

Me quedé mirándolo unos segundos con los labios fruncidos y sin pestañear. Demasiado concentrado, buscando una réplica. Pero era una pérdida de tiempo.

Exhalé un suspiro hondo, porque eso era lo único que podía hacer. Se había pasado toda la noche en la comisaría de policía y estaba intentando ayudar a mi madre.

Iba a entrar en la habitación de Tate por primera vez después de más de dos años. ¿Y qué? Podía soportarlo; además, ya la oíría enfadarse y quejarse desde Francia cuando se enterara de que había estado aquí.

Esboqué una sonrisa y sentí un subidón de adrenalina, como si acabara de comerme dos docenas de dulces picapica.

James se encaminó hacia la cocina y yo subí a la habitación de Tate

con las piernas cada vez más temblorosas conforme me acercaba.

La puerta estaba abierta. Siempre estaba abierta. Tate no tenía nunca nada que esconder, al contrario que yo. Entré con paso indeciso, como si fuera un explorador en un terreno inestable, recorrí la habitación con la mirada y me fijé en lo que había cambiado y lo que seguía igual.

Algo que siempre me había gustado de esta chica era que aborrecía el color rosa, a menos que lo combinara con el negro. Las paredes estaban divididas en dos colores, la mitad superior tenía un papel de rayas blancas y negras y la parte inferior estaba pintada de rojo; una moldura blanca de madera separaba ambas mitades. La ropa de la cama era de color gris oscuro con hojas estampadas, y en las paredes colgaban aquí y allá candelabros, fotos y pósteres.

Muy ordenado; muy Tate.

Me di cuenta también de que no había nada relacionado conmigo. Ni fotografías, ni recuerdos de cuando éramos amigos. Conocía el motivo, pero lo que no sabía era por qué me molestaba.

Solté la mochila y me acerqué al reproductor de CD. Tate no oía la radio porque opinaba que la mayor parte de la música que ponían era horrible.

Empezó a sonar Dearest Helpless, de Silverchair, y sentí una sacudida en el pecho por la carcajada que intenté reprimir. Volví a la cama, me tumbé y la música me acunó.

—No entiendo cómo puedes escuchar esta porquería alternativa, Tate.

Me siento en la cama y frunzo el ceño, aunque soy incapaz de controlar la sonrisa que aparece en los labios. Me burlo de ella, pero no hay nada que me guste más que verla feliz. Y ahora mismo está adorable.

—¡No es una porquería! —replica, mirándome con los ojos muy abiertos—. Es el único álbum que puedo escuchar entero y disfrutar todas las canciones.

Me retrepo, apoyándome en las manos, y suspiro.

—Es estridente —señalo. Tate frunce los labios mientras toca una guitarra invisible.

Al mirarla, algo que me encantaría hacer cada minuto de cada día, soy consciente de que no es más que palabrería, pues iría a un millón de conciertos de Silverchair por ella.

Las cosas están cambiando entre nosotros dos. O tal vez solo para mí... no lo sé. Espero que también para ella.

Lo que antes era amistoso y sencillo es distinto ahora. Últimamente, cada vez que la veo, lo único que me apetece hacer es aferrarme a ella y besarla. Es como si hubiera algo roto dentro de mí. Siento una oleada de calor cada vez que se pone pantalones cortos como los que lleva ahora. Incluso la camiseta negra y ancha de Nine Inch Nails me excita.

Porque es mía.

La tomó prestada un día y no me la devolvió nunca. Imagino que le dije que podía quedársela. Una noche me di cuenta de que dormía con ella puesta y ya no quise que me la devolviera. Pensar que lleva mi camiseta cuando duerme me hace sentir como si ella fuera mía. Me gusta estar cerca de ella incluso cuando no estoy presente.

—¡Me encanta esta parte! —chilla cuando comienza el estribillo y se mueve con más intensidad con el instrumento invisible.

Hasta el mínimo balanceo de caderas o fruncimiento de ceño consigue que me excite. Maldita sea, solo tenemos catorce años. No tendría que pensar de esta forma, pero no puedo evitarlo.

Joder, ayer ni siquiera podía mirarla mientras hacía los deberes de Matemáticas porque el semblante pensativo que tenía era tan adorable que me dieron ganas de subirla a mi regazo. Es una mierda no poder tocarla.

—Ya está, no puedo más —exclamo y me levanto de la cama para quitar la música. Necesito una distracción para calmar la erección entre las piernas.

—¡No! —grita, pero sé que se está riendo cuando me agarra de los brazos.

Tiro de ella y le hago cosquillas debajo del brazo, porque sé que tiene muchas. Se retuerce para liberarse, pero ahora que la he tocado no quiero parar de hacerlo. Nos empujamos y tiramos el uno del otro en un intento de llegar hasta el reproductor de CD.

—Está bien, ¡ya la quito! —grita entre risas mientras muevo los dedos por su barriga—. ¡Para! —Cae sobre mí, riendo, y cierro los ojos con las manos posadas en sus caderas y la nariz junto al pelo.

Me asusta lo que quiero de ella, y me da miedo asustarla también a ella. Definitivamente, también asustaría a su padre.

Esperaré, porque no tengo otra elección. El resto de mi vida, porque no quiero a ninguna otra. Es hora de ser un hombre y contárselo.

—Vamos esta noche al estanque —sugiero, y la voz me sale más suave de lo que pretendía. Se me entrecorta y no estoy seguro de si estoy nervioso o asustado. Probablemente ambos.

Tiene que suceder en nuestro estanque. Es ahí donde quiero contarle que la quiero. Vamos mucho, a hacer pícnic o simplemente a pasear. Solemos salir a escondidas con las bicis para ir allí de noche.

Se echa hacia atrás y me mira con una sonrisa.

—Esta noche no puedo.

Hundo los hombros, pero enseguida recobro la compostura.

—¿Por qué?

No me mira, pero se aparta el pelo detrás de las orejas y se acerca a la cama para sentarse.

El temor me pisotea el cerebro como si fuera un rinoceronte enorme y gordo. Va a decirme algo que no me va a gustar.

—Voy al cine —comenta con una sonrisa forzada—. Con Will Geary.

Trago saliva y noto que el latido del corazón está a punto de romperme una costilla. Will Geary está en nuestra clase y lo odio. Lleva un año persiguiendo a Tate. Su padre y el de ella juegan juntos al golf, y ese es un aspecto de su vida del que no formo parte.

Will Geary no me saca ninguna ventaja. Su familia no tiene más dinero ni tampoco una casa mejor, pero sí tiene relación con la de Tate, y mis padres... en fin, ellos no tienen relación con nada. El padre de Tate ha intentado llevarme un par de veces a jugar al golf, pero eso no está hecho para mí. Lo que a mí se me da bien es arreglar vehículos.

Entrecierro los ojos y me esfuerzo por reprimir la rabia.

—¿Y eso?

Tate me mira a los ojos de forma intermitente. Estoy seguro de que está incómoda.

—Me preguntó ayer, cuando nuestros padres estaban jugando al golf.

—Ah —susurro apenas. La cara me arde—. ¿Y le dijiste que sí?

Se muerde los labios y asiente.

Claro que dijo que sí. Yo he perdido el tiempo y otro se me ha adelantado. Aun así, me duele.

Si quisiera estar conmigo, supongo que le habría dicho que no a él. Pero no ha sido así.

Asiento.

—Qué bien. Diviértete. —Posiblemente el tono de voz traiciona mi intento de sonar como si no me importara.

Me dirijo a la puerta del dormitorio.

—Tengo que irme. Se me ha olvidado que tengo que comprarle comida a Madman, así que voy a la tienda.

Es mía. Sé que me quiere, ¿por qué no puedo darme la vuelta y decírselo? Lo único que tengo que decirle es «No vayas» y lo peor habrá pasado.

—¿Jared? —me llama y me detengo. El aire de la habitación es muy espeso y apenas puedo respirar—. Eres mi mejor amigo. —Se detiene un instante, y después continúa—: ¿Pero hay alguna razón por la que no quieras que salga con Will esta noche?

La voz temblorosa con la que lo dice es titubeante, como si le diera miedo hablar. El tiempo se detiene; es uno de esos momentos en los que sabes que puedes conseguir lo que quieres si eres lo suficientemente valiente para pedirlo. Una décima de segundo en la que todo puede cambiar, pero entonces lo fastidias todo porque tienes demasiado miedo a que te rechacen.

—Claro que no. —Me doy la vuelta y esbozo una sonrisa—. Ve y pásatelo bien. Mañana nos vemos.

*Esa noche vi a Will besarla y al día siguiente me llamó mi padre para preguntarme si quería hacerle una visita en verano.
Le dije que sí.*

CAPÍTULO 5

—Come —James me colocó un plato con pastel de carne y patatas delante de la cara en cuanto me senté en el taburete.

Me había quedado dormido en la cama de Tate, escuchando Silverchair, y no me había despertado hasta las dos del mediodía, cuando me llamó su padre.

Después de ducharme y ponerme ropa limpia, bajé y atisé un olor aún más delicioso que el del champú de Tate.

Me senté en el centro de la isla de la cocina y me metí la comida en la boca como si llevara años sin probar algo casero. Supongo que era así. Antes de pasar el verano con mi padre, mi madre alcohólica no se preocupaba mucho por mí y, después del verano, no se lo habría permitido ni aunque lo hubiera intentado.

—¿No tiene que trabajar? —pregunté y tomé un trago para bajar la comida.

Era viernes y yo también estaba faltando a clase. El día anterior tampoco había ido; Madoc y yo habíamos salido a hacernos los tatuajes.

Ahora me parecía como si hubiera pasado mucho tiempo desde entonces.

—Me he tomado el día libre —respondió y se cruzó de brazos.

«Para hablar conmigo».

—Lo siento. —Lo decía de verdad. El señor Brandt era un buen hombre y no merecía todo este drama.

James se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, por lo que supe que ahora tocaba la charla. Fijé la vista en el plato de comida y me rodeé el cuerpo con los brazos, pues con este hombre lo mejor era callarse y escuchar.

—Jared, tu madre estará fuera al menos cuatro semanas. Te quedarás aquí mientras ella no esté.

—Puedo quedarme en casa, estaré bien. —Al menos tenía que

intentarlo.

—Tienes dieciséis años. Eso es ilegal.

—Diecisiete —le corrijo.

—¿Qué?

—Hoy cumplo diecisiete. —Era dos de octubre. No había caído en la cuenta hasta esta mañana, cuando habían puesto la fecha a los documentos en la cárcel.

No obstante, la información no lo detuvo.

—He hablado con un juez, uno que conozco bien. He llegado a un acuerdo para que el desastre de anoche no conste en tu historial.

¿El desastre de anoche? Era un modo extraño de describirlo.

—Casi mato a un hombre a golpes —tercié sarcásticamente. ¿Cómo iban a borrarlo de mi historial?

—Si eso es cierto, ¿por qué no me has preguntado cómo está?

«Casi mato a un hombre a golpes».

Y aunque pensara en las palabras, seguía sin importarme. ¿Acaso me importaba que hubiera muerto?

—Por si te interesa —continuó James—, está bien. No está perfecto, pero sobrevivirá. Unas costillas rotas y un poco de sangrado interno. Entró en quirófano anoche, pero se recuperará.

Iba a pasar una temporada en el hospital, pero me alegraba de no haberlo herido de gravedad. Para ser sinceros, la mayor parte de lo que pasó anoche me daba vueltas en la cabeza como si fuera llovizna en un aguacero. Cuantas más vueltas le daba, más se me escapaba. Apenas podía recordar la mayor parte de la agresión. Me acordaba de haberle golpeado con la lámpara y de darle varias patadas en el estómago. Se defendió un poco, pero fue él quien acabó en el suelo.

Hasta que apareció el capullo del policía y me dio un rodillazo en la espalda, me tiró del pelo y me llamó de todas las formas posibles mientras me esposaba.

¿Por qué había llamado a la policía? No estaba seguro.

—El juez quiere que vayas a terapia. —No tuve que levantar la cabeza para saber que James me estaba lanzando una mirada de advertencia—. A cambio, este episodio no aparecerá en tu historial.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza y me reí por la broma.

¿Terapia? La mayoría de las personas me ponían de los nervios y la gente que se metía en mi vida, todavía más.

—Ya le advertí de que dirías eso. —Agachó la cabeza y suspiró—. Jared, vas a tener que empezar a asumir tus responsabilidades. Has actuado mal y el mundo no te debe nada. No voy a solucionar tus problemas solo porque vengas de un hogar desestructurado y creas que por ello tienes vía libre para comportarte mal. Yo la llamo la política de «Fastídiolo, reconócelo y levántate». Comete un error, admítelo y

supéralo. Todos nos equivocamos, pero un hombre resuelve sus problemas, no los empeora.

Debería de haberme limitado a comer y cerrar la boca.

—¿La has fastidiado? —me preguntó, pronunciado cada sílaba como si fuera un desafío.

Asentí.

«¿Volvería a hacerlo? Sí». Pero no me preguntó eso.

—Bien. —Posó la mano en la encimera—. Pues es hora de levantarse. Tu asistencia a clase y calificaciones son horribles. No tienes objetivos más allá del instituto, estoy seguro de ello, y no se te da bien tomar decisiones responsables. Hay un lugar bastante bueno para la gente sin disciplina y que no necesita mucha libertad.

—¿La cárcel? —pregunté con sarcasmo.

Para mi sorpresa, sonrió como si la victoria fuera suya.

«Mierda».

—West Point —contestó.

—Ya, claro. —Negué con la cabeza—. ¿Donde van los niños del senador y los Eagle Scouts? No es para mí.

¿En qué estaba pensando? West Point era una academia militar. Los mejores de los mejores iban allí y pasaban años engrosando los expedientes académicos para que los aceptaran. Nunca entraría en West Point, ni aunque me interesara.

—¿Que no es para ti? —me preguntó—. ¿De verdad? No creía que te preocupara encajar. Todos los demás tienen que adaptarse a ti, ¿no?

«Hijo de...» Tomé una bocanada de aire y aparté la mirada. Este hombre sabía cómo hacerme callar.

—Necesitas un objetivo y un plan, Jared. —Se apoyó en la isla, justo a mi lado, así que no tuve otra opción que prestar atención—. Si no tienes esperanzas en el futuro ni pasión por lo que está por llegar, yo no puedo infundírtelas. Lo mejor que puedo hacer por ti es empujarte en una dirección y mantenerte ocupado. Vas a mejorar las notas, ir a todas las clases, encontrar un empleo y... —dudó un instante— visitar a tu padre un día a la semana.

—¿Qué? —«¿A qué venía eso?»

—Le dije al juez Keiser que no ibas a querer ir a terapia, así que esta era tu única opción. Tienes que hacerle una visita a la semana durante todo un año...

—Tiene que estar de broma —le interrumpí. Tenía los músculos tan tensos que empecé a sudar. ¡De ninguna de las maneras iba a hacer eso!

Abrí la boca.

—Ni de...

—¡Esta es la parte de «levántate», Jared! —gritó—. Si no aceptas ninguna de las dos opciones, entonces tendrás que ir a un centro de

detención de menores... o a la cárcel. No es la primera vez que te metes en problemas. El juez quiere que reacciones. Ve todos los sábados a la cárcel, no para ver lo que hace tu padre allí, sino para ver lo que estar allí le ha hecho a él. —Negó con la cabeza—. La cárcel hace dos cosas, Jared: o te debilita o te mata, y ninguna opción es buena.

Me picaban los ojos.

—Pero...

—No vas a hacerle ningún bien a tu hermano si te mandan a otro lugar. —Dicho esto, salió de la cocina.

«¿Qué diablos acababa de pasar?»

Me agarré al borde de la encimera de mármol gris. Tenía ganas de rajar la pared y destrozarse el mundo entero.

«Mierda».

Puse todo mi empeño en inspirar, pero las costillas me dolían con cada movimiento.

¡No podía ir a visitar a ese cabrón todas las semanas! ¡Ni hablar! Tal vez debería de contarle al señor Brandt todo. Todo. Tenía que haber otra solución.

Me aparté de la encimera y bajé del taburete, subí a la habitación de Tate, salí por la ventana, me encaramé al árbol y llegué a mi dormitorio.

«Que le jodan. Que les jodan a todos».

Puse *I Don't Care*, de Apocalyptica, en el iPod y me dejé caer en la cama. Inspiré y espiré hasta que dejé de sentir que me ardía el estómago.

Dios mío, la echaba de menos.

La realidad me repugnaba, pero era así. Al odiar a Tate mi mundo se hacía pequeño. No veía todas las demás cosas que iban mal: mi madre, mi padre, o mi hermano en casas de acogida. Ojalá ella estuviera aquí de nuevo, así yo no sería un revoltijo de nervios y arrebatos.

Sabía que era una tontería como una catedral. Que ella estuviera por aquí solo para que yo hiciera lo que quisiera. Pero la necesitaba. Necesitaba verla.

Agarré el tirador del cajón de la mesita de noche en el que guardaba nuestras fotografías de pequeños, pero retrocedí. No, no iba a mirarlas. Ya era suficiente con guardarlas, me había resultado imposible tirarlas

o destruirlas. Me aferraba por completo a ella. Y estaba harto. «Bien». Que crean que les sigo la corriente. Mi hermano era lo más importante, y el señor Brandt tenía razón.

No iba ayudarle en nada si me encerraban en la cárcel.

Pero no pensaba ir a un maldito psicólogo.

Exhalé una bocanada de aire y me puse recto.

Solo me quedaba el capullo de mi padre.

Me puse unos *jeans* oscuros y una camiseta blanca, y me eché gel fijador probablemente por primera

vez en la semana. Bajé las escaleras y salí a la calle. Vi al padre de Tate en el garaje, sacando cosas del viejo Chevy Nova. Tate y yo solíamos ayudarlo a trabajar en el vehículo hace años, pero siempre se pudo conducir.

Ahora parecía estar vaciando el maletero y sacando todos los objetos personales del interior. —Tengo que campar las bujías de mi automóvil —le dije—, y después voy a pedir empleo en el taller

de Fairfax. Cuando esté de vuelta, iré a por algo de ropa. Estaré aquí para la cena. —A las seis —especificó con una sonrisa ladeada. Me puse las gafas de sol y me di la vuelta, dispuesto a marcharme, pero me detuve y me volví una vez

más. —No va a contarle nada de esto a Tate, ¿verdad? —pregunté—. Lo del arresto, mi familia, que me

estoy quedando aquí. Me miró como si acabara de decirle que el brócoli era de color morado. —¿Por qué iba a hacerlo? Menos mal.

CAPÍTULO 6

No habían pasado ni veinticuatro horas cuando ya estaba delante de otro policía que me cacheaba, con la excepción de que en esta ocasión no me había metido en problemas.

Según el juez amigo del señor Brandt, no tenía que empezar las visitas hasta unas semanas después. Antes querían la aprobación de mi madre, pero a mí no me apetecía tener que esperar. Cuanto antes empezara, antes acabaría.

—Al otro lado de esa puerta hay unas taquillas en las que puedes dejar las llaves y el teléfono. Deja también esa cartera con cadena, chico.

Me quedé mirando al oficial con pintas de nazi como si le estuviera diciendo que se metiera sus reglas por el trasero. Era calvo, pálido como si nunca hubiera visto el sol y tan gordo que parecía que se comía una docena de rosquillas al día. Quería conservar mis pertenencias, pues mi intención era darme la vuelta y salir de aquí en cuanto viera al cabrón de mi padre.

«Mi padre». El estómago se me revolvió al pensar en esas palabras.

—¿Cómo funciona esto? —pregunté sin ganas—. ¿Está en una especie de jaula y hablamos por los agujeros de ventilación o tenemos que usar teléfonos?

Yo no era de los que hacían preguntas; o bien descubría solo la respuesta o me callaba y seguía adelante, pero era pensar en ver a ese ser retorcido y me ponía de los nervios. Quería saber en dónde me estaba metiendo. Valía la pena parecer un chico indefenso ante un policía si podía entrar ahí como un hombre delante de mi padre.

—¿Una jaula con ventilación? —se burló el nazi—. ¿Has visto demasiado Prison Break últimamente?

«Capullo».

Parecía esforzarse por reprimir una sonrisa mientras me acompañaba a la puerta.

—Thomas Trent no está aquí por asesinato ni violación. No necesitas seguridad, muchacho.

Por supuesto que no. Él no era peligroso, en absoluto.

Alcé la barbilla y traspasé la puerta.

—Me llamo Jared —lo corregí con voz firme—. No muchacho.

La sala de visitas, si es que se llamaba así, parecía el patio de un instituto. Había bancos, mesas y máquinas de comida por toda la habitación y unas ventanas en la pared sur dejaban entrar luz, aunque no demasiada.

Era sábado y el lugar estaba lleno. Mujeres con niños en los brazos mientras sus maridos, novios o personas queridas sonreían y hablaban. Las madres abrazaban a sus hijos, que se escondían de unos padres a los que no conocían.

Era todo felizmente horrible.

Examiné la sala sin saber si mi padre estaba ya ahí o si tenía que sentarme y esperar a que anunciaran su llegada. Quería mirar a todos lados al mismo tiempo, no me gustaba la idea de que él supiera dónde estaba yo sin que yo lo hubiera visto. Tenía la boca seca y el corazón me resonaba en los oídos, pero me obligué a tranquilizarme y a hacer lo que siempre hacía: sobrevivir y aparentar calma y seguridad, como si estuviera acostumbrado a este lugar.

—Jared —oí que pronunciaba una voz y me quedé rígido.

Era la voz ronca de mis sueños, la que nunca había olvidado. Siempre sonaba igual.

Paciente.

Como una serpiente que acechaba a su presa.

Seguí el sonido hasta que fijé la mirada en un hombre de unos cuarenta años con el pelo rubio arremolinado en las orejas y los ojos celestes.

Estaba allí sentado con los antebrazos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas, vestido con una camisa de color caqui y una camiseta blanca debajo. Probablemente también llevara unos pantalones a juego, pero no me molesté en comprobarlo.

No podía apartar la mirada de su cara. No había cambiado nada. Aparte de estar afeitado y tener un tono de piel algo más saludable, supuse que por no tomar drogas, parecía el mismo. Tenía el pelo algo canoso y, mientras que antes tenía un físico normal, ahora parecía más delgado. Dudaba que los reclusos tuvieran oportunidad de engordar en prisión.

Pero fue por su forma de mirarme por lo que me empezaron a sudar las manos. Por desgracia, tampoco había cambiado en eso. Tenía una mirada fría y distante y en ella resplandecía algo más, ¿tal vez diversión? Era como si supiera algo que yo desconocía.

«Él lo sabe todo», me recordé.

Y de repente volvía a estar en la cocina de su casa con las muñecas doloridas por la cuerda, paralizado por el miedo.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué lo único que sabía que iba a necesitar: el colgante del fósil de Tate. Lo guardé en el puño y me sentí un poco más fuerte.

Técnicamente era de su madre, pero cuando Tate lo dejó en la tumba aquel día, yo fui a por él. Al principio me dije que era para cuidarlo, para asegurarme de que sobrevivía. Después se convirtió en otra parte de ella que era mía. Y ahora era una especie de talismán. Ya no cuidaba de él, él cuidaba de mí.

Entrecerré los ojos y me acerqué a él, ni demasiado lento como para parecer asustado ni demasiado rápido para parecer obediente. A mi ritmo, pues él ya no era el que mandaba.

—¿Qué has hecho? —me preguntó antes incluso de sentarme, y dudé un instante.

«Ya, claro, que va a hablarme». Se me había olvidado esa parte. Pero yo no estaba obligado a contestarle.

No había decidido cómo iba a enfrentarme a estas visitas, pero podía irse al infierno. Me esperaban cincuenta y dos reuniones el próximo año y puede que en algún momento decidiera hablar con él, pero no iba a empezar hasta que estuviera preparado.

—Venga —se burló—. Vamos a pasar el rato.

Una pequeña parte de mí pensaba que, sin drogas ni alcohol, mi padre podría comportarse como si tuviera corazón, pero seguía siendo un capullo.

—¿Has robado? —me preguntó, pero continuó como si estuviera hablando solo mientras tamborileaba con los dedos en la mesa de acero—. No, tú no eres codicioso. ¿Agresión tal vez? —Negó con la cabeza—. Pero tú no te peleas cuando crees que puedes perder. Puede que con alguien más débil, siempre has sido un poco cobarde.

Apreté la otra mano en un puño y me concentré en respirar.

Ahí sentado, obligado a escuchar lo que él quería que oyera, me pregunté si estaba sacándoselo de la manga o si de verdad era tan perspicaz.

¿Me consideraba codicioso? No, no lo creía. ¿Prefería pelearme con oponentes más débiles? Tardé un instante en encontrar la respuesta, pero sí, así era, aunque solo porque todo el mundo era más débil que yo.

Todo el mundo.

—Tiene que ser por drogas. —Estampó la mano contra la mesa. Me sobresalté, aparté la mirada de él y la bajé sin darme cuenta—. Eso es. Míranos a tu madre y a mí, lo llevas en la sangre.

«Todo el mundo», me recordé.

—No me conoces —dije, en voz baja y con tono firme.

—Sí, lo que tú digas.

No. Me abandonó, gracias a Dios, cuando tenía dos años. Ha pasado solo dos semanas conmigo, un solo verano. No me conocía.

Me aferré al colgante de Tate y lo miré con dureza. Había llegado el momento de hacer que se callara.

—¿Cuánto tiempo te queda aquí? ¿Seis años? —pregunté—. ¿Qué se siente al saber que se te va a poner el pelo blanco antes de que puedas volver a follar? ¿O conducir un vehículo? ¿O quedarte despierto hasta más de las once un día de diario? —Enarqué las cejas con la esperanza de que mis preguntas condescendientes lo devolvieran a su lugar—. No me conoces, nunca me has conocido.

Parpadeó y yo le sostuve la mirada, retándole a que volviera a decirme algo. Parecía estar estudiándome y sentí como si estuviera en la mira de un francotirador.

—¿Qué es eso? —Hizo un gesto en dirección al colgante que tenía en la mano.

Bajé la mirada. No me había dado cuenta de que había envuelto los dedos en el lazo verde. Estaba claro que tenía algo en el puño y de repente el corazón empezó a latirme con fuerza.

Quería irme.

Pensar en Tate y mi padre al mismo tiempo y que mi padre viera algo que era de ella no me gustaba.

¿Esas flores que los magos se sacan de las mangas? En ese momento yo quería ser las flores y volver a mi escondite. Necesitaba hundirme en la silla y desaparecer de delante de sus asquerosos ojos, llevarme el colgante a un lugar seguro.

—¿Cómo se llama? —preguntó en voz baja, casi en un suspiro, y me encogí.

Volví a alzar la mirada y vi que sonreía, como si lo supiera todo. Como si volviera a tenerme a su merced.

—Conque seis años, ¿no? —Se lamió los labios—. Estará en la veintena por entonces. —Asintió y me puse de los nervios al comprender el sentido de sus palabras.

«Cabrón».

Golpeé la mesa con la mano y oí gemidos a nuestro alrededor cuando aparté la silla y me levanté con la mirada fija en él.

Lo que fuera que estaba escupiendo por los ojos ardía como el infierno. Quería que se muriera, y quería que fuera una muerte dolorosa.

Respiraba por la nariz con esfuerzo y sonaba como una cascada lejana.

—¿Qué es lo que tienes dentro? —rugí—. ¿Está roto, muerto, o solo insensible?

Mi padre me miró sin temor, yo no era una amenaza para él, y me

respondió con más sinceridad de la que nunca había visto en él.

—¿No lo sabes, Jared? Tú también lo tienes. Y lo tendrán tus pobres hijos. Nadie nos quiere. Yo sabía que no te quería.

No relajé el semblante, simplemente me entristecí, aunque no estaba seguro del motivo.

—Tengo un regalo de cumpleaños. —El padre de Tate apareció en la entrada de mi casa con las manos en los bolsillos cuando salí del vehículo.

Negué con la cabeza. Todavía sentía la carga de la visita a mi padre sobre los hombros. Había vuelto a toda velocidad a casa desde la prisión y necesitaba distraerme.

—Ahora no —bramé.

—Ahora sí —replicó él. Se dio la vuelta para encaminarse a su casa, dando por hecho que yo lo seguiría.

Y eso hice, aunque solo fuera para que no me tocara más la moral.

Entré tras él en el garaje y me detuve de golpe al ver el cataclismo que había ante mí.

—¿Qué narices ha pasado? —pregunté, sorprendido.

El Chevy Nova remodelado que llevaba en el garaje desde que Tate y el señor Brand vivían aquí estaba totalmente destrozado. Bueno, totalmente no, pero estaba hecho un desastre. Parecía como si lo hubieran usado como pelota en un partido de béisbol entre King Kong y Godzilla. Las ventanas estaban rotas, los neumáticos rajados, y eso solo era lo que tenía fácil arreglo. Unas abolladuras del tamaño de pelotas de baloncesto cubrían las puertas y el capó, y los asientos de piel estaban rajados.

—Feliz cumpleaños.

Volví la cabeza en su dirección y fruncí el ceño, confundido.

—¿Feliz cumpleaños? ¿Está loco? Este automóvil estaba en perfecto estado ayer. ¿Lo ha hecho pedazos y me lo regala?

No necesitaba un vehículo. Le pensaba dar el mío a Jax en cuanto cumpliera dieciséis años y se sacara el carné, y comprar uno nuevo con el dinero de la casa de mi abuelo.

—No te lo regalo, es para que lo arregles.

«Ah, gracias».

—He pensado que tal vez necesites un poco de terapia automotriz después de lo de hoy, así que he decidido darle trabajo al mazo e idear un proyecto para ti.

¿Todos los adultos que tenían relación conmigo estaban enganchados a la droga o qué?

James se acercó a mí, a la parte delantera del vehículo.

—Lo que sientes, Jared, frustración, rabia, pérdida... lo que sea... —Hizo una pausa y continuó—: Acabará saliendo a la luz y tendrás que

enfrentarte a ello algún día. Por ahora, sin embargo, límitate a mantenerte ocupado. Esto no va a curar nada, pero te va a ayudar a relajarte.

Rodeé lentamente el vehículo, observando los daños y haciendo una lista mental de los materiales que iba a necesitar. Tenía sentido. No me sentía mejor que un mes antes y no tenía ni idea de qué pensar de lo que me había dicho mi padre hoy. Más bien me sentía peor, pero no quería pensar en nada más.

Jax me necesitaba y no podía fallarle.

«Límitate a mantenerte ocupado».

—Voy a tardar meses. —Miré a James al tiempo que me apoyaba en el capó.

Él me devolvió la sonrisa y se volvió para entrar en la casa.

—Cuento con ello.

Así pues, me lancé a ello. Con insistencia. Día tras día. Mes tras mes. La rutina me alimentaba. Me enterré en actividades y ruido para no tener tiempo de pensar en nada. Así tampoco me daría tiempo a preocuparme.

Me quedé en la habitación de Tate y dormí en el suelo.

Mi madre se recuperó y después encontró novio.

Me hice otro tatuaje y Madoc se hizo un piercing... en alguna parte.

Asistí a clase y mis calificaciones mejoraron.

James y yo visitamos West Point, pero no era para mí.

Mi padre siguió molestándome. A veces me marchaba, y a veces no. A veces jugábamos a las cartas para que no tuviera que oír las idioteces que decía.

Los sueños me despertaban por la noche, pero las pastillas me ayudaron.

Compré un Boss 302 que me mantuvo ocupado.

Tonteé con algunas chicas, pero con ninguna rubia.

Madoc y yo empezamos a competir en el Loop, otra actividad que me mantuvo ocupado.

Jax encontró un buen hogar y lo veía todos los domingos.

Organicé fiestas en mi casa, más ruido.

El señor Brand se marchó a trabajar a Alemania y Tate no iba a regresar a casa.

Se quitaron de encima la carga. Bien. Mierda.

Todo me daba igual porque nada de eso importaba.

Hasta once meses más tarde, una calurosa noche de agosto en la que una chica de ojos profundos y el pelo del color del sol volvió a escupir aire y fuego sobre mí.

CAPÍTULO 7

—¡Vamos, Piper! —grité en dirección al lago—. Se acerca la tormenta, vámonos de aquí.

—No os vayáis —exclamó Madoc detrás de mí—. Venid a mi casa, vamos a continuar la fiesta allí.

Estaba tumbado en una manta extendida en la playa rocosa, acurrucado con una chica cuyo nombre probablemente ni conociera, mientras *Love-Hate-Sex-Pain*, de Godsmack, manaba del equipo de música de mi automóvil en la distancia.

Esa tarde habíamos ido al lago Swansea con unas seis personas más para nadar y pasar el rato, pero la fiesta había crecido hasta juntar a más de veinticinco personas antes de que hubiera anochecido. Tenía que trabajar por la mañana en el taller, así que contaba con una buena excusa para marcharme.

La verdad era que estaba aburrido. Ya no bebía en público. Ir a fiestas, dormir en casas extrañas... nada de eso me parecía tentador si no me emborrachaba, y ya no pensaba en qué me parecía tentador. Solo pensaba en lo que sucedía en el momento.

—Nena —gimió Madoc a la chica que tenía al lado—, los calzoncillos no son lo único que tengo de tamaño extragrande.

Sonreí para mis adentros. Ojalá pudiera vivir bajo su piel. Todos los días era su cumpleaños y parecía un niño de cinco años saltando en un parque de bolas. Ni siquiera tenía que volverme para saber que su comentario había funcionado. La chica se estaba riendo y yo estaba listo por mi parte.

—No irás a llevarme a casa ya, ¿no? —Mi propio juguetito, Piper, salió del lago, salpicando agua por todas partes al escurrirse la larga melena oscura.

Sí, soy un capullo. No era un juguete, ya lo sabía. Ninguna lo era. Pero tenía una relación más formal con mi automóvil que con ellas, así que eso

las convertía en una diversión pasajera.

Piper iba a último curso como nosotros y llevaba años viéndola en el instituto, pero nunca me había interesado. Era empalagosa, sabía que era guapa y pensaba que eso era lo más importante.

No la soportaba, hasta que descubrí, el cuatro de julio, que su padre era el idiota que me había arrestado el año anterior. El policía que me puso la rodilla en la espalda y me mantuvo la cabeza en el suelo cuando me esposó.

Y entonces ella se convirtió en mi juguete.

—¿Tú qué crees? —comenté, sin preguntar nada en realidad. Tenía un cuerpo increíble y me gustaba que se apuntara a casi todo. Siempre y cuando no hablara demasiado, seguiríamos acostándonos.

—Oye, ¿sabes qué día es hoy? —intervino Madoc arrastrando las palabras. Se rio y me sacó de mis pensamientos—. Hoy hace un año desde que esa chica, Tate, me rompió la nariz en aquella fiesta. Estaba muy cabreada.

Me tensé, pero seguí poniéndome la camiseta sin mirar a nadie.

—¿No se supone que vuelve ya, Jared? —me preguntó mi amigo—. ¿No iba a pasar fuera solo un año? —señaló, como si fuera estúpido—. Ya ha pasado un año.

—Cállate, capullo. —Puse los ojos en blanco y me agaché para alcanzar la ropa mojada. Me interné en el bosque para ponerme los *jeans* antes de llamar a Piper.

—¿De qué está hablando? —Mi acompañante se quedó allí parada, pero no le dediqué ni una mirada.

—Tate, la vecina de Jared —respondió Madoc—. Va a nuestro instituto, pero ha estado fuera el curso pasado. —Se volvió hacia mí—. ¿Dónde está? Echo de menos a esa chica.

Se puso recto y, a pesar de que tenía la mirada puesta en el móvil, supe que me estaba mirando.

«Idiota. Capullo. Maldito cabrón».

Negué con la cabeza.

—Su padre está en Alemania trabajando. Le han asignado un proyecto allí durante siete meses y no regresará hasta diciembre. Me comentó que empezaría el curso allí. ¿Era necesario que se enterase todo el mundo, capullo?

La empresa del señor Brand lo envió a Alemania la pasada primavera y yo llevaba cuidando de la casa y recogiendo el correo desde mayo.

Madoc me miró como si acabara de darle permiso para tomarse un helado de postre.

—Vaya mierda, aunque ella seguro que está encantada. Nos odiaba.

Sentí una punzada de euforia en el pecho. «Sí, seguro que sí».

Cuando el señor Brandt me habló del viaje, organicé otra fiesta en mi

casa esa noche. A pesar de no beber en ningún otro lugar, no tenía ningún problema con hacerlo en casa. Y me venía muy bien.

Esperaba que Tate volviera de Francia el pasado mes de junio, cuando terminó el curso, pero cuando me enteré de que no regresaría hasta diciembre me dieron ganas de estampar a alguien contra una pared.

Me encantaba odiarla y quería que estuviera en su maldita casa.

Me limité a tragarme el dolor, como llevaba haciendo desde el pasado otoño. Me había acostumbrado a seguir con mi vida y a fingir que no me importaba nada de eso.

Y era hora de volver a centrarse en una distracción.

—Vamos. —Tomé a Piper de la mano y me dispuse a dirigirme al vehículo.

—Pero si sigo mojada. Tengo que cambiarme —se quejó.

—Sí —respondí sonriendo—, y yo te voy a ayudar.

La carretera estaba resbaladiza. No había llovido mucho este verano y la acumulación de aceite hacía que derrapara constantemente. Pero no tenía pensado decelerar.

Llegué a toda velocidad a la entrada de mi casa y entré en el garaje a pesar de que sabía que no tenía por qué tener prisas. No había nadie esperándome en casa, solo el silencio, y no me gustaba el silencio.

Cerré la puerta del garaje, entré en la cocina, me quité la camiseta negra y la eché al cesto de la ropa sucia. Estaba impregnada de Piper.

—Hola, amigo —saludé a *Madman* cuando bajó corriendo las escaleras—. Ven.

Abrí la puerta trasera para que pudiera hacer sus cosas, la dejé abierta y subí arriba para cargar el teléfono, que se me había quedado sin batería.

En cuanto lo encendí, vi que tenía un mensaje de voz del padre de Tate.

«¿Por qué me llama?»

Me había escrito hacía un par de días para comprobar cómo estábamos yo y su casa.

No sabía qué quería ahora, pero no pensaba llamarlo esa noche. Volví la cabeza al oír un ruido en los cristales de la ventana que me sobresaltó.

—Maldito árbol.

Solté el teléfono en la cama y me acerqué para subir la persiana. El árbol que había entre la ventana de la habitación de Tate y la de la mía era un fastidio. Teníamos que podarlo constantemente porque amenazaba con hacer agujeros en la casa. Esta primavera le había sugerido a mi madre que lo taláramos, pero técnicamente estaba en la propiedad de los Brandt y suponía que ellos querían conservarlo.

El señor Brandt lo podaba con regularidad, pero nunca cortaba

demasiado. Podía agarrarme a las ramas incluso cuando estaba recién podado.

Abrí la ventana para asomarme y me fijé en la rama que pegaba contra los cristales. Como no estaba el padre de Tate, tendría que ocuparme de eso mañana.

La lluvia caía a raudales y todo resplandecía bajo la luz de las farolas. Paseé la mirada por el laberinto de ramas y aparté los recuerdos de con cuáles me había arañado la pierna o en cuáles me había sentado con Tate.

Me encantaba ese maldito árbol y quería que lo cortaran.

Y de repente... ya no veía el árbol.

Vi un rayo de sol en el cielo oscuro que me paralizó.

«¿Tate?»

—¿Qué narices? —susurré, sin aliento y sin atreverme a parpadear.

Estaba en su habitación, apoyada en la ventana abierta. Y me estaba mirando.

«¿Qué narices estoy viendo ahora mismo?»

Se suponía que se quedaría en Alemania con su padre al menos hasta Navidad.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo y me apoyé en el alféizar de la ventana, pero fui incapaz de apartar la mirada de ella. Sentía como si estuviera en un universo alternativo muerto de hambre y ella fuera un banquete.

«Está en casa».

Cerré un momento los ojos y me tragué el nudo que tenía en la garganta. Estaba mareado, emocionado y agradecido, todo al mismo tiempo.

«Dios mío, está en casa».

Llevaba unos pantalones de pijama cortos y una camiseta blanca. No era muy distinto a lo que había visto que se ponía para dormir hace un año, pero, por alguna razón, verla me encendió un fuego feroz en el pecho. Me dieron ganas de arrasar el maldito árbol, arrancarle la ropa y amarla como nunca había ocurrido en los tres últimos años.

Se le mecía el pelo y sentí su mirada fija en la sombra, en mí. Se me quedó la boca seca y se me aceleró la respiración y el pulso, sensación que me resultó del todo agradable.

Hasta que retrocedió y cerró la ventana.

No. Tragué saliva. No quería que se fuera.

«Venga. Ve a buscar una pelea —me dije a mí mismo, pero sacudí la cabeza—. No. Déjala en paz». Ella no había pensado en mí y yo tenía que olvidarla.

Estaba que me subía por las paredes, pero sabía que tenía que madurar y dejarla tranquila. Dejar que fuera a clase sin extender rumores ni chistes sobre ella. Permitirle ser feliz. Casi éramos adultos y

todo este caos tenía que acabar.

Pero...

Me había sentido más vivo en los últimos diez segundos que en todo un año. Ver su cara, saber que me despertaría con su música atronadora y la vería salir de casa para ir a correr por la mañana...

Me vibró el teléfono con un mensaje de texto y me acerqué para leerlo. Era del padre de Tate:

Cambio de planes. Tate está en casa. Estará sola hasta Navidad. Devuélvele la llave de la casa y sé amable, o te vas a enterar.

Entorné los ojos y releí el mensaje una y otra vez. Creo que ni siquiera respiré.

«¿Está sola? ¿Hasta Navidad?»

Cerré los ojos y solté una carcajada. De repente sentía una enorme emoción por levantarme mañana.

CAPÍTULO 8

—¿Debería de asustarme? —me preguntó mi madre cuando volví del garaje con un hacha en la mano.

—Siempre —murmuré. Pasé junto a ella en la cocina y fui a la planta superior.

Había decidido tomar las riendas del asunto. En lugar de contratar a nadie, me iba a encargar yo de cortar las ramas más pequeñas que pegaban contra la casa y lo iba a hacer con el hacha.

—¡No te vayas a hacer daño! —me gritó—. ¡Me costó mucho hacerte!

Puse los ojos en blanco y subí las escaleras que conducían al desván.

Se había portado más o menos como una persona normal desde que había dejado de beber. De vez en cuando intentaba hacer hasta bromas. A veces me reía, pero no delante de ella. Todavía reinaba la incomodidad entre nosotros y no estaba interesado en arreglar la situación. Pero nos habíamos adaptado a una rutina. Ella se controlaba y yo hacía lo mismo conmigo.

Repté por la pequeña ventana de la tercera planta de la casa, me coloqué sobre el árbol y me acerqué al tronco, donde las ramas eran lo suficientemente gruesas para aguantar el peso. Pensé en sentarme en la parte interior, podar lo que sobraba y bajar al suelo una vez hubiera terminado. Tenía que trabajar de arriba abajo y acabar en las ramas de mi ventana, que era la razón por la que había empezado. Pero cuando levanté el hacha para comenzar, casi se me cae.

—¿Crees que su forma de tratarme es una especie de preliminares? —oí gritar a Tate y me quedé muy quieto.

«¿Qué? ¿Preliminares?»

—Claro —continuó y dejé lo que estaba haciendo para escuchar—. Se trataba de preliminares cuando le contó a todo el mundo que padecía síndrome del intestino irritable y todos simulaban pedos cuando iba por el pasillo el primer año de instituto.

Abrí mucho los ojos y noté el pulso resonar en el cuello. «¿Está hablando de mí?»

—Y sí —continuó, hablando con alguien a quien no veía—, también fue muy erótico cuando hizo que la farmacia enviara una crema para la candidiasis a clase de Matemáticas en segundo. Pero lo que más me excitó y me hizo postrarme a sus pies fue la vez que pegó folletos sobre tratamientos para las verrugas genitales en mi taquilla, ¡es increíble que una persona tenga una enfermedad de transmisión sexual sin haber practicado sexo!

«Mierda».

Sí que estaba hablando de mí.

Me agarré a una rama que tenía encima, me puse de pie y trepé hasta el otro lado con cuidado de mantenerme fuera de la vista de Tate.

Otra chica hablaba ahora, probablemente su amiga KC, y entendí algo sobre tener que defenderse.

Me deslicé por otra rama y empecé a sentirme como una especie de perverso por husmear en su conversación. Pero estaban hablando de mí, así que era asunto mío.

—Ya te lo he contado cien veces, éramos amigos —indicó Tate—. Se marchó unas semanas el verano de antes del primer curso y, cuando volvió, estaba distinto. No quería tener nada que ver conmigo.

Apreté los puños.

KC no tenía por qué saber eso. Tate no tenía ningún derecho a airear nuestros asuntos de ese modo.

Me sobrevino la sensación ya familiar de ira y noté una oleada de calor.

—Va a ser un año fantástico. —La voz de Tate sonaba ahora más suave y firme que antes—. Espero que Jared se haya olvidado de mí. Si es así, nos dejaremos en paz hasta la graduación. Si no, haré lo que considere mejor. Tengo cosas más importantes en las que pensar, él y ese capullo de Madoc pueden decir y hacer lo que quieran, yo ya estoy harta de prestarles atención. No me van a fastidiar el último curso.

«Espero que Jared se haya olvidado de mí». ¿Y casi tiro mi futuro a la basura por la necesidad que tenía de ella?

«Ya estoy harta de prestarles atención». Me odiaba. Me había odiado siempre y era un maldito idiota por quererla cuando teníamos catorce años.

«Nadie nos quiere. Yo sabía que no te quería». La voz de mi padre resonó en mi mente.

Volví a la ventana de mi dormitorio y entré sin preocuparme por si me veían. Solté el hacha en el suelo, puse *Coming Down*, de Five Finger Death Punch, en el iPod y alcancé el teléfono móvil para escribir a Madoc un mensaje:

¿Fiesta esta noche? Mi madre se va sobre las cuatro.

Se iba todos los viernes por la noche a la casa de su novio en Chicago. Aún no lo había conocido yo, pero ella se quedaba allí todo el fin de semana casi siempre.

Claro.

Me respondió menos de un minuto después.

¿Bebidas?, le pregunté.

El padre de Madoc tenía prácticamente un almacén de licores en el sótano, además de una bodega de vinos. Casi nunca estaba en casa, así que solíamos llevarnos lo que nos apetecía y yo me encargaba de la comida.

Yo me encargo. Nos vemos a las siete.

Dejé el teléfono en la cama, pero volvió a vibrar. Lo alcancé otra vez y abrí un mensaje de Jax:

Papá ha vuelto a llamar.

«Hijo de puta». Mi padre se había buscado la vida para conseguir el teléfono de Jax, a pesar de saber que no debía llamarlo. Una de las razones por las que estaba en la cárcel era por abusar de él.

Yo me ocupó, le escribí.

Miré el reloj y vi que eran tan solo las diez de la mañana. «Ve hoy —me dije—. Termina con esto y así no tendrás que ir mañana».

Estas visitas a mi padre me devoraban por dentro y me daban mucho miedo. No podía prever qué me iba a decir de una semana a la otra. La última vez me contó, con todo lujo de detalles, que un día llevó a mi madre a una clínica de abortos para que se deshiciera de mí, y que cuando vio que no lo había hecho, la dejó. No sabía si era verdad, pero intentaba que los insultos, las historias y las burlas no me importaran. La mayoría de las veces sí lo hacían, a veces no.

«Maldita sea».

Me cambié la camiseta negra sudada por una nueva, blanca y con el cuello de pico, tomé las llaves de la mesita de noche y bajé las escaleras.

—Voy a salir un rato —le dije a mi madre cuando pasé por la cocina—. Hasta el lunes.

Me temblaban las manos, y eso que llevaba ya cerca de un año viniendo

aquí. Odiaba tener que mirar a ese capullo a la cara, sobre todo cuando se empeñaba en hacer que las visitas fueran momentos horribles. Era consciente de que tenía privilegios especiales por buen comportamiento, pero no cabía duda de que disfrutaba con cada palabra hiriente que le salía de la boca.

—Es viernes. Se supone que no tengo que verte hasta mañana —gruñó cuando me senté a la mesa de la sala de visitas.

Me obligué a mirarlo a los ojos y a controlar el tono de voz.

—Has vuelto a llamar a Jax. Deja de hacerlo.

Soltó una carcajada.

—Eso me dijiste la última vez, pero tú no controlas esto, Jared.

«Sí que lo hago».

—No tienes permitido hacer llamadas. —Cuando me quejé al alcaide en la ocasión anterior, perdió el privilegio de usar el teléfono sin supervisión.

Se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos.

—Y aun así encuentro el modo de hacerlo.

Solo duró un momento, pero en lo que tardé en hundir el pecho e interrumpir el contacto visual, lo supo. Supo que tenía razón y que yo no tenía poder alguno. A lo mejor los guardas le permitían hacer llamadas a cambio de favores, o tal vez le ayudara otro interno, pero ambos sabíamos que yo no podía hacer nada para detenerlo.

Nunca podría detenerlo.

—Déjalo en paz. —Moví los labios, pero apenas escuché mi propia voz.

—¿Qué te molesta más? —Se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos azules—. ¿Que lo llame a él y no a ti, o no poder detenerme? Te lo repetiré una vez más, Jared: no tienes ningún poder. No lo tienes. Puede parecer que eres tú quien ostenta el control, porque tú estás ahí fuera y yo aquí, pero yo soy quien te persigue. No al contrario.

Me levanté, me metí la mano en el bolsillo y me aferré al colgante del fósil con tanta fuerza que pensé que lo iba a romper.

—Que te jodan —bramé, y me marché.

CAPÍTULO 9

—Oh, Jared. —Piper musitó mi nombre mientras le devoraba el cuello. La agarré del pelo y tiré para echarle la cabeza hacia atrás e intentar perderme en su olor y su cuerpo.

—Te he dicho que no hables —susurré contra la piel—. Haz lo que te pido.

En la planta inferior resonaba *Hats off to the Bull* y oía voces procedentes de todas partes, tanto de dentro como de fuera de la casa.

Piper había venido a la fiesta sin que la invitara, así que acepté lo que estaba poniendo a mi disposición. Ruido, actividad, distracción.

Distracción de la casa de al lado.

Distracción de mi padre.

El capullo tenía razón. ¿Las pesadillas que me despertaban? ¿Las que trataba de sofocar con pastillas para dormir y así ser capaz de sobrevivir a la noche? Todo eso me estaba debilitando.

—Lo siento —dijo entre risas—. Es que me gusta mucho.

Tenía una mano enterrada en la espesa melena oscura y la otra dentro de las bragas. Introduje los dedos en su interior y ella se retorció contra la pared de mi dormitorio.

Arremetí contra ella en busca de la parte mágica de su cuerpo que me iba a deleitar. Le bajé la parte superior del vestido, le agarré los pechos y la besé en los labios, pero nada de eso me proporcionó la paz que buscaba.

«Espero que Jared se haya olvidado de mí».

Agarré a Piper, la tomé en brazos y la llevé a la cama. Encontraría la paz cuando estuviera dentro de ella, felizmente perdido.

—¡Jared! —Volví la cabeza hacia la puerta, donde estaban llamando.

—¡Fuera! —grité mientras Piper me quitaba el cinturón.

—La chica esa, ¿Tate? —preguntó mi amigo Sam—. Está aquí. Es mejor que bajas.

Me detuve de inmediato y me incorporé.

—¿Qué narices...? —murmuré.

¿Qué hacía ella en mi casa? Miré el reloj despertador y vi que era más de medianoche.

—¿Tate? —preguntó Piper, que seguía tumbada sobre los cojines—. Creía que habías dicho que seguía fuera.

Me bajé de la cama.

—Vístete —le pedí.

—¿Qué? —chilló y la miré. Tenía los labios y la nariz fruncidos y el pecho subía y bajaba por la respiración acelerada.

Con Piper no había ataduras ni complicaciones, y eso me gustaba de ella. Pero estaba enfadada y yo no me paré a dar explicaciones. Nunca lo hacía, lo sabía bien. Nunca dije que quisiera nada más que algo ocasional, así que podía tomarlo o dejarlo.

Abrí la puerta. Sam estaba en el pasillo con las manos en los bolsillos. Parecía indeciso.

—Lo siento. —Levantó las manos—. Es que Madoc la está toqueteando por todas partes, así que he pensado que tenía que venir a avisarte.

«Maldita sea». Pasé como un huracán junto a Sam y recorrí el pasillo con la intención de meterle la cabeza a mi mejor amigo en el retrete para que espabilara de una maldita vez. Estaba seguro de que le gustaba Tate, pero le tenía dicho, desde hacía años, que ella estaba fuera de su alcance.

¿Y qué diablos hacía ella aquí?

Bajé las escaleras, doblé el recodo y me paré en seco. Se me revolvió el estómago y me quedé sin aliento.

«Dios mío».

Estaba tan guapa que dolía.

Estaba perdida en sus pensamientos porque, si no, me habría visto. Subí las manos por encima de la cabeza y las apoyé en el marco de la puerta. Solo intentaba parecer relajado, como si no me importara, pero, siendo sincero, necesitaba apoyarme para que las piernas no me fallaran.

Me retumbaba el corazón en el pecho y deseé con todas mis fuerzas poder pausar este momento, mirarla hasta que la Tierra desapareciera.

Tenía el pelo más claro y la piel más oscura, probablemente de haber pasado el verano al sol, y también estaba más tonificada. Más adulta. La forma de la parte trasera de los muslos me dejó con la boca seca. Seguía teniendo la nariz pequeña, la piel perfecta y los labios carnosos, lo que le daba aspecto de muñeca. Yo nunca jugaba con muñecas, pero estaba totalmente seguro de que quería jugar con esta en particular.

En ese preciso instante lo quería todo de Tate. Todo. La ira y la pasión, el odio y el deseo, el cuerpo y el alma.

Deseaba controlarlo todo.

«Yo soy quien te persigue. No al contrario». Mi padre me invadió la mente una vez más. Él y Tate siempre estaban ahí. Ninguno de los dos me quería y los dos me poseían.

Pero sí podía controlar a uno de los dos.

—¿Qué hace ella aquí? —espeté mirando a Madoc pero totalmente consciente de que Tate estaba atenta a mí.

Mi amigo se quedó en silencio, pero noté, al verle la comisura de los labios, que intentaba reprimir una sonrisa.

—Resulta que «ella» quería hablar un momento contigo. —Fue Tate la que contestó. Su voz era tranquila, pero adiviné un toque de impertinencia en el tono. Sonreí para mis adentros al sentir la adrenalina, tanto tiempo dormida, calentarme las venas.

—Rápido. Tengo invitados. —Bajé las manos, me crucé de brazos y me esforcé por aparentar aburrimiento.

Sam y Madoc se metieron en la cocina y Tate se quedó allí de pie, con la barbilla alzada. Tenía los labios apretados y bien podría encender un fuego con los ojos.

No sabía qué había pasado con Madoc para que estuviera tan enfadada, o tal vez solo lo estaba por verme a mí, pero por fin me sentía en mi elemento después de un año vagando entre los muertos.

—Tengo invitados —repetí al ver que no hablaba.

—Sí, me he dado cuenta. —Miró detrás de mí y supe que Piper seguía aquí—. En un minuto podrás volver a prestar tus servicios.

Entorné los ojos con la mirada fija en ella.

Vaya, vaya, vaya... Tate tenía una mala opinión sobre mí. Qué sorpresa.

Piper se acercó y me dio un beso en la mejilla. ¿Para despedirse? ¿Para recordarme que seguía aquí? No tenía ni idea, pero siempre hacía cosas del estilo en los momentos más inadecuados, y eso me incomodaba. Como si quisiera más y yo tuviera la obligación de ofrecérselo.

Me quedé allí quieto a la espera de que dejara de buscar nada y se limitara a marcharse a casa. De todos modos, la presencia de Tate me hacía más bien que la de ella.

Cuando Piper entendió la indirecta y se marchó, Tate habló:

—Tengo que levantarme en unas cinco horas para acudir a una cita en Weston. Vengo a pedirte, educadamente, que por favor bajas la música.

«¿Habla en serio?»

—No.

—Jared, he venido en son de paz. Es más de medianoche y te lo estoy pidiendo amablemente. —Verla suplicar era adorable.

—Es más de medianoche de un viernes —reliqué y traté de sonar lo más condescendiente posible.

—No estás siendo razonable. Si quisiera que apagaras la música,

podría poner una queja por ruidos o llamar a tu madre. He acudido a ti por respeto. —Eché un vistazo a la habitación—. ¿Dónde está tu madre, por cierto? No la he visto desde que regresé.

«Oh, Tate, no sigas por ahí. No hagas como si me conocieras a mí o a mi familia».

—Ya no pasa mucho tiempo aquí. —Mantuve la voz monótona y desprovista de toda emoción—. Y no va a traer su trasero a esta casa en mitad de la noche para poner fin a la fiesta.

Exhaló un suspiro; parecía irritada.

—Yo no estoy hablando de ponerle fin. Te estoy pidiendo que bajes la música.

—Vete a dormir a casa de KC los fines de semana —sugerí y rodeé la mesa de billar.

—¡Es más de medianoche! —exclamó—. No voy a molestarla tan tarde.

—Me estás molestando a mí tan tarde.

Volví a sentir el control y tensé la mandíbula con una sonrisa. Me sentía tranquilo y muy seguro de mí mismo. La fuerza, la seguridad y la confianza regresaron.

—Eres un capullo —musitó.

Me detuvo y le lancé una mirada asesina, fingiendo enfado.

—Cuidado, Tatum. Has estado un tiempo fuera, así que te daré un respiro y te recordaré que mi buena voluntad no dura mucho contigo.

—Oh, venga ya —replicó con desprecio—, no actúes como si tolerar mi presencia fuera un sacrificio. He tenido que aguantarte demasiado todos estos años. ¿Qué ibas a hacerme que no hayas hecho ya?

Las palabras desafiantes me llenaron de tanta euforia que estuve a punto de romper a reír.

—Me gustan mis fiestas, Tatum. Me gusta entretenerme. Si vienes a fastidiar mi fiesta, entonces vas a tener que entretenerme tú. —Me sorprendió lo ronca e inequívocamente cargada de deseo que me salió la voz. Me vinieron a la cabeza imágenes de cómo podría entretenerme.

Pero Tate no lo haría nunca. Era una buena chica. Siempre bien peinada y pulcra, con la ropa planchada. Ella no hacía cosas sucias en la cama con chicos malos.

Se metió el pelo largo y rizado detrás de la oreja y me miró con desdén.

—¿Y podrías decirme qué desagradable tarea quieres que haga? —Movié la mano en un gesto dramático y se me aceleró el pulso al darme cuenta de lo diferente que estaba.

Ya se había hecho la listilla antes conmigo. Y antes de marcharse a Francia había corrido ciertos riesgos. Pero todas esas veces parecía nerviosa y al borde del llanto. Ahora la veía cómoda, casi como si pensara

que todo esto era una pérdida de tiempo.

«Bien».

Iba a ser divertido plantear mi juego. Y una distracción más que bienvenida. Me adelanté hasta ponerme frente a ella y sentí calor y un dolor dulce en los calzoncillos.

«Mierda. ¿Una erección justo ahora?»

Me palpitaba en pene bajo los calzoncillos, pero no le hice caso.

Sí, sentía atracción física por ella, ¿y qué? Me atraían casi todas las cosas que llevaran faldas. O pantalones cortos de pijama con sudaderas blancas y deportivas.

Perdía el control de mis sentimientos con Tate, pero sabía que no podía acostarme con ella. Tendría que hacer frío en el infierno antes de que yo le concediera ese poder sobre mí. Pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de las vistas.

—Quítate esto. —Le agarré el dobladillo de la sudadera negra—. Y hazme un baile privado.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Perdona?

Los nervios impregnados en su voz fueron como música para mis oídos.

Intensifiqué la mirada, retándola.

—Voy a poner *Remedy*. ¿Sigues siendo tu canción preferida? Me haces un bailecito y se acabó la fiesta.

«¿En serio iba a interrumpir la fiesta? No». No existía situación alguna que pudiera hacerme concederle lo que quería. E iba a disfrutar demostrárselo. No obstante, esperaba de verdad que no aceptara la oferta. Sin malinterpretaciones, tener su cuerpo restregándose contra el mío no sería para nada desagradable, pero no iba a ser capaz de limitarme a follar con ella y marcharme. Habría traspasado la delgada línea que me separaba de Tate y sabía que querría repetir.

Me miró un instante y noté que un sinfín de emociones atravesaron su rostro dulce y cruel. Primero reflexión, como si realmente estuviera valorando la opción. Después enfado, al darse cuenta de que lo único que lograría sería acabar humillada. A continuación derrota, tras la aceptación de que no había forma de vencerme. Y, por último, pérdida cuando la tristeza le empañó los ojos vidriosos. No sabía qué significaba eso. Pero siguió algo distinto: relajó el ceño y bajó la barbilla; me miró a los ojos.

«Mierda».

Conocía esa mirada, era la que siempre ponía yo.

Desafío.

Se dio la vuelta y el pelo revoloteó por encima del hombro. Se me detuvo el corazón cuando comenzó a gritar por la casa con todas sus

fuerzas.

—¡La poli! —chilló en el salón—. ¡La poli! ¡Todo el mundo fuera! ¡Que viene la poli por la puerta de atrás! ¡Corred!

«¡Hija de puta!»

Observé con impotencia a los idiotas borrachos y drogados que salían huyendo de mi casa.

«¿Qué narices? ¡La han creído!»

Sentí una oleada de calor en el cuello y me crucé de brazos en un intento de evitar que se me saliera el corazón del pecho.

La gente abandonó la casa. Escapaban de la cocina y el salón, y salían por la puerta principal como si se tratara de un maldito incendio. La mayoría eran menores de edad, así que tenían motivos para alarmarse. Aun así, los idiotas tendrían que haberlo comprobado antes.

Pero no, se limitaron a huir.

En cuestión de minutos, la casa quedó casi vacía, a excepción de los que ya se habían quedado dormidos y alguno que otro que estaba escondido arriba, en las habitaciones.

La sangre me palpitaba en las venas como si fuera azúcar ardiendo y el dolor era casi insoportable, pero tan apetecible que quise más. Algo había cambiado en ella y ahora era capaz de desafiarme.

«¡Sí!»

Me acerqué a ella, sonreí y dejé escapar un suspiro condescendiente.

—En nada estarás hecha un mar de lágrimas —prometí.

Me miró con semblante divertido.

—Ya me has hecho llorar un montón de veces. —Sacó el dedo medio—. ¿Sabes lo que es esto? —preguntó al tiempo que lo levantaba y se daba un golpecito en la esquina del ojo con él—. Soy yo limpiando la última lágrima que lograrás provocarme.

Y se volvió para marcharse.

Me quedé con la boca abierta y fui incapaz de apartar la mirada de la puerta.

«Maldita sea».

Sentí un hormigueo en la garganta y me quedé sin aliento cuando empecé a reír.

«Pero si estoy sonriendo también».

No podía creerme lo que acababa de decirme. Definitivamente, era un desafío.

«Nena, tú lo has querido».

—Está distinta. —Madoc estaba detrás de mí. Borré la sonrisa de los labios y me di la vuelta para mirarlo.

—¿La has tocado? —pregunté con tono amenazante.

—Lo siento, amigo. —Me miró como si no le hubiera advertido ya diez veces de que mantuviera las manos alejadas de ella—. Se me ha olvidado,

no volverá a pasar. —Se encogió de hombros y volvió a la cocina.

«Mejor que no».

No sabía si se estaba insinuando a Tate, Sam había dicho que la estaba tocando, pero Madoc era un buen amigo y conocía los límites. No tenía ni idea de qué era lo que tramaba.

Volví a mirar la puerta, recordando a Tate saliendo con la cabeza alta, la voz firme y más seguridad en sí misma de la que le había visto nunca.

«Empieza el juego».

Relajé los hombros, subí las escaleras y me fui a la cama. Sin pastillas para dormir y sin pensar en mi padre en esta ocasión.

CAPÍTULO 10

—Uf, creo que se me ha roto la polla —gruñó Madoc tras colocarse justo en medio del pasillo del instituto.

Negué con la cabeza y después saludé con un gesto a un par de amigos que pasaron por mi lado.

—Pues acuéstate con chicas, idiota —bromeé—. Seguro que son más delicadas que esos muchachos que te gustan.

Mientras caminábamos por el pasillo el primer día del último curso, sentí una brisa que nadie más notaba. Madoc alardeaba de sus conquistas, yo había elegido las clases que quería y me quedaba poco para terminar las visitas a la cárcel.

Desde que Tate había regresado y una semana después de su irrupción en la fiesta, había dormido también tranquilo. Casi era feliz.

—Así que Tate tiene ya un club de fans —comentó mi amigo—. Supongo que te has enterado.

Sí. Odiaba lo que había oído decir a otros tipos sobre ella, a pesar de que no era todo malo. Nadie había mencionado sus tetas o su trasero, así que no iba a tener que pegarles.

No, solo hablaban de lo guapa que estaba, de su actitud. Estaba seguro de que en el extranjero había ganado seguridad en sí misma. Y me encantaba toda la atención que estaba generando. A fin de cuentas, cuanto más se alzara, más dura sería la caída.

—Tatum ni siquiera pertenece a su club de fans —murmuré.

Fuimos a por algo de comida y nos sentamos a la mesa de siempre de la cafetería. Madoc comía casi tanto como el atleta de El club de los cinco. Prácticamente necesitaba dos bandejas para los bocadillos, la pizza, las patatas, las bebidas energéticas y los bizcochos de chocolate que había comprado. Yo odiaba comer demasiado durante el día, solía tomar un bocadillo o un burrito y un par de bebidas. Resultado: Madoc se quedaba dormido en las clases de la tarde y yo las soportaba con energía de sobra.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó cuando Sam y su amigo Gunnar llegaron a la mesa y comenzaron a comer.

Volví a poner el tapón a la botella de agua, me llevé el dorso de la mano a los labios y lo miré confundido, sin saber de qué estábamos hablando siquiera.

—¿Qué vamos a hacer de qué?

—Tate —respondió, como si tuviera que haberlo adivinado—. ¿Vamos a dejarla en paz este año o no?

Me recliné en la silla.

—Haré lo que me apetezca, ya te avisaré si necesito ayuda.

—Shhh —siseó—, ahí viene. —Hizo un gesto con la barbilla, señalando la puerta y lo seguí con la mirada.

Se puso en la cola y tomó una bandeja. Me fijé en todos los detalles. Para poner en marcha mi plan de batalla, por supuesto.

Se movía con lentitud, casi metódicamente, pero tenía la espalda rígida. No estaba tranquila.

Ojalá fuera por mí. Ojalá sintiera cómo la miraba.

Me gustaba observar sus movimientos, pero me tensé al darme cuenta de que cualquier otro podía deleitarse con las mismas vistas que yo. Eran unas buenas vistas y no podía apartar la mirada.

Solía llevar el pelo liso, pero por las pocas veces que la había visto en esta semana, se ve que prefería llevarlo ahora rizado. Las luces de la cafetería hacían que los mechones resplandecieran. La camiseta larga y estrecha le tapaba el trasero por un lado, pero la llevaba remetida en los *jeans* por el otro, dejando a la vista el trasero ajustado en los pantalones.

—Bueno —habló Madoc—, invéntate algo mejor esta vez. Lo de arruinar las citas es demasiado infantil.

«¿Qué?»

Y entonces me di cuenta de que seguía con la misma conversación que no recordaba haber iniciado.

—Haz que te emparejen con ella en un trabajo o algo así —continuó—. Podrías hacer muchas cosas durante el tiempo que paséis juntos.

«¿Tiempo juntos?»

Ah, claro, estábamos hablando del plan de ataque a Tate.

—No se trata de juegos preliminares, Madoc. —Tenía que ponerle los puntos sobre las íes a mi amigo, igual que Tate había hecho con KC—. No tengo intención de acostarme con ella.

Vi que se dirigía a una mesa lejana y se sentaba... de espaldas a mí. Alcé las comisuras de los labios. Se ve que no quería arriesgarse a mirarme a los ojos, lo que suponía toda una victoria.

Madoc se echó a reír y casi se atraganta al intentar tragar la comida.

—Tienes razón. —Se puso a toser y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cualquiera que vea cómo la miras sabría que no quieres acostarte con

ella. —Sacudió la cabeza—. Ahora mismo la estás mirando como si quisieras amarrarla y darle un buen azote.

«Capullo».

A mí no me iban ese tipo de cosas... o eso creía. Nunca lo había probado. A lo mejor tenía que tantear, había que probarlo todo al menos una vez.

Menos la metanfetamina.

—¿No? —preguntó y me miró detenidamente al ver que no respondía—. Entonces supongo que esto no te va a dar celos.

Apartó la silla, arrastró los pies por el suelo al rodear la mesa y se encaminó a la otra punta de la habitación. En dirección a Tate.

«Capullo».

Pensaba cortarle la polla y dársela de comer a *Madman*.

Noté que me apretaban las mangas de la camiseta en los bíceps y me di cuenta de que tenía tensos todos los músculos del cuerpo.

Observé de mal humor cómo mi amigo se acercaba a Tate, se inclinaba y le hablaba al oído. No oía lo que le estaba diciendo, por supuesto, pero vi que Tate se irguió y entendí que estaba incómoda.

«Estupendo».

Pero no me sentí bien. Me gustaba cuando era yo quien la sacaba de quicio, pero no quería que otros siguieran mi ejemplo. Cuando Madoc hizo un comentario de su pecho el año pasado en la fiesta, justo antes de que ella le rompiera la nariz, estuve a punto de arrancarle las pelotas. Ayudarme en ciertas ocasiones con las burlas era una cosa, pero hacer comentarios sobre su cuerpo, y en público, me ponía de los nervios. Ni siquiera yo hacía eso. Si Tate no le hubiera pegado un puñetazo, lo habría hecho yo.

Mi amigo deslizó la mano por su espalda y yo apreté el puño.

«¡Maldita sea!» ¿No acabábamos de hablar de esto?

Inspiré y espiré por la nariz mientras observaba sin parpadear cómo bajaba la mano por el cuerpo hasta el trasero.

Me precipité de la silla, pero me paré de inmediato cuando Tate se levantó de la silla, agarró a Madoc por los hombros y le dio un rodillazo en las partes nobles.

«¡Madre mía!»

Inspiré de forma entrecortada, reprimiendo una carcajada al ver a mi mejor amigo caer de rodillas y gruñir como si fuera un animal herido.

Tate lo rodeó y yo me senté a mirar.

—No me toques y no me hables —espetó con desprecio—. ¿En serio crees que saldría contigo?

«¿Le ha pedido salir?»

—He oído lo que dicen las chicas —continuó— y, al contrario de lo que la gente cree, las mejores cosas no vienen en paquetes pequeños. —

Sonaba con fuerza, como si se sintiera del todo cómoda.

Todos entendieron la broma cuando Tate levantó el dedo meñique al público divertido, insinuando que Madoc tenía el pene pequeño.

—Gracias por la propuesta de todas formas, Madoc —prosiguió con tono dulce.

Tomó la bandeja, se abrió paso entre la multitud, tiró la comida y se encaminó a la puerta mientras todos la seguían con la mirada. Yo incluido.

Volví a retreparme en la silla y me acordé de cuando se echaba a llorar o se marchaba cada vez que Madoc o yo le hacíamos algo. Esta era de nuevo la Tate de diez años, la que movía mi mundo.

Se detuvo en la puerta de la cafetería y yo entrecerré los ojos cuando se dio la vuelta y me miró. Centró la mirada en mí, borrando la distancia entre los dos y trasladándome justo a su lado de forma que pudiera hasta oler su piel.

«Ella lo es todo». Conocía mi juego, se ponía a mi altura e iba a ser divertido bajarle los humos. Solo entonces podría demostrar que no la necesitaba, ni a ella ni a nadie.

El señor Sweeney, uno de los secretarios, entró en la cafetería para enterarse de qué había pasado, así que me levanté y le expliqué que Madoc se había caído de la silla. Una mentira estúpida, lo sé, pero los profesores tampoco podían hacer mucho; si un chico dice algo y los demás lo respaldan, tiene que ser verdad. No quería que Tate se metiera en problemas.

Solo conmigo.

Antes de que empezara la primera clase de la tarde, fui a buscar a Madoc a su taquilla. Lo agarré del brazo y me lo llevé a una clase vacía.

—¡Ehhh! —aulló, probablemente sorprendido por mi aparición repentina—. ¡Tranquilo!

En cuanto estuvimos libres de ojos indiscretos, me di la vuelta y le golpeé en el estómago. Noté que se me rasgaban los nudillos, pero por cómo cedió Madoc al puñetazo supe que el dolor que sentía él era mucho peor.

Se encorvó, tosiendo, y cayó contra la pared al tiempo que yo me cernía sobre él. Lo extraño de todo esto era que no estaba nervioso, ni siquiera enfadado. Estaba un poco molesto, pero aparte de eso era totalmente consciente de mis acciones y emociones.

Mi amigo sabía por qué estaba haciendo esto y ahora también sabía que no bromeaba acerca de no tocar a Tate.

—Esta vez sí me has escuchado, ¿no? —le pregunté.

Asintió y frunció el ceño. Se abrazó el estómago y puso cara de no encontrarse bien.

De camino a la siguiente clase, me saqué el teléfono del bolsillo y escribí un mensaje a mi jefe para avisarle de que no iría a trabajar esa tarde. Era amigo mío y en las pocas ocasiones en las que necesitaba tomarme un día libre de imprevisto, me dejaba hacerlo.

El trabajo era simplemente una distracción. Ahora tenía a Tate y ella sola se encargaba de mantener ocupada mi cabeza últimamente.

Pasé el resto de la tarde con una sensación de hambre y euforia por lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 11

El ego de Madoc se vio afectado al recibir dos puñetazos el mismo día. Después de clase nos marchamos a que se aliviara las heridas con un almuerzo tardío, o una cena temprana, en Sonic. En realidad me parece que las chicas en patines lo animaron más que la comida.

Sobre las cuatro y media se fue a casa y yo volví al instituto. Tate tenía entrenamiento de atletismo. Se lo había preguntado por la mañana a Jess Cullen, la capitana; al parecer, Tate iba a intentar recuperar su plaza en el equipo.

Me dirigí al vestuario de las chicas y me quedé fuera, esperando. Me metí las manos en los bolsillos y apoyé la cabeza en la pared para disfrutar de la calma que precedía a la tormenta.

«Dios, he echado esto de menos».

Pensé un instante en mi padre, aunque ahora apenas le daba importancia. ¿Por qué le habría concedido tanta atención antes?

Cuando salió una chica con el pelo mojado y cargando con una mochila, supe que era mi momento. Seguramente estuvieran todavía aseándose, pero ya habrían terminado de ducharse.

Tampoco es que tuvieran nada que no hubiera visto antes, y a algunas de ellas de primera mano, pero había una delgada línea entre una burla y conseguir que me arrestaran.

Crucé la puerta, doblé a la izquierda y giré la esquina. Había varias filas, igual que en el vestuario de los chicos, así que recorrí el pasillo y eché un vistazo en todas las hileras de taquillas en busca de la chica del pelo del color del sol.

Oía el ruido de los secadores y conversaciones al fondo, por lo que supe que no había muchas chicas vistiéndose. Pero sí que hubo gemidos y movimientos rápidos para cubrirse.

Una muchacha se puso delante la camiseta para taparse el sujetador, pero cuando se dio cuenta de quién era la bajó. Alzó la comisura de los

labios y me observó de arriba abajo. Tuve que mirarla de nuevo, pues parecía que ella me conocía de verdad, aunque en ese momento yo no me acordaba de ella. El año pasado había sido un caos, pero casi nunca repetía con nadie. Tal vez con ella lo había hecho, era muy sexi. Probablemente sí, pero no sabría decir si fue hace un mes o un año.

Llegué al siguiente pasillo y me detuve al sentir que se me revolvía el estómago. Tate estaba junto a la taquilla, desnuda, pero tapada con una toalla.

Dediqué un segundo a pensar que no podía haber elegido un momento mejor, pero entonces me di cuenta de que no era así. Tenía la polla que parecía una brújula, señalándola directamente.

Endurecí la mirada, fruncí el ceño y alcé la voz, dispuesto a ponerla en su lugar.

—Fuera. Tatum, tú quédate —pedí a las que estaban en la habitación.

Todas gritaron o se quedaron sin aliento, y Tate alzó de golpe la cabeza, con los ojos abiertos de par en par. Se aferró a la toalla como si me viera capaz de quitársela con la mente.

«Ojalá».

Todas las chicas se escabulleron y me alegró comprobar que lo hicieron sin montar ningún escándalo. A lo mejor habían salido o se habían movido unas filas más allá para darnos algo de privacidad, pero lo único que me importaba era que ya no estaban y que Tate se había quedado sin tabla salvavidas.

Estaba sola.

—¿¡Es una broma!?! —chilló. Retorcí la cara en un gesto de rabia cuando me acerqué a ella despacio.

—Tatum —sentí una oleada de calor dispararse por piernas y brazos —, quería asegurarme de que contaba con toda tu atención, ¿es así?

Se lamió los labios y espiró. Incluso la boca, tensa por la frustración, parecía dispuesta a combatir.

—Di lo que tengas que decir. Estoy desnuda y a punto de gritar. ¡Esto es demasiado, incluso para tratarse de ti!

«Nunca es demasiado». No existía límite a lo eufórico que me hacía sentir alimentarme de ella.

Dejó de retroceder y me pregunté por qué, pero en lugar de detenerme, no pude evitar acercarme un poco más.

Nos quedamos un instante parados, ninguno de los dos se atrevió a apartarse y todo su cuerpo despedía calor cada vez que el pecho subía y bajaba.

Y entonces lo vi.

Le temblaron un poco los párpados, dejó de respirar y apartó la mirada. No por miedo, sino por vergüenza. Algo la avergonzaba.

«Dios mío».

En su rostro apareció un destello de deseo. Era eso. Y, joder, yo también la deseaba.

La observé con la mirada; me fijé en el tono de piel bronceada y no pude evitar pensar en qué aspecto tendría cubierta de sudor. La curva del cuello en el punto en que se encontraba con el hombro, las gotitas de agua en la mandíbula, los pechos exuberantes que casi querían salirse de la toalla. Se me puso dura.

«Maldita sea. Contrólate».

Alcé la mirada a sus ojos y me obligué a verla como la enemiga que era.

«Ya estoy harto de prestarle atención».

—Saboteaste mi fiesta la semana pasada —dije a escasa distancia de su cara, pero ella mantuvo la compostura—, y has atacado a mi amigo. Dos veces. ¿Estás tratando de reafirmar tu posición en este instituto, Tatum?

En mi cabeza ella era Tate. Siempre. Pero no podía llamarla así ahora. Ese era un apodo para la familia y los amigos, y nosotros no éramos ni lo uno ni lo otro.

Me miró con esos ojos que eran una mezcla perfecta de fuego y hielo.

—Ya era hora, ¿no crees?

—Al contrario. —Apoyé el hombro en la taquilla que había a su lado—. Ahora tengo otros pasatiempos más interesantes que molestarte a ti, lo creas o no. Este año ha sido muy tranquilo sin tener que ver tu cara de engreída y de «soy-demasiado-buena-para-todos» en los pasillos.

Era cierto. Había sido un año tranquilo. Como la típica calma previa a la muerte.

—¿Qué pasa? ¿El fantástico y malvado Jared se siente amenazado?

«¿Qué narices?» Eso me enfadó.

Me aparté de las taquillas y la acorralé entre los brazos.

—No me toques —exclamó y reprimí una sonrisa. Ya no me miraba.

Moví la cabeza como si fuera una serpiente, buscando su mirada.

Tenía unos mechones de pelo mojados pegados a la cara e inspiré tranquilamente, como si fuera un trozo de carne y yo me muriera de hambre.

—Si algún día mis manos tocan tu cuerpo —la amenacé con tono grave—, querrás que lo hagan.

Ese maldito olor. A algún tipo de flor y a kiwi.

—¿Es eso? —me burlé—. ¿Quieres?

Se quedó quieta. Parecía un tanto sorprendida, un tanto confusa, y de repente enfadada.

—Me aburro. —Por el tono de voz dio la impresión de que no estaba muy segura, pero su mirada era

decidida—. ¿Vas a decirme qué es lo que quieres o no?

—¿Sabes? Me ha sorprendido esta actitud con la que has regresado. Antes eras un objetivo demasiado aburrido, lo único que hacías era salir corriendo o llorar. Ahora vienes con ganas de pelea. Tenía pensado dejarte tranquila este año, pero ahora... —Me quedé callado y ella sonrió con suficiencia.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ponerme la zancadilla en clase? ¿Derramarme zumo de naranja en la camiseta? ¿Difundir rumores sobre mí para que nadie salga conmigo? ¿O vas a pasar al ciberacoso? ¿De verdad te crees que cualquiera de esas cosas me sigue molestando? No puedes asustarme.

«Ya te tengo, nena».

Al menos eso creía. Estaba hablando de cosas serias. Sí, ya había empezado a cambiar de actitud antes de irse a Francia, pero imaginaba que era porque se marchaba del país. Pensaba que estaba a salvo, y supongo que así era. No podía hacer nada desde aquí. Pero ahora estaba de vuelta.

Apoyé una mano en la taquilla, encima de su cabeza, y me acerqué.

—¿Crees que eres lo suficientemente fuerte como para enfrentarte a mí? —pregunté. Una parte de mí esperaba que se mostrara a la altura de la amenaza, pero la otra parte deseaba que se rindiera.

—Ya veremos. — Y la promesa flotó en el aire, al igual que las palabras—. Te ha tocado la lotería.

«¡Sí!»

—¡Tatum Brandt!

Los dos nos vimos arrancados de nuestro pequeño mundo y miramos al final de la fila, desde donde nos miraban la entrenadora Syndowski y la mitad del equipo de atletismo.

«Mierda».

Casi me eché a reír por mi suerte.

Tate en toalla y yo muy cerca de ella. No podía haberlo planeado mejor, y me daba un poco de vergüenza no haber predicho este giro de los acontecimientos. Esto no tenía buena pinta para su plan de «no me van a fastidiar el último curso».

—¡Entrenadora! —resolló Tate, aferrándose a la toalla, lo que nos hacía parecer culpables de algo más grave que mantener una conversación.

«Relájate, Tate».

Pero el entretenimiento terminó cuando vi a algunas chicas haciendo fotografías con los teléfonos. Sentí que se me retorció el estómago.

«No, no, no..., mierda».

Tate era mía, yo podía hacer lo que quisiera con ella. ¡No quería que todo el maldito instituto recibiera fotos de ella envuelta en una toalla!

—Hay otros lugares para hacer lo que estáis haciendo —La

entrenadora hablaba como si estuviera señalándonos con el dedo y enviándonos a la cama sin cenar—. ¿Señor Trent? —Me abrasó con la mirada—. ¡Fuera!

Y entonces reprimí la ira por las fotos y salí tal y como había entrado, como si este lugar fuera mío.

CAPÍTULO 12

Unos días más tarde, sufría más subidas y bajadas que una montaña rusa. Tate consciente de mi presencia y

sobresaltándose cada vez que me veía: ¡subida! Unos capullos intentando felicitarme por acostarme con ella,

como si fuera una cualquiera a la que pudiera tirar en cualquier lugar: bajada.

¡Malditos teléfonos, Internet, tecnología!

Y lo peor de todo era que me sentía culpable.

Tendría que estar encantado. Sobre todo porque ayer la cambiaron a una de mis clases y ahora podía molestarla en cualquier momento. Pero este año las cosas eran distintas y esa foto no había hecho ningún bien. Gustaba a los chicos. Tanto que ninguna chorrada que me inventara sobre ella como que se comía los mocos, que tenía piojos o que diseccionaba cadáveres humanos en su casa podía surtir efecto.

«Maldita sea». Ya no podía hacer mucho a ese respecto, ¿y para qué? ¿Por qué me importaba que saliera con chicos? Me daba igual.

Me sacaba de mis casillas que hubiera una foto de ella casi desnuda navegando por el ciberespacio.

Tate daría por hecho que lo tenía todo planeado y que estaba encantado con su humillación. Que así fuera, eso me daba ventaja. Pero eso no significaba que estuviera feliz o que me pareciera bien.

—Toni, vente conmigo. —Agarré por el codo a Toni Vincent, la capitana de las animadoras, y la saqué del gimnasio.

—Oh, mira quién me habla después de semanas. —El tono sarcástico con el que hablaba sonaba juguetón, pero también irritable.

El año pasado nos habíamos acostado un par de veces y, aunque tenía mucha seguridad en sí misma y era divertida, yo no quería una relación, y ella trató de presionarme.

No obstante, era engreída y sabía hacerse la dura, y eso me gustaba.

—Es mejor cuando no hablamos —murmuré al tiempo que la hacía retroceder hasta la pared.

No quería dejarme ganar, pero vi una pequeña sonrisa asomar antes de que bajara los ojos verdes. Cuando volvió a alzarlos, su mirada era firme.

—¿Y qué quieres?

—El blog de las animadoras —señalé—. Que retires la foto en la que salimos Tatum y yo.

—¿Por qué? —espetó—. Tiene mucho éxito.

—Porque te lo digo yo —indiqué sin siquiera fingir flirteo—. Hoy. La dejé allí y supe que lo haría.

Más tarde ese mismo día me dirigí a la última clase, Temas de Cine y Literatura. Me había apuntado a todas las asignaturas de Penley este semestre. Era una mujer dulce y me sentía muy mal por mi comportamiento con ella este año, peor que con el resto de profesores. Sentía respeto por los profesores que se esforzaban conmigo y después de lo mal que me había portado con ella en otoño, había decidido aprovechar todas las oportunidades que se me presentaran para demostrarle que era un buen alumno. O al menos un buen chico.

No obstante, aunque ella lo intentaba, sus clases eran las que menos me gustaban. Odiaba la literatura y escribir, y detestaba hablar en público.

Ahora deseaba que llegara la hora de esta clase más que ninguna otra. Tate se sentaba dos mesas por delante de mí, y podía pasarme toda la hora cavando un agujero en su nuca.

—Quiero entrar en Columbia, en Medicina. ¿Y tú? —le preguntó Tate a Ben Jamison, que estaba sentado a su lado, y no pude reprimir la necesidad de escuchar la conversación a escondidas.

—Voy a solicitar plaza en varios lugares —respondió él—, aunque no se me dan bien las matemáticas ni las ciencias. Yo quiero hacer Empresariales.

«¿Y qué es exactamente Empresariales? ¿Literatura griega?»

—Pues espero que te gusten un poco las matemáticas. En Empresariales tienes que estudiar economía, ¿sabes? —Tate dio voz a mis pensamientos y resoplé cuando Ben la miró con los ojos muy abiertos y claramente confundido.

Mordisqueé el bolígrafo para reprimir una carcajada por ese idiota.

Tate se quedó paralizada, por lo que me di cuenta de que sabía que estaba escuchándolos.

—Estás en el comité del baile de bienvenida, ¿no es así? —continuó, sin hacerme caso.

—Sí, ¿vas a ir? —preguntó él. Dejé de respirar, a la espera de su

respuesta.

A lo mejor intentaba pedírselo o tal vez solo estaba tanteando para ver si estaba interesada en otro. Recordaba que él se había fijado en ella en el primer curso, pero fue bastante fácil hacerle cambiar de opinión. Cuando se enteró del rumor de Stevie Stoddart, el que difundí acerca de que Tate había perdido la virginidad con el chico más guarro del instituto, no volvió a mencionarla. Era un tipo débil y un seguidor de las masas.

Pero... a las chicas les gustaba él. ¿Por qué? No tenía ni idea. Parecía igual de aburrido que una noche de películas religiosas. Pero era amable, el tipo de chico que llevabas a casa a que conociera tu madre.

—Ya veremos —respondió Tate—. ¿Has contratado a una banda o habrá DJ?

—Una banda estaría bien, pero suelen tocar solo un tipo de música, por lo que es difícil contentar a todo el mundo. Habrá un DJ. Es lo que ha decidido la gente. Amenizará la fiesta con una mezcla de todo: *pop*, *country*...

De acuerdo, una lección sobre Tate y la música. Si los fans no hacen más que tatuarse el nombre de la banda en la piel, es que no merecen escucharla. Cualquier música que no implique algo más que dar saltitos y mover la cabeza es casi tan emocionante para ella como Kenny G.

Bueno, y para mí también. En ese tema teníamos el mismo parecer.

—Ah... ¿*pop* y *country*? Con eso no hay lugar a equivocación. —Intentó sonar sincera y con un cabeza de chorlito como Ben Jamison probablemente funcionara, pero a mí no me engañaba.

No pude reprimir una risita, así que fijé la vista en el teléfono cuando Tate se volvió y me lanzó una mirada asesina. Al ver que no la miraba, se volvió de nuevo.

—¿Entonces te gusta el *pop* y el *country*? —le preguntó a Ben y me puse a dar golpecitos con el bolígrafo, enfadado.

«¿Dónde diablos está Penley?»

—Sobre todo el *country* —oí que respondía él.

Tate se limitó a asentir y, con suerte, se dio cuenta de que no tenían nada en común.

—He oído que vamos a ver *El sexto sentido* en clase este semestre —continuó—. ¿La has visto?

—Sí, hace mucho tiempo. No me gustó, no soy muy aficionado a las películas de suspense y misterio. Me gustan las comedias. Puede que también podamos ver *Borat*.

—Oye, Jamison —lo interrumpí. Ya estaba harto de escuchar a Tate en su intento de ganarse el favor de este chico—. Si te gusta Bruce Willis, *El protegido* es muy buena. Deberías de darle una oportunidad... si es que quieres cambiar de opinión sobre las películas de suspense.

«Ya está». Así Tate podía dedicarse a algo mejor, como callarse la boca.

A ella le gustaba Bruce Willis, le gustaban las películas de acción y de suspense. Y quería que recordara que yo conocía esa información.

—Muy bien, chicos. —Por fin llegó la señora Penley—. Además de lo que tengo yo, Trevor va a repartiros una plantilla de una brújula. Por favor, escribid vuestro nombre arriba, pero dejad los márgenes norte, este, sur y oeste en blanco.

La habitación se llenó del sonido de hojas de papel pasar de unos a otros en cadena. Las hojas pasaban por las filas y los alumnos tomaban una como si se tratara de su tique de salida y todos tuvieran otro sitio mejor al que ir.

—Bien. —La señora Penley juntó las manos—. Las hojas de papel que os he repartido son listas de películas que contienen monólogos importantes. Ya que hemos empezado a hablar de los monólogos y de su importancia en el cine y la literatura...

La mente se me llenó de niebla; oía la voz de Penley, pero no las palabras. Tenía la mirada puesta en la espalda de Tate y, sin darme cuenta, de repente estaba totalmente perdido.

Se había recogido el pelo en una larga coleta y los rizos caían por la espalda como una cascada, o una... sogá.

Apreté los puños.

«Madre mía».

No me veía el pene, pero sabía que había aumentado dos veces el tamaño que solía alcanzar cuando estaba excitado.

La camiseta verde de Five Finger Death Punch que llevaba no era demasiado estrecha, pero se ajustaba a la espalda esbelta y complementaba la piel besada por el sol. Me moría de ganas por besarle el hombro, la curva que acariciaba el cuello de la camiseta.

«Sería un buen sitio para un tatuaje pequeño», pensé.

El pelo, la ropa... era la mezcla perfecta de chica buena y chica mala, de salvación y peligro.

De nada servía mentirme a mí mismo. Por mucho que la odiara, ansiaba probarla.

Por lo que había oído, cuando estabas enfadado el sexo era bastante bueno.

—¡Venga! —exclamó la profesora y levanté de golpe la cabeza, apartando la fantasía en la que me había perdido.

«Mierda». Todo el mundo se levantó y empezó a pasearse por el aula con las hojas de papel y los bolígrafos.

«¿Se suponía que tenía que levantarme? —Me invadió una sensación de temor cuando me miré los *jeans* y cerré los ojos—. Esto no está pasando».

Y... ¡mierda!, no podía dejar de imaginarme a Tate, en mi automóvil, en el armario de limpieza, en mi cama.

No podía ponerme en pie justo ahora, así que respiré profundamente y me obligué a pensar en algo aburrido, como las películas de época británicas y las norias.

Afortunadamente, Ivy Donner se acercó y anotó su nombre en mi hoja de papel, debajo de donde ponía «este», y después mi nombre en la suya. Menos mal, porque no tenía ni idea de qué se suponía que estábamos haciendo y notaba que la sangre se había transformado en lava. Estaba muy enfadado.

Tate suponía una buena distracción de mi padre, pero no necesitaba que me excitara de esta forma y tan rápido como para ni siquiera poder salir de clase en mitad de un simulacro de incendio sin ponerme en evidencia.

Me concentré en arrugar el ceño y en calmar la respiración. Dos chicas más rellenaron los espacios vacíos de mi hoja mientras yo me esforzaba por relajarme. Imaginé que teníamos que buscar compañeros con la brújula y anotar nombres en cada punto cardinal. Me daba igual.

—Señora Penley, me falta el norte. ¿Le parece bien que forme un trío con dos compañeros? —oí que preguntaba Tate desde la parte delantera del aula.

Algunos empezaron a murmurar y otros prorrumpieron en carcajadas. Yo no hice ninguna de las dos cosas, me limité a evitar mirarla o imaginarla en un trío para que se me bajara la erección.

—Eh, Tate —habló Nate Dietrich con tono grave—. Yo puedo hacer un trío contigo. Mi brújula siempre señala al norte.

—Gracias, pero me parece que tu mano derecha se va a poner celosa —le respondió y toda la clase se rio con ella y no de ella en esta ocasión.

—¿Necesita alguien un norte? —preguntó la señora Penley, interrumpiendo la charla.

Miré mi hoja de papel y vi que yo también tenía ese espacio vacío, pero no dije nada. Lo último que quería era ayudarla. Pero entonces vi a Ben, dos asientos por delante de mí, a la izquierda, borrar su norte. Sacudí la cabeza y me dispuse a comportarme como un idiota.

—Puede ser mi norte —indiqué con toda la calma que pude.

Todo por culpa de Ben. Había cometido una estupidez, pero a ese chico le gustaba Tate e iba a por ella.

¿Por qué no podía dejarlo pasar?

—Bien, Tate, pues adelante —La señora Penley levanto la mano e indicó a Tate que se sentara.

No me miró, se limitó a dejarse caer en la silla y a inclinarse sobre el papel, seguramente para planificar mi muerte. Sonreí, disfrutando de su odio y de la sensación de haber recuperado el control.

Estaba listo para la ronda dos.

CAPÍTULO 13

—Oh, mira. Si es el perro... y *Madman*.

Levanté la mirada de la hierba y vi a KC acercarse a la entrada de la casa de Tate. *Madman* y yo acabábamos de volver de un paseo y nos habíamos echado en el patio delantero de casa después de un combate de hombre a hombre en el que él usaba los dientes y yo la mano enguantada.

—¿Sabes? No sabría decir quién de vosotros dos tiene mejores modales. —Llevaba bolsas de plástico llenas de lo que parecía comida. Se detuvo antes de llegar a los peldaños de la entrada de la casa de Tate—. Al menos él no molesta a la gente. —Ladeó la cabeza en dirección al animal.

KC me recordaba a la chica rubia de *Crónicas Vampíricas* que siempre salía corriendo y actuando como si los problemas del universo entero tuvieran algo que ver con ella.

Sí, mejor no juzgar. A Madoc le gustaban los dramas, pero a mí no.

Lo cierto es que hay personas que creen que tienen el papel protagonista cuando en realidad son meros personajes secundarios.

Me apoyé en los codos y esboqué una sonrisa torpe y confiada.

—¿Sabes qué hay peor que ver lo cruel que puedo ser?

Exhaló un suspiro y apoyó la mano en la cadera, como si estuviera haciéndole perder el tiempo.

—¿Qué?

—Ver lo amable que puedo ser. —Las palabras flotaron como seda en el patio hasta su entrepierna.

Cambió la cara de impertinente que tenía y ahora parecía un tanto perdida. Probablemente intentara adivinar si estaba flirteando con ella, o tal vez solo tratara de recordar cómo se llamaba.

Me reí para mis adentros. Sí, eso le había cerrado la boca.

Yo toleraba a... bueno, a la mayoría de las personas, pero la malicia la

odiaba de verdad. Si una chica tenía que arrugar la nariz y fruncir el ceño al mismo tiempo solo para hablar, era perfecta para el tipo de actividades que no requerían palabras.

KC subió los escalones hacia la casa de Tate y llamó al timbre como si la persiguiera una legión de zombis.

Sentí una sacudida en el pecho al imaginármelo, me tumbé en el suelo y cerré los ojos. El sol se estaba poniendo y se estaba instalando la dulce calma que presagiaba que los trabajadores se habían marchado a casa a cenar. Me encantaba esta hora del día.

La luz formaba al oeste un caleidoscopio de naranjas y verdes en mis párpados y me recreé con la ilusión de este vecindario, en torno al cual existía yo, pero no dentro.

Madman me lamió la mano y le devolví el gesto rascándole las orejas. Tate abrió la puerta de la casa y oí unas voces ahogadas. Una máquina recortadora de hierba trabajaba en la calle, pasaban vehículos y los padres llamaban a sus hijos para cenar.

Y yo fui parte de ello un instante.

Me encantaba nuestro vecindario, siempre sería así. Todas las casas tenían secretos y eso es lo que las hacía tan perfectas. Me reía del señor Vanderloo, que vivía al otro lado, porque se escondía en el garaje todas las noches a fumar marihuana cuando su familia se acostaba. A la señora Watson, tres casas más abajo, le gustaba que su marido se vistiera como un trabajador de mensajería, que le repartiera cosas en casa y que luego la llevara al dormitorio.

Incluso el padre de Tate tenía un secreto.

En el tiempo que habíamos pasado juntos mientras ella estaba en el extranjero, descubrí que comía solo todos los jueves por la noche en Mario's. Tate me había contado que en ese restaurante italiano tuvieron sus padres su primera cita. No tenía ni idea de si ella sabía que seguía yendo.

Noté que las piernas me vibraban, arrancándome de la ensoñación, y me saqué el teléfono del bolsillo.

Entrecerré los ojos con irritación, toqué la pantalla y respondí.

—¿Qué? —No necesitaba formalismos, sabía quién era.

—Hola. Tengo una llamada a cobro revertido de un interno de la prisión Stateville. ¿La acepta?

«No».

—Sí.

Esperé a que el operador me la pasara. Me sentía como si me hubieran sacado de Nunca Jamás y me encontrara ahora rodeado de una docena de soldados que me apuntaban con un arma.

Era mi padre, lo sabía. Solo me había llamado una vez con anterioridad y tenía claro que en esta ocasión lo hacía por la misma

razón.

—Cuando vengas mañana mete dinero en mi cuenta —me dijo, sin preguntar.

Inspiré profundamente.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Ya sabes por qué —gruñó—. No actúes como si tuvieras elección.

No tenía dinero. Puede que no hubiera elección, pero tenía un problema.

—Tendré que ganarlo y no voy a poder hasta mañana por la noche. — Era ya tarde para competir esta noche en una carrera—. Iré el domingo.

Y entonces colgó.

Cerré los ojos y apreté el teléfono. Ojalá fuera su cara, su corazón, su fuerza.

Se suponía que el dinero que le había dado para que dejara de llamar a Jax sería algo aislado. Pero no.

Le había dado un respiro a mi hermano, pero siempre volvía a llamar. Y yo continuaba siguiéndole el juego solo para que Jax tuviera algo de paz.

«No actúes como si tuvieras elección». Las palabras me perforaron los oídos y sentí todo el dolor de ese día. Eran las mismas palabras que me dijo antes de tirarme por las escaleras del desván.

Justo antes de que encontrara a Jax con ellos.

Me incorporé y miré a mi alrededor en la calle.

«Maldita sea».

En un intento de recuperar la calma, me centré de nuevo en el vecindario. Los patios verdes y cuadrados parecían ahora desordenados y con el color menos vibrante. Las casas estaban muertas y empecé a asustarme por la forma en que respiraba.

Y entonces alcé la mirada.

Tate estaba sentada en la ventana de su habitación con los pies apoyados en la barandilla. Me concentré en ella. No veía el resto del cuerpo, pero la veía a ella, sabía que estaba ahí. Sentía la energía que siempre emergía de ella. Puede que fuera odio, o deseo, pero no era amor.

No obstante, con eso me bastó, lo necesitaba. Comencé a relajarme y el aire que inspiraba y espiraba ya se parecía más a agua, y no tanto a sirope. Me levanté y volví a la casa.

Marqué el número de teléfono de Zack Hager, que era quien organizaba las carreras del Loop, y apreté y relajé el puño para deshacerme del malestar.

—Hola, ¿puedo competir mañana por la noche?

—Veamos. —Se quedó en silencio un instante—. Tengo tres carreras para mañana, pero Jones se acaba de echar atrás, así que Diaz necesita un

oponente.

—Apúntame entonces.

Necesitaba el dinero. Después de comprarme el automóvil con el dinero que había conseguido por la casa de mi abuelo, mi madre me había hecho prometer que ingresaría el resto en una cuenta bancaria para la universidad. El único efectivo que tenía era el que ganaba en el trabajo, pero no era suficiente para que a Thomas Trent no le faltaran cigarrillos y comida.

Cuando colgué el teléfono tras hablar con Zack, mandé un mensaje de texto a Madoc para que organizáramos una fiesta esa noche en mi casa y después saqué el vehículo del garaje para comprobar el aceite.

Como no tenía nada con lo que distraerme hasta que empezara la fiesta, conduje hasta Weston para ver a mi hermano. Sus nuevos padres de acogida se portaban bien y lo dejaban quedarse algunas noches en mi casa, así que a veces me acompañaba a las fiestas y a las carreras.

—¡Vaya, si es el pequeño Jared! —gritó Madoc cuando salimos del automóvil. Había llegado pronto a casa para los preparativos y, por lo que parecía, la fiesta ya había comenzado.

Jax se echó a reír y embistió a mi amigo en el pecho con el hombro.

—Ya me he enterado de que te gustan los jovencitos.

—Solo cuando son como tú de guapos, princesa.

Puse los ojos en blanco cuando Madoc abrazó a mi hermano e hizo aspavientos como si estuviera teniendo sexo con él.

No tenía ni idea de por qué Madoc llamaba a Jax pequeño Jared, pero no era por el parecido. Teníamos los ojos distintos, el peinado distinto y personalidades distintas. Jax era alocado, no le daba miedo sonreír y aprovechar el momento.

Ambos medíamos lo mismo y él estaba un poco más delgado que yo, pero porque solo tenía dieciséis años.

Me convenía aprovecharme de la atención de las féminas ahora que podía, porque en unos años no me iban a hacer ni caso cuando él estuviera a mi lado. Tampoco es que me importara, quería que Jax lo tuviera todo, porque se lo merecía.

Examiné el vecindario mientras caminaba hacia el patio de casa y asimilé toda la vida y el ruido que me rodeaba. Cuando mi padre me llamó un momento antes, el latido de la calle había caído en picado ante mis ojos, todo parecía enfermo. Pero ahora, al mirar la ventana de Tate y ver la luz encendida, el retumbar del corazón me infundió ánimos renovados.

—Oye, ¿crees que esta noche habrá acción? —Madoc me rodeó el cuello con el brazo e hizo un gesto con la barbilla para señalar la casa de Tate.

Se refería a la última vez que irrumpió en mi fiesta. Sonreí con la vista

fija en la ventana.

—Me parece que se ha quedado sin munición.

Dicho esto, entramos en el frenesí ruidoso y lleno de menores de edad conocido como mi casa.

—Madre mía, tú sí que sabes besar —resolló cuando me separé de sus labios y deposité un reguero de besos por el cuello.

Esta chica, que me había dicho que se llamaba Sarah, parecía dulce, pero fácilmente corruptible. Por suerte nadie había invitado a Piper, así que esta noche tenía carta blanca para disfrutar de todo lo que la fiesta me ofrecía.

La empujé contra la puerta del baño y me deleité como si fuera incapaz de sentirme nunca satisfecho.

No la conocía. Iba a un instituto a dos ciudades de distancia y, al parecer, era la amiga de una amiga. Tenía el pelo suave, los labios todavía más suaves y se comportaba como si tuviera cerebro.

Me había pasado una hora más o menos emborrachándome y observándola moverse al ritmo de la música con un vestido sexi negro y sin tirantes, hasta que al fin me decidí a efectuar un movimiento. No me había costado traerla hasta aquí y tampoco tenía prisas por terminar.

Le acaricié con los labios el cuello, suave y con un olor dulzón, y deslicé la mano por el cuerpo esbelto. Se le endureció el pezón cuando lo rocé suavemente al bajar hasta el vientre tenso. Recorrí el hueso de la cadera hacia atrás para tocarle el trasero. La alcé para pegarla a mi pene y la besé lenta y profundamente. Sabía bien, no estaba borracha y tampoco fumaba.

—Yo no soy ninguna puta —me dijo con voz suave. Levanté la cabeza para mirarla.

«Ya estoy acostumbrado a esta parte». Las chicas solían sentirse culpables por mostrarse tan fáciles y eso corroboraba eso de que un chico podía disfrutar del sexo, pero no una chica. ¿Qué era peor? Eran ellas las que perpetuaban ese patrón. Nosotros no usábamos la palabra «puta», no juzgábamos. No tenía por qué asegurarme nada.

Me miró atentamente.

—Simplemente quiero... evadirme un rato.

Bajó la mirada como si de sus ojos pudiera emerger una historia que no quería que yo conociera. Entendía cómo se sentía, yo tampoco quería que nadie supiera la mía.

—Se me da bien eso de evadirme —comenté—. Ven aquí.

Nuestros labios volvieron a unirse, hundí lentamente la mano entre sus piernas y me escabullí en el momento tan ansiado: la historia que tenía en la mente y que no quería que nadie más viera.

—¿Jared?

La oigo susurrarme al oído y deseo perderme en su voz.

—¿Jared? —Me toma de la mano y la sube por sus muslos, hasta el punto más cálido—. ¿Me sientes?

Dios, su voz suena desesperada. Es ronca y jadeante, como si hubiera perdido todo el control y voluntad. Como si fuera el más diminuto hilo que mantiene el deseo y el atrevimiento a raya, porque en cualquier momento este se romperá y suplicará lo que desea. El dolor es una tortura.

Abro los ojos y veo los azules que tanto ansiaba, y me desean. Le tiembla el labio y una fina capa de sudor hace que le brille la cara. Ella es fuego y necesidad y la chica más bonita que nunca he visto.

—¿Tate? —Se me rompe la voz. No puedo creerme que me deje tocarla de este modo.

—¿Te das cuenta de lo mucho que te deseo? A ti. Siempre a ti, cariño —murmura y apoya la frente en mi barbilla. Cierro los ojos y noto que la sangre me hierve por la necesidad de congelar este momento para siempre.

Siento electricidad en la piel cuando posa las manos en mis jeans, sobre el miembro que soy incapaz de mantener a raya cuando ella está cerca.

—Tú también me deseas —gime y deja un sendero húmedo y caliente en mi mandíbula—. Lo noto. No eches esto a perder, cariño. Te quiero.

Abro los ojos, enredo los dedos en el pelo y le levanto el rostro para que me mire.

—¿Me quieres? —pregunto con fiereza.

No me quiere. No puede quererme.

—Siempre has sido tú. Siempre he sido tuya. Toma lo que es tuyo —me pide.

No puedo soportarlo más y me aferro a lo que es mío. Le devoro los labios dulces y nos derretimos en la ternura y el calor, sin querer otra cosa que abandonarnos a la necesidad peligrosa del otro.

Lo quiero todo. La quiero a toda ella.

—¿Estás bien? —preguntó una voz, con tono fuerte y claro.

Parpadeé y me di cuenta de que estaba todavía en el baño, con la frente apoyada en el hombro de otra chica. Me pesaban los párpados y lo veía todo borroso.

«¿Qué narices pasa?»

¿Estaba llorando?

«¡Joder!»

—¿Estás bien? —volvió a preguntar.

Me erguí y miré a la chica con la que había estado a punto de tener sexo. Unos ojos marrones me devolvieron la mirada. Sentí náuseas; el alcohol había llevado mi cuerpo de una niebla de felicidad a la agonía.

—No, no estoy bien —murmuré y me volví para apoyarme en el lavabo—. Vete, me encuentro mal.

—¿Quieres que llame a alguien?

—¡Vete! —grité. La chica salió rápidamente y yo cerré los ojos y tensé todos y cada uno de los músculos del cuerpo con la esperanza de que desapareciera el mareo.

Unos segundos más tarde sentí extenuación. Aquí estaba, encerrado en el baño, prácticamente llorando, ¿y por qué?

Había perdido el control. Siempre lo perdía.

Tomé el cepillo de dientes, me lo metí en la garganta y eché todo lo que había comido ese día en el inodoro. La mayor parte era alcohol de las cuatro horas anteriores y noté que me ardía todo cuando me agarré al lavabo y me doblé sobre mí mismo por las arcadas.

—¿Estás bien, Jared? —preguntó alguien.

—¡Maldita sea! —chillé—. ¿Es que no me podéis dejar tranquilo, joder? —Vomitó lo que me quedaba en el estómago y miré a quienquiera que estuviera en la puerta.

«Mierda».

—Jax —comencé, pero no fui capaz de acabar. Se había marchado.

No dijo más, se limitó a apartar la mirada y salir del baño antes de cerrar la puerta. En ese momento yo no era mucho mejor que nuestro maldito padre.

Conocía esa mirada, la había visto antes. Maldita sea, yo mismo la había puesto. Tenía tanto miedo que no podía mirarme a los ojos. Se había marchado con la misma quietud con la que había llegado para mantenerse fuera del alcance del borracho lunático.

Hice unas gárgaras, me quité la camiseta y me senté con la espalda apoyada en la pared para descansar. Tenía que tranquilizarme antes de disculparme con él. No podía volver a verme de este modo.

Me quedé allí un minuto o dos intentando aclarar la mente y el estómago. No obstante, cuando me puse en pie para salir de la habitación, toda la casa desapareció. Se apagaron las luces, cesó la música y lo único que oía eran los improperios de la gente enfadada.

—¿Qué pasa ahora? —Salí del baño y entré en mi dormitorio.

Caminé a tientas entre la porquería que tenía en el suelo hasta dar con una linterna en la mesita de noche. La encendí.

No había tormenta y llevábamos las facturas al día. ¿Por qué se había ido la electricidad?

Me acerqué a la ventana y vi que la luz del porche de los Brandt estaba encendida, así que comprendí que no había pasado en todo el vecindario.

Y entonces vi a Tate.

La miré detenidamente. Su silueta estaba detrás de la cortina de su cuarto, y entonces lo supe. Supe lo que acababa de hacer.

Bajé las escaleras y me abrí paso entre los borrachos que tropezaban y reían en mi casa y patio. Salí por la puerta trasera, miré el contador de electricidad y salté la verja.

La llave que me había dejado su padre para que vigilara la casa seguía en mi llavero, así que me lo saqué de los bolsillos y me lancé hasta la puerta trasera de su casa, sin importarme que me oyera.

De todos modos pronto se iba a enterar de que estaba allí.

No podía creerme que me hubiera dejado sin electricidad. La sangre bullía como in ciclón en mi interior, pero, aunque pareciese mentira, me sentía bien. Estas eran las situaciones en las que me mostraba más fuerte.

¿Debería de estar aquí? No. ¿Qué pensaba hacer o decir cuando llegara a donde estaba ella? Ni idea. Pero ansiaba esta pelea.

Rodeé la barandilla de las escaleras, subí y vi a Tate entrando a toda prisa en su dormitorio.

«¿Es un bate lo que lleva?»

Sí, eso le serviría de ayuda. Conmigo no estaba a salvo, ya se había dado cuenta.

Abrí la puerta de la habitación y la vi intentando escapar por la ventana.

—No, no.

Se dio la vuelta para mirarme e hizo ademán de levantar el bate, pero llegué a su lado antes de que pudiera balancearlo siquiera. Se lo arranqué de las manos y me abalancé sobre ella, pero sin tocarla. Noté una oleada de calor proveniente del diminuto espacio de aire que nos separaba.

Por la mirada que tenía adiviné que ella también estaba enfadada. Pero no respiraba sonora y profundamente, sino rápida y entrecortadamente. Estaba asustada.

—¡Fuera! ¿Estás loco? —Trató de rodearme para salir de la habitación, pero me interpose en su camino.

—Has cortado la electricidad de mi casa. —Mantuve la voz baja y firme. No quería que me tuviera miedo, no iba a hacerle daño, pero tenía que saber que un favor merecía otro de vuelta.

—Demuéstralo —siseó.

«Oh, nena». Relajé la expresión y esboqué una sonrisa falsa y aterradora. Mejor que no siguiera por ahí.

—¿Cómo has entrado? —preguntó—. ¡Voy a llamar a la policía!

—Tengo una llave —contesté y disfruté con la cara de frustración que puso.

—¿Y por qué tienes una llave de mi casa?

—Tu padre y tú habéis estado en Europa todo el verano —señalé y entrecerré los ojos— ¿Quién te crees que ha recogido el correo? Tu padre se fía de mí. No debería.

Estaba bastante seguro de que James Brandt no sabía nada acerca de mi relación con su hija. Tate no se había quejado de cómo estaban las cosas entre nosotros, porque, si hubiera sido así, estaba claro que me iba a quedar sin un par de extremidades.

—Vete —me ordenó. El disgusto y la ira resplandecían por todo su rostro y apreté los puños.

Avancé y ella retrocedió hasta la ventana. Me cerní sobre ella para que se diera cuenta de quién controlaba la situación.

«Lección número uno, Tate: yo no hago lo que me dicen que haga».

—Eres una zorra entrometida, Tatum. Mantén tu puñetero trasero en tu lado de la verja.

Me miró a los ojos sin parpadear.

—No dejar dormir a los vecinos los vuelve irritables.

Casi me eché a reír por su valor. Intentaba demostrarme lo buena combatiente que podía ser. Apoyé las manos a cada lado de su cabeza con el fin de que se diera cuenta de que ella no estaba a mi altura.

Por qué no se escabulló por debajo del brazo, no tenía ni idea. Esperaba que lo hiciera, pero se quedó allí quieta y, por desgracia, nos puso las cosas difíciles a ambos. Cara a cara, nariz contra nariz, saboreando su aliento, la habitación rebosante de tensión y odio. Tal vez de ambos, o puede que fuera otra cosa.

Por suerte, ella fue la primera en apartar la mirada. La bajó y, por un momento, creí que había vencido.

Hasta que... empezó a recorrerme con la mirada y me quedé congelado.

Me observó por todas partes.

Vi cómo recorría con mirada ardiente el tatuaje del farolillo en el antebrazo y bajaba hasta las letras que tenía en el torso, por el estómago desnudo y subían hasta el pecho.

Y, maldita sea, me gustaba su mirada.

«¿Qué diablos estás haciendo, Tate?»

Me sobrevinieron imágenes de la fantasía que había tenido en el baño y bajé la mirada hacia su cuerpo. Disfruté de unas vistas estupendas de la camiseta negra y la parte superior de unos pechos perfectos. Me gustó ver una parte del vientre que sobresalía de la cinturilla de los diminutos pantalones cortos. Me encantaba imaginar cómo sonaría pronunciando mi nombre entre gemidos. Pero odiaba pensar que mirarla a los ojos era lo mejor de todo.

Ella vio mi yo verdadero y en ese momento sentí que existía. Pero también vio la fealdad y la confusión. Vio todo lo que me convertía en un perdedor.

En ese instante supe qué estaba haciendo. Estaba jugando conmigo. Mirándome, intentando que perdiera el control.

Inspiré profundamente y me di la vuelta para marcharme.

—Nadie más se ha quejado. ¿Por qué no te callas la boca y lo dejas estar?

—Deja aquí la llave —respondió y me detuve.

Solté una carcajada amarga.

—¿Sabes? Te he subestimado. Aún no has llorado, ¿no es así?

—¿Por el rumor que has difundido esta semana? Ni en sueños.

«Claro, creía que lo de las fotos había sido idea mía».

—Venga ya, como si tuviera que recurrir a los rumores. Esas han sido tus compañeras de atletismo. Y sus fotos. Todo el mundo sacó sus propias conclusiones. —Me acerqué a ella y me puse a su altura—. Te estoy aburriendo. Supongo que tendré que mejorar la jugada.

La amenaza se cernió entre los dos. Apretó los labios y le salieron chispas de los ojos. Estaba a punto de perder. En tres, dos uno...

—¡¿Qué te he hecho yo a ti?! —chilló.

Me encogí de hombros; no tenía ninguna intención de contarle la verdad.

—No sé por qué piensas siquiera que has hecho algo. Eras muy dependiente y me cansé de aguantarte.

No era dependiente. Era deshonesto y no se podía confiar en ella.

—No es verdad. No era dependiente. —Se le trabó la lengua—. Tú venías a mi casa tanto como yo a la tuya. Éramos amigos. —Me miró con una tristeza profunda. Tenía la cara tensa y las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

«Una maldita mentira».

Sonreí, pero por el enfado y no por diversión.

—Sí, claro, sigue soñando.

—¡Te odio!

«Al fin».

—¡Bien! —grité, cerniéndome sobre ella. El corazón me latía desenfrenado—. Por fin, ¡porque hace mucho que ni siquiera puedo soportar verte! —Estampé la palma de la mano contra la pared, al lado de su cabeza.

Tate se encogió y se me cayó el alma a los pies.

«Mierda».

La había asustado. ¿Por qué diablos había hecho semejante cosa? Retrocedí un centímetro.

Me dieron ganas de golpear algo, pero no a ella. No quería que pensara que había estado a punto de hacerlo siquiera. Nunca. Jamás había pegado a una chica y nunca lo haría.

«Maldita sea». Ya no me miraba a la cara. La situación nunca había estado tan mal entre los dos. Ella solía salir corriendo. Antes de Francia. O antes de enterarse de que se marchaba a Francia.

Y cuando ella se retiraba, yo me tranquilizaba. Me sentía satisfecho. Pero ahora... no era yo el más fuerte. Se enfrentaba a mí y me retaba. Nos quedamos quietos los dos. Tate acabó mirándome a los ojos. Algo le nubló el océano azul de la mirada: ¿desesperación?, ¿arrepentimiento? Y al final, resolución.

Tenía la mirada fija en la de ella a la espera de que dijera algo cuando se dio la vuelta y miró por la ventana.

—Oh, mira. Es la policía —indicó en voz baja—. Me pregunto qué hará aquí.

Miré por encima de su hombro y vi dos vehículos negros y blancos con las luces parpadeando aparcados delante de mi casa. Un par de agentes estaban accediendo al patio, observando el caos que los rodeaba.

«Hija de puta».

No podía haberle dado tiempo a llamarla una vez que entré en la casa. Seguramente se había quejado antes.

«Ahora mismo la estás mirando como si quisieras amarrarla y darle un buen azote».

La estupidez que había dicho Madoc era cierta. Merecía un buen azote.

—Te prometo que para la semana que viene estarás hecha un mar de lágrimas. —Pensaba hacer lo que tenía que hacer. Lo dije con tono tranquilo, decidido y definitivo. Me marché de la habitación, haciendo ya planes

—Deja aquí la llave —me gritó.

Pero yo nunca hacía lo que me decían que hiciera.

CAPÍTULO 14

Después de echar a todo el mundo de mi casa, los agentes de policía me pusieron una multa elevadísima y llamaron a mi madre. No obstante, todo eso me importaba más o menos lo mismo que la guerra de Oriente Medio.

¿Problemas con la policía? Ya estaba acostumbrado. ¿Que me pidieran un dinero que no tenía? Un juego de niños.

Jax y Madoc me ayudaron a limpiar antes de que llegara mi madre y después me duché y me fui a la cama. Mi hermano se quedó en el cuarto de invitados.

Tate era lo único que tenía en la mente ahora. Me quité de la cabeza cualquier pensamiento de que lo que estaba pensando podía ser ir demasiado lejos. ¿Pretendía ella hacerme daño? No. ¿Y yo a ella? Sí.

Pero se trataba de un juego.

Todo lo que habíamos compartido años atrás no significaba nada para ella. Cada vez que la presionaba no era para hacer que se sintiera mal, sino para demostrarme a mí mismo que ella no tenía el control de mi mente ni de mi corazón. Si pudiera arrancarla de mi mente y de mi corazón, matar todo lo bueno que sentía por ella, entonces sería más fuerte.

—Hola, KC. —Me acerqué a la taquilla del cine Spotlight, que era donde trabajaba la amiga de Tate—. ¿Qué tal estás?

La chica levantó la mirada del libro y entornó los ojos.

—No hables conmigo, cabeza de chorlito.

—Vaya. —Esbocé una sonrisa y asentí de forma condescendiente—. Qué buena.

KC era la mejor amiga de Tate. Su única amiga, en realidad. Ganarme su favor, posiblemente seduciéndola, destrozaría a Tate, y estaba dispuesto a hacer caso omiso de la voz en la cabeza que me pedía a gritos que abandonara la idea.

Esto era ir demasiado lejos.

¿Estaba a punto de usar a alguien para hacer daño a la chica de la que estuve enamorado en el pasado? ¿Quién me había enseñado a ser tan mezquino?

El regreso de Tate me hacía sufrir altibajos. Los momentos de subida eran los mejores que había sentido en todo el año, pero las bajadas me estampaban contra las paredes. KC era un daño colateral.

«Podía hacerlo».

—Quiero un cubo grande de palomitas y una Coca-Cola, por favor.

Puso los ojos en blanco y se dirigió a la comida. Yo me moví por el mostrador hasta donde se encontraba echando palomitas en un cubo.

«Allá vamos».

—¿Vas a ir esta noche al Loop con Liam? —Le estaba preguntando por su novio.

Sin levantar la mirada, negó con la cabeza.

—¿Cuántas veces me has visto allí, Jared? —me preguntó, enfadada—. Un puñado de chicos quejándose y discutiendo sobre el tamaño de su polla... Oh, disculpa, me prefería al tamaño de los motores de sus vehículos. ¿Se supone que eso tiene que parecerme divertido?

—Relájate. —Levanté las manos—. Solo pensaba que, como Liam iba a competir, irías a animarlo.

Ahora sí que alzó la mirada.

—¿Va a competir?

—Sí —respondí y me esforcé por mantener un tono despreocupado—. Con Nate Dietrich. ¿No te lo ha contado?

Con la barbilla levantada y cara de pocos amigos, dejó las palomitas en el mostrador y se dio la vuelta para servirme el refresco.

Aunque su novio era un chico bastante simpático, también era patético. Era de la clase de tipos que revelaba información secreta durante los cinco primeros minutos de tortura. No sentía ningún respeto por él.

Y aparte de todas sus debilidades, había descubierto una más. Semanas antes, en el Loop, vi que había a una chica a su lado. Y esa era mi baza para que KC rompiera con él, llevármela a mi terreno y enfadar a Tate.

—Perdona —comenté—, seguramente sepa que no te sientes a gusto allí. Aquello es una locura. A algunas chicas le encanta, otras lo odian —murmuré, procurando que sonara como si la conversación me aburriera. Por dentro, sin embargo, me estaba partiendo de risa. No podía haber predicho mejor la reacción de KC.

Me tendió la comida sin decir nada y yo le di un billete de veinte dólares y recogí el cambio. Tomé la porquería que no tenía pensado comerme y me encaminé a una sala en la que no pensaba quedarme. Me

di la vuelta y enarqué las cejas con aire inocente.

—KC. —Ella alzó la mirada cuando pronuncié su nombre—. Vives en Evans, ¿no?

—Sí.

—Me pilla de camino. Si quieres darle una sorpresa esta noche, puedo llevarte.

Me sudaban las manos, o tal vez fuera por la condensación del vaso, pero lo que estaba claro era que estaba nervioso. Si me decía que no o llamaba a Liam para confirmar si competía o no, iba a tener un problema.

—No creo.

Noté una sacudida en el estómago. Me encogí de hombros y esboqué una sonrisa.

—Solo es un trayecto en automóvil, KC. Tate y yo tenemos una relación poco usual. Yo no soy así con todo el mundo y lo sabes. —La miré a los ojos verdes y contemplé cómo se lo pensaba. ¿Debería o no? Estaba valorándolo y eso era buena señal—. De acuerdo —cedí—. Nos vemos en clase.

Conforme me alejaba, casi la oí tomar una decisión.

—¿A qué hora vas a ir? —me preguntó.

Me detuve de golpe, como si no esperara que cambiase de opinión, y me di la vuelta.

—Sobre las siete y media.

—Bien —asintió con tono más amable—. A las siete y media. Es en Evans, 1128 —me aclaró.

—Un gracias estaría bien —bromeé.

—Sí, claro —respondió y volvió a sus tareas.

Una vez dentro de la sala, le di la comida a unos adolescentes y fui a la puerta de salida.

—¿Qué? —El chillido que profirió KC seguramente sería detectado por un sónar ruso, y Madoc y yo nos

quedamos atrás para presenciar el espectáculo.

—¡KC! —Su novio, o quizá ya exnovio, se apartó de los brazos de la pelirroja y corrió hasta ella.

Habíamos llegado al Loop justo a tiempo. Le había pedido a Madoc que fuera antes y que me escribiera para confirmarme que Liam estaba en las carreras con su acompañante.

—¿En serio? —gritó KC.

—Por favor... —comenzó Liam, pero Madoc lo interrumpió.

—¿No es lo que parece? —terminó por Liam, entre risas.

—¡Cállate, joder! —rugió Liam y mi amigo se rio todavía con más ganas.

Liam agarró a KC, pero esta se apartó.

—No me toques. ¡Confiaba en ti!

—Aparta la mano —me entrometí.

Liam no me miró, pero dejó las manos quietas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a KC.

Ella hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Quién es? —Miró a la pelirroja que estaba apoyada en el Camaro de Liam.

—Por favor —comentó con sarcasmo la chica, que no parecía para nada sorprendida—. Llevamos juntos dos meses. No hay que ser muy lista para darse cuenta.

KC estaba a punto de perder los nervios, así que la agarré con suavidad por el codo y tiré de ella para alejarla de allí.

—¿Me llevas a casa, por favor? —Respiraba entrecortadamente y parecía avergonzada y con el corazón roto.

«Soy un capullo».

—Sí. —Suspiré y de repente me sentí como una mierda—. Primero tengo que competir, pero puedes sentarte en el vehículo de Madoc a esperar, ¿de acuerdo? Dame diez minutos.

Hice un gesto a mi amigo, que puso los ojos en blanco, probablemente preguntándose qué diablos me traía entre manos.

Después de la carrera, llevé a KC a casa. Seguramente no me sintiera igual de mal que ella, pero definitivamente no me sentía bien. Nada de lo que estaba haciendo estaba bien, pero, maldita sea, era mi único plan para destrozarse a Tate.

—Lo siento mucho, KC.

—¿Tú lo sabías? —Se limpió las lágrimas y los manchurrónes de máscara de pestañas con los dedos.

Me dieron ganas de vomitar.

—Por supuesto que no —mentí—. Pero si lo hubiera sabido no te lo habría dicho. Lo siento, es por el código de los chicos. —Esa parte era cierta. A menos que la novia de un amigo fuera también tu amiga, no interferías.

—Puuaj —gruñó, más enfadada que triste esta vez.

—Oye, te lo creas o no, lamento mucho que estés pasándolo mal. —Paré delante de su casa—. Ve y come chocolate o date un capricho haciendo una compra por Internet. Haz lo que sea que hagáis las chicas para sentirse mejor. Te prometo que le haré morder el polvo en una carrera la semana que viene. Puedes venir si te apetece.

No obstante, la broma no mejoró el humor de la chica.

—¿Crees que eres mucho mejor que él?

A pesar de que sabía que el suyo era un argumento válido, sí pensaba que era mejor que Liam. No sé por qué, tal vez porque lo consideraba muy débil. Si yo mentía era por una buena razón, y no porque fuera

demasiado débil como para deshacerme de algo que ya no quería.

Pero sí lo era, ¿no? No podía deshacerme de Tate.

—Sí —respondí al fin—. Yo no engaño a ninguna novia, porque no doy la impresión de querer una relación. Mira —comencé al tiempo que me desabrochaba el cinturón de seguridad—. Puede que cambie de chicas más que de chicle, pero no es porque crea que no merezcan la pena o que sean de usar y tirar, ¿sabes? Soy yo. Sé que no soy bueno para tener una relación, así que ¿por qué dejar que la gente se encariñe?

Y por una vez no estaba interpretando un papel para KC. Le estaba contando la verdad.

No estaba esforzándome por meterme entre sus piernas y no me importaba ni ella ni lo que pensara de mí. Por primera vez en mucho tiempo me sentía del todo cómodo siendo honesto con alguien.

Tenía la mirada fija en la ventanilla.

—Supongo que nunca lo sabrás —susurró en voz baja, como si lo dijera para sí misma.

«No, sí que lo sé», pensé. Sé muy bien lo que sucede cuando dejas que la gente se acerque a ti.

—Deberías de intentar olvidarte de esto —sugerí, aclarándome la garganta—. No hay motivos para llorar por un chico que no pensaba en ti mientras estaba con otra persona. Mereces a alguien mejor.

Se quedó ahí sentada y al cabo de un momento me dedicó una sonrisa.

—Sigues siendo un capullo —declaró antes de salir del vehículo, pero vi que tenía una sonrisita en los labios que me dejaba muy claro que lo decía de broma.

Los siguientes dos días, me abrí paso poco a poco en la vida de KC, enviándole mensajes en los que me mostraba preocupado y esforzándome por aparentar sinceridad. No sabía si le había contado a Tate que hablábamos, pero solo era una cuestión de tiempo que ella se enterara.

CAPÍTULO 15

—Gracias por traerme. —KC se quitó el casco y sonrió.

Era lunes por la noche y acababa de recogerla del trabajo después de que me enviara un mensaje preguntándome si podía llevarla a casa.

Sin embargo, cuando llegué empezó a actuar de forma cariñosa, pasándome los dedos por el pelo, tocándome el brazo; una familiaridad a la que aún no habíamos llegado.

Miré tras ella antes de que se subiera a la moto y vi a su ex con unos amigos en el vestíbulo del cine, observándonos. Supe entonces lo que estaba haciendo.

Sonreí, encantado con la idea de que fuera ella quien me estuviera utilizando a mí. E interesado.

Tate me había dedicado varias miradas de odio y si podía seguir fastidiándola mientras ayudaba a KC a poner celoso a su novio sin tener que llegar demasiado lejos con ella, todo estaba bien.

Le quité el casco de las manos y le di un beso rápido en la mejilla.

—Nos vemos mañana.

Dejó escapar un suspiro y sonrió.

KC era una buena chica. Volví a sentir un nudo en el estómago.

Encendí el motor de la moto, me puse el casco y salí de allí sin saber adónde ir. Ya nunca quería estar en casa. O tal vez es que siempre quería estar allí.

Tate se encontraba sola en la vivienda de al lado y no podía evitar echar a volar la imaginación. Los dos estábamos prácticamente solos; su padre se encontraba fuera del país y mi madre me dejaba solo la mayor parte del tiempo. Mi maldita mente sucia no dejaba de imaginar cosas que no podían suceder con Tate. Cada noche dormíamos a unos quince metros de distancia y pensar en ello me daba ganas de gritar.

«Menuda pérdida de tiempo».

Después de pasar con Madoc un par de horas en el taller en el que

trabajaba haciéndole arreglos a mi moto, decidí que Tate probablemente estuviera dormida. Así no tendría que mirar a su habitación, con las luces encendidas, y preguntarme qué hacía.

O qué llevaba puesto.

Paré en un semáforo en rojo, miré por el espejo retrovisor y volví a mirar.

«¿Eso es...?»

Había un Honda S2K detrás de mí. Un Honda S2K blanco del 2005.

«Mierda».

Se me subió el corazón a la garganta.

Conocía a esos chicos. Apreté las manos en torno a los manillares en un intento de tranquilizarme.

Unos idiotas aspirantes a Vin Diesel de Weston que no sabían perder. La semana pasada competí contra el dueño del automóvil en el Loop y le gané. Montó una escenita diciendo que había sido una carrera con trampas y, por lo que veía, no lo había superado.

Solo estaban un vehículo por detrás de mí, pero se mantenían a una buena distancia.

El semáforo se puso en verde y, en cuanto aceleré, el Honda también lo hizo.

«Mierda. —Sacudí la cabeza. Los temores no eran infundados—. Hoy no».

Me saqué el teléfono del bolsillo delantero de la sudadera y marqué el número de Madoc.

—Hola —saludé, mirando de nuevo el espejo retrovisor—, ¿estás ya en casa?

—No.

Reduje en una señal de stop y hablé con celeridad.

—Da la vuelta y ve a mi casa. Tengo a la cola a unos de The Fast and the Furious. Puede que necesite ayuda.

—En cinco minutos estoy allí —respondió y colgó.

Guardé el teléfono con torpeza en el bolsillo. Solté el embrague, revolucioné el motor y doble la esquina. Una ráfaga de viento helado me golpeó la cara y me aferré con fuerza al manillar para mantener el cuerpo pegado a la moto.

«Mierda».

El corazón se me iba a salir del pecho, pero no aparté la mirada de la carretera, ni siquiera para mirar detrás de mí. No tenía prisas por llegar si Madoc no estaba allí para respaldarme, pero no quería arriesgarme a que me hicieran algo mientras conducía.

Ellos iban en un automóvil, yo era el más vulnerable.

Al llegar a la entrada de casa, volví la cabeza justo a tiempo para ver el Honda detenerse con un chirrío delante de la casa.

Ryland Banks, el conductor, que era bajo y con el pelo rapado, y también dueño del vehículo, se apeó.

«Tate».

Eché una mirada a su casa, con una sensación de temor, y apreté los dientes al tiempo que me daban ganas de pegarme a mí mismo.

«¿Por qué he traído a estos tipos hasta aquí?»

Tate estaba sola, y ahora no estaba a salvo. Quién sabía qué armas traían estos chicos.

Me quité el casco, bajé de la moto y les corté el paso antes de que se acercaran más. Lo que quería mantener a salvo estaba detrás de mí y ahí se iba a quedar. Avancé.

—No sé qué estáis buscando, pero no está aquí —rugí al tiempo que me acercaba a ellos.

—Queremos que nos devuelvas nuestro dinero —exigió Ryland, como si tuviera toda la razón del mundo.

—Supéralo —espeté—. Apostaste y pagaste el precio, como todo el mundo. —Intentaron ganar espacio, pero mantuve los pies anclados al suelo.

—¡No fue una carrera justa! —El otro, más alto y más oscuro de piel, me señaló con el dedo índice a la cara como si fuera un chivato en el patio del colegio.

Me eché a reír.

Había dos clases de personas estúpidas. Las que se emborrachaban y se subían a los árboles o las que simplemente se subían a los árboles. El primero era Madoc. Estos chicos eran los últimos.

—Ya, claro. —Me reí—. Tu vehículo no tenía ninguna oportunidad. Pon los neumáticos adecuados la próxima vez, esto es una carrera callejera.

—¡Que te jodan! —gritó Ryland. Me golpeó en el pecho y me quedé sin aliento cuando trastabillé hacia atrás.

Volví a ponerme a su altura y le lancé una mirada asesina.

—Fuera de mi propiedad.

Justo entonces oí el rugido del GTO de Madoc y de inmediato relajé los hombros un poco al verlo aparecer a toda velocidad por la calle. No creo ni que apagara el motor antes de salir y echar a correr.

«Gracias a Dios».

No me daban miedo estos tipos, pero tampoco era idiota. Dos en contra de uno y lo único que tenía como arma era un casco.

Sentí un golpe feroz y noté un dolor agudo en la cabeza.

«Mierda, me han pegado».

No. En realidad me habían pegado sin avisar. Menudos capullos cobardes.

Los dos se abalanzaron sobre mí y me propinaron puñetazos en la

cara y un millón de cosas sucedieron al mismo tiempo.

«Brazos que vuelan hacia mí... que me acorralan... Estoy a punto de caer».

La cabeza me vibraba todavía por el golpe y me costó un buen rato erguirme. Me adelanté y golpeé con el hombro el estómago de uno de ellos. Continuamos la pelea en el suelo.

Madoc seguramente estuviera ocupado con el otro, porque nadie me atacó por detrás. Apreté la mandíbula y respiré por la nariz cuando agarré al chico, a Ryland, por el cuello y lo tumbé de espaldas.

Los gruñidos inundaron la calle, y la hierba, resbaladiza por el relente, me lo puso difícil cuando intenté colocarme sobre él. Era una noche fría, pero me corría sudor por la frente como si estuviéramos en el mes de agosto.

Le lancé un puñetazo tras otro y los nudillos me escocieron con cada impacto. Él levantó las manos, envolvió un puño con el otro y me golpeó en el estómago. Me quedé sin aliento y Ryland aprovechó la oportunidad para sacarse una navaja de los *jeans* y rajarme el bíceps.

«¡Maldita sea!»

Me eché hacia atrás para apartarme.

El pinchazo cálido del corte se extendió con rapidez y sentí que se me enfriaba el brazo. Era la sangre contra el aire de la noche, que me refrescaba la piel. Pero el resto del cuerpo estaba que ardía y notaba el latido de la sangre. Tomé el casco del suelo y le golpeé en la frente con él. Con fuerza.

Se le cayó el cuchillo y se llevó las manos temblorosas al cuero cabelludo, de donde manaba sangre.

«Maldito cobarde».

Me gustaban las peleas, me gustaban los problemas, ¿pero sacar una condenada navaja? Me dieron ganas de destrozar más que la ventana de su automóvil.

Me puse en pie, me agarré el brazo para detener el flujo de sangre, me acerqué con el casco hasta el Honda y lo estampé contra el parabrisas hasta que quedó tan despedazado que parecía estar cubierto de escarcha.

Retrocedí saboreando la sangre en la boca y me cerní sobre el idiota que estaba en el suelo.

—En el Loop ya no eres bienvenido. —Quería que la voz saliera con fuerza, pero aún respiraba entrecortadamente.

Y la sangre del corte goteaba entre mis dedos. Probablemente tendrían que ponerme puntos.

Madoc había dejado al otro chico ensangrentado e inconsciente junto al vehículo y se acercaba ahora al que estaba en el patio.

—Jared —lo oí decir, casi en un susurro.

Volví la vista hacia él, pero me di cuenta de que estaba concentrado en

otra cosa. Seguí su mirada hasta el patio de los Brandt y dejé de respirar.

«Mierda».

Tate estaba en la entrada del porche. Quieta, mirándonos. Un tanto asustada, un tanto confundida y vestida con ropa interior.

«¿Qué demonios?»

Madoc estaba conmigo. También los otros chicos, aunque estuvieran inconscientes.

Me hervía la sangre y el calor se me extendió rápidamente hasta la entrepierna. Apreté la mandíbula e inspiré con dificultad.

Llevaba una camiseta negra ajustada y ropa interior de algodón de chico. Roja. Joder, roja. Estaba tapada, pero muy poco. Aun así, se le distinguía todo y era perfecta. El corazón me latía con tanta fuerza y tan rápido por el sugerente atuendo que me dieron ganas de quitárselo y hundir las manos en su cuerpo aquí y ahora.

¿Es que intentaba matarme?

«¡Entra en la maldita casa, Tate! Por Dios».

Y entonces vi la pistola que sostenía en la mano derecha.

«¿Una pistola? No».

Entrecerré los ojos y me olvidé de las piernas y el precioso cabello que se derramaba por su cuerpo.

«No pretendía ayudarnos». Ella no haría algo así. Estaba esperando a la policía. A ella no le importábamos, simplemente estaba metiendo las narices donde no la llamaban. Pero entonces parpadeé.

Si hubiera llamado a la policía, dudaba que estuviera paseándose en ropa interior y con una pistola. ¿Por qué diablos quería ayudarnos?

A lo mejor no había salido en ropa interior para mofarse de mí. Puede que lo hubiera hecho por las prisas.

No obstante, antes siquiera de que pudiera valorar las opciones, enarcó una ceja en un gesto de desafío y volvió al porche para cruzar después la puerta de su casa, regalándome una vista perfecta del trasero.

Madoc se echó a reír y yo le di un golpe en el hombro antes de entrar en mi casa.

Tenía una erección y un brazo ensangrentado, y no sabía qué necesitaba antes: puntos o una ducha de agua fría.

Mi mejor amigo amenazó con llamar a la policía, así que Ryland y su compañero se marcharon, con el parabrisas roto, mientras yo despertaba a mi madre.

Odiaba acudir a ella y ocasionarle más estrés, pero técnicamente seguía siendo un menor de edad que se beneficiaba de su seguro médico, así que necesitaba que me llevara al hospital. Madoc se marchó a su casa a curarse la nariz ensangrentada. Dos horas, diez puntos y varias quejas de mi madre después, yo también pude meterme en la cama. Cuando me

desperté tres horas más tarde, estaba más nervioso que antes de irme a dormir.

«Tate con una maldita pistola».

¿A qué diablos jugaba?

Desenchufé el teléfono del cargador y aparté a un lado las voces que me decían en la mente que me relajara:

¿Necesitas ayuda hoy?, le escribí a KC.

Tardó un solo segundo en responder:

¿Ayuda?

Liam, vamos a ponerlo celoso, contesté.

Me incliné hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y esperé su respuesta. Oí el motor del Bronco de Tate en la casa de al lado y miré el reloj para comprobar si era temprano.

«El laboratorio».

Había visto a Tate salir del laboratorio de química por las mañanas y algunas tardes. Probablemente participara en la feria de ciencias de primavera y necesitaba trabajar en el proyecto. Eso quedaría muy bien en las solicitudes para la universidad.

Puede que estuviera preparándolo todo para solicitar plaza en Columbia el año próximo. Siempre había deseado ir a Nueva York.

KC no me respondió así que dejé el teléfono en la cama y fui a darme una ducha. Tenía el brazo vendado, pero necesitaba lavarme.

Después de la ducha, me enrollé una toalla a la cintura y me quedé mirando los tatuajes frente al espejo del baño. No pude reprimir una sonrisa al recordar los gritos de mi madre la noche anterior.

«¡Te metes en una pelea! —me chilló—. ¡Te arrestan! ¡Y te haces tatuajes sin permiso!» —añadió, como si eso fuera lo peor de todo.

Me reí entre dientes y apoyé la cabeza en el reposacabezas del vehículo mientras íbamos a casa desde el hospital. Me encantaban los tatuajes y tenía pensado hacerme más. Quería taparme las cicatrices de la espalda, las que me había dejado mi padre.

Volví al dormitorio, me sequé el pelo y vi que tenía un mensaje:

¿Qué ganas tú?, me preguntó KC.

Diversión. No podía contarle la verdad.

No sé. Tate está enfadada conmigo.

Tate no se va a enterar, mentí, y dejé el teléfono en la cama para disponerme a vestirme.

CAPÍTULO 16

—¿Quieres venir a casa esta noche? —Apoyé el antebrazo en la pared, por encima de la cabeza de KC, y me incliné hacia ella hasta casi tocarla. Se quedó sin aliento cuando deslicé los dedos por la piel que asomaba entre los pantalones cortos y la camiseta.

—¿Qué vamos a hacer? —me siguió la corriente. Parecía excitada y desamparada.

El idiota de su exnovio estaba en la cafetería y nosotros nos encontrábamos en la puerta, por fuera, muy cerca el uno del otro. Ella tenía la espalda contra la pared, pero Liam la veía y también me veía a mí.

Ojalá también nos viera Tate.

Tenía los labios a un milímetro de los suyos y le recorría la espalda con la mano, preparado para asestar el golpe de gracia.

—Podemos jugar al Monopoly —sugerí, presionando el cuerpo contra el suyo—. O a la Wii.

Puso cara de sorpresa y apretó los labios en un intento de reprimir una carcajada. Aunque parecíamos a punto de besarnos, nuestra conversación no iba en consonancia.

—No sé —musitó—. No soy muy buena con la Wii.

—No es tan difícil —susurré sobre sus labios—. Mira.

Y tiré de ella hacia mí para besarla larga y pausadamente.

Moldeó el cuerpo esbelto al mío y ladeó la cabeza mientras yo le acariciaba la oreja.

Estaba cómoda en mis manos. Era menuda, suave, se inclinaba cuando tiraba de ella... Sabía qué tenía que hacer. Definitivamente KC no era ninguna ingenua, lo notaba. Pero ahora mismo era un objetivo fácil, y no iba a ir a por ella.

No obstante, sentí como si se me hubiera parado el corazón en algún momento entre tantos besos.

«Madre mía».

Moví manos y labios. «Besar, besar, morder, apretar...» Y no sucedió

nada.

¿Qué pasaba conmigo? No estaba interesado en ella, pero ¡joder!, debería de haber sentido algo. Alguna reacción. Después de todo, tenía tetas. Pero no. Nada. Estaba muerto. Estaba haciendo los deberes de literatura. Estaba jugando al golf. Y yo odiaba el golf.

En ese momento me di cuenta de que llevaba un par de semanas sin estar con ninguna chica.

Sonó el segundo timbre. KC se sobresaltó y yo me aparté, todavía anonadado por el hecho de que la única erección que había tenido había sido con Tate.

«Uf».

Me aparté de KC y levanté la barbilla en su dirección.

—Si quieres venir a casa después, mándame un mensaje. Liam se enterará de todo. —«Y Tate te verá», pensé—. No querrás que piense que te quedas en casa sola toda la noche, ¿no?

Sabía que eso le serviría de aliciente.

No obstante, antes de que le diera tiempo a responder, le di una palmada en el trasero a sabiendas de que Liam nos iba a ver. KC sonrió con los ojos como platos por la sorpresa y se volvió para ir a clase.

Dejé escapar un suspiro al verla desaparecer por el pasillo.

Yo no iba a clase, tenía una reunión esta mañana con la dichosa orientadora. Para hablar de la universidad.

En realidad eso fue el año pasado. Este, como no tenía planes, era una charla para tomar-unadecisión-o-responsabilizarte-de-tus-propias-elecciones.

—Hola, amigo. —Madoc salió por la puerta de la cafetería antes de que me hubiera movido siquiera—. ¿Esa era KC? ¿Todavía no te la has tirado? —Le puso el tapón al Gatorade que llevaba.

Me di la vuelta; sabía que vendría conmigo.

—¿Y quién dice que no lo he hecho?

—Porque nunca te hemos visto con una chica una vez que te la has follado. Dudo que esperes siquiera a quitarte el condón antes de olvidarte de sus nombres.

Me detuve delante de las escaleras que tenía que subir. ¿Hablaban en serio? ¿Era ese un tono de acusación?

—¿Y tú no? —le pregunté y me metí las manos en los bolsillos de los jeans.

Era muy posible que Madoc se hubiera acostado con más chicas que yo.

—Ya, ya. Lo sé. —Se encogió de hombros—. Solo digo que nunca has tenido que trabajarte tanto a una chica para llevártela a la cama.

Me miró con ojos amoratados.

—No tengo prisa. Puede que con esta quiera jugar un tiempo. —No

podía contarle la verdad.

Nunca le contaba nada a nadie.

—Tate se va a enfadar —señaló, como si yo no hubiera pensado en ello.

—Ese es el objetivo.

Mi amigo asintió.

—Ah, así que ese es el plan.

¿Qué diablos pensaba que estaba haciendo? ¿Salir de verdad con KC?

—Gracias otra vez por venir a ayudarme anoche —cambié de tema. Me di la vuelta para subir las escaleras, pero Madoc volvió a hablar.

—Todo esto —comenzó y me paré—, con Tate. ¿Por qué lo hacemos? Ya sé que te he preguntado antes, pero nunca me cuentas una mierda. Es solo que no lo entiendo.

«Por Dios».

Me di la vuelta para mirarlo a la cara, harto ya del tema. Me había preguntado muchas veces y todas ellas le contaba una razón diferente.

«Me gusta jugar. Quiero tener el control. La estoy protegiendo».

Nunca me satisfizo ninguna respuesta, y no valía la pena repetir las. En mi cabeza me parecía razonable, pero al decirlo en voz alta sonaba a locura.

Aunque Madoc era curioso, también estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Cada vez que necesitaba ayuda para difundir un rumor o para molestar a Tate en todos estos años, él me la había prestado. Nada más preguntarle y por voluntad propia.

La fiesta del año pasado en la que había tirado las llaves a la piscina y ella le había roto la nariz... Todo había sido idea de él.

Mi primera fiesta de este año en la que ella había gritado «¡La poli!». ¿Acaso le pedí yo que la tocara?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Me parece que tú vas más allá. La molestas sin que yo te lo pida, así que, ¿por qué te importa?

Sonrió y soltó una carcajada nerviosa para restar importancia a mi afirmación.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Nunca he querido hacerme enemigo de esa chica. Anoche salió a la calle como si estuviera dispuesta a ayudarnos. Es guapa, deportista, fuerte y sabe sostener un arma. ¿Qué es lo que no te gusta?

Tensé los músculos de los hombros y los brazos. No me gustaba que Madoc no viera lo que yo quería que la gente viera en ella y detestaba que se pusiera a babear.

Bajé las escaleras, pisando los azulejos con las botas casi con tanta intensidad como la sangre me bombeaba en las venas y me cerní sobre mi mejor amigo.

—Mantente alejado de ella.

Levantó las manos y sonrió, como si intentara tranquilizarme.

—Eh, no te preocupes. Me rompió la nariz y me dio una patada en los huevos. Creo que ese barco ya ha zarpado. —Entrecerró los ojos y de repente parecía confundido—. Pero si tú no la quisieras, ¿por qué nadie más puede probar con ella?

«Eso, ¿por qué?»

Todo lo que le había hecho a Tate en estos años podía atribuirlo al odio, la ira, la necesidad de control. Y tenía que dejar de hacerlo.

—Ya no voy a meterme más en sus asuntos —dije con tono pausado—. Si quiere salir y follarse a todos los chicos del instituto, puede hacerlo. Yo me retiro.

—Bien, de acuerdo —señaló Madoc, esbozando una enorme sonrisa—. Porque dicen que anoche salió con Ben Jamison.

Sentí que las paredes se me echaban encima. Madoc se volvía más y más pequeño.

«¿Ben y Tate? No, no, no...»

La camiseta térmica negra de manga larga me estaba ahogando y, por primera vez desde el pasado otoño, me sentí tentado a arrancarme las malditas mangas de nuevo para poder respirar.

—No pasa nada —concluí, sin dejar de apretar la mandíbula para hablar—. No me importa, puede quedársela.

Pero ni por un solo segundo sentí lo que dije.

Tate y KC discutieron de nuevo a la hora del almuerzo. Las vi comiendo en las mesas de fuera y las dos hablaban de forma acalorada. Tate miraba a otra parte y negaba con la cabeza, y KC parecía arrepentida.

Aunque me decía a mí mismo que valdría la pena, seguía sintiéndome como una mierda. KC no le había contado a su amiga que me estaba usando para recuperar a su novio. Si fuera así, probablemente no estuvieran discutiendo. No creo que a Tate le pareciera bien, pero tampoco estaría sin apenas comer y con el ceño tan fruncido.

No, Tate pensaba que KC y yo nos estábamos acostando.

Contarle a todo el mundo en el instituto que tenía verrugas genitales o piojos había sido cruel, pero también divertido. Intentar robarle a su mejor amiga era mezquino, eso le iba a hacer mucho daño.

«Justo lo que quería», pensé.

No obstante, día tras día, todos sus movimientos me fascinaban. La forma metódica que tenía de afilar sus preciados lápices; cómo le caía el pelo por encima del hombro cuando se agachaba a tomar algo de la mochila. Ver cómo inclinaba el cuerpo cuando se sentaba o levantaba. Cada resquicio de piel, cada sonrisa y cada vez que se lamía los labios hacía que un rayo me cayera del estómago al pene; casi deseaba que se

volviera a Francia.

Al menos así podría limitarme a odiarla y no a desear follar con ella a cada segundo.

Madoc lo llamaba sexo por odio. Una vez me contó que nunca había querido a nadie, pero que se había acostado con una persona a la que odiaba de verdad y que había sido la mejor experiencia sexual que había vivido nunca.

Pasión, castigo, ira... parecía una mezcla atractiva, aunque peligrosa.

Dejé escapar un suspiro y cuadré los hombros al tiempo que subía a la última clase del día, la que compartía con Tate.

—Vete.

Oí la voz de Tate en cuanto crucé la puerta y me fijé en que Nate Dietrich estaba inclinado sobre su mesa, invadiendo su espacio.

—Es la última advertencia —continuó ella, que parecía enfadada y avergonzada al mismo tiempo.

—Jared tiene razón —gruñó él y yo me puse muy recto—. No mereces la pena.

De repente estaba justo detrás de él.

—Siéntate, Nate.

El aludido se dio la vuelta con las cejas enarcadas y cara de sorpresa. Estábamos en medio de las filas de pupitres que rápidamente se llenaban de estudiantes.

—Eh, amigo, sin ánimo de ofender —levantó las manos—, si no has terminado con ella...

Tensé los brazos por la necesidad de arrastrarlo fuera de la clase por los huevos.

«¿Si no he terminado con ella?»

Y entonces me dieron ganas de encerrarme en mí mismo y esconderme. Sentí que se me cerraba la garganta.

Quería hacerle daño. No quería hacerle daño.

La odiaba. La amaba.

Quería violarle el cuerpo de cien formas distintas. Quería mantenerla a salvo.

No había límite de lo muy confundido que estaba justo en ese momento, pero una cosa tenía segura: ella no era basura.

Había tenido que soportar un montón de tormento por mi culpa. Era muy fácil manipular a la gente. Todos querían que los aceptaran y los rumores se extendían como el evangelio. Cuéntale a alguien que otra persona tiene un piercing en el clítoris o que come perros y solo tienes que sentarte a ver cómo todo el instituto habla de ello.

Sin embargo, en los dos últimos cursos, mis rumores infantiles fueron casi tan efectivos como un condón roto. Quería mantener a los chicos alejados de Tate, pero eso ya no funcionaba bien. Todos se habían fijado

en que era guapa y, ahora, después del incidente del vestuario, también la consideraban una guarra.

Por primera vez no hallaba paz en el tormento de esta chica. Solo ansiaba envolverla en un abrazo y verla sonreír.

Entorné los ojos e imaginé un mundo perfecto en el que pudiera lanzar dardos a la polla de Nate.

—No vuelvas a hablar con ella —le ordené—. Vete. —Señalé con la barbilla una esquina a la que ya estaba yendo a esconderse.

¿Acaso yo era mejor que él? No, pero ya me ocuparía de eso más tarde.

Tate dejó escapar un suspiro exasperado cuando Nate se alejó y la miré justo cuando apretó los labios. Tenía el ceño fruncido y supe que era por mí, pero no tuve ocasión de averiguar por qué antes de que hablara.

—No me hagas ningún favor —espetó—. Eres un pedazo de mierda, Jared, pero supongo que yo sería igual si mis padres me odiaran. Tu padre te abandonó y tu madre te evita. Aunque, ¿cómo culparlos?

Dejé de respirar y el aula se encogió.

«¿Qué diablos acaba de decir?»

La miré con odio. Me sentía destrozado y muerto, pues sabía que eso era algo que Tate no diría nunca, pero que lo decía totalmente en serio. No es que me hubiera olvidado de respirar, es que no quería volver a hacerlo.

Sentí que todo el mundo me miraba y que la gente murmuraba y se reía de mí. Me sentí expuesto y todos eran conscientes de ello.

No obstante, cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que nadie nos prestaba atención.

La miré con dureza y recordé por qué la odiaba tanto. Parecía una buena chica, pero no podía confundirme: ahí dentro había una zorra.

—Muy bien, clase —nos interrumpió la señora Penley, que acababa de entrar en el aula.

No dije nada y me marché a mi asiento.

—Por favor, tomad vuestras brújulas y mirad al este. Cuando diga «adelante», tomad los materiales y sentaos con esa persona para la tarea de hoy. Podéis mover los pupitres para sentaros al lado o frente a frente. Adelante.

Me quedé sentado, pero Ivy Donner llegó junto a mí antes de que me diera tiempo siquiera a sacar la brújula. Mas apenas fui capaz de oír su charla.

Tate se juntó con Ben Jamison y ambos movieron los pupitres para colocarse frente a frente.

Lo más raro de todo es que no sentí nada al mirarla. Estaba adormecido y la necesidad que había notado dos minutos antes de abrazarla y disculparme se había esfumado por completo. Ni siquiera

estaba enfadado.

Para mí, Tate había muerto. No me importaba.

Yo era una mierda, y eso tampoco me importaba.

De vez en cuando me echaba una mirada. No la quería. No la odiaba.

Simplemente, no me importaba.

CAPÍTULO 17

—¡Para! —exclamó KC entre risas—. ¡Estás haciendo trampa!

—Yo no hago trampa. —Sonreí y me incliné sobre el taco de billar—. He metido una bola, así que tiro de nuevo.

KC y yo estábamos alrededor de la mesa de billar que tenía en la sala de estar de mi casa y su frustración casi me daba ganas de reír.

«KC, la experta en billar. ¿Quién lo iba a decir?»

Después de clase y del episodio con Tate, me había relajado en el trabajo y después había vuelto a casa. Cuando entré en el patio, vi un Lincoln negro aparcado en la casa de al lado, la de los Brandt, y resoplé.

«La abuela de Tate».

En otra situación, me habría enfadado que ahora hubiera un adulto con Tate, interfiriendo. Pero no se trataba de eso.

Su abuela se metía en los asuntos de todo el mundo y siempre intentaba hablar conmigo cuando venía de visita. Debería de haber intuido que vendría a quedarse con Tate ahora que estaba sola. Esperaba que no se quedara mucho tiempo.

KC llegó sobre las ocho y ya íbamos por la quinta partida de billar.

—Has apuntado a la seis —se quejó—, no a la seis y a la diez. No puedes colar dos bolas al mismo tiempo. Tienes que limitarte a la que apuntas.

—A esto se le llama ser muy bueno —respondí.

Me miró con el ceño fruncido y apretó los labios en un gesto de frustración.

Su enfado me parecía adorable y hoy estaba muy guapa. Tenía el pelo largo y castaño, de un tono más claro que el mío, recogido en una coleta y no se había maquillado. Si había una señal clara de que una chica no estaba enamorada de ti, era ese.

—Venga. —Me encogí de hombros y alcé las manos en el aire, fingiendo enfado—. Tira tú.

Se le iluminaron los ojos y esbozó una amplia sonrisa. Se inclinó sobre la mesa para lanzar.

Aunque eran casi las diez de la noche, no tenía ninguna prisa por que se marchara.

Ganó cuatro de las cinco partidas que jugamos y me dio la sensación de que iba a tener que ir a Urgencias a que me recolocaran los huevos. Me gustaría saber cómo una chica tan estirada que no podía tocar absolutamente nada en clase de primer curso de Biología sin decir «Puaj» había aprendido a jugar tan bien al billar.

Fuimos al salón y le rodeé el cuello con el brazo para atraerla a mí con suavidad.

—Quiero preguntarte una cosa.

—Yo también. —Exhaló un suspiro hondo.

—Tú primero —le dije, mirándola.

Se dejó caer en el sofá y se quedó mirando las manos que tenía en el regazo.

—Ya sé que me estás usando para llegar hasta Tate, Jared. Para enfadarla o —me miró— para ponerla celosa.

Se me quedaron paralizadas las piernas, pero no me senté. Me crucé de brazos y me acerqué a la ventana, cuyos cristales estaban salpicados de agua de la lluvia, y, como de costumbre, miré la habitación a oscuras de Tate.

«No».

—Jared —continuó—, yo también te estoy utilizando. No sé si quiero volver con Liam, pero quiero que se entere de que no estoy en casa esperándole. Por eso acepté la propuesta de venir esta noche. Tate me dijo que estaba ocupada, y no quería quedarme en casa.

Me di la vuelta y ladeé la cabeza para observarla.

—Podrías haber usado a cualquier chico para dar celos a Liam, KC. ¿Por qué a mí? Sabías que ibas a hacer daño a Tate si creía que estábamos juntos.

Vi cómo se venía abajo en el sofá. Entristeció el semblante y levantó las rodillas para rodearlas con los brazos.

—Mi madre es muy autoritaria —dijo en un susurro. Negó con la cabeza, como si la palabra «autoritaria» fuera demasiado simple—. Me elige la ropa, me mira el teléfono, escoge las clases, e incluso... —Se quedó sin aliento y ahogó un gemido.

Se me quedó la boca seca y me quedé muy quieto.

«Por Dios».

¿Qué me estaba diciendo? Se limpió las lágrimas con el pulgar.

—Después de lo de Liam, me he cansado de ser yo. Me he hartado de ser débil y de cumplir órdenes. Pensé que Jared Trent sacaría a Liam de sus casillas más que ninguna otra persona.

Alzó un poco la comisura de los labios y entonces comprendí lo que estaba diciendo. Ambos queríamos poseer el control.

—Pero sabías que ibas a hacer daño a Tate —repetí. Quería que me diera una razón que explicara por qué merecía la pena hacerle tanto daño a su supuesta amiga.

—Ya —resopló—. No formaba parte del plan, pero supongo que sabía que esto cambiaría ese juegucito que hay entre vosotros dos. Hacer que la cosa avance, por decirlo de algún modo.

—¿A riesgo de perder a tu amiga? —pregunté, con el ceño fruncido.

Me sorprendió prorrumpiendo en carcajadas.

—No tienes tanto poder, Jared. —Bajó la mirada y continuó con tono sosegado—. Tate y yo estaremos bien. Aunque no puede enterarse de esto. Sabes quién es, no es tonta ni insegura, pero no quiero que me juzgue por jugar de este modo con Liam. No quiero que se entere nadie.

Apoyó de nuevo los pies en la alfombra, se irguió y me miró a los ojos.

—No tengo ni idea de qué problema tienes con ella, pero sí sé que no eres malo. Pensaba que, cuando regresara, las cosas serían distintas, que acabaríais con esto.

—Hemos acabado —afirmé y me senté a su lado.

Entrecerró los ojos y alzó la barbilla.

—La quieres —declaró. No era una pregunta.

Me ruboricé.

—No —repliqué con firmeza.

—Bueno. —Posó las manos en el regazo y de repente su tono se volvió más jovial, lo que me sorprendió—. Ben Jamison va a ir a la carrera del viernes por la noche. Es probable que le acompañe Tate. ¿Podrás evitar sacar las garras?

Apoyé los brazos en el respaldo del sofá para que no viera que tenía los puños apretados.

Por mucho que me esforzara por que no me importase, Madoc, KC y todos los demás seguían recordándome que Tate continuaba con su vida.

—No me importa nada que haga nadie, KC —respondí con voz monótona.

Mi acompañante me miró unos segundos y después fijó la vista al frente.

—¿Me haces un favor? —me preguntó mientras pasaba las manos por los *jeans* desteñidos—. ¿Puedes seguir con este juegucito el día de la carrera? Liam va a competir con Madoc y...

—De acuerdo —la interrumpí. Sabía qué era lo que necesitaba—. Cuenta con ello.

Si quería dar celos a Liam, podía ayudarla. No era una causa muy honorable, pero me parecía divertido.

—¿Una peli? —sugerí para cambiar de tema.

—Sí, ¿te gustan las de bailes?

Estuve a punto de echarla de casa en ese justo momento.

Fuera caía un aguacero denso y el ambiente estaba cargado de energía. Le dejé una camiseta a KC para que se cubriera la cabeza cuando salió en medio de la noche y después cerré la casa con llave y subí a mi habitación.

Por primera vez en varios años, me apetecía estar en ese árbol.

Tate y yo teníamos por costumbre subirnos a él y sentarnos allí durante las tormentas... o, en realidad, en cualquier momento. Pero llevaba tres años sin verla en el árbol.

Abrí la ventana, asomé la cabeza al viento y la lluvia y me quedé helado.

«Joder».

Tate estaba en el árbol.

Me aferré con fuerza al alféizar de la ventana.

Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de un ángel. Tenía el pelo alborotado y brillante y las piernas le colgaban largas y suaves. Era perfecta, parecía una pintura.

Y entonces recordé que Satán también era un ángel.

«Eres un pedazo de mierda, Jared». Las palabras que me había dicho hoy me habían afectado más de lo que quería admitir.

—¿Sentada en un árbol durante una tormenta? Eres una genio. — Levantó la cabeza y la volvió para mirarme.

La mirada que tenía, o al menos la que podía atisbar, no era la típica de enfado que usaba conmigo. No me miró por completo, lo hizo con cautela y un poco de tristeza.

—Me gusta pensarlo, sí —indicó y volvió a apartar la mirada de mí.

Su conducta me sorprendió. No se mostraba tímida, pero tampoco estaba muy comunicadora. ¿Es que acaso se sentía mal por lo que me había dicho hoy?

Pues bien, no quería su lástima, prefería su ira.

«No sientas pena por mí».

Quería que cargara con lo que me había dicho. Que no se disculpara y tampoco se escondiera. «Cabréate, Tate».

—¿Un árbol? ¿Rayos? ¿Te suena de algo? —continué en mi empeño de hacerla enfadar. Sabía que era peligroso sentarse en un árbol durante una tormenta, pero lo habíamos hecho centenares de veces cuando éramos niños.

—Nunca te ha importado —respondió con un tono desprovisto de toda emoción y la mirada fija en la carretera resplandeciente.

—¿El qué? ¿Que te sientes en un árbol durante una tormenta?

—No, que resulte herida —replicó y me callé.

«Maldita sea».

Tensé todos y cada uno de los músculos del cuerpo y me dieron ganas de zarandearla y gritarle «eso mismo, ¡me importa una mierda que te pase algo malo!»

Pero no pude hacerlo.

Sí me importaba, joder, y quería liarme a puñetazos con un muro por esa misma razón. ¿Por qué me importaba nada de lo que ella hiciera? ¿Con quién saliera? ¿Con quién se acostara?

«Pero supongo que yo sería igual si mis padres me odiaran».

Sus palabras se extendieron como tentáculos por mi cerebro, absorbiendo todo lo bueno que alguna vez sentí por ella. Todos los recuerdos.

Tenía que sacármela del corazón y de la cabeza.

—¿Tatum? —dije vacilante, pero me obligué a pronunciar el resto—:
No me importa si vives o mueres.

Le di la espalda y, al fin, me retiré.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente, KC se acercó resoplando a mi mesa a la hora del almuerzo. No dijo nada al respecto y yo no

pregunté, pero imaginaba que era por Tate o por Liam.

Liam no podía importarme menos. Intentaba que Tate no me importara.

—Me acaba de llegar un mensaje de Zack. —Apareció Madoc y le dio la vuelta a una silla para sentarse a horcajadas en la parte del respaldo—. Derek Roman vuelve a la ciudad este fin de semana y quiere competir contigo en una carrera el viernes por la noche.

Gruñí para mis adentros, no porque creyera que fuera a perder, sino porque Roman era un capullo integral.

Ese tipo se portó diez veces peor con la mitad del instituto cuando estudiaba aquí de lo que yo me había portado con Tate estos últimos años. Podía ganar o podía perder, pero si llegaba a la meta sin ningún arañazo en el automóvil sería un milagro.

Me encogí de hombros.

—Será una carrera reñida, así que las apuestas se pagarán bien.

Y necesitaba el dinero. Mi padre me presionaba todas las semanas para que le diera, y no me pedía precisamente poco. Era inteligente, quería el dinero, pero no se mostraba demasiado avaricioso. Me pedía el justo para hacerme daño, pero no demasiado como para que no tuviera.

—Tú vas a competir contra Liam, ¿no? —le preguntó KC a Madoc.

Este la miró desde el otro lado de la mesa y sonrió con suficiencia.

—No sé si se le podría llamar competir. Yo diría más bien que es una castración.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —Parecía preocupada.

«¿En serio?»

Madoc se inclinó hacia adelante y se apoyó en el respaldo de la silla.

—KC. —El tono de voz era grave y ronco—. Ahora mismo te estoy

imaginando desnuda.

No pude evitarlo, la carcajada me brotó del pecho y enterré la frente en la mano.

—¡Puaj! —gruñó ella con desagrado. Se levantó, se alisó la falda y salió disparada hacia la puerta de la cafetería, pero Madoc y yo no pudimos dejar de reír.

«Mi amigo es el mejor».

—¡Espera, KC! —grité, aunque sin la intención de hacerla volver.

Madoc se puso en pie, todavía riendo.

—Venga, KC, que ha sido una broma.

Pero ella no se volvió, y nosotros seguimos riendo.

Tate y yo nos habíamos mirado varias veces a lo largo del día. La tormenta de sus ojos se había vuelto una llovizna, pero no me molesté en pensar en ello.

No podía. Lo que había entre los dos se había terminado. Para ella había acabado hacía demasiado tiempo, y para mí tenía que hacerlo pronto.

La clase de Temas de Cine y Literatura fue tranquila, aunque Penley nos pidió que colocáramos las mesas en círculo, así que contaba con una vista perfecta de Tate, que estaba sentada frente a mí. De vez en cuando la descubría mirándome; no sabía qué podía estar pensando.

Volvimos a colocar las mesas en la posición de siempre y la señora Penley empezó a hablar de los monólogos que teníamos que hacer en las dos semanas siguientes. Estaba deseando salir de aquí y llevarme a *Madman* al lago; por culpa del trabajo, el instituto y mis visitas de los fines de semana, tenía muy abandonado al pobre perro. A veces me lo llevaba cuando salía con Jax, pero normalmente el único momento que pasábamos juntos era cuando dormía en mi cama.

Se me pasó por la mente comprobar si Tate querría quedárselo algunos días, así el animal tendría más atención, pero abandoné de inmediato la idea.

No éramos amigos, así que no pensaba preguntarle nada.

Como si me leyera la mente, me di cuenta de que se movía en la silla. Alcé la mirada y la vi darse la vuelta y mirarme. Parpadeó y bajó la vista, como si estuviera triste, perdida y algo más... arrepentida, o desesperada. ¿Por qué estaba triste? Entrecerré los ojos y me esforcé por apartar la mirada. No quería saber qué le pasaba.

—Bien, chicos —dijo Penley, todavía hablando de la información que había anotado—. No olvidéis que la reunión contra el acoso escolar es el día veintinueve. En lugar de asistir a la primera clase, id...

Tate levantó la mano.

—¿Señora Penley? —la interrumpió.

La profesora levantó la mirada.

—¿Sí, Tate?

—Quedan cinco minutos de clase —indicó educadamente—. ¿Puedo pronunciar mi monólogo ahora?

«¿Qué?, ¿por qué?» Se supone que aún nos quedaba tiempo para hacer este trabajo. Toda la clase, Penley incluida, la miró.

—Eh, bueno, no esperaba poner notas aún. ¿Has preparado la redacción? —le preguntó.

—No, la tendré para la fecha de entrega, pero me gustaría representarlo ya. Por favor.

Apreté los dientes.

—De acuerdo. —Penley exhaló un suspiro—. Si estás segura de que estás preparada, sí.

«Estupendo». Lo último que me apetecía justo ahora era tener que mirar a Tate o escuchar su voz. Sobre todo porque sabía que me iba a costar no mirarla.

«Ruido. Espacio. Distracción».

Me hundí en la silla, estiré las piernas y las crucé por los tobillos. Alcancé el bolígrafo, lo presioné sobre la libreta y empecé a dibujar cubos en tres dimensiones.

—Me gustan las tormentas —escuché, pero mantuve la vista fija en las líneas que estaba esbozando—. Truenos, lluvia torrencial, charcos, zapatos mojados. Cuando aparecen las nubes, me embarga una sensación de emoción.

Intenté no prestar atención a lo que decía, pero en ese momento me di cuenta de que me iba a resultar del todo imposible no hacerle caso.

—Todo es más bonito bajo la lluvia, no me preguntes por qué. — Parecía tranquila y natural, como si estuviera hablando con un amigo—. Pero es como si hubiera todo un reino de oportunidades. Antes me sentía como una superheroína pedaleando en la bici peligrosamente por las carreteras resbaladizas, o tal vez una atleta olímpica superando pruebas difíciles para llegar a la meta.

Se detuvo un instante y levanté el bolígrafo al darme cuenta de que estaba repasando el mismo cubo una y otra vez.

—En los días soleados, cuando era niña, me despertaba con esa sensación de emoción. Me hacías sentir esa expectación mareante, como una tormenta sinfónica. Tú eras la tempestad en el sol, el trueno en un cielo aburrido y sin nubes.

El recelo se abrió paso bajo mi piel y se me entrecortó la respiración.

No era un monólogo.

—Me acuerdo de que me tomaba el desayuno todo lo rápido que podía para poder ir a llamar a tu puerta —continuó—. Jugábamos todo el día y solo volvíamos a casa para comer y dormir. Jugábamos al escondite,

me empujabas en el columpio o trepábamos por los árboles.

No pude aguantar más y alcé la mirada para encontrarme con la suya. Y el corazón... era como si ella lo estrujara y apretara entre sus dedos.

«Tate». ¿Estaba hablando conmigo?

—Ser tu amiga me hacía sentir de nuevo en casa —Tenía la mirada puesta en mí—. Cuando tenía diez años mi madre murió. Tenía cáncer y la perdí antes de conocerla de verdad. Mi mundo se volvió inseguro y estaba asustada. Tú fuiste la persona que volvió a arreglar las cosas. Contigo, me sentí valiente y libre. Era como si la parte de mí que había muerto con mi madre volviera cuando estaba contigo, y ya no dolía. Nada dolía si sabía que te tenía a ti.

No podía respirar. ¿Por qué hacía esto? Yo no significaba nada para ella.

—Y entonces un día, sin avisar, te perdí también a ti. Volvió el dolor y me sentía destrozada cada vez que sentía que me odiabas. Mi tormenta se había ido y te volviste cruel. No hubo explicación ninguna, simplemente te habías marchado. Y se me rompió el corazón. Te echaba de menos. Echaba de menos a mi madre.

Por su mejilla cayó una lágrima y noté que se me tensaba la garganta.

Me miraba como antes, como si yo lo fuera todo para ella. Por la cabeza me pasaron cientos de pensamientos mientras la miraba. Todo lo que le había hecho para demostrar que yo era fuerte, para demostrar que no necesitaba a una persona que no me quería. Tragué saliva en un intento de calmar el martilleo que notaba en el pecho.

¿Me quería?

«No».

Estaba mintiendo, tenía que ser eso.

—Peor que perderte fue que empezaras a hacerme daño. Tus palabras y acciones me hicieron odiar venir al instituto. Me hacían sentir incómoda en mi propia casa.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me dieron ganas de romper algo.

Ella estaba dolida, yo estaba destrozado, ¿y para qué?

—Aún duele, pero sé que nada de esto es culpa mía —continuó, y apretó los labios—. Existen muchas palabras que podría usar para describirte, pero la única que incluye triste, enfadado, horrible y detestable es «cobarde». En un año me habré marchado y no serás más que un fracaso en el instituto. —Volvió a mirarme y su voz cobró fuerza—. Eras mi tempestad, mi nimbo, mi árbol en el aguacero. Me encantaban todas esas cosas y te quería. ¿Y ahora? Eres una maldita sequía. Pensaba que los capullos conducían automóviles alemanes, pero resulta que los cretinos con Mustangs también pueden dejar cicatrices.

Apreté los puños y me sentí varado en el espacio, buscando una vía de escape. Apenas oí a la gente aplaudir... y vitorear. Todos pensaban que su

«actuación» había sido increíble. Yo no sabía cómo tomármelo.

Había actuado como si yo le importara, con las palabras me había dado a entender que se acordaba de todo lo bueno que había entre los dos. Pero el final... parecía una despedida.

Se inclinó y el pelo cayó a su alrededor con la reverencia. Sonrió, pero con tristeza, como si se sintiera bien, pero, al mismo tiempo, se sintiera culpable por sentirse bien.

Sonó el timbre y yo me levanté de la silla, pasé junto a su mesa, donde se había sentado de nuevo, y salí del aula. Sentía como si estuviera atravesando un túnel. La gente se movía apresuradamente a mi alrededor, le daba la enhorabuena a Tate por el trabajo y seguía con sus asuntos como si mi mundo no estuviera desmoronándose.

Ahora mismo todo era ruido blanco a mi alrededor. El único sonido que oía era el latido del corazón mientras caminaba aturdido por el pasillo.

Apoyé la frente en la pared de azulejos fríos, fuera de la clase de Penley, y cerré los ojos.

¿Qué acababa de hacer conmigo ahí dentro?

Me costaba respirar, por lo que me concentré en llenar de aire los pulmones.

«No, no... A la mierda».

Estaba mintiendo, era todo pura actuación.

Cuando tenía catorce años, ella era cuanto quería. Cuando la necesitaba, ella ni siquiera pensaba en mí. No me echó de menos cuando estaba con mi padre aquel verano. No me quería entonces y no me quería ahora.

El día que regresé la necesitaba con locura y ella ni se acordó de mí.

«Joder, Tate. No hagas esto. No me vuelvas loco».

Ya no sabía qué quería. Deseaba dejarla en paz, olvidarla. Pero por otra parte no quería. Quizá solo ansiaba abrazarla e inhalar su aroma hasta lograr recordar quién era yo.

Pero no podía. Necesitaba odiar a Tate. Lo necesitaba porque si no tenía algo en lo que centrar mis energías iba a descarrilarme. Mi padre conseguiría vencerme y yo no podría distraerme con ella.

—Nos vemos, Jared.

Me volví y parpadeé. Era Ben, y ella estaba con él. Mirándome como si no fuera nada, como si yo no fuera el centro de su vida al igual que, maldita sea, ella era el centro de toda mi existencia.

Me metí los puños en el bolsillo de la sudadera para que no me vieran apretándolos. Lo hacía mucho últimamente, controlar el temperamento para que nadie se diera cuenta de lo que bullía en mi interior.

Apreté los dientes. «No puede hacerme daño».

Mas el aire que escapaba de la nariz se tornó más cálido mientras los

observaba alejarse por el pasillo.

Se iba con él.

Acababa de derrotarme en esa clase.

Estaba sobreviviendo a mí.

Apreté con más fuerza los puños hasta que me empezaron a doler los huesos de los dedos.

—¿Me llevas a casa?

Tensé la mandíbula y la frustración manó de todos los poros de mi piel. Ni siquiera tuve que darme la vuelta para saber que era Piper.

Ella era la última persona en la que había pensado los últimos días; esperaba que captara la indirecta y me dejara tranquilo.

Pero entonces recordé que había algo que se le daba muy bien.

—No digas nada. —Me di la vuelta, la agarré de la mano sin mirarla siquiera y tiré de ella hasta el baño más cercano. Necesitaba librarme de la frustración y Piper conocía la fórmula para que lo lograra. Ella era como el agua, adoptaba la forma del continente que la contenía. Ella no me desafiaba ni me exigía nada. Se limitaba a estar ahí para mí.

Ya habían terminado las clases. La estancia estaba vacía cuando entré en un cubículo, me senté y la coloqué encima de mí. Se rio, creo, pero, siendo sinceros, me importaba una mierda quién fuera ella, dónde estuviera o que alguien pudiera descubrirnos. Necesitaba penetrarla, penetrar tan profundo que no pudiera ni oír mis propios pensamientos. Que no pudiera ver su pelo rubio ni sus ojos azules en mi cabeza.

«Tate».

Le arranqué la rebeca rosa a Piper y me abalancé sobre la boca. No me gustó, pero tampoco tenía que gustarme, simplemente quería evadirme.

Le agarré los tirantes de la camiseta y se los bajé por los brazos junto a los del sujetador hasta que le cayeron a la cintura. Tenía los pechos libres para mí y enterré la cara en ellos, lo que le arrancó un gemido.

«Nada dolía si sabía que te tenía a ti».

Solo intentaba huir de Tate, pero me estaba dando alcance. Atraje más a Piper e inhalé el aroma de su piel con el deseo de que fuera otra persona.

«Me sentía destrozada cada vez que sentía que me odiabas».

El corazón seguía latiéndome como si no quisiera seguir en mi cuerpo, no era capaz de tranquilizarme. ¿Por qué?

Piper se echó hacia atrás y empezó a moverse encima de mí. Yo movía las manos por todas partes, buscando una salida. Buscando el control.

«Y se me rompió el corazón. Te echaba de menos».

Agarré a Piper por el trasero y ataqué al cuello. Ella volvió a gemir y dijo algo, pero no lo oí. Solo había una voz en mi cabeza que ni Piper ni ninguna otra chica conseguiría acallar.

«Me encantaban todas esas cosas y te quería».

Y entonces me detuve.

Me había quedado sin aire.

«Tate me había querido».

No sabía si era por la mirada en esos ojos llenos de lágrimas o el tono de su voz, o tal vez el hecho de que la conocía mejor que nadie. Pero estaba seguro de que había dicho la verdad.

—¿Qué pasa, cielo?

Piper me rodeaba el cuello con los brazos, pero no podía mirarla. Me quedé quieto, respirando contra su pecho, tratando de engañarme a mí mismo, aunque solo fueran unos segundos, al pensar que era a Tate a quien abrazaba.

—Jared, ¿qué te pasa? Desde que ha empezado el curso te estás comportando de una forma muy rara —dijo con esa maldita voz aguda suya. ¿Por qué la gente no se daba cuenta de cuándo tenía que callarse?

Me pasé las manos por la cara.

—Levanta, te llevo a casa —respondí.

—No quiero ir a casa. Llevas un mes sin hacerme caso. ¡Más de un mes! —Se colocó la camiseta y la rebeca, pero no se movió de donde estaba.

Inspiré profundamente y me esforcé por reprimir los nervios que notaba en el estómago.

—¿Quieres que te lleve o no? —pregunté, perforándola con una mirada que significaba «lo tomas o lo dejas». Piper era demasiado lista como para hacer preguntas. No le había contado nada a Madoc y no pensaba contarle nada a ella.

Cuando llegué a casa, mi humor había ido de mal en peor. Después de dejar a Piper en su casa, me limité a conducir. Necesitaba escuchar música, aclarar las ideas y deshacerme del dolor que notaba en el pecho.

Deseaba culpar a Tate, hacer oídos sordos como siempre que le hacía daño. Pero esta vez no podía. No había forma de escapar de la verdad, ni organizado una fiesta ni distrayéndome con otra chica.

Y la verdad era que quería volver a aquel día en el parque. Al estanque, al momento en que decidí que le haría daño. Esta vez lo habría hecho de otra manera.

En lugar de alejarla, habría hundido la cara en su pelo y permitido que me hiciera regresar del lugar al que había marchado. No tendría que decir ni hacer nada, tan solo inundar mi mundo. Pero la ira fue más fuerte que el amor aquel día y ahora mismo no podía enfrentarme a lo que hice. No podía enfrentarme a que me odiara, a que mi madre no quisiera tener nada que ver conmigo y que mi padre me recordara todos los sábados que era un perdedor.

«Que les jodan, que les jodan a todos».

Entré en casa, cerré de un portazo la puerta y lancé las llaves al aire. El lugar estaba silencioso como una iglesia, excepto por las patitas de *Madman*, que derrapaban en el suelo. Se lanzó a arañarme los jeans, gimoteando en busca de atención.

—Ahora no, amigo —le dije y entré en la cocina. *Madman* no podía tranquilizarme, tenía ganas de pegar a algo. Cuando abrí el frigorífico me fijé en una nota que me había dejado mi madre pegada en la puerta.

Paso la noche fuera. Pide pizza. Te quiero.

Volví a cerrar la puerta. «Siempre está fuera».

Me agarré a ambos lados del electrodoméstico y apoyé la cabeza en el acero inoxidable. «No importa —me dije—, todo va bien». Tenía unos padres de mierda, pero ¿y quién no? Había apartado a Tate de mi vida, pero había otras chicas ahí fuera. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con mi vida, pero tan solo tenía dieciocho años... o casi.

Todo iba bien.

Me aferré con más fuerza al frigorífico con la esperanza de creermela mentira.

Y entonces me vi a mí mismo, solo en la cocina, agarrado al refrigerador. Autoconvenciéndome de que la vida era buena.

«Mierda».

Me puse a darle puñetazos a la puerta de acero. No sentía los músculos al estampar las manos contra el electrodoméstico una y otra vez. *Madman* aulló y salió corriendo.

Las cosas que mi madre tenía encima cayeron destrozadas al suelo, pero yo seguí a lo mío. Con ambas manos, golpeé la pared una y otra vez.

«Nada dolía si sabía que te tenía a ti».

Me estaba volviendo loco, ¿por qué no podía olvidarme de ella?

Paré, con los hombros caídos, y me obligué a inspirar y espirar, pero no me bastó. Me volví para subir a la planta de arriba. Si mi madre no iba a venir esta noche, no pasaba nada por sacar la botella de Jack Daniels. Como ella era alcohólica, la tenía escondida, pero esta noche necesitaba desquitarme. No podía soportar tanto dolor, no podía enfrentarme a esto, así que necesitaba ahogarlo todo.

De camino a la planta de arriba, me di cuenta de que la puerta de entrada estaba abierta.

«Mierda».

No se habría cerrado bien cuando entré, y no había duda de que *Madman* había salido. La cerré con fuerza.

«Fantástico», hasta el perro se había ido.

Cuando entré en la habitación, hice uso de las reservas que le habíamos robado Madoc y yo a su padre y saqué una botella.

Me quité la sudadera, la camiseta y las botas y abrí la botella. Le di unos buenos tragos para ahogar su voz en mi cabeza.

No obstante, cuando me acerqué a la ventana, me quedé congelado. Ahí estaba. Bailando. Con los ojos cerrados, dando saltos.

Me vino a la mente una imagen de ella con un camisón morado, pero no la supe ubicar.

Estaba ridícula y no bailaba mucho mejor que yo. Me dieron ganas de reír cuando lanzó al aire unos cuernos de diablo y gritó al son de la música. Me embargó una necesidad imperiosa de abrazarla.

Justo en ese momento, quise recuperarla.

¿Pero qué narices iba a decirle? No podía contárselo todo. Todo, no.

Me llevé de nuevo la botella a los labios, cerré los ojos y tragué la bilis que me subía por la garganta.

No había nada que decir. El chico al que ella conocía cuando teníamos catorce años se había ido. Mis padres me habían abandonado. Ella me había abandonado.

Estaba solo, como esa idiota había dicho.

Un odio visceral se abrió paso por mi cuello hasta la cabeza y me puse tan nervioso que me dieron ganas de arrancarme la piel para poder respirar. Lancé la botella contra la pared y se derramó por el suelo.

«¡Mierda!»

Salí de la habitación y bajé las escaleras como un loco. Le di patadas a las sillas, puñetazos a las fotos y golpeé adornos de cerámica y de cristal. Lo destruí todo y lo arrasé todo con el atizador de fuego hasta que no quedó nada. Las fotografías de mi madre en las que aparecía yo sonriendo y todas las figuritas que daban la impresión de que éramos una familia feliz acabaron destruidas. Dos horas más tarde, la casa estaba arrasada de arriba abajo y yo, exhausto.

Cuando terminé, la vivienda era un desastre y yo estaba empapado en sudor. Pero me sentía eufórico. Nadie podía hacerme daño si yo podía hacerles daño a ellos.

Felizmente anestesiado y tranquilo, salí al porche trasero con otra botella de Jack Daniels y la lluvia me empapó. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí fuera, pero al fin podía respirar y me sentía bien. Tendría que dar explicaciones por haber actuado como un niño de cinco años y haberlo roto todo, pero al fin había recuperado el control. Me quedé allí sentado, bebiendo y disfrutando de la calma.

—¿Jared?

Giré la cabeza y me quedé sin aliento. «¿Tate? Oh, por Dios, no. No, no... ¿Estaba aquí? ¿Y con unos malditos pantalones cortos y una camiseta?»

Me volví de nuevo con la esperanza de que se marchara. No quería perder los nervios con ella, ni hacer nada estúpido. Al fin me había calmado, pero no estaba en condiciones para tratar con ella ahora mismo.

—Jared, el perro estaba fuera, ladrando. He llamado al timbre. ¿No lo has oído?

Maldita sea, estaba tan cerca de mí. Casi notaba la urgencia, quería estar más cerca, perderme en sus brazos y olvidarme de todo, hasta de lo que hice ayer.

Se puso delante de mí, bajo la lluvia, y sentí un hormigueo en los dedos. Ansiaba tocarla.

Levanté la mirada solo un instante, incapaz de resistir la urgencia.

«Madre mía». Estaba empapada. Bajé la mirada, no sabía lo que podría hacer si seguía mirándola. Tenía la camiseta mojada y pegada al cuerpo, aunque intentaba ocultarlo cruzándose de brazos. Las piernas le brillaban por el agua y los pantalones estaban ajustados a los muslos fuertes y húmedos.

—¿Jared? ¿No me vas a responder? —gritó—. La casa está destrozada.

Intenté mirarla de nuevo. ¿Por qué? A saber. Cada vez que la miraba, quería enterrar el corazón y el cuerpo en su interior.

—El perro se ha escapado —murmuré. «¿Qué diablos?»

—¿Y te da una rabieta por ello? ¿Sabe tu madre lo que has hecho en la casa?

Frunció el ceño cuando me miró directamente a los ojos.

En ese momento, volvieron a erigirse los muros. Mi madre. Tate mirándome como si no tuviera control sobre mí mismo. Como si fuera débil. No quería seguir haciéndole daño, pero tampoco iba a permitir que se colara en mi mundo.

—¿Qué te importa? No soy nada, ¿de acuerdo? Soy un perdedor. Mis padres me odian. ¿No me has dicho tú eso?

«Sí, esto es más sencillo. Retrocede».

Cerró los ojos, parecía avergonzada.

—Jared, no debería de haberte dicho eso. Da igual lo que hayas...

—No te disculpes —la interrumpí. Me tambaleé al levantarme para estar por encima de ella—. Eres patética cuando te rebajas.

Me gritó algo, pero estaba mareado y exasperado, y no escuché lo que decía mientras yo volvía al interior de la casa.

Me siguió, pero no le hice caso y me puse a secar al perro. Y entonces volvió a arrebatarme todo el control cuando vi que se disponía a vaciar la botella por el sumidero.

«¿Qué?»

—¡Hija de puta! —Me acerqué a ella corriendo e intenté quitarle el Jack Daniels de las manos—. Esto no es asunto tuyo. Vete —No quería que me viera así. No tendría que preocuparse por mí, yo no había hecho nada para merecerlo. ¡Y no necesitaba que lo hiciera!

Tiré de la botella y su cuerpo cayó sobre mí.

Era la criatura más preciosa que había visto nunca, y enfadada estaba

todavía más irresistible. Había fuego en sus ojos y el labio inferior le brillaba por la lluvia. No quería evitar esto por nada en el mundo, quería desfogar todas mis energías con ella.

De muchas maneras posibles.

Levantó la mano y eché la cabeza a un lado al notar el escozor. Me quedé quieto, sorprendido.

«¡Me ha pegado!»

Solté la botella, me daba igual, y la subí sobre la encimera. No sabía qué estaba haciendo, estaba fuera de mi control, y, por una vez, no me importaba.

Me miró a los ojos y no apartó la mirada ni un segundo mientras retorció el cuerpo. No debería de sujetarla así, ni cruzar esa línea con ella, pero tenía a Tate entre mis brazos por vez primera en más de tres años y no pensaba soltarla. Cuanto más la miraba y más me permitía tocarla, más suyo era. Lo odiaba y adoraba al mismo tiempo.

—Hoy me has dejado deshecho.

—Bien —respondió y la agarré con más fuerza.

Volví a tirar de ella hacia mí.

—¿Querías hacerme daño? ¿Has disfrutado? Sienta bien, ¿eh?

—No, no he disfrutado —respondió con calma—. No siento nada. No significas nada para mí.

«No».

—No digas eso. —No la había perdido por completo, aún la tenía, ¿verdad?

Olí el aliento dulce cuando se inclinó sobre mí, y sus labios desprendían calor y sexo.

—Nada —repetió, provocándome. Enseguida me puse duro como una piedra—. Y ahora, aparta...

Me lancé sobre su boca y devoré todos los gimoteos. Era mía. Su olor, su piel... toda ella invadió mi mundo y ya no podía ver con claridad. La cabeza me daba vueltas, como si estuviera bajo el agua, ingrávido y en silencio. Sabía muy bien.

Le chupé el labio inferior y saboreé lo que tanto había ansiado durante años. Quería probarla por todas partes. Iba muy rápido, pero era incapaz de controlarme. Sentía que necesitaba recuperar todo el tiempo perdido.

Tenía el pecho presionado contra el mío y yo me encontraba entre sus piernas. Me obligué a respirar entre beso y beso. Aquí era donde quería llegar, ¿por qué no me había dado cuenta antes? No se resistía y sonreí cuando estiró el cuello para corresponderme, invitándome a seguir. Aflojé el agarre y enterré las manos en su cuerpo para colocarla en torno a mis caderas y que así notara lo mucho que la deseaba.

Me rodeó con las piernas y deslicé las manos por sus muslos, totalmente fascinado por la suavidad y calidez de la piel. No íbamos a

movernos hasta que recorriera todo su cuerpo con las manos o la boca.

Le besé el cuello; me llevó la cara de vuelta a sus labios y disfruté con su respuesta. Ella deseaba esto tanto como yo.

«Sí, al fin».

Era consciente de que no la merecía. Sabía que ella merecía más que esto, pero pensaba hundirme en esta chica o vivir toda una vida intentándolo. No podía acercarme lo suficiente o besar lo bastante rápido. Quería más.

Me acerqué al pequeño espacio bajo la oreja e inspiré, desesperado por ella. Me sentía más libre que en muchos años con su cuerpo alrededor del mío.

—Jared, para. —Apartó la cabeza de mí, pero yo seguí a lo mío. «No. Tú. Yo. En una maldita cama. Ahora».

Me disponía a llevármela cuando me gritó:

—¡Jared! ¡Te he dicho que pares!

Y me empujó.

Me tambaleé, sorprendido. La sangre me bombeaba en el pene como el agua en las cataratas del Niágara y todo mi cuerpo la deseaba locamente. Me quedé quieto, pensando en qué podía decirle para recuperarla, pero no me dio ninguna oportunidad. Se bajó de la encimera y salió corriendo de la casa.

«Mierda».

No sabía qué diablos iba a hacer ahora, pero una cosa estaba clara. No habíamos terminado.

CAPÍTULO 19

—¿En serio? —Me incliné sobre la ventanilla del automóvil de Madoc, en cuyo asiento estaba él escuchando a Pink.

—Mi música no es asunto tuyo. —Terminó la conversación justo ahí y fijó la vista en la pista que tenía delante.

Era viernes por la noche, dos largos días después de mi beso con Tate, y estábamos en el Loop, preparándonos para la carrera de mi amigo con Liam. Madoc estaba escuchando música de chicas y yo me esforzaba por no echarme a reír.

Pink era sexi como nadie, pero personalmente necesitaba algo más ruidoso cuando me tenía que concentrar.

KC había venido conmigo esa noche. Miré hacia donde sabía que estaba y me tensé al verla hablando con Tate. Se me hinchó el pecho con una oleada de calor.

—Eh, ¿por qué estás sonriendo? —oí que decía Madoc.

Parpadeé y volví a mirarlo a él. Estaba sentado, agarrando el volante con las manos y mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿Estaba sonriendo? —Volví a poner la misma expresión de antes.

—Sí, y es muy raro. La única vez que sonríes es cuando le quitas las alas a las mariposas —murmuró. Frunció el ceño y se volvió para mirar por la ventanilla trasera—. ¿Está aquí?

—¿Quién?

—La mariposa a la que quieres atormentar —bromeó.

—Que te den —gruñí, y volví a mi vehículo.

Mi juegucito con Tate había cambiado, y no tenía ni idea de cómo iba a explicárselo a mi amigo. Así que no le dije nada.

Curvé los labios en una sonrisa al pensar en lo distinta que era ahora mi idea de cómo causar tormento a Tate.

Dios mío, la deseaba. Simple y llanamente.

Ese beso, nuestro primer beso, fue una maldita tortura y quería más.

Me había castigado con él, me había demostrado qué podía hacer conmigo. Lo que podíamos hacer juntos. Y tan solo había sido una muestra.

KC se acercó a mí y cerré el capó del automóvil.

—Hola.

Detrás iba Tate con... el idiota de Ben Jamison. Exhalé un suspiro y miré a KC.

—Hola. —Le eché el brazo por el hombro, aunque no sabía por qué hacía eso.

KC y yo seguíamos fingiendo que teníamos una relación, pero, aunque ella quería fastidiar con ello a Liam, no sabía qué era lo que conseguía yo con todo esto.

—Hola, amigo —me saludó Ben.

Me dieron ganas de hacerlo sangrar por los ojos.

—¿Qué tal? —pregunté y devolví la atención a la pista antes de que tuviera ocasión de responder.

El silencio se instauró y esbocé la sonrisa que estaba reprimiendo. Se sentía la tensión, como en una ampolla a punto de estallar, y estaba disfrutando con ello. No me importaba si KC estaba cómoda, y tampoco quería que Ben o Tate se relajaran. No existía universo alguno en el que me gustara verla a ella con él. Probablemente, con nadie.

Pero KC decidió meter cizaña.

—Jared, ella es Tatum Brandt —nos presentó con tono sarcástico—. Salúdala.

«Sí, nos conocemos».

Rodeé con el brazo la cintura de KC porque era un capullo y recorrí a Tate con la mirada, fingiendo que no me importaba en absoluto.

El aire que me salía de la nariz era cálido y me limité a levantar la barbilla en su dirección y apartar la mirada.

Seguramente sintiera alivio al comprobar que podía comportarme de manera civilizada, pero era todo teatro. Ardía por dentro y me dieron ganas de besar y pegar, todo al mismo tiempo.

Me cabreaba que Ben pensara que tenía una oportunidad con ella.

Y me cabreaba la ropa que llevaba ella.

Iba vestida con una falda corta y negra de colegiala, una camiseta blanca, probablemente sin mangas, y una rebeca gris.

—¡Estamos listos! —gritó Zack desde la pista. Lo miré cuando todo el mundo empezaba a dejar libre la carretera de tierra en la que iban a competir Liam y Madoc.

Tate dio unos pasos hacia la pista y de inmediato aparté el brazo de KC y metí la mano en el bolsillo para tocar el fósil del colgante. No solía llevarlo encima, tan solo los domingos y durante las carreras.

—¿Preparados? —chilló una muchacha en la pista.

La multitud vitoreó con fuerza cuando revolucionaron los motores. La mayoría probablemente no era consciente de que iba a ser una carrera de pacotilla.

¿El GTO de Madoc contra el Camaro de Liam? No tenía ninguna oportunidad.

Un Camaro podía servir para una carrera, pero Liam no tenía ni idea de conducir y Madoc sí.

—¿Listos? —gritó la chica, pero yo tenía la vista fija en Tate, que se había vuelto para ver la salida—. ¡Ya!

La gente empezó a gritar y los cuerpos de todos me taparon la visión de la pista. Me quedé atrás, junto a mi vehículo. No me importaba, sabía quién iba a ganar y ahora mismo solo había una persona a la que me apetecía mirar.

Tate estaba de espaldas a mí y, por una vez, no tuve que apartar la mirada. Ya no me sentía culpable por desearla y pensaba seguir observándola.

Estaba de puntillas, intentando ver por encima de las cabezas de los demás espectadores. Tenía los músculos de las piernas flexionadas y ansiaba tocarla. Los contornos suaves de la piel y el recuerdo de cómo, dos noches antes, esas piernas me envolvían, me dieron ganas de colocarla en la misma postura en el capó de mi automóvil.

Hace bastante que me di cuenta de que Tate ya no tenía catorce años. Incluso a esa edad era preciosa, pero ambos éramos unos niños. El deseo y la premura que solía tener se habían convertido en fantasías de verdad.

Y ahora éramos lo suficientemente mayores para llevarlas a cabo.

—¡Mierda! —se quejó KC, que estaba unos metros por delante de mí—. Se me ha derramado la cerveza.

Tate se dio la vuelta para ver qué había pasado y el mundo entero se paró cuando me miró a los ojos.

Eso es lo que la hacía diferente a las demás chicas.

Me gustaba cuando me miraba.

Se quitó la rebeca y se la lanzó a KC, a quien todavía no había mirado siquiera. Supongo que se había manchado la camiseta y necesitaba algo para taparse.

«Uf».

Tragué saliva con dificultad.

La camiseta blanca de Tate era fina y ajustada, y atisé los pezones endureciéndose por el frío de la noche. Miré a Ben, que le echaba miraditas. Intentaba resistirse, pero estaba fracasando estrepitosamente.

«Maldita sea».

Apreté los dientes. La idea de salir de aquí y llevarla a casa era tentadora. Si él seguía mirándola así, iba a sacarle los ojos con una cuchara.

Los dos se volvieron hacia la carrera y KC se puso la rebeca de Tate.

Madoc y Liam tomaron por fin la cuarta curva, aunque mi amigo le sacaba una buena ventaja. Cuando cruzó la línea de meta, la multitud aplaudió y movió las manos en el aire, encantada con su victoria y el espectáculo.

Ben sonrió a Tate, que reía por el remolino de viento que habían originado los vehículos. Odiaba a Madoc, así que supuse que estaba simplemente emocionada por el lugar y no por la victoria.

Reían y hablaban, y parecían muy cómodos juntos.

«¿De verdad?»

Tate no quería la comodidad. Ella quería que la retaran. Quería las manos y la boca de otra persona sobre ella, volviéndola loca. Quería que le hicieran el amor bajo la lluvia.

Y ahora mismo solo estaba intentando ser una persona distinta.

Tomé a KC por la cintura, la atraje hacia mí y ella abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—Por Liam, ¿te acuerdas? —susurré, aunque no hacía esto por ella.

Intentar poner celosa a Tate era una tontería, pero quería comprobar si reaccionaba de alguna forma. Estaba claro que este último mes lo había llevado bastante bien.

KC la miró nerviosa y temí que se lo estuviera pensando demasiado. Fingir delante de Liam estaba bien, pero probablemente le costara mucho hacer nada a la vista de Tate.

No obstante, un momento después cedió y me rodeó el cuello con los brazos. Acepté el gesto y le besé la mandíbula. Enterré la cara en el cuello de ella y lo recorrí con suavidad, depositado besos lentos hasta la oreja. El cerebro me decía lo que tenía que hacer.

Sinceramente, prefería besar a *Madman*, pero sentía la mirada de Tate fija en mí.

«Para —me dije—. Si Tate te ve manoseando a su amiga no va a dejar que la toques a ella».

—¡Despejad la pista! —oí gritar a Zack y levanté la cabeza con impaciencia—. Trent y Roman, venid a la línea de salida.

Me pasé la mano por la cara.

«Por fin».

Me di la vuelta, entré en el automóvil y sentí la vibración bajo el cuerpo al encender el motor. Vivía por dos cosas: atormentar a Tate y hacer polvo la pista.

Aunque todo lo que conseguía en el Loop era para mi padre, me encantaba competir. Me hormigueaban los pies al notar el pedal y las manos se habían vuelto unas expertas maniobrando con el vehículo. Podía manejar el volante y conducir, avanzar y virar justo como necesitaba.

Eran dos minutos a la semana en los que me encantaba mi vida.

Still Swingin', de Papa Roach, rugió en los altavoces del automóvil cuando paré el Boss 302 en la pista. Mi Mustang negro era bueno, rápido y completamente mío. Fue lo único que mi madre me dejó comprar con el dinero de la casa de mi abuelo. Lo había pagado entero y era mi única vía de escape cuando necesitaba alejarme de la gente y perderme.

Derek Roman, que estaba en el primer curso de la universidad y era un antiguo compañero de clase, volvía de vez en cuando a la ciudad para competir. Colocó el Trans Am del 2002 junto al mío y apreté los dedos sobre el volante.

Tenía bastante influencia y algunas personas habían apostado en mi contra esta noche y a favor de él. Me parecía un insulto, pero me vendría bien. Cuanto menores fueran las estadísticas, mayores serían las ganancias.

—¡Bien! —anunció Zack con voz grave y autoritaria—. Despejad la pista para el evento principal de la noche.

CAPÍTULO 20

Ahora que los universitarios habían regresado a clase, había menos carreras que en verano. La de Madoc y la mía eran las únicas de esta noche.

Metí la mano en el bolsillo de los jeans, saqué el fósil y lo colgué del espejo retrovisor. Me di cuenta de que Tate me miraba y sentí un nudo en la garganta. No estaba seguro de si lo veía, pero no quería que reparara en él. Me iba a costar explicárselo, pues el colgante era de su madre.

Devon Peterson, una de las pocas chicas atractivas a las que jamás tocaría ni con un palo, se colocó delante de los vehículos con una falda de colegiala corta y una camiseta de tirantes. Iba a un curso por debajo del mío en el instituto y me había dejado muy claro que estaba disponible e interesada.

Yo no.

En realidad era sensata y simpática, pero lo era con todo el mundo, y ese era el problema. A veces tenías que saber que no merecía la pena correr el riesgo por pasar un buen rato.

—¿Preparados? —gritó, mirándome con ojos brillantes.

«Venga, venga». Me temblaba la rodilla izquierda sobre el pedal del embrague. No había chicas, ni padres... tan solo yo, compitiendo.

—¿Listos?

Roman y yo revolucionamos los motores.

—¡Ya!

Puse las piernas en movimiento, una soltando el embrague y la otra presionando con fuerza el acelerador. Los neumáticos rachearon un segundo antes de que Roman y yo despegáramos en la pista. Noté un vuelco en el estómago y sonreí por la sensación.

Me encantaba esto.

Aferrado al volante, volví a presionar el embrague al cambiar a

segunda y después a tercera. Solía olvidarme e intentar saltar marchas como cuando no competía, pero eso no lo podías hacer en una pista. Mi madre perdió los nervios cuando el año pasado se compró un automóvil nuevo, uno manual, y le enseñé a conducirlo.

«¿A qué te refieres con que puedo saltarme marchas? Jared, no las habrían puesto si no tuvieras que usarlas». Yo me limité a negar con la cabeza al darme cuenta de que no merecía la pena intentarlo.

El Boss volvió a rachear cuando reduje a cuarta y la música me rompió en mil pedazos que esparció en el viento. No podía pensar ni preocuparme por nada ni aunque quisiera.

Aquí era donde yo vivía. El Boss no iba a discutir conmigo. Era mío, por dentro y por fuera.

Roman y yo avanzamos lado a lado, pero la primera curva se estaba acercando. Le sacaba una ligera ventaja, pero él no mostraba intención de decelerar.

«Maldito inútil».

Un día iba a tener que dar a este chico la paliza que merecía. No podíamos tomar la curva juntos, y él lo sabía. Uno de los dos tenía que reducir la velocidad y no iba a ser él.

Y era consciente de que yo lo sabía.

Me aferré con fuerza al volante y presioné el freno para quedar por detrás de él y en el carril interno. Justo a su cola, inspiré con fuerza y sacudí la cabeza, conteniéndome para no pisar el pedal y embestir el vehículo.

Giré el volante a la izquierda, completé la primera curva levantando polvo y sentí que la parte trasera del vehículo coleaba al tiempo que el corazón me tronaba en la garganta.

Pero el vehículo de Roman racheaba más.

Cambié a segunda y presioné el acelerador. Puse *I Stand Alone*, de Godmack, y salí disparado. A cada segundo, la sangre me vibraba con más fuerza en las venas y no me importaba si ganaba o perdía. Nada podría estropearme esto y nada podría mejorarlo. En cada curva, Derek Roman me cortaba el paso y me obligaba a quedar detrás de él o yo derrapaba más de lo que me gustaría. De todos modos, no iba a sacarle ventaja, pues el idiota prefería chocar contra los vehículos antes que competir.

Respiraba a una velocidad apabullante, no porque estuviera nervioso, sino porque estaba muy cabreado. Roman prefería ver los dos automóviles destrozados antes que verme ganar a mí.

Presioné el acelerador, me aferré al volante y avancé. Pasé volando junto a la multitud y sentí mariposas en el estómago cuando cruzamos la línea de meta. Suspiré y apreté los dientes al tiempo que reducía la velocidad. No sabía si había perdido, pero tampoco estaba seguro de que hubiera ganado. En ese punto, ni siquiera me importaba.

Quería pegar a alguien, y Roman era ese alguien.

Salí del automóvil con los brazos rígidos como barras de acero y rodeé el automóvil para encontrarme con él a medio camino.

—¡Eres un capullo! —bramé.

«Por favor, pégame».

Estábamos prácticamente pegados. Roman era casi de mi misma altura, pero yo era algo más alto.

—¡Te estabas metiendo en mi carril! —se quejó—. O a lo mejor es que no sabes conducir tu automóvil.

Me dieron ganas de reír.

—En la pista no hay carriles —«Idiota»—. Y mejor no hablemos de quién sabe conducir y quién no.

Roman, con el pelo oscuro peinado hacia atrás con gomina, me señaló con el dedo:

—Te diré una cosa, princesita, vuelve cuando te hayan crecido los huevos y te quiten las ruedas de apoyo. Entonces serás lo suficiente hombre como para competir conmigo.

Sonó como si dos cubos de basura se chocaran entre sí. Ese tipo tenía que callarse.

—¿Suficiente hombre? —pregunté y me aseguré de que la expresión en mi cara dejara a las claras que pensaba que era la cosa más estúpida que había escuchado nunca. Me di la vuelta para dirigirme a la multitud y levanté las manos—. ¿Suficiente hombre?

La mayoría eran compañeros de clase y me conocían bien.

Y, justo en ese momento, Piper salió de entre la gente y vino directa hacia mí. Los espectadores no se molestaron en contenerse cuando la chica pegó el cuerpo al mío, me tocó el trasero y me besó lenta y apasionadamente.

Sentí como si unos brazos invisibles tiraran de mí para apartarme de ella y tuve que recordarme a mí mismo que tenía que seguirle la corriente.

La agarré y deslicé las manos por los costados; sentí el calor de su lengua tocando la mía.

Esto era justo lo que necesitaba.

Piper era fácil.

Pero cuando la gente vitoreó ante el espectáculo que estábamos dando, tensé los labios y el beso se volvió torpe.

Sabía a ceniza.

En mi mente apareció Tate y el recuerdo de su boca.

La multitud gritó con más fuerza cuando me lancé a poner a Roman en su lugar. Esto estaba mal.

—¡Ya está bien! —gritó Zack para acallar a la gente—. Fuera, fuera.

Piper me sonrió y volvió con sus amigos, que la esperaban riendo.

—Escuchad. Tenemos una noticia buena y otra mala. —Zack miró a su alrededor, hablando más para los espectadores que para Roman y para mí—. La mala es que vamos a declarar un empate.

Todos se quejaron y algunos pronunciaron palabrotas.

«Madre mía». Solté una bocanada de aire.

—Pero la buena noticia es —se apresuró a añadir— que hay un modo de resolverlo.

Esbozó una amplia sonrisa que hizo que me subiera la bilis por la garganta. Zack podía ser muy retorcido.

—¿Una revancha? —pregunté esperanzado.

—Más o menos. —Ensanchó la sonrisa—. Si queréis solucionar esto, vuestros automóviles competirán de nuevo, pero... no seréis vosotros los conductores.

Me ardían los ojos y no podía parpadear.

«¿Qué narices dice?»

—¿Perdona? —preguntó Roman, acercándose a Zack.

—Ya sabemos que sois unos conductores excepcionales —aseguró este—. La carrera lo ha demostrado. Veamos cuál es el mejor vehículo.

«Ya basta».

—¿Y quién va a conducir? —grité.

Los labios de Zack prácticamente desaparecieron en la sonrisa.

—Vuestras novias.

«¿QUÉ?»

—¡Sí! —gritó algún idiota entre la gente, como si le resultara una idea estupenda.

¡Nadie, y lo decía de verdad, iba a conducir mi maldito automóvil!

La gente se acercó más para oír las quejas, porque sí, iba a haber quejas. Roman y yo íbamos a estar de acuerdo en que la idea era un asco, pero la mayoría de los ahí reunidos estarían encantados de perder dinero por ver a un par de chicas competir.

—¡Eh! No puede ser. —Roman miraba a su novia con el ceño fruncido. Era muy guapa, pero la chica menuda y morena tenía músculo suficiente para conducir una motocicleta, nada más.

Sonreí para mis adentros al pensar en lo que Tate podría hacer con ella.

«No, no sigas por ahí».

—Zack —dije suspirando—, yo no tengo novia. Nunca tengo novia.

—¿Y esa preciosidad con la que has venido?

Me volví y lancé una mirada nerviosa a KC. Supuse que estaba hablando de ella. A esta se le iban a salir los ojos de las órbitas cuando vio que contaba con la atención de todo el mundo.

—Solo es mi chico de repuesto —KC bromeó y levantó las manos. La gente se llevó la mano a la boca y rio, provocándome, como si tuviera que

sentirme herido.

KC no pudo evitar sonreír por su astucia y yo miré a Zack con una ceja arqueada y la esperanza de que lo entendiera.

—Nadie conduce mi automóvil —declaré.

—En esto coincido con la princesita —señaló Roman—. Esto es una tontería.

—La gente ya os ha visto competir a vosotros. Quieren entretenimiento. Si tenéis algún interés en que se declare un vencedor y que los demás cobren, tendréis que hacerlo. En cinco minutos colocaos en la salida

o marchaos. —Se dio la vuelta para irse, pero entonces se detuvo—. Ah, por cierto, podéis ir de copilotos si

queréis... para dar apoyo moral. —Las últimas palabras salieron apresuradas.

El idiota se estaba riendo de nosotros.

—Esto es una mierda. —Me pasé los dedos por el pelo y volví con Madoc y KC. Roman se acercó a su gente.

Me erguí y apreté y relajé los puños una y otra vez. Si Zack no fuera amigo mío, le habría dado una paliza.

Aunque no necesitara el dinero era imposible escapar de esta. Un reto era un reto. Si Roman no pensaba echarse atrás, yo tampoco.

—Eh, amigo, puedo conducir yo por ti —propuso Madoc—. Solo tenemos que contarles lo de nuestra relación secreta.

Intentaba animarme, pero sería más útil si se metiera el pie en la boca.

Conocía a chicas que sabían conducir. Había conocido a unas cuantas en el taller en el que trabajaba y me había encontrado con algunas otras, pero a las únicas chicas que conocía y que estaban hoy aquí eran con las que me había acostado o con quienes iba a clase.

Y no confiaba en ninguna.

—Jared, yo no puedo competir —señaló KC, como si no lo supiera ya—. Tiene que haber alguien más.

Lo había, pero la simple idea de tener que preguntarle me daba ganas de vomitar. No solo iba a decir que no, probablemente también me escupiera en la cara por sugerirlo.

«No actúes como si tuvieras elección».

Mierda.

En este momento lo único que quería era meterme en el automóvil y salir de ahí. Tomar decisiones difíciles y aceptar que las necesidades de los demás iban antes que las mías dolía, pero... no tenía elección.

Y entonces escuché a otro padre, a uno mejor, en mi cabeza.

«Un hombre sabe lo que tiene que hacer y lo hace».

Mi hermano merecía a alguien que cuidara de él y yo tenía el poder de lograr que su vida fuera mejor.

Eché la cabeza hacia atrás y suspiré.

«Esto iba a doler».

—Solo hay una persona en la que confiaría para que condujera mi automóvil. —Me volví y miré a Tate.

Ella puso cara de asombro.

—¿Yo? —preguntó sorprendida

—¿Ella? —preguntaron Madoc, KC y el idiota de Ben.

Me crucé de brazos y me acerqué a ella.

—Sí, tú.

—¿Yo? —repitió en voz más baja, y parecía como si acabara de preguntarle una tontería. Ya no estaba sorprendida.

—Te estoy mirando a ti, ¿no? —gruñí.

Su expresión se tornó indescriptible y entrecerró los ojos, desafiante. Miró a su acompañante, sin

hacerme caso. —Ben, ¿podemos irnos ya a esa hoguera? Aquí me aburro. No esperó a la respuesta y se dio la vuelta para alejarse de la multitud.

No pensaba elegir a ninguna otra persona y no tenía intención de regalarle la victoria al capullo de Derek Roman.

La seguí y la agarré por el codo.

—¿Puedo hablar contigo?

Ni siquiera podía mirarla y mantuve la voz baja. Esto era lo más cercano que estaba en más de tres años de suplicarle algo a alguien.

—No —respondió.

«Maldita rencorosa...»

Eché los hombros atrás. Sabía que estaba en todo su derecho de no ayudarme, pero su actitud me fastidiaba.

—Sabes lo duro que es para mí. —susurré—. Te necesito.

Se quedó sin aliento y bajó un instante la mirada. Al menos había conseguido que se detuviera.

—¿Y mañana cuando no me necesites qué? —preguntó—. ¿Volveré a ser el polvo que pisoteas?

El corazón se me aceleró y sentí un dolor en el pecho.

«Nunca has sido polvo».

—Lo hará —nos interrumpió KC, que estaba detrás de mí.

—¡KC! —se quejó Tate—. Tú no hablas por mí. ¡Y no voy a hacerlo! —me gritó a mí directamente y me recorrió una oleada de calor al notar su enfado.

Me acordé de la encimera de la cocina y me dieron ganas de callarla como había hecho esa noche.

—Quieres hacerlo —replicó KC.

—Puede —respondió ella—. Pero tengo orgullo. No va a conseguir ningún favor de mi parte.

«A la mierda».

—Gracias —gruñí.

—¿Por qué? —me preguntó ella.

Me acerqué a su cara, pero ella no retrocedió.

—Por recordarme lo zorra, decepcionante y egoísta que eres.

—Ya basta. Los dos —nos interrumpió Madoc. Yo miraba los ojos muy abiertos y enfadados de Tate—. Me da igual lo que haya entre vosotros dos, pero necesitamos a alguien en el automóvil. La gente va a perder un montón de dinero. Jared. —Me miró y continuó—: vas a perder mucho dinero. Y Tate. —La miró a ella, que seguía asesinándome con la mirada —: ¿Crees que antes la gente te trataba mal? Dos tercios del público ha apostado por Jared esta noche. Cuando se enteren de que su primera opción lo dejó tirado, el resto del curso va a ser un infierno sin que Jared ni yo tengamos que mover un solo dedo. Así que, vosotros dos, ¡entrad en el maldito automóvil ahora mismo!

Bajé la mirada al suelo y me sentí como un niño pequeño. Estaba estupefacto. Madoc no solía hablar de este modo. Lo había visto enfadado muchas veces, pero en raras ocasiones sacaba a relucir el tono autoritario.

Siempre he tenido la impresión de que ocultaba algo. Algo más.

Todos se quedaron callados, incluso algunas personas que pasaban por ahí y se habían percatado de la discusión.

—Tiene que pedírmelo amablemente —afirmó Tate.

—¿Qué?

Había sido amable. La primera vez que se lo había pedido.

—Tiene que decir «por favor» —se dirigió a todos menos a mí.

Negué con la cabeza y me reí para mis adentros.

Dios, esta chica era imposible.

—Tatum. —La miré como si se tratara de un plato de comida—. ¿Compites conmigo, por favor?

Entrecerró de nuevo los ojos, pero esta vez atisbé un puntito de emoción. No quería precipitarse y aceptar demasiado rápido, pero sabía que iba a dar su brazo a torcer.

—Las llaves —me pidió y tendió la mano.

Se las di y la seguí hasta la pista cuando se subió al asiento del conductor de mi automóvil.

Roman había puesto el Trans Am en posición y la gente estaba despejando la pista. Se oyeron silbidos cuando Tate se subió detrás del volante del vehículo.

Nos sentamos los dos y los nervios se apoderaron de mí por la impotencia. Nunca me había sentado en el asiento del copiloto.

No podía mirar adelante y miré a Tate, que estaba pasando las manos por el volante. La imagen de ella sentada en el asiento de mi automóvil

con las manos en mi volante fue demasiado.

Me removí nervioso, incapaz de controlar la entrepierna. Como solía pasarme cuando estaba ella.

No sabía si era por la idea de tenerla en el Mustang. A lo mejor era por lo sexi que sabía que iba a estar, o tal vez pensar en las dos cosas a la vez me aceleraba el pulso, pero de repente los *jeans* me apretaban.

Inspiré profundamente. De repente ansié que la lluvia cayera sobre el vehículo y tener su cuerpo cubierto de sudor y a ella sentada a horcajadas sobre mí. Era preciosa y este era el peor momento de mi vida para desear algo que sabía que no iba a conseguir con tanta intensidad.

Al menos no ahora.

Giró la llave, puso la marcha atrás y yo solo pude mirar con admiración cómo colocaba el brazo en el respaldo del asiento y miraba por encima del hombro para retroceder hasta la posición de salida. Se manejaba con facilidad con el volante y presionó con suavidad los pedales, flexionando las piernas cada vez que frenaba o aceleraba.

Era como ver porno.

Tate estaba cómoda y feliz, tenía una sonrisa en los labios.

Estaba sonriendo. En mi presencia.

De nuevo sentí un peso sobre los hombros y me sentí mal por todo lo que le había hecho. A ella y a mí.

—Estás sonriendo —dije con la esperanza de que parara, pero deseando al mismo tiempo que no lo hiciera.

Quería hacerla sonreír y odiaba acordarme de que nunca lo hacía.

—No me fastidies esto hablando, por favor.

«Está bien».

Me aclaré la garganta.

—Tu padre nos enseñó a usar el cambio de marchas y el Bronco es manual, así que supongo que a ese respecto no tienes ninguna pregunta, ¿no?

—No. —Tenía los ojos fijos al frente. Parecía al mismo tiempo concentrada en lo que le estaba diciendo y fascinada por el control del vehículo. Tamborileaba con los dedos y miró a su alrededor.

Le hice un resumen de lo que tenía que hacer, de cómo reducir la velocidad, de cómo girar, pero me respondió únicamente asintiendo.

Zack se colocó delante de los automóviles, probablemente porque las conductoras no se iban a mostrar muy interesadas en ver a Devon Peterson menear el trasero. En ese momento sentí que se me revolvía el estómago.

«Mierda».

Tate estiró el brazo y tocó el colgante con el fósil. Su colgante, el que hizo para su madre, el que yo robé y había conservado todos estos años.

«Mierda, mierda, mierda».

Notaba la sangre bombear en las orejas y me costó un esfuerzo considerable mantener la voz firme y tranquila. Se me había olvidado que estaba ahí.

—Un amuleto —expliqué. Me abroché el cinturón de seguridad y miré para otra parte—. Me lo llevé un par de días después de que lo dejaras allí. Pensé que alguien lo robaría o que se rompería, y lo tengo desde entonces.

Peor que enterarse de que lo había tenido yo todos estos años era saber que querría que se lo devolviera. No tenía ningún derecho a quedármelo.

Bajó la mano y me fijé en que miró por la ventanilla, sin decir nada. ¿Estaba pensando en algo? Quería saberlo, pero no pregunté.

—¿Estamos todos preparados? —La voz de Zack me devolvió a la realidad y Tate giró la cabeza para mirar al frente.

Puse *Waking the Demon*, de *Bullet for My Valentine*, en el iPod y subí el volumen.

«Ruido, actividad, distracción».

Ambos nos concentramos en el parabrisas y guardamos silencio.

—¿Preparados? —gritó Zack. Esbocé una sonrisa cuando Tate revolucionó el motor—. ¿Listos? —Subí el volumen de la música un poco más y me crucé de brazos.

Esperaba que saliera bien, pero no me sorprendería que Tate decidiera estrellar a mi pequeño como venganza.

—¡Ya!

Pisó el acelerador al tiempo que inspiraba con fuerza y sonreía por la emoción del momento. Tal vez fuera por la euforia de conducir un vehículo distinto, o por el entusiasmo de la competición, pero estaba muy concentrada. Miraba la carretera como si esta fuera su presa y cambiaba de marcha con fuerza y rapidez.

Me la imaginé agarrándome el pene y sacudí la cabeza.

«Porno».

—La primera curva viene rápido —comenté, devolviendo la atención a la competición.

Tate no dijo nada, pero me dio la sensación de que dejó de respirar cuando presionó el freno y dobló la curva.

La adrenalina se me acumuló en el pecho y apreté los dientes, a punto de gritarle que redujera más. Iba por delante, lo que no era ninguna sorpresa, pero el *Trans Am* nos adelantaría sin dificultad si nos salíamos de la pista.

Miré por el espejo retrovisor y comprobé que el vehículo de Roman ganaba velocidad. Me agarré al salpicadero. Maldito Roman. Si Tate no hubiera completado ya la curva cuando ellos se habían metido, habrían chocado contra nosotros.

—¡Pisa el acelerador! —grité cuando enderezó el Mustang—. Y no gires de forma tan brusca. Estás perdiendo tiempo corrigiéndote.

—¿Quién va primera? —replicó con tono altivo.

—No seas creída.

Pero no me escuchó, se limitó a subir el volumen de la música y a cambiar a sexta. Salimos disparados y me tensé, aunque no por los nervios.

Pero no me sentía indefenso, lo que me parecía del todo raro. Normalmente me gustaba poseer el control y conducir tan rápido me ponía de los nervios. Pero ahora me gustaba verla.

—Llega la segunda curva. Tienes que reducir —indiqué.

Frunció los labios, pero no noté que el motor decelerara.

«¿Qué diablos está haciendo?»

La miré con los ojos entornados y hablé con voz más grave.

—Tatum, tienes que reducir.

No funcionó.

El corazón se me aceleró conforme nos acercábamos a la curva y me agarré al salpicadero con ambas manos cuando Tate derrapó y giró el volante a la izquierda, después a la derecha, y de nuevo a la izquierda para enderezar el vehículo. Fue rápida, ella y el Mustang eran uno. No fue suave, ni limpio, sino rápido y peligroso.

—No vuelvas a hacer eso. —Me preocupaba su seguridad.

Iba a vencer. El vehículo de Roman iba por detrás y me encogí al pensar en la reprimenda que probablemente se iba a llevar su novia.

No quería que Tate fuera imprudente. Y menos en un automóvil.

Le di más instrucciones para la siguiente curva, instrucciones a las que no prestó atención, y avanzamos con una ventaja significativa. Tate redujo a unos cincuenta kilómetros por hora y me miró con una sonrisa dulce.

—¿Le parece bien, señora Daisy?

En los ojos brillaba la burla.

Estaba reprimiendo una carcajada y no pude apartar la mirada de los labios carnosos. Pensaba quitarle esa sonrisa engreída de la cara.

Quería que Tate jadeara mientras yo la penetraba. Sin bromas, sin sarcasmo, sin palabras. Solo yo y sus ojos.

—¿Tatum? —le devolví la jugada—. Deja de jugar con tu oponente y gana la maldita carrera ya.

—Sí, señora Daisy.

Apreté los puños y los dientes.

«Dios, estoy deseando volver a tocarla».

Cruzó la línea de meta a una velocidad tan ridículamente lenta que la multitud gritó con más fuerza que en las carreras de Madoc y más juntas. Detuvo el Mustang y los enjambres de espectadores se

abalaron sobre el vehículo.

Puso el punto muerto, tiró del freno de mano y se retrepó en el asiento.

—Gracias, Jared. —Su voz era casi un suspiro, dulce y sincero—. Gracias por pedirme que haga esto.

Se me tensó la garganta.

Desenganchó el colgante del espejo retrovisor y se lo colgó del cuello. Parecía pensativa, pero cómoda.

De repente el ambiente se volvió cálido y solo estábamos los dos.

Tate y Jared.

Me pasé la mano por el pelo, apartando la sensación de déjà vu, y abrí la puerta para encontrarme con la gente enardecida.

Me detuve y bajé la mirada al suelo.

—*Waking the demon...* —murmuré.

No sé por qué había elegido esa canción para competir; me había parecido que pegaba.

—Gracias, Tate —susurré con la vista puesta en ella.

Esta vez no pegaba Tatum. No lo había hecho nunca.

Ella era Tate, y siempre lo sería.

CAPÍTULO 21

—¿Entonces ya sois amigos? —Madoc estaba muy borracho y me echó el brazo por el cuello cuando estábamos en la hoguera de después de la carrera.

Sabía de quién estaba hablando.

—Yo no diría tanto. —Le di un sorbo a la cerveza templada y miré al frente.

Tate y yo solo habíamos intercambiado algún comentario cuando llegué y esa noche quería volver a hablar con ella. Estaba decidido a recuperar el colgante. Mañana tenía que ir a ver a mi padre.

—Seguro que funciona. —Exhaló un suspiro con aire despreocupado—. Ahora que tiene novio, seguro que te dedicas a pasatiempos más interesantes que odiarla.

El vaso crujió entre mis manos.

—No tiene novio.

—Lo tendrá —respondió y casi oí la sonrisa en su voz—. Esta noche va a intentar meterle mano.

«No».

Tate y Ben no habían venido como amigos, ya lo sabía. Pero que Madoc lo dijera en voz alta me encendía de rabia.

—¿Ves a todos esos chicos? —Levantó la barbilla y señaló con la mano el grupo con el que estaban hablando Tate y Ben—. Todos quieren levantarle la falda. Lo sabes, ¿verdad?

«Respira».

—Y tarde o temprano —continuó— se lo permitirá a alguno de ellos.

Tragué saliva y relajé los dedos que estaban apretando con fuerza el vaso de plástico.

Madoc se fue una vez que había infligido el daño que tenía en mente. Sabía que solo intentaba molestarme, pero tenía razón y el subidón por la carrera se disipó.

«Nunca va a perdonarme. Ella tiene un futuro por delante, el mío es cuestionable».

Miré a Tate y ella me miró a través del fuego, y fue como intentar alejarme del agua que necesitaba para vivir. No tenía elección, tan solo beber.

Antes de que me diera tiempo a concentrarme en lo que pensaba hacer a continuación, noté unos brazos rodeándome el cuello.

—Te echaba de menos. —Un cuerpo que olía dulce se presionó contra el mío y unos labios suaves y húmedos jadearon contra mi cuello.

«Piper».

Le aparté los brazos con delicadeza.

—Me he enterado de que has estado ocupada con Nate Dietrich —repliqué, aunque me daba igual.

Piper me rodeó y se colocó delante de mí.

—Hemos salido un par de veces, pero soy toda tuya —señaló, acercándose más a mí—. Y tengo una sorpresa para ti.

—¿Cuál? —le seguí la corriente.

—Qué bien. —Juntó las manos y dio una palmada—. Ya veo que estás interesado. ¿Ves a esa chica de ahí? —Señaló a una pelirroja con unos pantalones negros cortos y una camiseta ajustada que estaba junto a la hoguera.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté sin saber a dónde quería llegar.

—¿Qué te parece que tú, yo y ella nos vayamos a tu casa?

«¿Qué? —Parpadeé. No sabía si había escuchado bien—. ¿Acaba de ofrecerme...?»

—Ya está todo hablado. Ella quiere. Podemos jugar o... —bajó la voz— puedes mirar.

Cerré los ojos y me pasé la mano por la cara.

«Madre mía». Un maldito trío. ¿Hablaban en serio? El corazón me dio un vuelco y noté que la mandíbula se retorció en una sonrisa nerviosa que no quería mostrar.

Aún no había hecho ningún trío, ¿y qué chico no quería hacerlo? Me pasó por la mente una imagen en la que estaba yo con dos chicas en la cama y sentí una punzada en el estómago al darme cuenta de que ambas tenían la cara de Tate.

Miré a Piper y luego a la otra chica, que era despampanante y me estaba mirando, y me dieron ganas de golpear algo.

Bajé la mirada al suelo y parpadeé al caer en la cuenta de que no quería lo que me estaba ofreciendo. De hecho, pensar en ello había sido como imaginarme dándome un baño.

«Uf».

Algún día me odiaría por esto.

Volví a apartar las manos de Piper.

—Déjalo. —Y retrocedí.

—¿Qué? —espetó con tono de sorpresa y mirada de enfado.

Negué con la cabeza.

—Vete a casa, ¿de acuerdo? —le dije, y me aparté de ella—. Ya está bien —murmuré y salí en busca de Tate.

No me importaba que hubiera venido con Ben. Se iba a marchar conmigo.

Avancé por la tierra y las hojas mojadas, atento a cualquier sonido. Después de acercarme a un Ben demasiado alegre que me había admitido que había perdido a Tate, me había internado en el bosque, en dirección al aparcamiento para buscarla.

No estaba en la hoguera y tampoco es que tuviera muchos amigos aquí.

«Ni en ninguna otra parte, idiota».

Un gemido sonoro y gutural resonó en el bosque y volví la cabeza hacia el lugar del que provenía.

«¿Qué? Maldita sea».

Eché a correr saltando sobre los troncos con el corazón tan acelerado que me costaba respirar.

—¿Por qué los chicos de este instituto son tan gilipollas? —oí que bramaba una voz.

Tate.

Doblé a la izquierda y me adentré en un espacio lleno de ramas caídas y follaje mojado.

—¡Mierda! —oí la voz de un chico—. ¡Putas asquerosas!

Continué entre los árboles y llegué a un claro de árboles caídos y troncos cortados. El pecho me dolía con solo respirar cuando vi la escena que tenía delante.

Tate estaba sobre Nate Dietrich, que yacía tirado en el suelo, visiblemente dolorido. Él tenía una mano en los ojos y con la otra se agarraba la entrepierna.

«Capullo».

—¡Tatum! —exclamé, fuera de mí por el miedo más que por la rabia.

Si ella le había atacado era porque se había sentido amenazada.

«Está muerto».

Tate se dio la vuelta y me costó reprimirme. Nate ya estaba controlado, pero vi que ella tenía el tirante de la camiseta roto y estaba tensa.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunté con los dientes apretados.

Se llevó una mano al hombro, a la camiseta rasgada.

—Lo ha intentado. Estoy bien. —Apenas me miró a la cara.

Me quité la camiseta y se la lancé.

—Póntela —le ordené—. Venga.

No se dio prisa en obedecer mi orden, tampoco esperaba que lo hiciera, pero estaba que echaba chispas, así que más le valía hacer lo que le decía.

Sola en el bosque. En la oscuridad.

Me dieron ganas estrangularla por mostrarse tan poco cuidadosa.

Me acerqué a Nate, que seguía tirado en el suelo.

—Tienes una memoria de mierda, Dietrich. ¿Qué te dije? —Me agaché y me acerqué a su cara.

La advertencia que le había hecho aquel día en clase no había servido de nada. Lo agarré por la camiseta y lo levanté para asestarle un puñetazo en el vientre. Se desmoronó y se encorvó al quedarse sin aire.

No me detuve.

Asesté puñetazos y golpes, pegué y maltraté a Nate Dietrich, golpeándole cuerpo y rostro hasta que estuvo tan destrozado que era incapaz de hacer otra cosa más que aceptar los abusos. El dolor de la mano reverberó por mis huesos y subió hasta el brazo al tiempo que la fuerza bruta de mi ira descendía sobre él.

«¡Pedazo de mierda! Es un indeseable, pero yo no», me repetí. Había una diferencia entre Nate y yo.

Nate la había forzado.

«Yo nunca he hecho tal cosa».

La había acosado sexualmente.

«Lo que yo hice en los vestuarios solo fue para molestarla».

Ella le había repetido una y otra vez que parara.

«La había visto llorar, desear que me detuviera».

Cuanto más pegaba a Nate, menos veía su rostro y más el mío.

—Para —oí gritar a Tate detrás de mí—. ¡Jared, para!

No quería parar hasta que dejara de respirar, pero quería llevarme a Tate de aquí. Ya.

Agarré a Nate por el codo y lo lancé al suelo.

—Esto no ha terminado —le advertí. No me sentí ni un poco culpable por su ojo, nariz y boca ensangrentados. La sangre manaba de la boca y se quedó aovillado en el suelo, gimiendo y gruñendo.

Miré a Tate, que parecía asustada. Su pecho subía y bajaba acelerado. No mostraba ese miedo cuando la había encontrado.

—Te llevo a casa. —No estaba abierto a discusión.

—No, gracias. Ya tengo a alguien que me lleve —disintió y levantó la barbilla.

«¿Alguien que la lleve? —Me dieron ganas de reír y bramar al mismo tiempo—. Voy a disfrutar con esto».

—Esa persona... —Me volví para mirarla—. Está borracha. Así que a menos que quieras despertar a tu pobre abuela para que venga a este lugar en mitad de ninguna parte a recogerte después de que tu pareja se

haya emborrachado y de que hayan estado a punto de violarte, lo que estoy seguro de que conseguirá que tu padre no confíe en que te quedes sola, por cierto, metete en el maldito automóvil, Tate.

Me volví para dirigirme a donde tenía el Mustang, dispuesto a tomarla en brazos si me veía obligado a ello.

CAPÍTULO 22

—¿Qué problema tienes? —exclamó en cuanto estuvimos en la carretera, de vuelta a la ciudad.

—¿Problema? —Estaba enfadado, seguro que se había dado cuenta—. Vas a la hoguera con ese idiota de Ben Jamison, que no puede mantenerse sobrio para llevarte a casa, y después te pones a pasear por el bosque, en la oscuridad, y Dietrich te mete mano. A lo mejor la que tiene un problema eres tú.

«Relájate, capullo».

Cuando pensaba en lo que Nate podría haberle hecho, en lo que le habría hecho, me daban ganas de matarlo. Tate era muy cabezona. Demasiado independiente.

Juzgaba equivocadamente sus capacidades y se ponía en peligro.

—Si haces memoria, entenderás que tenía la situación bajo control —replicó—. Sea cual sea el favor que crees que me estás haciendo, solo satisface a tu propia ira. No tiene nada que ver conmigo.

Me mordí el interior de las mejillas, respiré el aire manido y me centré en la carretera.

El automóvil rugía y aumenté de velocidad mientras estrangulaba el volante con las manos.

—Reduce la velocidad —me pidió, pero no le hice caso.

—Vas a vivir situaciones que no puedes controlar, Tate. —Estaba intentando razonar con ella, pero ni siquiera yo sabía adónde quería ir a parar con todo esto.

No podía vivir el resto de su vida en la caja cerrada que yo había creado, y tampoco podía protegerla siempre. Tarde o temprano, se marcharía.

—Nate Dietrich no iba a tomarse muy bien lo que le has hecho esta noche —continué—. ¿Creías que eso iba a terminar ahí? Habría ido a por ti de nuevo. ¿Sabes lo mucho que quería Madoc vengarse después de que

le rompieras la nariz? No quería hacerte daño, pero sí tomar represalias.

Se había sobrevalorado a sí misma. Algunos chicos no tenían ningún problema en victimizar a las mujeres.

«Está claro».

—Ve más despacio.

—No, creo que no, Tate. —Me reí—. Querías vivir al máximo la experiencia en el instituto, ¿no? ¿Un novio que fuera jugador de fútbol, sexo fortuito, comportamiento imprudente?

Apagué los faros antes de que respondiera siquiera.

La carretera que teníamos delante se quedó negra y Tate gimió y se retrepó en el asiento.

La adrenalina por el miedo y la emoción me recorría las venas. Era la clase de sensación que había estado un tiempo experimentando cuando ella no estaba. Me hacía sentir vivo.

La tenue y enternecedora luz de la luna se colaba entre los árboles, pero iluminaba muy poco.

—Jared, ¡para! ¡Enciende las luces! —Se le rompió la voz; estaba asustada.

No la miré, pero aun así la veía, y estaba preparándose para el impacto con una mano en el salpicadero.

—Jared, ¡para el automóvil ahora mismo! —me pidió, y odié cómo sonó—. ¡Por favor!

—¿Por qué? ¿No te parece divertido? —la provoqué, aunque sabía la respuesta—. ¿Sabes a cuantas cabezas huecas he sentado en ese asiento? A ellas les encanta.

«Tú eres distinta».

—Para. El. Automóvil —gritó.

—¿Sabes por qué no te gusta esto? —Giré la cabeza para mirarla, y eché miradas rápidas a la carretera—. Porque tú no eres como ellas, Tate. Nunca lo has sido. ¿Por qué crees que todo el mundo se mantiene alejado de ti?

Cerré la boca de golpe y gruñí.

«¿Por qué demonios acabo de decir eso?»

Abrió mucho los ojos y luego los entrecerró.

«Allá vamos. En tres, dos, uno...»

—¡Para el puto automóvil! —gritó y estampó los puños en sus muslos y después en mi brazo.

Puse una mueca y pisé el freno. Apreté los dientes por los neumáticos de cientos de dólares que acababa de dejarme en la carretera.

El Boss se detuvo con un chirrido y se meció ligeramente a un lado y a otro mientras movía el volante para que no saliéramos disparado hacia los árboles.

«Maldita sea».

Reduje de marcha, puse el freno de mano y apagué el motor.

Tate abrió la puerta y salió disparada. La imité, listo para ir tras ella si decidía marcharse caminando a casa.

Pero no salió corriendo.

Parecía a punto de pegarme, sentía el calor del infierno y el odio manar de sus ojos.

—Vuelve adentro —le ordené antes de que le diera tiempo a decir nada.

Estábamos en mitad de la carretera y podía llegar otro automóvil en cualquier momento.

—¡Podrías habernos matado! —chilló.

«Nunca te pondría en peligro».

La camiseta que le había prestado le caía por el hombro desnudo y vi el tirante desgarrado de la suya asomar.

Estampé la palma de la mano contra el techo. La rabia y el amor batallaban en mi mente.

—¡Vuelve al maldito automóvil! —grité.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja y con tono frágil.

«¿Lo pregunta de verdad?»

—Porque tienes que volver a casa. —Era obvio.

—No. —Negó con la cabeza. Estaba reprimiendo las lágrimas y eso me rompió el corazón—. ¿Por qué alejas a todo el mundo de mi lado?

—Porque no encajas con nosotros. Todavía no —respondí.

«Ella es mejor».

Pero la respuesta no pareció gustarle.

No pude detenerla; se asomó al interior del vehículo y arrancó las llaves del contacto. Miré, confundido, cómo rodeaba la puerta abierta del automóvil y se dirigía a la carretera, a la cuneta del lateral.

«Las llaves, ¿qué hace?»

Los dedos me hormigueaban por las ganas de sacudirla o de besarla.

Me acerqué lentamente a ella, en parte enfadado y en parte asombrado por sus ganas de batallar. Era preciosa. Le caían mechones de pelo sobre los ojos y otros se mecían alrededor de la cara, bien por el viento o por su forma de respirar apresurada. Ver la pasión furiosa en su rostro me provocaba el mismo subidón que cuando la acosaba.

Cuando caí en la cuenta en cómo podría haberme sentido si me hubiera limitado a permanecer cerca de ella en lugar de hacerle daño, me quedé paralizado, congelado en el suelo por el peso de todo el tiempo perdido. Sentí como si tuviera una roca en el estómago.

—¿Qué haces? —Traté de parecer enfadado.

—Un paso más y has perdido una llave. No sé si es la del automóvil, pero acabaré dando con ella. — Se llevó el brazo detrás de la cabeza y me detuve.

«Jooooooder».

—No voy a entrar en el automóvil. —Lo dijo con tono firme y decidido—. Y no voy a permitir que tú te vayas. No vamos a movernos de este lugar hasta que no me cuentes la verdad.

El aire que me rodeaba se tornó denso y sentí como si estuviera en una cueva. Tenía paredes a todos lados.

No podía contárselo todo.

Podía disculparme. Podía intentar explicarme.

Pero no podía contarle...

«¡Mierda!» Levantó el brazo más alto y lo balanceó para tirar la primera llave. Moví con rapidez la mano para indicarle que parara.

Una llave de repuesto me costaría por lo menos doscientos dólares.

El corazón me latía con fuerza y lo oía retumbar en los oídos.

—Tate, no hagas esto.

—No es la respuesta que buscaba. —Movié el brazo y lanzó una llave al bosque que había en el lateral de la carretera. Observé, completamente impotente, cómo desaparecía en la noche oscura.

—¡Maldita sea, Tate!

Sacó otra llave de la anilla y se la llevó detrás de la espalda.

—Habla. ¿Por qué me odias?

«Dios mío». Había perdido una llave, tal vez la del automóvil. Puede que solo fuera la de la casa. Me iba a meter en un lío si era la del instituto.

Negué con la cabeza y casi me eché a reír.

—¿Odiarte? Nunca te he odiado.

Entrecerró los ojos, confundida, y bajó la voz.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué me has hecho todo lo que me has hecho?

«¿Por qué he sido tan malo? ¿Por qué te he aislado del resto del mundo? ¿Por qué he arruinado nuestra amistad?» ¿Qué quería que le explicara primero?

—En primero —tomé una bocanada de aire y comencé— oí a Danny Steward decir que iba a pedirte que fueras con él al baile de Halloween. Me aseguré de que no lo hiciera porque también les contó a sus amigos que estaba deseando descubrir si le cabían tus tetas en las manos.

Ese día también le di un puñetazo en la nariz. El muchacho sigue sin saber el motivo.

—Ni siquiera me lo pensé dos veces —continué mientras ella permanecía en silencio—. Difundí ese rumor sobre Stevie Stoddard, porque no podías salir con Danny. Era un idiota. Todos lo eran.

—¿Pensabas que estabas protegiéndome? —preguntó; no parecía muy convencida—. ¿Pero por qué lo hiciste? Por ese entonces ya me odiabas. Eso fue después de que regresaras de pasar el verano en la casa de tu padre.

—No te estaba protegiendo. —Alcé la vista y la miré a los ojos—. Estaba celoso.

Si la hubiera estado protegiendo, no me habría inventado ese rumor. No se trataba de mantenerla a salvo, es que no quería que nadie la tocara.

—Llegamos al instituto —seguí—, y, de repente, le gustabas a muchos chicos. Lo sobrellevé de la única forma que supe.

—¿Tratándome mal? No tiene sentido. ¿Por qué no hablaste conmigo?

—No podía. No puedo. —«No confiaba en ti».

—Por ahora lo estás haciendo bien —me presionó—. Quiero saber por qué empezó todo esto, ¿por qué querías hacerme daño? Las bromas, que no me invitaran a las fiestas. Eso no tenía nada que ver con otros chicos. ¿Qué problema tenías conmigo?

Inspiré profundamente para ganar tiempo. No podía hablar de eso, todavía no. Con ella no.

Espiré y mentí:

—Porque estabas allí. No podía lastimar a quien quería, así que te lastimé a ti.

«Por favor, no sigas».

—Era tu mejor amiga —pronunció pausadamente. Noté su malestar—. Todos estos años... —Le brillaron los ojos por las lágrimas.

—Tate, ese año pasé un verano de mierda con mi padre. —Me acerqué más a ella—. Cuando regresé no era el mismo. Ni siquiera me parecía a mi antiguo yo. Quería odiar a todo el mundo, pero a ti seguía necesitándote. Necesitaba que no te olvidaras de mí.

En parte fue para conservar el control, en parte por la ira, pero sobre todo fue porque no quería perderla. Necesitaba estar en su vida, necesitaba que me viera.

—He pensado una y otra vez en ello, me he preguntado qué pude haberte hecho para que actuaras de esa forma. ¿Y ahora me dices que no había ninguna razón para ello?

Seguí acercándome.

—Nunca has sido molesta ni pesada, Tate. Cuando te mudaste a la casa de al lado, pensé que eras la chica más bonita que había visto nunca. Te quería. —La voz se convirtió en un suspiro y bajé la mirada al suelo—. Tu padre estaba descargando el camión de mudanza y yo fui a mirar por la ventana del salón para comprobar a qué se debía el ruido. Y ahí estabas, con tu bicicleta, en la calle. Llevabas un abrigo y una gorra roja. El pelo te caía por la espalda.

En ese momento supe que Tate se convertiría en alguien especial para mí.

Poco después de que se mudara, descubrí que su madre había fallecido. Yo no tenía a mi padre, y los dos conectamos enseguida. Teníamos aficiones en común, como la música y el cine.

Y el resto escapaba a nuestro control. Nos encontramos el uno en el otro.

—Cuando recitaste el monólogo esta semana, yo... —Exhalé un suspiro—. Supe que te había hecho daño de verdad y, en lugar de sentir satisfacción, me enfadé conmigo mismo. Todos estos años he querido odiarte, quería odiar a alguien. Pero no quería hacerte daño y no me di cuenta de ello hasta que escuché el monólogo.

Me coloqué delante de ella y se me erizó el vello de los brazos. De su cuerpo, tan cerca del mío, radiaba calor y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no rodearle la cintura con los brazos y abrazarla. El recuerdo de la otra noche solo conseguía que pensara en todo lo que tanto ansiaba.

—No me lo estás contando todo. —Parecía como si la cabeza le diera vueltas, como si estuviera aquí de forma intermitente.

Le toqué la cara con una mano y limpié una lágrima cálida.

—No. —Mi voz apenas sonó audible.

Tenía los ojos entrecerrados.

—Las cicatrices que tienes en la espalda —comentó—. Dices que pasaste un mal verano y que cuando regresaste querías odiar a todo el mundo, pero no has tratado a nadie tan mal como...

—¿Tate? —la interrumpí y cubrí el espacio que nos separaba. Nuestras respiraciones se sincronizaron cuando nuestros pechos se pegaron. Solo veía sus labios, carnosos y suaves—. No quiero seguir hablando por esta noche.

Se quedó quieta mirándome, de un momento a otro lo mismo podríamos juntarnos o separarnos.

Quería que la besara, pero puede que no le gustara desear algo así.

«Por favor, no me detengas».

Tocar su piel era como tocar seda; era suave como la mantequilla, y le puse la mano en el cabello.

Y entonces se sacudió, como despertando de un sueño.

—¿No quieres seguir hablando? —La voz grave rompió el hechizo y tensé las piernas, a la espera de que volviera a pegarme—. Pues yo sí —gritó, y me moví rápido cuando vi que se volvía para lanzar otra llave al bosque.

«¡Mierda!»

Le rodeé el cuerpo con los brazos y apreté. Se resistió contra mi pecho.

¡Se lo acababa de explicar! Sabía que no iba a perdonarme como si nada, pero ¿por qué se enfadaba tanto? ¿Qué más quería?

«No te disculpes. ¡No supliques!» Era el mantra de mi padre. Me lo repitió una y otra vez ese verano.

Odiaba casi todo lo que me había enseñado, pero esa lección la había

llevado a la práctica. Disculparse era un signo de debilidad.

Pero quería recuperar a Tate.

El corazón me latía solo por ella y prefería pasar la vida odiando, amando, follando y respirando su aroma antes que perderla.

«Tienes que disculparte, idiota».

—Shhh, Tate —le susurré al oído—. No voy a hacerte daño. Nunca volveré a hacerte daño. Lo siento —dije. Cerré los ojos y tragué saliva amarga.

Ella se removió.

—¡No me importa que estés arrepentido! Te odio.

«No».

Todavía con ella entre los brazos, usé las manos para extenderle los dedos y recuperar las llaves. La solté, dio unos pasos adelante y se volvió para mirarme.

—No me odias —repliqué con una sonrisa antes de que dijera nada más—. Si me odiaras, no estarías tan enfadada.

—Vete a la mierda —exclamó. Se volvió y echó a andar.

«¿A dónde creía que iba?»

Si pensaba que iba a permitir que se marchara a su casa de noche, en una carretera desértica, es que estaba mal de la cabeza.

La seguí, pisando con fuerza en el suelo, le di la vuelta y me la eché sobre el hombro, como tanto deseaba haber hecho antes. Aterrizó con fuerza, clavándose el hombro en el vientre y me dieron ganas de irme a casa con ella ahí.

«A la mierda el automóvil».

Bueno, mejor no.

—¡Déjame en el suelo! —Se puso a darme patadas y puñetazos en la espalda y yo la aferré con más fuerza, con dedos firmes.

Tenía su trasero al lado de la cabeza y me entraron unas ganas tremendas de aprovecharme de la situación y de esa falda tan corta. No obstante, con el humor que tenía, seguramente me cortara el pene.

—¡Jared! ¡Para! —me exigió con tono grave e imponente.

Llegué al vehículo, la enderecé y apoyé su trasero en el techo. Me acerqué enseguida y posé ambas manos a cada lado de los muslos. Me incliné sobre ella, muy despacio.

Sabía que tenía que apartarme. Darle tiempo, recuperar su confianza.

Pero ya había probado cómo sabía y antes preferiría dejar de respirar.

Había fijado las reglas y no pensaba perder más tiempo.

—No intentes huir —le advertí—. Como recordarás, puedo forzarte a quedarte aquí.

No era una amenaza, solo quería que se acordara. De cómo me había devorado en la encimera de la cocina, me había deseado tanto como yo a ella.

Bajó la barbilla y de repente parecía dudar.

—Y yo sé usar el espray de pimienta y romper narices —respondió y se echó hacia atrás para poner distancia entre los dos, como si no se fiara de sí misma.

Oía su pulso latir en el cuello, pero no intentó huir. Observó cómo yo la examinaba a ella y todo se detuvo mientras su pecho subía y bajaba con inspiraciones fatigosas.

Me deseaba, igual que yo la deseaba a ella, pero no le gustaba la idea de desearme.

Estaba hecha un lío, y eso me encantaba.

«Soy yo quien te hace sentir así, nadie más».

—Yo no soy Nate ni Madoc... Ni Ben.

Nuestras narices casi se tocaban cuando busqué su cara. Me caía una gota de sudor por la espalda y el pene me palpitaba. Me sentía como si estuviera en llamas.

—No —murmuró cuando acerqué la boca a la suya.

«No, lo harás tú».

—Te lo prometo. No haré nada a menos que me lo pidas. —Que se arrepintiera al día siguiente era un asco. No quería que cargara con esa culpa. Quería que formara parte de esto tanto como yo, que se volviera loca y que se sintiera confundida. Y después quería que se rindiera.

Supongo que eso era lo que siempre había querido.

Moví los labios alrededor de su cara y cuello, inhalé el aroma, pero no la besé. Sin embargo, sí podía saborearla.

Rocé con los labios su mejilla suave y estuve a punto de tocarle los labios cuando dejó escapar un gemido.

«Joder».

Cada vez que acercaba la boca a su cara, mandíbula, cuello, tenía que reprimir las ganas de hundir los dientes en ella. Estaba hambriento.

—¿Puedo besarte ya? —pregunté, complacido.

No dijo que sí, pero tampoco dijo no.

—Quiero tocarte —susurré contra sus labios—. Quiero sentir lo que es mío. Lo que siempre ha sido mío.

«Por favor».

Se quedó sin aliento y me di cuenta de que se estaba resistiendo. Me apartó con suavidad y saltó al suelo.

—Aléjate de mí —indicó y se dirigió al asiento del copiloto.

«No». Me esforcé por reprimir una carcajada.

—Tú primero —me burlé.

CAPÍTULO 23

—Dame dos. —Mi padre soltó dos cartas para intercambiarlas conmigo. Fruncí los labios.

Nada de «¿Cómo estás?», «¿qué te cuentas?» ni «felicidades, hijo». Nada. Hoy cumplía dieciocho años y estaba claro que él no se acordaba. O que le daba igual.

Tomé dos cartas de la parte superior del montón y se las lancé. «A la porra. Diez minutos menos, quedan cincuenta». Llevábamos callados desde que había llegado. Como de costumbre, solo hablábamos cuando era imprescindible.

Tenía el estómago revuelto. Después de lo que había pasado la noche anterior con Tate, me sentía muy bien. Relajado, emocionado, en calma. No obstante, todas las semanas me ponía enfermo cuando tenía que venir a la cárcel y se me había pasado el subidón por lo de ayer. El temor por lo que podría decirme esta vez mi padre me daba náuseas. Nunca era capaz de comer nada esa mañana, y la mayoría de las veces las manos me temblaban tanto que me costaba conducir.

Por eso anoche conduje hasta aquí después de dejar a Tate en su casa. Sabía que no iba a poder dormir nada con lo nervioso que estaba por lo sucedido, así que me fuí. Vine a Crest Hill, me quedé en un motel y acudí a la cárcel en cuanto comenzó el horario de visitas. Normalmente me tranquilizaba una vez que me marchaba y me sentía más seguro cuanto más cerca de casa estaba.

Lo único que me ayudaba a venir aquí, semana tras semana, sin ponerme a vomitar era el colgante. Y anoche no lo recuperé.

Ahora mismo notaba en mi interior un ácido que subía por la garganta. Dolía, y no dejaba de tragármelo con la esperanza de que mi padre no se fijara en que estaba pensando en ella. Sabía que sonaba raro, ¿cómo iba a notar alguien en quién estás pensando? Pero mi padre era bueno leyéndome y la única persona que me hacía sentir débil.

—¿Dónde está?

Hice caso omiso de la pregunta. A saber de qué estaba hablando. Siempre me arrepentía cuando sucumbía a su intento de hacerme hablar. Me limité a cerrar la boca y a respirar.

—Siempre tienes una mano metida en el bolsillo de los pantalones prácticamente toda la hora de la visita, todos los días menos hoy. ¿Qué tienes ahí dentro que es tan importante y por qué de repente ya no lo tienes?

Me mordí el labio, me puse a tamborilear con el pie y a recitar mentalmente las cartas en la mente una y otra vez: «2, 4, 5, 6, 7. Espada, espada, espada, espada, corazón».

La sala, de techo altísimo y largas paredes a los lados, era un hervidero de conversaciones que no podía descifrar y había mucho bullicio de los visitantes. Entraba luz por las ventanas, pero eso no me hacía sentir mejor.

—Crees que soy un capullo. —Soltó otra carta y habló con calma—. Soy un capullo, Jared. Te he hecho pasar momentos duros, pero también te he hecho fuerte. Nadie volverá a hacerte daño porque eres intocable. Eres inalcanzable incluso para esa chica.

Lo miré a los ojos y estrujé las cartas en el puño. El tono grave de la carcajada que profirió me quitó a Tate de la cabeza.

—Ya tienes el dinero —espeté, con los labios apretados—. Cállate.

Sacudió la cabeza y siguió ordenado las cartas.

—¿Te conoce? ¿Sabe lo cobarde que eres? ¿Sabe que abandonaste a tu hermano?

«Jax».

—No existe ninguna chica —mentí en un suspiro.

—Tienes razón. Siempre estarás solo, porque sabes que eso es lo mejor. Y ella encontrará a alguien que se case con ella y le dé hijos, y ese no serás tú.

Se me revolvió el estómago.

Sin pensar, solté las cartas en la mesa, me levanté de la silla y pegué a mi padre en la mandíbula. El dolor del puño se extendió por el brazo y lo vi caer de la silla al suelo, todavía riendo.

Me dolía el pecho y respiraba con dificultad por la nariz.

—La de la semana que viene es mi última visita —señalé—. No voy a echarte de menos, pero sé que tú a mí sí.

—Es suficiente —oí decir a alguien y me agarraron del brazo.

Alcé la mirada y vi a un guarda un poco más alto que yo, con el pelo oscuro y unos ojos claros.

Tiré del brazo para soltarme.

—No se moleste. Ya me voy. —Me di la vuelta y me marché.

—No te preocupes, Jared —me gritó mi padre—. No vamos a estar

muy lejos. Estaré siempre en tu cabeza.

Cuando llegué a casa tras la visita me encontré a mi madre en la cocina con una tarta.

—Ni hablar, no estoy de humor —dije con tono duro. No quería herir sus sentimientos, pero salí de la cocina y me encaminé a las escaleras.

—Jared, por favor —gritó ella.

Me detuvo, tenía los músculos del pecho tan tensos que me dieron ganas de gritar. Me di la vuelta y volví a la cocina.

Mi madre estaba al otro lado de la mesa, con el pelo castaño recogido y los brazos a los costados. Iba bien vestida, con jeans, tacones y una rebeca corta. Me aferré al respaldo de la silla y la madera crujió bajo los dedos. La miré y me contuve para no iniciar la pelea que tanto deseaba.

—Agradezco el esfuerzo —le dije—. De verdad. Pero nos va bien sin necesidad de fingir que somos una familia de verdad. Tú te preocupas por tus asuntos y yo por los míos.

Tenía el estómago revuelto y las palabras salieron a borbotones. Mi madre bajó la mirada, pero enseguida se recuperó y alzó la barbilla.

—Quiero que Jax venga a vivir con nosotros —señaló como si nada, sin venir a cuento.

Dejé de respirar y la miré con los ojos entrecerrados. Estaba tan sorprendido que ni siquiera pude responder.

«¿Disculpa? ¿Que Jax viva con nosotros?»

Esbozó una sonrisa y rodeó la mesa en mi dirección antes de que me diera tiempo siquiera a valorar si estaba de broma.

—Ya he hablado con el abogado. No hay nada seguro, pero... —Se quedó un instante callada y me miró con cautela—. Pero es posible que nos ayude. ¿Quieres que tu hermano se venga con nosotros?

Quería que estuviera a salvo.

Apreté con más fuerza el respaldo de la silla.

—¿Tú quieres que se venga? —le devolví la pregunta.

Bajó la mirada y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Sí. Me gusta Jaxon. —Volvió a mirarme—. Saca lo mejor de ti. Como hacía Tate.

No fui capaz de comer tarta. No me gustaba atraer la atención de nadie y que mi madre me hiciera soplar las velas me hizo sentir incómodo. Me dirigí a mi dormitorio y cerré la puerta para disfrutar de la oscuridad y el silencio todo el tiempo que pudiera.

«¿Jax en casa?», pensé cuando me tumbé en la cama.

Seguía sin creerme que mi madre hubiera pensado en ello. Que quisiera que se quedara con nosotros. Iba a costar mucho dinero, pero parecía no importarle.

Ese era un tema que nunca sacaba a colación, aunque me intrigaba. Trabajaba en una empresa de contabilidad y ganaba lo suficiente para

mantenernos, pero no lo bastante como para tener todo lo que teníamos. La casa estaba ya pagada, yo siempre tenía los mejores teléfonos móviles y ella contaba con un buen automóvil. Todo pagado.

Para ser sincero, me daba miedo preguntar. No quería saber cómo era posible que viviéramos tan bien.

Recibí un mensaje de KC en el que me decía que esperaba que fuéramos amigos y me daba las gracias por ayudarla a recuperar al inútil de su novio. «En un mes te habrá engañado de nuevo. Siempre es igual». Pero no le dije eso. También me comentó, de forma muy poco sutil, que Tate volvía a estar sola. Su abuela se había marchado ya. Sonreí y me preparé para aparecer allí y tener otra discusión con Tate cuando recibí un mensaje:

¿Todo bien? Era el padre de Tate.

Sí, respondí.

Le has devuelto la llave de la casa a Tate, ¿no?

Sí, mentí. Aún no estaba preparado para devolvérsela.

Gracias. Felices 18. Te llegará pronto un regalo.

Gracias. No se me daba muy bien mostrarme amable.

El cumpleaños de Tate es la semana que viene. Indaga a ver qué quiere, me pidió.

Solté un suspiro.

Va a ser difícil, escribí.

No tardó ni treinta segundos en responder.

¿Un hombre...?

...resuelve los problemas, terminé, a regañadientes.

Hazlo, y gracias, me respondió.

Me quité la camiseta y me di una ducha caliente que me concedió un poco de paz y tranquilidad por primera vez en las últimas veinticuatro horas. Seguía sin creermelo que hubiera pegado a mi padre. Nunca lo había hecho, ni siquiera ese verano para defenderme. No sabía por qué me había enfadado tanto el comentario acerca de Tate y de tener hijos con otro hombre. Mi padre había conseguido sacarme de mis casillas otra vez y yo se lo había permitido.

Era incapaz de pensar en mí como un padre, ni ahora ni en el futuro. Pero una cosa tenía clara: no quería que, ni ahora ni en diez años, Tate tuviera hijos con otra persona. No obstante, algún día querría tenerlos. La mayoría de las personas querían. Tragué saliva para deshacerme del nudo del tamaño de una pelota de béisbol que noté al pensar en que yo no iba a estar presente en su futuro.

CAPÍTULO 24

Era lunes por la mañana y, por primera vez, me abría paso para entrar en mi vida. Por voluntad propia, al menos.

No me temblaban las manos cuando metí la llave en la cerradura y entré en la casa vacía de los Brandt. Tate se había ido al instituto media hora antes y me preocupaba un poco llegar tarde yo. Tenía la esperanza de que se marchara pronto para hacer lo que solía hacer en el laboratorio de química, pero hoy no había sido así. Había salido más tarde y ahora yo me iba a retrasar.

Su padre quería que descubriera qué deseaba para su cumpleaños, como si fuéramos amigos, y él sabía lo difícil que me iba a resultar. La única forma que tenía de hallar la respuesta era preguntándole, pero nuestra relación no era tan buena.

Así pues, decidí husmear. Sí, me había parecido una buena idea. Comprobar el historial del ordenador, revisar su maldita agenda, tal vez buscar entre los cajones cajas abiertas de condones...

Sentí un hormigueo en la pierna y saqué el teléfono, que estaba vibrando.

*¿Dónde estás? Era Madoc.
Llego tarde, respondí.*

Cerré la puerta de atrás de la casa y me metí las llaves en el bolsillo. Crucé la cocina y me dirigí a las escaleras. Tate estaba en todas partes. El olor del champú que usaba, a fresas recién recolectadas, me hizo la boca agua. No la había visto ni oído en todo el fin de semana. La camioneta estaba en la entrada de la casa, pero ella parecía esconderse desde el sábado por la noche.

Tomé aliento antes de entrar en su habitación, no sé por qué. Lo único que sabía era que estaba excitado y me sentía como si fuera un

perverso. Quería hacerlo rápido y salir. No era un cobarde, tenía agallas para rebuscar entre las cosas de otra persona.

La ropa estaba desperdigada por la habitación que, aparte de por ese detalle, se encontraba ordenada. Había añadido fotografías y pósteres en las paredes desde la última vez que estuve aquí. Examiné el espacio mientras me paseaba lentamente. Vi el ordenador, pero lo descarté y me senté en la cama. Tenía la boca seca.

«Joder».

¿Tenía que sentir remordimientos justo en este momento?

Posiblemente el historial del ordenador me ofreciera lo que buscaba, o tal vez me mostrara algo que no necesitaba saber. A lo mejor había estado buscando lociones para la cara o paraguas de diseñador. O quizá mandaba correos electrónicos a algún capullo que hubiera conocido en Francia o solicitudes de admisión para entrar en universidades lejanas.

Opté por ir lento y abrí el cajón de la mesita de noche en lugar de ir directamente al ordenador. Había crema de manos, un bote con gomas elásticas, caramelos y... un libro.

Tomé el ejemplar estropeado y descolorido que llevaba años sin ver, aunque me pareció como si fuera ayer cuando lo había visto por última vez. De repente me inundaron los recuerdos:

Tate metiéndolo en la mochila el primer día de clase en el instituto.

Tate leyéndome un poema sobre Abraham Lincoln después de nadar en el lago.

El padre de Tate arreglando la encuadernación cuando *Madman* lo estropeó.

El libro, *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, era viejo. Tendría como veinte años. Era de su madre y Tate lo conservaba consigo. Siempre se lo llevaba cuando se iba de viaje.

Pasé las páginas, en busca de un poema, del único que me gustaba. No me acordaba del título, pero sí de que había subrayado el texto.

En cuanto empecé a hojear el libro se cayeron unas fotos. Dejé el ejemplar y me centré en las imágenes que tenía en el regazo.

Noté el corazón en la garganta.

«Uf».

Éramos nosotros. Las fotos eran de ella y de mí. Había dos, de cuando teníamos doce o trece años, y un puñado de emociones me embargaron. ¿Tate guardaba fotos mías? Estaban en el libro de su madre que tanto apreciaba. Y lo más probable era que se las hubiera llevado a Francia junto al libro en el que las guardaba.

Sacudí la cabeza y sentí como si tuviera los pies metidos en un cubo lleno de cemento. Conservaba fotos nuestras, al igual que yo. Sonreí y sentí como si se tratara de una victoria. Y de golpe la sensación de estar caminando por las nubes se fue al garete cuando vi un sujetador negro de

encaje en la cómoda. Ese hormigueo, como si alguien patinara por mi corazón, se trasladó al sur y me dieron ganas de salir de ahí e ir en su búsqueda.

Apreté la mandíbula y casi tuve que morderme la lengua para mantener controlado el pene.

«Vaya, vaya, vaya... Tate se pone lencería sexi».

Me imaginé el esbelto cuerpo vestido con encaje negro, pero entonces parpadeé. «Un momento. —De pronto caí en la cuenta—. Tate se pone lencería. ¡Tate se viste con lencería sexi!» ¿Por qué? ¿Y para quién? Me pasé la mano por el pelo y noté sudor en la frente.

«Mierda».

Que su padre le regalara dinero, eso es lo que todos los adolescentes querían para su cumpleaños, ¿no? Dejé el libro en el cajón, salí de la habitación, bajé las escaleras y me marché. Ni siquiera recuerdo cómo conduje hasta el instituto. Las imágenes de Tate vestida con encaje para algún capullo idiota fueron las únicas que vi durante un buen rato.

Las clases de la mañana pasaron en una neblina. Me limité a permanecer sentado con los brazos cruzados y la vista fija en la mesa. No hice caso de lo que me rodeaba. A la cuarta hora, tuve que agarrarme a la mesa, silla y cualquier cosa que tuviera para no salir volando a clase de Francés y comenzar una pelea.

Los profesores no me dijeron nada y yo no me preocupé por prestar atención. Seguía sacando buenas notas y respondía correctamente cuando me hacían preguntas, así que se ahorraron las molestias de tener que obligarme a participar.

Me tomé mi tiempo para llegar a la cafetería a la hora del almuerzo. Seguro que ella estaba allí y no quería tener que quedarme sentado y observar cómo nos hacíamos caso omiso cuando lo que deseaba era que estuviese a mi lado.

—¡Tatum Brandt!

«¿Qué...?» Me detuve al oír que alguien la llamaba. Había visto que Sam y su amigo Gunnar estaban en la mesa en la que solíamos sentarnos y acababa de pedir una bebida y un sándwich cuando oí una voz grave que gritaba.

Me fijé en Madoc, que estaba de espaldas a mí, ¡arrodillado en medio de la maldita sala!

—¿Irás conmigo al baile de bienvenida, por favor? —gritó, y cuando me di cuenta de a quién estaba dirigiéndose, cerré con fuerza los puños y destrocé el sándwich que tenía en la mano.

«Joder».

Tate, muy sorprendida, se dio la vuelta con los hombros tensos. Evitaba mirar a nadie, como si estuviera más enfadada que avergonzada.

Tate no soportaba a Madoc.

«¿Pero qué narices estaba haciendo ahora mi amigo?»

La cafetería abarrotada se quedó en silencio. Madoc se acercó de rodillas hasta ella y la tomó de la mano. Oí unas risitas en la sala y la tensión se apoderó de mí.

«¡Ve! Va detrás de ella. Siempre la ha deseado. No, quédate quieto. Es tu amigo. Él no haría algo así».

—Por favor, ¡por favor! No me digas que no, te necesito —suplicó, dirigiéndose más al público que a Tate, y todos estallaron en risas y vítores, animándolo—. Por favor, ayúdame. Lo siento por todo —continuó. Me fijé en que Tate lo miraba con los ojos muy abiertos y las mejillas ruborizadas, como si estuviera a punto de vomitar.

Y, además, estaba enfadada.

Murmuró algo que no oí.

—¡Pero el bebé necesita un padre! —respondió él gritando.

«¿PERO QUÉ DIABLOS?»

Se me revolvió el estómago y de repente lo veía todo rojo. Tate puso mala cara y la gente se puso a chillar de entusiasmo ante el espectáculo que estaba ofreciendo Madoc.

Los labios de Tate se movieron, pero muy discretamente.

«¿Qué narices le estaba diciendo?»

Al parecer, mi amigo quedó convencido, pues se puso en pie, la rodeó con los brazos y le dio vueltas en el aire para deleite del público. Todos silbaban y aplaudían, y yo tiré a la basura el almuerzo sin siquiera mirarlo.

«¿Le ha dicho que sí?»

Me di la vuelta y salí de allí antes de que la dejara en el suelo.

CAPÍTULO 25

—¡Joder! —aulló Madoc y se llevó la mano a la cara. Retrocedió y se estampó contra la hilera de taquillas que tenía detrás.

Íbamos juntos a Educación Física y no había esperado siquiera a que me viese antes de abalanzarme sobre él y darle un puñetazo en el ojo. La gente que había en el vestuario se quitó de en medio y yo me senté en un banco delante de mi mejor amigo, que yacía tirado en el suelo.

Apoyé los codos en las rodillas y lo miré.

—Lo siento —me disculpé, y las palabras eran sinceras—. Pero sabes que me estás obligando a hacerlo, ¿no?

—Sí —asintió, mirándome con una mano sobre el ojo.

Siempre estaba fastidiándome y ya estaba harto, pero sabía por qué lo hacía. Quería que reaccionara, que me arrastrara detrás de Tate y consiguiera su favor. Ella le había dicho que sí, y eso me molestaba. Me cabreaba no haber pensado siquiera en pedirle que fuera al baile conmigo.

Odiaba los bailes.

Odiaba bailar.

Pero, por mi culpa, Tate no había participado en cosas como esas en el pasado, y estaba claro que deseaba hacerlo. Noté un regusto amargo en la boca. El sabor que se te queda cuando te tragas una bocanada de orgullo.

—Hola, doctor Porter. —Me encontré con mi profesor de Química de segundo en los pasillos después de clase—. ¿Está hoy Tatum Brandt al laboratorio? —Hice un gesto para señalar la puerta que había tras él.

—Sí —respondió, con los ojos muy abiertos y, al parecer, aliviado de verme—. Está ahí, y acabo de caer en la cuenta de que está sola. ¿Tienes algo que hacer? ¿Te importaría echarle un ojo? Normalmente me quedo yo, pero tengo una reunión.

—¿Sola? —Alcé las comisuras de los labios en una sonrisa—. Sin

problema.

Se marchó y yo abrí la puerta del laboratorio, con el corazón acelerado ante la promesa de los líos en los que tanto deseaba meterme. La sala estaba vacía, pero oí ruidos que provenían del armario, así que tomé asiento a la mesa del profesor y apoyé las piernas en el tablero mientras la esperaba.

El laboratorio estaba en una zona amplia dedicada a aulas del instituto. Tenía unas doce mesas con dos o tres asientos por mesa. En ellas había matraces y frascos, mecheros y fregaderos.

Me gustaban esas mesas. Tenían la altura ideal.

Me reí y suspiré al mismo tiempo ante las imágenes que se me aparecieron en la mente.

«Madre mía».

Nunca había tenido fantasías con una chica como las que tenía con Tate, me estaba superando a mí mismo. Puede que no volviera a permitirme llegar a la segunda base de nuevo, mucho menos a la tercera. Me pasé las manos por el pelo, apoyé los dedos en la nuca y traté de pensar en una película para todos los públicos y así mantener la entropierna a raya.

Vi que se abría la puerta del armario y Tate salió con una caja llena de materiales.

Hoy se había peinado con raya en medio y el pelo le flotaba alrededor de la cara, tapándole un poco los ojos. Pero me vio. Incluso a través de los mechones rubios, me di cuenta de la tormenta en su mirada. Se quedó muy quieta. Parecía sorprendida, desconcertada y un poco enfadada. Los dos teníamos el mismo efecto en el otro.

—Ahora no, Jared. Estoy ocupada —me advirtió al tiempo que llevaba la caja a una mesa que había a mi derecha. Lo dijo con tono firme y cortante.

Estaba poniéndome en mi lugar.

—Ya lo sé. He venido a ayudarte.

Era mentira, pero supuse que podría ayudarla. Era bueno en Química y en Matemáticas. Eran las asignaturas aburridas como Inglés y Psicología las que se me daban mal.

—¿Ayudarme? —Se le encendió la mirada, como si pensara que había dicho algo ridículo—. No necesito ayuda.

—No te he preguntado —repliqué.

—No, lo has dado por hecho —respondió ella sin mirarme a los ojos mientras seguía sacando los materiales de la caja.

—En absoluto. Sé lo que puedes hacer. —Lo dije con tono divertido, pero es que quería que me mirara—. He pensado que, si vamos a ser amigos, esto sería un buen comienzo.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella con la esperanza de que se

diera cuenta de que yo quería de todo menos una amistad.

—Sé que... —continué al ver que no decía nada— no es probable que volvamos a trepar por los árboles ni a dormir juntos, ¿verdad?

Hinchó el pecho con una bocanada de aire y dejó de sacar cosas por una décima de segundo. Me miró a los ojos y, por un instante, creí que me dejaría posar su trasero en la encimera y demostrarle qué haríamos si durmiésemos juntos. Pero entonces entornó los ojos y habló entre dientes.

—Como te he dicho, no necesito ayuda.

—Y, como te he dicho, no te estaba preguntando —repetí sin dudarlo un segundo—. ¿Crees que Porter iba a dejarte realizar experimentos con fuego sola?

No tenía ni idea de qué experimento estaba llevando a cabo, pero después de ver algunos de los materiales y del temor de Porter a dejarla sola, llegué a la conclusión de que había mecheros de por medio.

—¿Cómo sabes de qué va mi experimento? ¿Y quién ha dicho que vayamos a ser amigos? —bramó antes de agacharse para sacar algo de la mochila—. A lo mejor resulta que me has hecho demasiado daño. Ya sé que te has disculpado, pero para mí no es tan sencillo pasar página.

Esta no era la Tate que yo conocía. Tate era fuerte. Incluso después de haberla hecho llorar todos estos años con mis bromas, mantenía la cabeza alta y seguía adelante. Ella no necesitaba muestras especiales, ¿verdad?

—No te estarás poniendo sensible conmigo, ¿no? —Lo dije con sarcasmo, pero lo cierto es que ansiaba que sucediera un milagro.

«Sí, Jared. Gracias por la disculpa, te perdono. Vamos a pasar página».

Eso era lo que quería. No obstante, enterró la cara en la carpeta y no me hizo ningún caso. O al menos fingió no hacérmelo.

Me hormigueaban los dedos y apreté los puños en un intento de aplacar la necesidad de tocarla. Siguió mirando los apuntes, pero sabía que no estaba leyendo nada. Era consciente de mi presencia, al igual que yo lo era de la suya.

Por fin exhaló un suspiro, abandonó todo fingimiento y me miró como lo hacía mi madre cuando ya estaba cansada de mí.

—Jared, aprecio el esfuerzo que estás poniendo en todo esto, pero no es necesario. Al contrario de lo que tu ego te dice, me ha ido bien sin ti los últimos tres años. Trabajo mejor sola y no quiero tu ayuda hoy ni ningún otro día. No somos amigos.

Noté el pulso en la garganta y tragué saliva.

«¿Bien sin mí?»

Yo no había pasado un solo día sin que ella estuviera en mi mente.

Se puso a mi altura con expresión de resignación y mirada aburrida. No sabía si realmente se creía lo que me había dicho. No sabía si era

cierto.

Se volvió hacia la mesa de trabajo y no apartó la mirada hasta que se le cayó al suelo la carpeta y el contenido de esta se desparramó en el suelo. Me coloqué tras ella y nos agachamos al mismo tiempo para recoger los papeles.

«¿Está nerviosa?» Tate no solía ser torpe.

Mientras recogíamos, fruncí el ceño y estudié los impresos que había sacado de Internet sobre automóviles a la venta.

—¿Estás mirando vehículos? —pregunté

Entre la selección había un Mustang, un Charger, un 300 M y un G8.

—Sí —respondió con tono cortante—. Voy a hacerme un regalo de cumpleaños a mí misma.

«Cumpleaños». Casi se me escapaba en voz alta.

Ahora sabía qué contestar a su padre. Quería un automóvil y lo quería ya. Quedaba menos de una semana para su cumpleaños. Me pregunté si su padre confiaría en mí para que fuera con ella a que se comprara uno para que no tuviera que esperar. ¿Y ella confiaría en mí?

—¿Jared? —Tendió la mano para que le devolviera los papeles.

Parpadeé para apartar los pensamientos.

—Se me había olvidado que queda poco para tu cumpleaños —mentí—. ¿Sabe tu padre que quieres comprarte un automóvil? —pregunté al tiempo que me colocaba a su lado en la mesa.

—¿Sabe tu madre que provees de alcohol a menores y que no duermes en casa los fines de semana? —me la devolvió.

—¿Acaso a mi madre le importa? Esa habría sido una pregunta mejor. —Fui incapaz de ocultar el desprecio en el tono de voz. Me dispuse a ayudarle a vaciar el contenido de la caja.

La relación con mi madre ya estaba rota antes incluso de conocer a Tate. Solía permanecer atento, listo para defenderme o para defender a mi madre cada vez que uno de sus amiguitos idiotas y borrachos se ponía agresivo. A esa edad tampoco podía hacerme el gallito mucho, pero lo intentaba.

Con su monólogo, Tate me había recordado todo el bien que me hacía cuando ella creía que era yo quien le proporcionaba consuelo. Ambos luchábamos por ser felices. Por ser unos niños cuando nos conocimos.

Los cuatro años que pasábamos juntos fueron los mejores de mi vida.

Ladeé la cabeza cuando oí un cristal romperse en el suelo.

«¿Qué es eso?»

Tate se había dado la vuelta, probablemente para intentar alcanzar el matraz, y estaba apoyada en la mesa, mirando el desastre.

«¿Qué es lo que le ocurre?»

Se había quedado mirando los fragmentos rotos, y casi parecía sentir dolor. El pecho subía y bajaba con su respiración agitada.

No diría de Tate que era una persona dominante, pero desde que había regresado se estaba mostrando bastante impasible con Madoc y conmigo.

Hasta ahora.

—Te pongo nerviosa —señalé con tristeza, con la vista fija en el cristal destrozado del suelo.

—Vete —oí que susurraba con pena.

Al mirarla, atisbé vergüenza y frustración en sus ojos. No quería que yo estuviera aquí y no sabía si era porque me odiaba y deseaba que me marchara o porque no sabía qué era lo que realmente quería.

Al fin veía lo mucho que la había maltratado. Estaba jugando con ella, aunque no fuera mi intención. Creía que la odiaba, así que la había estado tratando mal. Ahora la deseaba y ansiaba recuperarla. Una y otra vez había sido por mí, nunca por ella.

—Mírame. —Le toqué la mequilla y de repente me recorrió una sensación cálida el brazo—. Lo siento. Nunca debí tratarte como lo hice.

Me miró a los ojos y deseé que me creyera. Se le entrecortó la respiración y noté que buscaba algo en mi mirada. O que esperaba algo. Posé la otra mano en la mejilla de ella y no interrumpí el contacto. Me observó acercarme. No me imitó, pero tampoco se resistió. Acerqué los labios sin apartar la mirada, a la espera de que me rechazara. Los segundos pasaban y atrapé la boca antes de que tuviera más tiempo para reconsiderarlo.

«Sí».

No retiré las manos de la cara y saboreé los labios carnosos y dulces como si nunca pudiera saciarme.

Tate. Mi Tate. Mi mejor amiga y me peor enemiga. La chica que había vuelto del revés mi mundo con su abrigo y su gorra roja. La única persona que estaba en todos mis buenos recuerdos.

Al principio dudó, pero enseguida me rodeó el cuello con los brazos y la sentí abrazada a mí. Noté nuestros cuerpos presionados y un suave gemido escapó de sus labios. Le agarré el pelo. Estaba a punto de perder el control, ella tenía el poder. Siempre había sido así y siempre lo sería.

Acercó las caderas a las mías y yo deslicé las manos por sus costados y alrededor de su trasero redondeado y perfecto. Lo agarré y la acerqué a mí.

«Mía».

El calor húmedo de su boca y la curva de los senos contra mi pecho me provocó un dolor en la entrepierna que anhelaba alivio. Me dieron ganas de tirarlo todo al suelo y poseerla sobre la mesa. Me preguntaba si sería virgen y noté un sudor frío en el cuello al pensar en que otra persona pudiera besarla de este modo.

—Te deseo desde hace mucho tiempo —susurré contra su boca—.

Todas las veces que te veía en la casa de al lado... me volvía loco.
Abrió más la boca, pidiendo más. Bien, estaríamos aquí un buen rato.

CAPÍTULO 26

No pensaba hacer el amor con Tate por primera vez en una mesa de laboratorio —no creía que ella me dejara—, pero tampoco quería separarme de ella todavía.

Por desgracia, ella tenía otros planes.

—No... —Se apartó y retrocedió.

«¿Qué? No».

Abrí los ojos con la respiración acelerada y de repente me sentí vacío. Observé cada milímetro de su rostro, preguntándome por qué narices me había hecho detenerme. Había respondido al beso. Lo deseaba.

Pero ahora no. Entrecerró los ojos con fiereza y de repente parecía llevar una armadura invisible. Su cuerpo lo deseaba, pero ella no.

«Ella no».

De modo que retrocedí.

—Pues no, entonces —respondí con tono frío.

Me miró y pareció encontrarse a un millón de kilómetros de distancia.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que seamos amigos. —Solté una carcajada.

—¿Por qué?

«Dios mío».

—¿Y por qué tantas preguntas? —repliqué.

—No pensarías que fuera a ser tan sencillo, ¿no?

—Sí —mentí—. Esperaba que pudiéramos pasar página sin mirar atrás. —Sabía que eso era mucho esperar, pero tenía la esperanza de que Tate lo entendiera así. Que a pesar de toda la ira y de todo el daño, de la distancia y los malentendidos, funcionaríamos bien juntos.

—No podemos —respondió—. Un día me amenazas y al siguiente me besas. No sé cambiar de marcha tan rápido.

«¿Yo?»

—¿Que te he besado? Tú me has devuelto el beso... las dos veces —

especificué—. Y luego vas al baile con Madoc. Y ahora dirás que soy yo el maníaco.

Parpadeó y noté que vaciló un instante.

—No tengo que darte explicaciones —indicó.

—No deberías ir con él.

—Quiero ir. Y me lo ha pedido. —Volvió a centrarse en su trabajo, dando la conversación por finalizada.

«Ni hablar».

Me ardían los brazos, quería volver a rodearla con ellos.

Me coloqué justo detrás e inspiré su aroma. Tenía la parte alta de su cabeza justo debajo de la barbilla y todo su torso, brazos incluidos, eran del ancho de mi pecho.

Estaba hecha para mí.

—¿Has fantaseado con él, Tate? —Respiré el aroma de su cabello y apoyé las manos en la mesa, a cada lado de ella, acorralándola—: ¿Lo deseas? ¿O es conmigo con quien sueñas?

Dejó de hacer lo que estaba haciendo y me lo tomé como una buena señal, así que continué.

—Te dije que cuando te tocara, tú querrías que lo hiciera. ¿Recuerdas? —pregunté con dulzura en un intento de conmoverla con las palabras.

Se quedó un instante quieta y después se volvió para mirarme.

—Creo que no es ningún secreto que me gusta que me toques. Cuando estés preparado para contarme todo lo que estás ocultando, entonces tal vez pueda confiar de nuevo en ti. Hasta entonces... —Y se volvió una vez más, rompiendo la conexión entre los dos.

Le miré la espalda y pensé en otro modo de recuperarla.

Quería saberlo todo, lo entendía. Pero eso no iba a suceder, no pensaba divulgar mis problemas, y no iba a meter a mi padre en nuestro mundo. Retrocedí cuando la verdad se instaló en mi estómago como si fuera una roca. Tate no pensaba dejarlo pasar. De ninguna manera.

—¿Jared? Aquí estás.

Parpadeé y miré hacia la puerta, donde estaba Piper con el uniforme de animadora negro y naranja.

«Mierda».

—¿No ibas a llevarme a casa hoy? —Se dispuso a representar su papel, colocándose bien el largo cabello oscuro y la falda.

No veía la cara de Tate, pero estaba seguro de que estaba enfadada. Estaba demasiado concentrada en los materiales y los papeles, fingiendo estar ocupada.

—Hoy he venido en moto, Piper. —Era verdad, y ella no me había pedido que la llevara a casa.

—No importa —señaló—. Vamos. No parece que estés muy ocupado por aquí.

Tate no nos miró a ninguno de los dos y se me revolvió el estómago como aquella noche en la que vi a otro chico dándole su primer beso.

No quería marcharme. Prefería las espinas de Tate antes que las palabras melosas de Piper. Pero Tate se había hartado, no me iba a perdonar. Al menos no hoy.

«Muy bien». Solté un suspiro y me erguí.

—Claro, no estoy ocupado. —Me dirigí a la puerta y cuanto más me alejaba de Tate, más frío sentía.

—Por cierto, Terrance... —prosiguió Piper.

«Uf», se estaba dirigiendo a ella.

—No le habrás puesto a tu pareja un ojo morado, ¿verdad? No puede ni ver bien. Tienes que dejar de pegar a los chicos o la gente va a empezar a pensar que eres una bollera.

«Malditas niñitas peleonas».

—No ha sido ella —repliqué—. Lo he hecho yo.

Me daba igual que Tate se enterara de que estaba celoso. Estaba claro que ya

era consciente de que la deseaba.

—¿Por qué? —preguntó Piper.

Hice caso omiso de la pregunta y salimos del aula. Yo nunca daba explicaciones.

CAPÍTULO 27

Gracias por el regalo, escribí al padre de Tate.

La enorme caja de herramientas que me había regalado era de segunda mano, pero fácilmente podía costar unos quince mil dólares nueva. Seguro que también costaba bastante a pesar de no estar en unas condiciones excelentes. Cuando hoy me llegó, estuve a punto de decirle al chico que se la llevara.

El señor Brandt me conocía bien. Sabía lo mucho que deseaba tener unas herramientas resistentes y profesionales, así que me las quedé. Era la primera vez en mucho tiempo que sonreía con un regalo.

De nada. Siento la tardanza. ¿Alguna novedad con Tate?, preguntó.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue la ropa interior negra que había visto en su habitación y sentí una sacudida en la entrepierna al imaginarla con ella puesta para mí.

Un automóvil, me apresuré a contestar.

Dejé el teléfono en el banco de trabajo del garaje sin esperar a la respuesta. Era un poco incómodo estar mandando mensajes de texto al padre de una chica con la que estaba teniendo una erección.

—Sam, ¿puedes ir a echar gasolina mientras yo me ducho? —pregunté a mi amigo una vez terminamos de trabajar con el Boss.

Era viernes por la noche y tenía una carrera en una hora. Estaba deseando llegar a la pista y tenía los nervios a flor de piel. Llevaba más de un mes sin acostarme con nadie y la única chica a la que deseaba no me lo estaba poniendo fácil.

¿Y lo peor? Últimamente tenía más erecciones que en toda mi vida.

Necesitaba desfogarme y, por muy infantil que sonara, estaba

deseando cruzarme con algún capullo esta noche. Quería ponerme agresivo y hacer oídos sordos.

—De acuerdo. —Sam tomó las llaves—. Vuelvo en veinte minutos.

Salió del garaje y yo subí a ducharme.

Tate estaba en su casa, la había visto llegar un par de horas antes y se me había ocurrido pedirle que viniera conmigo, pero había desechado la idea. Seguro que hacía preguntas que no quería responder y me ponía nervioso.

—Madre mía —gruñí cuando sentí el agua fría como cuchillos en el cuerpo. Se me puso la piel de gallina y me dio un escalofrío.

«Maldita Tatum Brandt».

Me enrollé una toalla negra en la cintura, agarré otra y me dirigí a la habitación al tiempo que me secaba el pelo. Encendí la lámpara de la mesilla y me acerqué a la ventana para mirar su habitación al otro lado del árbol. Tenía la luz encendida, pero ella no estaba. Observé la parte de los patios delantero y trasero hasta donde me llegaba la vista para asegurarme de que todo estaba en orden.

Odiaba que estuviera sola. Estaba deseando ir esta noche al Loop, pero quería tenerla donde pudiera verla.

«Debería de pedirle que viniera conmigo». Seguro que disfrutaba.

Tate estaba guardando las distancias conmigo, pero sabía que le encantaban las carreras. Cuando éramos niños, hablábamos de competir allí cuando tuviéramos nuestros propios automóviles. Y, si pasaba tiempo con ella y le demostraba que podía confiar en mí, a lo mejor se relajaba. Puede que olvidara el pasado.

—Jared.

Oí una voz suave y baja y me di la vuelta con el corazón acelerado.

«¿Qué hace aquí?»

—¿Tate? —Lo que vi en un rincón oscuro de la habitación me sorprendió, confundió y emocionó al mismo tiempo.

«¿Está aquí? ¿En mi dormitorio?»

Tenía la cabeza inclinada hacia abajo y los ojos fijos en mí. No movió un músculo mientras aguardaba a mi reacción. Parecía como si la hubieran descubierto haciendo algo indebido.

—¿Qué narices haces en mi habitación? —pregunté con calma, más confundido que enfadado.

La última conversación que habíamos mantenido no me había dejado duda de que ella no pensaba ir tras de mí, ¿qué era lo que planeaba entonces?

Dio un paso vacilante al frente para acercarse.

—He estado pensando en lo que me dijiste sobre ser amigos, y quería empezar deseándote un feliz cumpleaños.

«¿Perdona?»

—¿Entras en mi habitación a escondidas para desearme un feliz cumpleaños una semana después de mi cumpleaños? —Sentí una oleada de placer al comprobar que se acordaba, pero me estaba mintiendo. No estaba aquí por eso.

—He trepado por el árbol, como solíamos hacer —señaló.

—Tu cumpleaños es mañana. ¿Puedo ir yo a tu habitación? —repliqué con condescendencia—. ¿Qué es lo que haces aquí de verdad?

La perforé con la mirada y me acerqué tanto a ella que sentí cómo se me propagaba el fuego por el estómago.

«Mierda». Iba a tener que darme otra ducha. ¿Tenía yo el mismo efecto en su cuerpo?

—Yo, eh... —tartamudeó. Reprimí una sonrisa.

¿Quería jugar? No tenía ni idea.

Le costaba mirarme a los ojos. No podía mantener la mirada apartada mucho rato, pero tampoco podía sostenérmela. Al fin exhaló un suspiro hondo, esbozó una sonrisa temblorosa y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tengo algo para ti. —Se acercó a mi cara—. Considéralo mi regalo —susurró.

«¿Qué...?»

Juntó los labios con los míos y me pareció como si fuera azúcar caliente.

«Madre mía, ¿pero qué está haciendo?»

Presionó el cuerpo contra el mío y cerré los ojos al notar una sensación de hormigueo extenderse por las manos. Sentí la necesidad incontrolable de hundir los dedos en cada curva de su piel. Sus labios me provocaban y cautivaban, los movía lentamente y dio un golpecito suave con la lengua bajo mi labio inferior, jugueteando.

Iba a tener un buen problema y mucho dolor si paraba.

Me rodeó el cuello con los brazos y enarqué las cejas.

«Madre mía. —No tenía pensado parar. Me estaba abrazando—. Gracias a Dios».

La envolví entre mis brazos, retomé el control y me lancé a su boca como si nunca más se me volviera a presentar la oportunidad. Me olvidé de todo. De por qué estaba aquí. De por qué era ella quien empezaba esto. De lo que haría cuando llegáramos al punto de no retorno.

¿A quién narices le importaba?

—Madre mía, Tate —gimoteé, mareado cuando se lanzó a mi cuello. El placer que me daban sus labios, lengua y dientes era un sueño hecho realidad.

Esta era Tate, pero no lo era.

Era salvaje, me besaba y me mordía como aquella noche en la encimera de la cocina. Sentía cómo acercaba las caderas a las mías,

presionándose contra mí. Estaba por todas partes y ni siquiera era capaz de recordar mi nombre.

Me tensé un instante cuando deslizó los dedos por las cicatrices de la espalda. Era consciente de que estaban ahí, pero esperaba que no se fijara en ellas. Me pelearía hasta con el mismísimo diablo si se paraba y me hacía más preguntas.

Tenía la boca caliente y su aliento dulzón me mareaba. Prácticamente gemía cada vez que me saboreaba la piel con la lengua mientras me besaba en el cuello.

Me susurró al oído y todo mi cuerpo gritó «¡llévatela a la cama!»

—No voy a parar —murmuró.

«Sí, ¡sí!»

La alcé y la llevé a la cama. Me rodeó con las piernas y la sensación fue increíble; tener a Tate en brazos, que me deseara.

No sabía cuál era la verdadera razón por la que estaba aquí y me preguntaba por qué había cambiado de opinión tan de repente, pero esto no era fingido. Y yo iba a aprovecharme.

La dejé en la cama y la observé desde arriba. Le subí la camiseta justo por debajo del sujetador lentamente, disfrutando de la sensación de su piel contra mis manos. Tenía el vientre suave y terso, ahuecado en los lados. Esperaba que me enseñara este cuerpo muchas otras veces.

—Eres preciosa. —Le sostuve la mirada un instante y hundí la cabeza en su barriga para saborear la piel cálida.

Sus labios siempre sabían dulces, a fruta. El cuerpo, por otra parte, tenía un regusto salvaje, puro, y me sobrevino una visión de la lluvia contra su pecho desnudo mientras le hacía el amor en el techo de mi automóvil.

—Jared —gimoteó y arqueó el cuerpo contra mis labios.

«Aún no».

Le besé la piel con suavidad, bajando hasta la cinturilla de los jeans. Estaba acelerado. Quería hacer esto rápido porque algo me decía que estábamos contando con un tiempo prestado. La Tate lógica, la normal, podía pararme en cualquier momento.

Pero no me di prisa.

Con la punta de la lengua acaricié la piel cálida antes de probar un poco con los dientes. Tenía los ojos cerrados y se removía lo justo para volverme loco. No creo que se diera cuenta de cuándo le quité los *jeans* ni de que sus bragas estaban ahora deslizándose por las piernas.

«Madre mía».

El corazón me latía acelerado en la garganta y el estómago se me encogió como si estuviera en una montaña rusa.

Tate era preciosa. Por todas partes.

Ya la había visto ligera de ropa, durante el tiempo que habíamos

pasado juntos en el pasado y porque desde mi dormitorio tenía una vista perfecta del del suyo, pero esto era nuevo.

No esperé, regresé a su cuerpo y dejé un reguero de besos a lo largo del estómago, las caderas y los muslos.

—Jared —suplicó con voz ronca.

La miré y ella me miró a mí, y sentí que me iba a estallar la entrepierna.

«Va a decirme que pare».

Pero no lo hizo. Se detuvo un solo segundo antes de quitarse la camiseta y desvestirse por completo. Cerré los ojos, aliviado.

Sin esperar, le bajé los tirantes del sujetador y miré con asombro el increíble cuerpo, el cuerpo de Tate, que yacía desnudo y listo para mí.

No podía creerme que estuviera aquí. En mi cama, desnuda. Ya de pequeños la quería, pero ya no éramos niños.

Me abrí paso a besos por el estómago hasta las caderas, los muslos. Me lancé a lo que llevaba semanas deseando probar. Más que semanas. Lamí con la punta de la lengua la dulzura, suavidad y calidez de su entrepierna.

«Dios mío».

Tate gimió y se sacudió.

—Oh.

Alcé la mirada, tranquilo y encantado al ver su cara de sorpresa. Y lo supe, nunca nadie la había tocado de este modo.

—¿Qué haces? —me preguntó, confundida.

Estuve a punto de echarme a reír.

La felicidad hizo que sintiera un hormigueo en las mejillas y me costaba mantener una expresión neutra.

—Eres virgen —afirmé, casi para mí mismo.

Ella no dijo nada. Pareció un tanto nerviosa, pero encantada cuando volví a bajar la cabeza y me centré de nuevo en besarle el interior de los muslos.

—No te haces una idea de lo feliz que me hace eso —murmuré y volví a posar la boca sobre ella.

El sabor salvaje de su ingle, el olor dulce, la suavidad en mis labios y lengua. Todo ello me volvía más hambriento aún. Cada vez que se removía o que gemía, era por lo que le estaba haciendo. Estaba perdiendo el control por mí.

Chupé la protuberancia del clítoris y lo tomé con suavidad entre los dientes. Lo solté, pero enseguida volví a succionarlo. Le agarré con una mano la cadera y, con la otra, le levanté la pierna. Sorbí rápida y lentamente, saboreando la piel una y otra vez, prolongando el momento hasta que suplicara descanso. Repetí el proceso una y otra vez, chupando y saboreando.

Cuando estuve seguro de que estaba muy excitada y de que no había

posibilidad de que me pidiera que parase, lamí.

«Cálida y húmeda».

Metí un poco la lengua en su interior y recorrí con ella todo el clítoris. Una y otra vez. Dentro y arriba. Solo con la punta de la lengua. Dentro y arriba. Dentro y arriba. Y entonces retorcí la lengua alrededor de la protuberancia, con la humedad de su cuerpo y la calidez de mi boca.

Tenía la polla lista y bien dura. No podía pensar en otra cosa que en meterla dentro de ella.

Pero no lo hice. Estaba disfrutando de este momento más de lo que me gustaría admitir. La tenía en mis manos, en mi boca, y quería que supiera que ahora mismo no estaba pensando en mí. Deseaba que se diera cuenta de que me tenía de rodillas ante ella.

Alcé la mirada y me deleité con la visión de Tate jadeando y con el ceño fruncido. Tenía los labios húmedos y, por su aspecto, parecía estar sufriendo el más dulce de los dolores. Tenía los pezones erectos y estiré el brazo para acariciarle un pecho. La firmeza complementaba perfectamente a la suavidad de la piel, y se convirtió en otra cosa que ansiaba meterme en la boca.

—Dios mío —susurré contra su sexo—, ojalá pudieras verte desde mi punto de vista. Eres preciosísima.

Me centré en ella con más ahínco, chupando, besando y adentrándome en ella con la lengua. Se alzó, suplicando más, y, joder, mi cuerpo pedía a gritos alivio. Estuve a punto de correrme ahí mismo. Ella movía el cuerpo como si estuviéramos follando, las caderas eran pequeñas olas de un mar contra mi boca. Su pecho se detuvo de repente, como si hubiera dejado de respirar. Se quedó completamente en silencio unos segundos y después murmuró mi nombre y los pechos comenzaron a subir y bajar de nuevo con respiraciones aceleradas.

«Está teniendo un orgasmo».

Me embargó un júbilo atroz y esperé que supiera que aún no habíamos terminado.

—Mierda, Tate. —Deslicé la mano arriba y abajo, por el pecho y la cadera—. Tu belleza no es nada comparado con tu aspecto cuando te corres.

—Ha sido... —Se quedó callada, y esperaba que fuera porque se sentía tan maravillosamente aturdida como yo.

Alcé el torso sobre ella y la miré a los ojos.

—Te deseo desde hace tiempo.

Se alzó de la cama y unió los labios a los míos al tiempo que me rodeaba el cuello con el brazo. Busqué en la mesita de noche un preservativo que no quería usar con ella, pero de inmediato me detuve cuando sentí una tormenta extenderse por las piernas y entre los muslos.

Volví a dejar la mano en la cama, porque casi me caigo encima de ella

de la sorpresa.

«Dios mío».

Tate me había agarrado y estaba moviendo suavemente la mano arriba y abajo por mi pene.

«Madre mía». Cerré los ojos.

Esto no estaba bien. Tate merecía algo mejor. Ella merecía algo dulce. Pero sabía que había tantas posibilidades de que eso sucediera esta noche como de que yo ingresara en West Point, como quería su padre. Con ella no iba a ser lento y dulce.

Íbamos a follar salvajemente.

Le quité por completo el sujetador y la empujé de nuevo a la cama. Tomé con la boca los pechos hinchados y balanceé las caderas contra ella hasta que ambos estuvimos más que preparados.

—Jared, ¿estás listo ya?

«¿Qué?»

Sonó un golpe en la puerta y una voz masculina que nos hizo volver la cabeza.

«Sam».

El sudor manaba de todos mis poros y un dolor agudo se instaló en mi entrepierna.

«No, por favor. Esto no está pasando».

—Voy a matarlo —refunfuñé, y después grité en dirección a la puerta—. ¡Ve abajo!

—Llegamos tarde, amigo —insistió—. Ya he llenado el tanque de gasolina. ¡Venga!

¿Cómo narices me había olvidado de que iba a volver? Tenía que haber cerrado con llave la puerta de la casa.

«Mierda».

—¡Te he dicho que me esperes abajo, Sam!

—¡De acuerdo! —La sombra bajo la puerta desapareció.

Tenía el corazón acelerado y estaba muy enfadado. Tate tenía los brazos por encima del pecho y ahora la mirada en sus ojos era vigilante y de vergüenza.

Me bajé de la cama y levanté las manos para que se detuviera.

—No, no te vistas —le pedí—. Voy a deshacerme de él y después terminamos esto.

—¿Vas a competir esta noche? —me preguntó con tiento y se sentó.

Me enfundé unos jeans.

—Ya no.

A la mierda la carrera. No tenía dinero que dar mañana a mi padre, pero justo ahora nada me podía alejar de ella ni hacerme cambiar de opinión.

Todo, excepto ella, se evaporó.

—Jared, ve. No pasa nada —susurró mientras se ponía la ropa. Parecía muy distinta a hace un momento. Quería saber qué le pasaba por la cabeza, parecía estar pensando de nuevo.

No obstante, no le di la oportunidad de arruinar el momento. La tomé en brazos y la posé sobre la cómoda para que estuviéramos cara a cara.

—Las carreras no tienen importancia, Tate —murmuré con suavidad, acercándome a sus labios—. No quiero estar en ninguna otra parte que no sea contigo.

—Llévame contigo entonces —me sugirió con una sonrisa en los labios.

—¿Que te lleve conmigo? —Lo valoré. Así podría ganar el dinero que necesitaba y después volvería con ella a casa—. De acuerdo, ve a buscar algo más abrigado y voy a buscarte cuando estemos listos. —Le di una palmadita en el muslo y me encaminé hacia la puerta—. Y después de la carrera —me volví para mirarla— volvemos aquí a terminar esto.

No era una pregunta.

Sus ojos, brillantes y cálidos, me miraron al tiempo que intentaba reprimir una sonrisa.

Le pedí a Sam que se fuera a la pista antes que nosotros y me di otra ducha antes de ir a recoger a Tate.

Una bien fría.

CAPÍTULO 28

—Estás estupenda ahí sentada —comenté en voz alta para hacerme oír por encima de *Heaven nor Hell*, de Volbeat, a la vez que echaba una mirada a Tate, que estaba en el asiento de copiloto.

Estaba a mi lado, en mi automóvil. Como tenía que ser.

—Estoy mejor en tu asiento —respondió y me sobrevino el recuerdo de ella conduciendo el vehículo.

Sí, no podía discutirse. Y tampoco podía olvidarme de cómo sabía media hora antes.

Ya estaba deseando llevarla de vuelta a casa, pero entonces vi las luces, los vehículos y los espectadores y sí que me dieron ganas de volver a casa.

Al parecer, todo el mundo estaba ahí. Me mordí el interior de la boca, preocupado por dónde nos estábamos metiendo y por lo que Tate esperaba de todo esto.

Siempre había venido solo a este lugar.

«Siempre estás solo porque sabes que es lo mejor».

A las chicas les encantaban las demostraciones en público, las manos entrelazadas, los abrazos y las cursilerías que yo detestaba. No tenía ningún problema en ponerme en plan territorial en privado, pero no me gustaba mostrar nada delante de los demás.

La cantidad de vehículos, las miradas puestas en nosotros al llegar al Loop, todo parecía establecer una separación entre Tate y yo. Terminó la canción de Volbeat y comenzó otra cuando llegué a la pista. Dejé escapar un suspiro y decidí que haría lo que siempre hacía: nada.

Nuestra relación seguía en el aire y esperaba aclarar lo que había entre los dos más tarde, pero, por ahora... las cosas tenían que ser sencillas. Puse punto muerto y tiré del freno de mano. Tate se quitó el cinturón de seguridad y agarró la manija de la puerta.

—Oye. —La tomé de la mano y se volvió para mirarme—. Me gusta

concentrarme en la carrera. Si no me comporto de forma muy amable, no tiene nada que ver contigo, ¿de acuerdo?

Bajó la mirada un segundo y me dieron ganas de retirar lo dicho. Volvió a levantar la vista y se encogió de hombros.

—No tienes que tomarme de la mano.

Había vuelto a hacerlo. Apartarla. Lastimarla.

Y de nuevo había erigido el muro, como en los últimos tres años.

«Mierda».

Tenía que ser precavido con mi padre. Mostrarme independiente, fuerte. Después de aquel horrible verano, era muy duro actuar de un modo con gente en la que no confiaba y de otro con los que tenía cerca, así que mi norma era mostrarme siempre distante. Y, después de un tiempo, ya no sabía actuar de otra forma.

La miré bajar del vehículo, volverse y guardarse dentro lo que hubiera querido decir.

Éramos más parecidos de lo que ella creía.

Bajé el volumen de la radio, salí del automóvil y me dirigí al frente para hablar con mi oponente, Bran Davidson, y con Zack.

Tate se había ido y busqué con la mirada entre la gente para localizarla.

«Capullo».

En un lateral estaba Ben y ella caminaba hacia él. Noté algo amargo en el vientre y ni siquiera acusé el frío de la noche. Sacudí la cabeza, enfadado, y devolví la mirada a los dos hombres que me estaban hablando.

—Las probabilidades están a mi favor, amigo —bromeó Bran y me dio un puñetazo en el brazo.

Me esforcé para que no se me notara en la voz el malhumor. Bran era un buen chico y éramos amigos.

—Sí, estupendo —musité—. Eso significa que mi victoria se pagará mejor.

—Tengo un Camaro —indicó, como si fuera tan estúpido como para no darme cuenta de qué vehículo conducía.

—Un Camaro de casi treinta años —especifiqué. Dedicué una mirada a Tate y a Ben.

No estaban cerca físicamente, ni siquiera estaban frente a frente. Pero ella sonreía. Él la estaba haciendo reír. La miré con los ojos entrecerrados, como si necesitara que le recordara de quién era la boca que la había devorado menos de una hora antes.

Tate y yo llevábamos sudaderas negras. Ella tenía las manos metidas en el bolsillo delantero para mantenerlas calientes, pero yo, sin embargo, estaba sudando y deseando quitarme la mía.

«Tranquilízate».

Puede que estuviera reaccionando de forma exagerada. A lo mejor solo estaban hablando, o a lo mejor no. ¿Y qué diablos me importaba? Lo que pudiera pasar por su cabeza no me iba a hacer perder el sueño. Al infierno.

—¡Despejad la pista! —gritó Zack y me dirigí a mi vehículo sin mirar a nadie.

Puse en el iPod *I Stand Alone*, de Godsmack, algo poético. Revolucioné el motor y el alboroto de la gente ahogó el dolor que sentía en el pecho. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y la música se hizo con el control de mi cerebro.

La letra me confirió fuerzas renovadas.

El ritmo se llevó la voz de mi padre.

Todo desapareció.

Hasta que abrí los ojos y gruñí.

«Mierda».

Piper.

Estaba delante de mi vehículo, contoneándose, mostrando el cuerpo con una minifalda y una camiseta fina azul oscuro. La gente vitoreó y entonces entendí que era ella quien nos iba a dar la señal de salida. Piper no era desagradable a la vista, y ella lo sabía. También sabía que lo nuestro había terminado, pero eso no impidió que se pusiera en mi línea de visión cada vez que podía.

Sonrió y se dirigió a mi lado del automóvil. Intenté ocultar la mirada de enfado. Se asomó por la ventanilla abierta y chascó la lengua, como si quisiera darme a entender algo.

—Cuando termines con esa rubia, ya sabes dónde encontrarme.

Mantuve al frente la mirada de perplejidad, apartada de Piper.

—Querrás decir si termino con ella.

—Lo harás. —Su tono era juguetón y vanidoso—. Cuando pasa un tiempo, las chicas buenas saben a mierda.

Sonreí con ganas. Si ella supiera...

No podía imaginarme siquiera que pudiera cansarme de Tate.

La miré a los ojos marrones y le alcé la barbilla con el dedo.

—Espera sentada, Piper. —Aparté la mano y devolví la mirada a la pista que tenía delante—. Apártate de mi vehículo y da la salida.

—¡Ahh! —gritó. El sonido me hizo daño a los tímpanos y eché la cabeza a un lado.

Piper retrocedió, sacudiéndose, y me di cuenta de que Tate la había agarrado por el pelo para apartarla.

«¿Pero qué diablos?»

—Tate —le advertí y salí del vehículo.

Le dio un empujón y observé, asombrado, a Tate ahí de pie, mirando a Piper y apretando los puños. Respiraba larga y profundamente, no estaba

nerviosa. Estaba muy, muy enfadada. Me llevé la mano a los labios para ocultar una sonrisa.

No debería sentirme orgulloso de ella por empezar una pelea. Pero estaba celosa, y eso me ponía contento. También estaba defendiéndose. Y muy bien.

Miré a la gente y pensé que tal vez no deberían ver esto. Me gustaba ser discreto y Tate estaba proclamando a los cuatro vientos que yo era suyo.

Que era suyo.

—¡Putas! —exclamó Piper—. ¿Qué coño te pasa?

El corazón me dio un vuelco cuando vi que se abalanzaba sobre Tate. Estuve a punto de agarrar a una de las dos, o a ambas, pero me detuve en seco. Tate le hizo una zancadilla y abrí los ojos como platos cuando Piper se cayó de culo en la tierra seca de la pista.

«No necesita ayuda». Sacudí la cabeza, sorprendido.

El público estaba como loco, animando la pelea y celebrando con silbidos y vítores. No creía que supieran siquiera a quién estaban animando, simplemente querían pelea.

Tate se agachó, dio dos palmadas delante de la cara de asombro de Piper y habló en voz alta.

—¡Eh! Ahora que cuento con tu atención, solo quiero que sepas... que no está interesado en ti.

Fruncí los labios.

«Chica mala».

Se volvió hacia mí, dejó escapar un suspiro hondo y sus ojos se tranquilizaron. Se acercó y de repente solo la veía a ella. Piper se había desvanecido.

—Yo no soy un florero —me dijo en voz baja y me di cuenta de lo mucho que había herido sus sentimientos antes, en el automóvil.

Tate no era una distracción.

Si estaba interesada, estaba interesada de verdad. Si no, no. Y yo tenía que madurar y comportarme como un hombre.

Se quitó el colgante del fósil y me lo dejó en la mano.

—No te escondas y no me pidas que me esconda yo —me pidió en un tono que solo yo escuché.

Curvé los dedos en torno al colgante.

«Sí, estaba interesada».

Le alcé la barbilla, la besé con suavidad y me entraron ganas de estrecharla entre los brazos aquí y ahora.

—Suerte —susurró. No apartó la mirada de mí mientras retrocedía hacia la multitud.

—Tate —la llamé antes de volver a entrar en el automóvil.

Se dio la vuelta, alzó las cejas y se metió las manos en el bolsillo de la

sudadera.

—Estás conmigo, nena —le dije—. Sube.

Sin esperar a ver su reacción, entré en el vehículo y me incliné para abrir la puerta del copiloto.

Tras mi victoria, me salté la tradicional hoguera de después de la carrera y me llevé a Tate de allí. Nunca antes había tenido tantas prisas por llegar a casa. Seguro que a nadie se le escapaba lo que íbamos a hacer. Según crucé la línea de meta, no tardé ni dos malditos segundos en quitarme el cinturón de seguridad, quitárselo a Tate y subirla a mi regazo para darle un beso.

La carrera había aumentado mi presión sanguínea. La emoción me embargó cuando se sentó a mi lado, y sentí que la adrenalina me recorría todo el cuerpo.

Siempre había disfrutado compitiendo, pero esta emoción había disminuido desde que mi padre me exigía todo el dinero que ganaba. Ahora competía para ganar dinero, pero Tate había cambiado todo eso esta noche. Me había costado concentrarme en la pista mientras conducía. Sus deliciosos gemidos cuando doblábamos las curvas eran adictivos. Al fin volvía a disfrutar de esto y ya no quería volver al Loop sin ella.

—Jared —, me dijo desde el asiento del copiloto cuando regresábamos a casa—. ¿Adónde vas los fines de semana?

«Los fines de semana».

Entrecerré los ojos. En mi cabeza bulleron un montón de pensamientos, pero fui incapaz de elegir solo uno. Se me revolvió el estómago y con cada inhalación me daban ganas de salir corriendo del vehículo.

Mi padre estaba en la cárcel. No podía contárselo.

Jax estaba en un hogar de acogida, y su madre era una adolescente de quien nuestro padre había abusado. De mi madre también, por cierto. ¿Qué iba a pensar de todo esto?

Los golpes. El sótano. Mi venganza al abandonar a Jax.

Sentí que me subía la bilis a la garganta y no podía tragar, mucho menos contarle esta historia tan desagradable.

—Fuera de la ciudad. —Elegí una respuesta corta y sencilla.

—¿Pero adónde?

—¿Qué más da? —No oculté el tono mordaz. Quería que se callara.

El pasado era embarazoso y sucio, y nadie, excepto Jax, sabía lo que había sucedido ese verano. Si pudiera borrarlo de su memoria, lo haría.

Giré el volante hacia la derecha y pisé el acelerador a fondo cuando accedí a la pendiente de la entrada de mi casa. Tate se agarró al asidero de encima de la puerta cuando entramos.

—¿Por qué Piper puede saberlo y yo no? —insistió con tono imperioso y a la defensiva esta vez.

«¿Cómo sabe que Piper lo sabe?»

—Joder, Tate. —Apreté los dientes y salí del automóvil. Me fijé en que el vehículo de mi madre estaba en el garaje, que tenía la puerta abierta—. No quiero hablar de eso. —Era verdad. Ni hoy ni nunca. No sabría siquiera cómo empezar. Si de verdad quería pasar página conmigo, tendría que dejarlo estar.

—¡No quieres hablar de nada! —Ella también se apeó y me gritó por encima del techo—: ¿Qué crees que va a pasar?

«¿Qué creo que va a pasar?» Puede que me verá como soy en realidad. Eso es lo que podía pasar.

—Lo que hago en mi tiempo libre es asunto mío. Puedes confiar en mí o no.

—¿Confiar? —Cerró con fuerza los ojos y luego me miró con desprecio—. Perdiste mi confianza hace mucho tiempo. Pero si pruebas a confiar tú en mí, tal vez podamos volver a ser amigos.

«¿Amigos? Nunca volveremos a ser solo amigos. Aférrate a ella o déjala ir», me dije a mí mismo.

—Creía que habíamos pasado a ser algo más que amigos, Tate — repliqué con una sonrisa triste—, pero si quieres jugar a esto, bien. Podemos dormir juntos, pero habrá sexo de por medio.

Inspiró profundamente y cuadró los hombros. Me dedicó una mirada dolida y sorprendida, y me di cuenta de que había vuelto a hacerlo. ¿Por qué seguía fastidiándolo todo? Podría haberme limitado a decepcionarla y haberme marchado.

Pero no. La ira y las ganas de pelea me alimentaban.

No obstante, cuando vi sus ojos azules tristes y llenos de lágrimas, me dieron ganas de abrazarla y besarle los ojos, la nariz y los labios como si con ello pudiera borrar eso horrible que acababa de decirle y hacerle.

—Tate... —empecé, rodeando el vehículo, pero ella dio un pisotón y me lanzó algo al torso.

Lo agarré y miré, sin poder hacer nada, cómo recorría el patio y se dirigía a su casa.

«No».

Me quedé mirando en su dirección, el porche oscuro y la puerta principal ya cerrada, durante un minuto o dos antes de fijarme en el papel que tenía en la mano. Cuando lo miré, se me secó la boca y el corazón empezó a latirme de forma dolorosa en el pecho.

Era una fotografía.

Mía.

De cuando tenía catorce años.

Estaba amoratado y ensangrentado después de ir a visitar a mi padre,

y Tate la había encontrado en el fondo de una caja que tenía debajo de la cama.

Anoche no vino a desearme un feliz cumpleaños.

La había descubierto husmeando.

Y acababa de alejarla de mí por no contarle lo que ella ya sabía.

CAPÍTULO 29

Salí disparado de la entrada de casa y conduje con fiereza. Por la calle hasta los límites de la ciudad, allá donde no alcanzaban las luces. Conducir me ayudaba a despejarme la cabeza, y ahora la tenía hecha un lío por culpa de Tate. No corría, solo desconectaba.

Ella no lo iba a entender y estaba completamente seguro de que haría que me mirara de otra forma. ¿Por qué no podía comprender que eso no tenía importancia? Supongo que podría haber sido más amable, pero no dejaba de fisgonear en asuntos que no eran suyos.

Apreté con fuerza el volante, animándome a mantener el acelerador presionado y no dar la vuelta. No podía volver. Querría saberlo todo y la vergüenza por lo que le había hecho a mi hermano era mayor que la que sentía por lo que le había hecho a ella.

¿No se daba cuenta de que era mejor dejar las cosas enterradas?

—Ve a ayudar a tu hermano —me dice mi padre con demasiada amabilidad.

Me tiemblan las manos y le devuelvo la mirada.

«¿Qué pasa?», me pregunto.

—No actúes como si tuvieras elección. —Me hace un gesto con la botella que tiene en la mano.

Los escalones de madera crujen con cada uno de mis pasos y la luz que atisbo abajo no me ofrece consuelo alguno. Se parece a la luz aterradora que emite una caldera vieja, pero el aire se vuelve más frío conforme desciendo.

¿Dónde está Jax?

Veo a Jax.

Miro a mi padre, que está en la cocina, en la parte de arriba de las escaleras, y la sensación de que me engulle un agujero negro es cada vez mayor.

No volverán a verme.

Pero entonces me hace un gesto con la mano para que continúe.

No quiero ir. Tengo los pies descalzos helados y las astillas de madera de los escalones me arañan. Y entonces me detengo y el corazón me da un vuelco.

Los veo a ellos.

Y después veo la sangre.

Aparqué en un hueco que había cerca de la entrada al parque. Había dos formas de entrar a Eagle Point: una entrada delantera para los automóviles y otra trasera para los viandantes y las bicicletas. La entrada trasera, no obstante, también tenía un aparcamiento para dejar el vehículo y seguir caminando. Esa era la entrada que había elegido. La que estaba más cerca del estanque.

No sabía cómo había acabado ahí. Cuando conducía me evadía, pero tarde o temprano siempre llegaba a donde quería ir. A veces acababa en el taller Fairfax para ponerme a trabajar con mi vehículo. En otras ocasiones iba a la casa de Madoc, a una fiesta. Y unas cuantas veces terminaba en la casa de alguna chica.

¿Y esta noche? ¿El parque? ¿El estanque?

Se me puso la piel de los brazos de gallina y sentí que la garganta me ardía. Tenía tanas ganas de estar aquí como de ir a ver a mi padre mañana.

Y, sin embargo, entré. Crucé la puerta en medio de la noche y continué junto a las rocas hasta el estanque que llevaba años sin visitar.

Se trataba de un estanque construido por el hombre y la zona estaba llena de rocas de arenisca que formaban un camino hasta el estanque. Lo rodeaban las colinas y unos escalones bajaban hasta él. Otro sendero hecho de la misma roca se alejaba de este hacia el bosque, por donde podías caminar y ver el río.

Era un lugar privado, evocador y especial para Tate y para mí. Veníamos aquí de pícnic, o a celebrar la boda de un vecino o a pasar el rato algunas noches que nos escapábamos de casa.

La última vez que estuve aquí fue la última vez que lloré.

—Tate, ven aquí, cariño —la llama el señor Brandt, y el corazón me martillea en el pecho. Estoy deseando verla. Abrazarla. Y contarle lo que debería de haberle dicho antes. Que la quiero.

Me ruge el estómago de hambre y me miro las manos, llenas de mugre. Ojalá me las hubiera lavado antes de venir a buscarla, pero sé que a ella no le importará

Bajo los peldaños de piedra y la veo sentada en la manta, reclinada hacia atrás con las manos apoyadas en el suelo y los tobillos cruzados.

Es preciosa. Y está sonriendo.

Jax aparece en mi mente y tenso los músculos por las prisas. Tengo que contárselo a alguien.

Pero primero necesito a Tate.

Me dispongo a acercarme a ella, pero entonces veo a mi madre y me escondo detrás de un peñasco.

La ira y el asco se apoderan de mí.

¿Qué hace aquí? No quiero verla a ella.

La había llamado durante el verano. Había intentado pedirle ayuda, pero me había abandonado en ese lugar. ¿Qué hace mi madre con ellos? Me esfuerzo por respirar de forma sosegada, pero noto que la garganta se me tensa, como si fuera a ponerme a llorar.

Tate es mi familia. La de verdad. Mi madre borracha no tiene ningún derecho a estar aquí divirtiéndose con ellos.

—Estoy deseando que vuelva Jared. —Casi oigo la sonrisa en la voz de Tate y me tapo la boca para ahogar un sollozo que brota en mi pecho.

Quiero acercarme a ella, pero no puedo moverme con todos ellos aquí. No quiero ver a mi madre y no quiero que el señor Brandt me vea así, sucio y amoratado. Me gustaría tomar de la mano a Tate y salir corriendo.

—Podrás enseñarle las posturas que habéis aprendido Will y tú en kárate este verano —comenta el señor Brandt y dejo de respirar. El sollozo que se aloja en la garganta se vuelve fuego en mi barriga.

«¿Will? ¿Geary?»

Muevo los ojos de izquierda a derecha, como buscando una explicación que no hallo. ¿Sigue saliendo con él?

—Es estupendo que hayas tenido a alguien con quien pasar el rato mientras no estaba Jared. —Mi madre le quita el tapón a una Coca-Cola—. Me parece que la distancia es buena, estabais acercándoos mucho vosotros dos.

Le dedica una sonrisa a Tate y le da un codazo en la pierna. Mi amiga aparta la vista con los ojos llenos de vergüenza.

—Puaj, solo somos amigos. —Arruga la nariz y me quedo sin aliento.

Me escondo por completo detrás del peñasco, me apoyo en él y bajo la cabeza.

«Ahora no. ¡No me hagas esto ahora!»

Sacudo la cabeza y la mugre de las manos se mezcla con el sudor de las palmas cuando aprieto los puños.

—Eres unabuenachica, Tate —oigo decir a mi madre—. Supongo que no se me dan bien los chicos.

—También las chicas son difíciles, Katherine —apunta el padre de Tate, y oigo que saca las cosas que ha preparado para el pícnic—. Jared es un buen muchacho, ya verás cómo arregláis la situación.

—Ojalá hubiera tenido una niña —responde ella y me llevo las manos a

las orejas.

Demasiadas voces. Siento como si tuviera la cabeza atrapada en unas pinzas de presión y no pudiera liberarme. Me arden los ojos y tengo ganas de gritar.

Parpadeé y miré a mi alrededor, el agua clara y brillante. Llevaba más de tres años sin pisar este parque. Cuando tenía catorce, sabía con seguridad que aquí besaría a Tate por primera vez. Pero después se convirtió en un recuerdo de todo lo que había perdido. O de lo que creía haber perdido.

El último día que vine, llegué al punto en el que ya nada podría decepcionarme. Ya no podía escuchar a nadie más decir que no me quería.

Así que me cerré por completo y de forma inmediata.

Eso es lo que pasa con los cambios, pueden ser graduales, lentos y prácticamente imperceptibles. O pueden darse de forma repentina y ni siquiera entiendes cómo pudiste ser de otra forma.

Endurecer el corazón no es como tener una intersección en el cerebro en el que puedas decidir si girar a la izquierda o a la derecha. Es un callejón sin salida y tienes que seguir adelante, escalando una colina, incapaz de detener lo inevitable porque la verdad es que no quieres hacerlo. La libertad está en la caída.

—Jared. —Sonó una voz vacilante detrás de mí.

Tensé los hombros y me di la vuelta.

«Mierda».

—¿Qué haces aquí? —pregunté a mi madre.

Me acordé entonces de que cuando llegué a casa de la carrera vi su automóvil en el garaje.

Se abrazaba el cuerpo en la noche fría, vestida con unos *jeans* y un cárdigan de manga larga. Tenía el pelo, de color marrón chocolate como el mío, suelto hasta los hombros y llevaba puestas unas botas marrones que le llegaban hasta las rodillas.

Desde que no tomaba alcohol, estaba siempre guapa y, por mucho que me pusiera de los nervios, me alegraba ser su viva imagen. No creo que pudiera mirar los ojos de mi padre todos los días en el espejo.

«Qué suerte la de Jax».

—La puerta de entrada estaba abierta. —Se aproximó a mí y buscó mi permiso con la mirada—. Me he enterado de lo que ha pasado con Tate.

«Ni por asomo».

—¿Cómo narices sabías que estaría aquí?

La sonrisa que esbozaba me confundió.

—Tengo mis tácticas —murmuró.

Me preguntaba cuáles serían, ya que mi madre no era tan inteligente.

Se sentó a mi lado, con las piernas colgando de la pequeña pendiente con una caída de metro y medio al estanque.

—Llevas años sin venir a este lugar. —Estaba actuando como si me conociera.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé más de lo que crees —respondió, mirando el estanque—. Sé que ahora mismo tienes problemas.

—Venga ya, no empieces a comportarte como una madre ahora.

Me impulsé y me puse en pie.

—No, Jared. —Mi madre también se levantó y se colocó frente a mí—. Si pudiera pedirte algo, sería que me escucharas. Por favor. —Su voz me desconcertó, era temblorosa e inusualmente seria.

Me mordí el interior de las mejillas y me metí los puños en el bolsillo de la sudadera.

—El año pasado, después de tu arresto —comenzó— y cuando regresé del Centro Haywood, te pedí que eligieras algo, una idea en la que pudieras concentrarte día tras día. Algo que te gustara o algo que te mantuviera centrado. Nunca me has dicho qué fue, pero aquel día te marchaste y te hiciste otro tatuaje. — Me señaló con la barbilla—. El farolillo en el bíceps. ¿Por qué te hiciste eso?

—No lo sé —mentí.

—Sí lo sabes. ¿Por qué? —insistió.

—Me gustaba —grité, exasperado—. Venga ya, ¿qué pasa?

«Por Dios, ¿a qué venía esto?»

Tate. Un farolillo. Los asociaba a los dos, y a ella la perdí cuando más la necesitaba.

¿Por qué un farolillo? No lo sabía.

—En tu décimo primer cumpleaños me emborraché. —Pronunció las palabras con calma y despacio—. ¿Te acuerdas? Me olvidé de la cena en la casa de los Brandt porque estaba de fiesta con mis amigos.

No había tenido muchos cumpleaños agradables, así que no, no me acordaba.

—Se me olvidó que era tu cumpleaños —continuó y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ni siquiera te hice un pastel.

«Menuda sorpresa». Pero no dije nada. Me limité a escuchar para ver adónde quería llegar con esto.

—Llegué a casa sobre las diez y te encontré sentado en el sofá, esperándome. Te habías quedado despierto toda la noche y no quisiste ir a la cena sin mí.

Yo. En la oscuridad. Solo. Enfadado. Hambriento.

—Mamá, para. No quiero...

—Tengo que hacerlo —me interrumpió, llorando—. Por favor. Al principio estabas triste, me acuerdo, pero después cambiaste de actitud.

Me dijiste que era una persona vergonzosa y que los demás niños tenían madres y padres mejores. Te grité y te envié a tu habitación.

Madman gimoteando en mi puerta. La lluvia chocando contra las ventanas.

—No me acuerdo.

—Ojalá fuera cierto, Jared, pero, por desgracia, ese tatuaje prueba que sí te acuerdas. —Había dejado de llorar, pero aún tenía lágrimas en las mejillas—. Unos diez minutos más tarde fui a tu cuarto. No quería hablar contigo, pero sabía que tenías razón y tenía que disculparme. Abrí la puerta y te vi asomado a la ventana abierta, riendo.

Se quedó un instante callada, perdida en sus pensamientos y mirando a ningún punto en particular.

—Tate —dijo al fin— estaba en la ventana de su habitación. Estaba a oscuras, excepto por el farolillo japonés que le hicisteis tú y su padre como regalo adelantado por su cumpleaños. —Esbozó una sonrisa—. Tenía puesto *Fight for Your Right*, de Beastie Boys, y estaba bailando como una loca... para ti. Resplandecía como una estrella balanceándose por el dormitorio con el camisón. —Mi madre alzó la mirada y me miró—. Estaba intentando animarte.

En cuanto vi a Tate en su ventana esa noche, dejé de sentirme como una mierda. Me olvidé de mi madre, de mi cumpleaños. Consideraba a Tate mi hogar, más que mi propia sangre. Y nunca quise estar en un lugar en el que ella no estuviera.

—Jared, soy una mala madre. —Tragó saliva con dificultad, reprimiendo las lágrimas.

Aparté la mirada a un lado, incapaz de mirarla a los ojos.

—Me las arreglé para seguir adelante, mamá.

—Sí, lo hiciste. Estoy orgullosa de ti. Eres fuerte y no eres influenciable. Sé que eres un superviviente. —Su voz suave se tornó firme y seria—. No querría a ningún otro hijo. Pero sé que no eres feliz.

El aire que me rodeaba se volvió denso, me empujaba hacia los lados, y no sabía cómo moverme para librarme.

—¿Y quién es feliz? ¿Lo eres tú? —repliqué.

—Me quedé embarazada de ti con diecisiete años. —Se envolvió el cuerpo con los brazos, como si se escondiera de algo en vez de para mantener el calor—. Solo tengo treinta y seis ahora. Algunas de las personas con las que me gradué están formando ahora una familia. Era muy joven, no contaba con el apoyo de nadie. No tuve la oportunidad de vivir antes de que mi mundo se volviera patas arriba...

—Sí, lo entiendo, muy bien —la interrumpí—. En junio te librarás de mí.

—Eso no es lo que quería decir. —Se acercó más a mí y levantó la mano, como para pedirme que no pensara así. Habló con tono ronco—.

Tú fuiste un regalo, Jared. La luz. Tu padre era el infierno. Creía que lo amaba, era fuerte, seguro de sí mismo y altanero. Lo tenía idealizado... — Se quedó callada y juro que oí cómo se le rompía el corazón al tiempo que se le llenaban de lágrimas los ojos.

No quería oír hablar de ese capullo, pero sabía que necesitaba hablar y, por alguna razón, deseaba que lo hiciera.

—Lo idealicé durante un mes, más o menos —continuó—. Lo suficiente para quedarme embarazada y atrapada a su lado. —Me miró—. Pero era joven e inmadura. Creía saberlo todo. La bebida era mi vía de escape y te abandoné. No te lo merecías. Cuando vi a Tate intentando hacerte feliz esa noche, lo permití. A la mañana siguiente no estabas en tu dormitorio. Cuando miré por la ventana, os vi a los dos dormidos en su cama, durmiendo nada más. Así que dejé que fuera así. Supe todos esos años que te escapabas para dormir con ella y te lo permití porque ella era capaz de hacerte feliz cuando yo no podía.

»La cosa más pura, verdadera y perfecta de mi mundo, y le había arrojado basura y más basura encima durante años. Poco a poco fui entendiendo lo que había hecho y sentí como si acabara de golpear con el puño un maldito muro.

—Madre mía. —Me pasé las manos por el pelo y cerré los ojos, susurrando para mí mismo—. He sido horrible con ella.

Probablemente mi madre, como el señor Brandt, no supiera cómo había tratado a Tate, pero sí sabía que ya no éramos amigos.

—Cariño —siguió—, has sido horrible con todo el mundo. Algunos lo merecíamos, otros no. Pero Tate te quiere, es tu mejor amiga. Te perdonará.

«¿Sí?»

—La quiero. —Fue lo más honesto que le decía a mi madre en mucho tiempo.

Puede que a mi padre le fuera bien, y mi madre y yo sobreviviéramos, para bien o para mal. ¿Pero Tate? La necesitaba.

—Ya lo sé. Y yo te quiero a ti —señaló. Estiró el brazo y me tocó la mejilla—. No permitas que tu padre ni que yo te quitemos nada más, ¿lo entiendes?

Las lágrimas me picaban en los ojos y no pude reprimirlas.

—¿Cómo sé que no voy a ser como él? —susurré.

Se quedó callada, observándome, y entonces entrecerró los ojos.

—Cuéntale la verdad —sugirió—. Confíale todo, sobre todo tu corazón. Haz eso y no serás como tu padre.

CAPÍTULO 30

«El ayer dura para siempre. El mañana nunca llega».

Miré el recorte de papel impreso y las palabras de mi tatuaje me devolvieron la mirada. Ahora sabía qué significaban.

Era un idiota de remate, no había duda. No solo me había creído toda la porquería que había dicho mi padre, sino que además había permitido que me dominase el odio al pensar, erróneamente, que me haría más fuerte. Me agaché, me apoyé el papel en el muslo y escribí una línea más: «Hasta que llegaste tú».

Sentí que se aflojaba el peso que cargaba sobre los hombros. Lo dejé en el árbol que había entre la casa de Tate y la mía y recogí el resto de cosas del suelo.

Al retroceder, miré el enorme arce y no solo brillaban las hojas rojas y doradas que aún no se le habían caído, también cientos de luces blancas y varios farolillos que le había colgado.

Hoy era su cumpleaños y solo podía pensar en cómo me había alegrado ella a mí el día cuando cumplí once años. Quería devolverle el favor y demostrarle que me acordaba.

Di por hecho que había salido con KC, así que aguardé en su habitación, apoyado en el alfeizar de la ventana abierta, y me quedé mirando la carpeta que había dejado en la cama.

En ella estaban todas las pruebas de lo que mi padre me había hecho. Aunque ella ya la había visto cuando entró en mi habitación, todavía no había escuchado mi versión.

Oí una puerta cerrarse en la planta de abajo y me enderecé. Respiré lenta y calmadamente, pero noté que me ardía el cuerpo y el corazón se me aceleraba.

«Uf».

Estaba nervioso a rabiar.

«¿Será suficiente lo que le voy a contar? ¿Lo entenderá?»

Tate entró despacio en la habitación y me agarré de inmediato al alfeizar para contenerme y no echar a correr hacia ella. Tenía el ceño levemente fruncido y me miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Llevaba el pelo suelto, unos *jeans* oscuros desgastados y una blusa negra de manga corta. Demasiada ropa, pero me gustaba eso de ella. Nunca mostraba demasiado y me recordaba a un regalo que estaba deseando desenvolver. Estaba muy sexi y me costó apartar los pensamientos de la cama que había en la habitación.

Señalé la carpeta.

—¿Esto era lo que buscabas anoche en mi habitación?

Mantuvo la cabeza alta, pero bajó la mirada y las mejillas se le tiñeron de rosa.

«Vamos, Tate, no seas tímida».

En realidad me gustaba que hubiera fisgoneado en mi habitación, eso significaba que le importaba.

—Adelante. —Asentí en dirección a la carpeta—. Echa un vistazo.

Probablemente no le hubiera dado tiempo a verlas la otra noche.

Me miró un segundo y me dio la sensación de que estaba considerando si debía o no saciar su curiosidad. Aceptó la oferta.

Abrió despacio la carpeta y sacó las fotografías. Las manos le temblaban al elegir una y mirarla, casi sin respirar.

—Jared —musitó y se llevó la mano a la boca—. ¿Qué es esto? ¿Qué te pasó?

Bajé la mirada al suelo y me pasé la mano por el pelo. Esto era más difícil de lo que había creído.

«Confíale todo, sobre todo tu corazón».

—Mi padre. —Exhalé un suspiro hondo—. Me hizo eso. Y a mi hermano.

Puso cara de sorpresa y abrió la boca. Ella no sabía que tenía un hermano. A menos que su padre se lo hubiera contado, pero él nunca decía nada innecesario.

—El verano anterior al primer curso estaba deseando pasarlo contigo, pero, como recordarás, llamó mi padre porque quería verme. Así que fui. Llevaba sin verlo más de diez años y me apetecía conocerlo.

Se sentó en la cama a escucharme.

—Cuando llegué —continué—, descubrí que mi padre tenía otro hijo. Un niño de otra relación. Se llama Jaxon y solo es un año más joven que yo.

En mi mente apareció una imagen de Jax con doce años, flacucho. Tenía la cara manchada y el pelo oscuro más corto que ahora.

—Sigue —musitó y solté el aliento que estaba conteniendo.

Se lo conté todo.

Que mi padre nos usaba para conseguir dinero: vendiendo drogas, entrando en otras casas, distribuyendo porquerías.

Que pegaba a Jax y luego empezó a pegarme a mí cuando me negué a hacer el trabajo sucio.

Que éramos víctimas de la escoria que entraba y salía de la casa.

Y le enseñé las cicatrices de la espalda que me había hecho mi padre con la hebilla del cinturón. También le conté que mi padre nos odiaba, que mi madre nos abandonó, y que yo luego abandoné a Jax dejándolo allí con mi padre cuando se negó a marcharse conmigo.

Se le pusieron los ojos rojos y se le llenaron de lágrimas que intentó reprimir.

Liberé todo el mal que tenía en la cabeza y la mugre que me ennegrecía el corazón, y de repente quise borrar todas las lágrimas que ella había llorado por mí.

Siempre le había importado. Siempre me había querido.

Llevaba tres años tratándola peor que a un perro y ella seguía llorando por mí. Sentí un dolor agudo en la garganta al mirarla. Tenía la cara contraída en una expresión de tristeza y me di cuenta de que estaba en todo su derecho de no perdonarme.

Pero sabía que sí lo haría.

Tal vez eso es lo que se me escapa del amor. Que no lo reprimes ni lo fraccionas cuando alguien merece la pena. No puedes controlarlo.

Después de contarle mi fea historia, me senté a su lado y esperé a que dijera algo. No sabía qué estaba pensando, pero me había dejado hablar y me había escuchado.

—¿Has vuelto a ver a tu padre? —preguntó al fin.

«Tu padre». Las palabras me parecieron muy inadecuadas. Me refería solo a él como mi padre para identificar al hombre de veintidós años que había abusado de una chica de diecisiete y cuyo resultado había sido yo.

—Hoy lo he visto —respondí—. Lo veo todos los fines de semana.

Era verdad, aunque, técnicamente, no había acudido a la última visita.

—¿Qué? —Abrió mucho los ojos azules—. ¿Por qué?

—Porque la vida es una mierda, por eso.

Esbocé una sonrisa amarga.

Después del puñetazo de la semana pasada, el juez había decidido que había completado mi tarea y me permitió librarme de la visita de hoy. Esta mañana vi a mi padre en la distancia, pero no sería la última vez que lo viera, estaba seguro.

Tate me miró y se embebió de todo lo que le conté. Le hablé de los problemas que tuve cuando se marchó a Francia, de lo mucho que la echaba de menos, de que el padre de acogida de Jax le había pegado y el juez me había ofrecido un trato.

Me levanté y me acerqué a la ventana. La dejé en la cama para que lo

dirigiera todo.

—Así que es allí donde vas —señaló—. A la prisión de Stateville en Crest Hill.

«¿Crest Hill?»

Seguramente hubiera visto algo más en mi habitación cuando entró anoche. Mi madre me había indicado que guardara los comprobantes de los moteles y la gasolina para cobrarlos después. Tenía un montón de cosas por la habitación.

—Sí, todos los sábados —afirmé—. Pero la de hoy ha sido la última visita.

—¿Dónde está ahora tu hermano?

«A salvo».

—En Weston. A salvo con una buena familia. He estado yendo a verlo los domingos. Pero mi madre y yo estamos tratando de que el estado lo deje vivir con nosotros. Lleva un tiempo sobria y él casi tiene diecisiete años, por lo que ya no es un niño.

Quería que Jax la conociera, y si a mi madre le iba bien con el abogado, se vendría a vivir con nosotros tarde o temprano.

Tate se levantó de la cama y se acercó a mi lado, junto a la ventana.

—¿Por qué no me lo has contado en todos estos años? —preguntó—. Yo podría haberte apoyado.

«Ojalá te hubiera dejado».

Esto era algo que me iba a costar; que Tate me apoyara, o que lo intentara, me hacía sentir como si la habitación se redujera en diez veces su tamaño.

«Pasito a pasito».

Me pasé la mano por el pelo y me apoyé en el alfeizar.

—Cuando al fin regresé a casa ese verano, fuiste mi primer pensamiento. Bueno, aparte de hacer lo que pudiera para ayudar a Jax —añadí—. Tenía que verte. Mi madre podía irse al infierno, la única persona a la que necesitaba era a ti. Te quería. —La última parte la susurré y noté un nudo en el estómago por el arrepentimiento.

Apreté los puños, pensando en ese día en el que cambió todo.

—Fui a tu casa, pero tu abuela me dijo que no estabas. Intentó convencerme para que me quedara allí a esperarte, me parece que se dio cuenta de que no me encontraba bien. Pero yo fui a buscarte. Después de un rato, acabé en el estanque del parque. —Por fin la miré—. Y estabas allí... con tu padre y mi madre, jugando a la familia feliz.

Atisbé confusión en su mirada. Incluso ahora sabía que se trató de una triste serie de acontecimientos que me tomé muy a pecho. Estaba equivocado.

—Jared... —comenzó, pero la detuve.

—Tate, no hiciste nada malo. Ahora lo sé. Pero entiende mi forma de

pensar en ese momento. Había estado en el infierno, era débil y me habían pegado. Tenía hambre. La gente en la que se suponía que podía confiar me había traicionado: mi madre, que no me había ayudado cuando la había necesitado; mi padre, que nos pegaba a mi pobre hermano y a mí. —Tomé aliento—. Y entonces te vi con nuestros padres, y parecíais una familia feliz. Mientras Jaxon y yo estábamos sufriendo y luchando por sobrevivir cada día de una pieza, tú habías encontrado a la madre que yo nunca tuve. Tu padre te llevaba de pícnic y a tomar helados mientras que el mío me golpeaba con el cinturón. Sentía que nadie me quería y que la vida había proseguido sin mí. Nada importaba.

»Ese día y las semanas que le sucedieron fueron demasiado intensas, transcurrieron demasiado rápido, y de repente yo era un chico totalmente distinto.

»Te convertiste en mi diana, Tate. Odiaba a mis padres, estaba preocupado por mi hermano y no podía confiar en nadie aparte de mí mismo. Odiarte me hacía sentir mejor. Mucho mejor.

Vi que apretaba la mandíbula y me di cuenta de que le costaba aceptar esta parte. Pero continué:

—Incluso después de entender que no era tu culpa, seguía sin parar de intentar odiarte. Me hacía sentir bien porque no podía herir a quien quería herir.

Unas lágrimas silenciosas cayeron por su rostro y, maldita sea, no quería que volviera a llorar por mí. Habíamos tenido muchos momentos buenos de pequeños y quería recuperarlos.

—Lo siento —susurré. Le tomé el rostro entre las manos con la esperanza de que no decidiera darme un puñetazo—. Sé que puedo arreglar las cosas. No me odies.

Negó con la cabeza.

—No te odio. Bueno... —Frunció el ceño un poco—. Estoy un poco enfadada, pero sobre todo odio todo el tiempo que hemos perdido.

«Sí».

Le rodeé la cintura con los brazos y la acerqué a mí.

«Es mía». Tenía ganas de gritar y sonreír al mismo tiempo. Apoyé la frente en la suya, mis labios estaban hambrientos por saborearla e inspiré su olor.

—Me has dicho que me querías —murmuró—. Odio que perdiéramos eso.

No se había perdido nada.

La alcé, le coloqué las piernas en torno a mí y me dirigí a la cama. Sentía el calor de su entrepierna en el vientre.

—Eso no lo hemos perdido nunca. —Posé la mano en su mejilla y la animé a que me mirara a los ojos—. Por mucho que lo haya intentado, nunca he podido borrarle de mi corazón. Por eso he sido tan capullo y he

alejado a todos los chicos de tu lado. Porque siempre has sido mía.

—¿Y tú eres mío? —preguntó, limpiándose las lágrimas con el pulgar.

Su aliento me acarició el rostro y ya no pude resistirme más. Le besé con suavidad la comisura de los labios y susurré contra ellos.

—Siempre lo he sido.

Me abrazó y la estreché con más fuerza.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Y tú? —le devolví la pregunta. No me olvidaba de que los últimos tres años habían sido también un infierno para ella.

—Lo estaré.

Si nos teníamos el uno al otro, estaríamos bien.

—Te quiero, Tate.

Me dejé caer en la cama, con ella aferrada a mí. Esperaba que para siempre.

CAPÍTULO 31

—Jared, me estás empujando. —El arrullo adormecido de Tate me despierta y tardo unos segundos en abrir los ojos.

«¿Empujando?» Me miro las manos, que ni siquiera la están tocando y entonces siento el fuego y una presión en los pantalones.

Joder.

Me pongo bocarriba para no estar pegado a ella y me paso las manos por la cara. Otra vez tengo el pene duro y me muero de la vergüenza y la incomodidad. Últimamente me pasa mucho. Tate duerme de espaldas a mí y me dispongo a sentarme en la cama.

—No —se queja y se da la vuelta—. No te vayas. —Me rodea la cintura con el brazo y me tenso. No quiero moverme.

«Mierda, mierda, mierda». Estoy a punto de explotar y necesito irme. Todas las mañanas pasa lo mismo y me siento muy frustrado.

«No me toques, Tate. Por favor».

Pero se lo permito igualmente. Tira de mí para que me tumbe y acomoda la cabeza en mi cuello para dormirse de nuevo.

Abro los ojos, parpadeo y siento la tan consabida sangre bombear al sur, debajo del vientre.

Me incorporo, me restriego los ojos y me sacudo el sueño de encima.

O el recuerdo. «Tate». Contemplé la habitación a oscuras. «¿Dónde está?»

Yo estaba en su cama. Nos habíamos quedado dormidos después de mi confesión y el sueño que acababa de tener era de la última vez que me había quedado aquí a dormir con ella. De la mañana en que me fui con mi padre a pasar el verano.

Pero ahora Tate no estaba aquí. Y tampoco había luz en el baño.

—Tate —la llamé, pero no obtuve respuesta. Lo único que se oía era la lluvia en el tejado.

Me levanté y estiré los brazos por encima de la cabeza. Salí de la

habitación y bajé las escaleras a oscuras. Había poca luz, pero no me importaba, podía pasear perfectamente por esta casa a oscuras.

Además de que había pasado mucho tiempo aquí en el pasado, la casa de los Brandt siempre parecía viva. El tictac del reloj del abuelo en el recibidor, el crujido de las escaleras, el murmullo suave y amortiguado que procedía de los conductos de ventilación. Cada habitación tenía su personalidad propia y habían hecho de este lugar un hogar.

Aquí me sentía cómodo.

El salón y el comedor estaban vacíos, así que pasé de largo. Fui a la cocina y vi la puerta trasera abierta. Me acerqué y eché un vistazo al jardín. Esbocé una sonrisa al ver a Tate, empapada bajo la lluvia con la cabeza hacia atrás, mirando al cielo. Relajé los hombros y cerré los ojos al mismo tiempo.

«Debería de haberlo sabido».

Salí en silencio y me apoyé en el muro de la casa, bajo la marquesina.

A Tate siempre le había encantado la lluvia. Cobraba vida con ella y yo llevaba años sin disfrutar de estas vistas. Una parte de mí se preguntaba qué magia veía en las tormentas, y otra parte de mí no necesitaba respuesta a eso.

Mirarla era como música para mis oídos. Tenía el pelo largo y rubio mojado y la ropa ceñida al cuerpo, igual que la noche de nuestro primer beso, en la que sentí a la perfección sus curvas y cavidades.

Se quedó allí un rato, con las piernas un poco separadas y los brazos a los costados, meciéndose suavemente de lado a lado, casi como si estuviera bailando. La blusa negra, brillante por el agua, estaba

pegada a la espalda como una segunda piel y supe que, cuando la tocase, iba a sentir todos los músculos.

Sentí calor en el pecho y un hormigueo en las manos.

—¡Jared! —gritó y parpadeé. Me había descubierto—. Me has asustado. Pensaba que estabas dormido. —Esbozó una sonrisa.

Se llevó la mano al pecho y aguardó a que yo dijera algo, pero no podía. No quería hablar más, solo la quería a ella.

Me aparté del muro y me acerqué a ella sin apartar la mirada de la suya. Posé las manos en sus caderas. La atraje hacia mí, hundí los dedos en la piel y la miré a la cara, salvaje y amable.

A Tate no le gustaban los juegucitos. Nunca había un brillo coqueto en su mirada o una mueca juguetona en sus labios para hacer que me fijara en ella. Me miró a la cara, justo como siempre había hecho.

Como si yo fuera la Navidad.

Se puso de puntillas y me quedé sin aliento cuando rozó los labios con los míos. Saboreé la lluvia dulce en su boca y el pulso se me aceleró con ansias de más.

«Maldita sea, sabe tan bien».

Le rodeé la cintura con un brazo, posé la otra mano en su rostro y atraje sus labios a los míos al tiempo que me hacía con el control de la situación. Le acaricié la lengua y me deleité con cada toque, mordisco y lamida, y sentí como si un relámpago me recorriera todo el cuerpo

La tormenta rugía a nuestro alrededor, pero apenas reparé en ella. Me hormigueaban las manos y cada rincón de su cuerpo que tocaba me excitaba más y más. Se estremeció y la abracé con más fuerza, sin saber si era por la lluvia o por nosotros. No paré.

Devoré a Tate cada vez más rápido, atrapando los labios una y otra vez hasta que me costaba respirar y sentí un dolor agudo por el deseo que tenía de disfrutar de un orgasmo. Atrapé su labio inferior entre los dientes y ella movió las caderas contra las mías. Estábamos perdidos.

Tal vez fue por sus gemidos suaves o sus manos aferrándose a mis caderas, pero tuve claro que no pensaba parar. Necesitaba estar dentro de ella justo aquí. Ahora.

—Tienes frío —señalé. Ella seguía besándome sin cesar.

Notaba su aliento cálido y me acariciaba el pecho y el cuello con manos ansiosas.

—Pues caliéntame —me pidió.

«Joooooder».

Le agarré el trasero y la acerqué aún más a mí.

«Ahora».

La deseaba, aquí y ahora, pero entonces comenzó a acariciarme el cuello con los labios y la lengua y perdí la capacidad de pensar.

—Te quiero, Jared —me dijo al oído, sin aliento, y cerré los ojos.

Noté que se me hinchía el pecho tanto que me dolía.

—Podemos esperar —indiqué, a pesar de que no quería detener esto ni en un millón de años.

Ella negó despacio con la cabeza y una sonrisa juguetona apareció en sus labios. Asió el bajo de mi camiseta y me la quitó por la cabeza. Deslizó la punta de los dedos por mi pecho hacia abajo, a las caderas y subió por la espalda.

Me estremecí cuando tocó las cicatrices que tenía en la espalda. Esperaba que no estuviera pensando en mi historia, no era lo que quería en este momento. Pero ella mantuvo fija la mirada en la mía, me relajé y exhalé un suspiro. Tarde o temprano iba a recorrer con las manos todas y cada una de las partes de mi cuerpo, era mejor que me fuera acostumbrando.

Apreté los dientes y hundí los dedos en su trasero cuando se sacó por la cabeza la ligera blusa negra y se desabrochó el sujetador.

«Madre mía», articulé con los labios en silencio.

Nos quedamos allí, frente a frente, pecho desnudo contra pecho desnudo, mojados y calientes bajo la fría noche de octubre, y sentí que

nunca antes había ansiado amar a alguien con tanta fuerza que me preocupaba no ser capaz de parar.

Deslicé el dorso de la mano para acariciarla el pecho izquierdo. El pezón, que ya estaba duro por el frío de la noche, era una parte de ella, junto con los labios, que pensaba meterme en la boca.

Le puse el pelo mojado detrás de los hombros y la miré de arriba abajo, esforzándome por memorizar cada parte de su cuerpo. Tate estaba en buena forma y no era demasiado delgada. Tenía músculo en hombros y brazos, aunque sutiles, y su piel resplandecía, como si estuviera hecha de porcelana.

Me miraba mientras yo la observaba a ella, dándome permiso.

«Qué osada».

Le gustaba, no intentó taparse ni apartó la mirada.

La atraje una vez más hacia mí y me abalancé sobre su boca, chupando y mordiendo el labio inferior, obligándome a ir despacio.

Me pegué a ella y sentí un ardor en el pecho al notar los senos rozándose contra mí. Apartó las manos de mi cuerpo, pero no me quejé hasta que también apartó la boca de la mía. Y entonces vi que se estaba quitando los jeans.

«Madre mía». Por una parte, quería desnudarla yo mismo, pero a la mierda. No quería perderme nada, así que mantuve alejadas las manos de ella hasta que estuvo prácticamente desnuda, delante de mí.

Tate. Únicamente con las bragas. Mojada por la lluvia.

Nunca antes en mi vida había visto nada tan sexi.

La alcé por la parte trasera de los muslos, pasé un brazo por la espalda suave y estrecha y la llevé por el patio hasta el sofá. Me acordaba de que tenía un dosel. No pensaba ir dentro de la casa ahora.

Iba a hacerle el amor por primera vez bajo la lluvia, pues a Tate le encantaban las tormentas.

La tumbé y me quedé mirando las braguitas rosas de encaje.

«Gracias a Dios que no son negras». Sonreí para mis adentros. Las prefería negras, pero me gustaba que Tate me sorprendiera.

«Mi chica buena de rosa».

Una chica buena que era mala tan solo conmigo.

Me agaché, apreté un seno con la boca y me estremecí de placer al saborear la delicada y suave piel. Con la mano me dediqué a explorar todo lo que tenía a mi alcance. Subí por los suaves muslos, las caderas y el vientre, y noté una presión cada vez mayor en la entrepierna cada vez que ella se arqueaba y se removía debajo de mí.

—Jared... —musitó—. Por favor.

«Madre mía».

—Paciencia —murmuré mientras seguía depositando besos en el estómago—. Si sigues suplicando así, voy a perder la razón.

Tenía que controlar mi cuerpo. Respirar y tranquilizarme. Quería todo esto. Más que tener un orgasmo, necesitaba sentir su cuerpo temblar bajo el mío. Necesitaba verle la cara aturdida cuando se corriera conmigo dentro de ella.

Le quité las bragas y las dejé en el suelo. Me levanté y me embebí de mi chica, que me miraba con fuego en los ojos.

Busqué un preservativo en la cartera, me quité el resto de la ropa y me estremecí cuando liberé la erección. Me coloqué, lentamente, entre sus piernas.

Sentí un escalofrío al notar el calor en la entrepierna. Tate me rodeó la espalda y el cuello con los brazos y la miré con la esperanza de que ya estuviera lista, de que nunca lamentara esto.

«Yo sabía que no te quería». La voz de mi padre resonó en una isla distante de mi cabeza y dudé. Pero Tate me miró y deslizó una mano por mi cara, y me derretí con la caricia. Cerré los ojos. La felicidad, el paraíso, la euforia... no sabía en qué estado me encontraba, pero era nuevo y real.

«Que te den, papá».

Le quité el envoltorio al preservativo, me lo puse y envié al capullo de mi padre a millones de kilómetros de distancia.

—Te quiero —susurré, y entré en ella.

—Ahhh... —Tate sacudió el cuerpo y gimió con fuerza. Me quedé quieto y sentí una corriente cálida recorrerme todo el cuerpo.

«Tate».

Era virgen de verdad. La cabeza me daba vueltas y no quería hacerle daño, pero, joder, que lo fuera me excitaba también.

Ahora era mía.

No empujé más, pero me alcé sobre las manos para mirarla. Tenía las palmas en mi pecho y las gotas de lluvia resplandecían en los senos. Noté que respiraba más tranquila. Bizqueó un poco por el dolor, pero no se quejó.

Me palpitaba todo. Necesitaba estar dentro de ella, pero Tate me importaba de verdad y no me iba a limitar a follar con ella. Quería tenerla una segunda vez, una tercera, para siempre.

—¿Estás bien? —pregunté con tiento. Esperaba que no se lo hubiera pensado mejor y quisiera apartarse de mí.

—Sí, estoy bien. —exhaló y asintió con la cabeza—. No pares, pero hazlo despacio.

No necesité que me lo dijera de nuevo. Despacio, con los nervios a flor de piel, me adentré en su precioso cuerpo hasta que me hundí en él.

«El paraíso». Suspiré, y morí y recobré la vida en su vagina estrecha y húmeda.

Tembló un poco y su respiración se tornó rápida unos segundos, pero cuando el dolor desapareció, lo supe.

—Joder. —Se me tensaron los músculos y cerré los ojos para sentir su interior, suave y cálido—. Me haces sentir tan bien. Es perfecto.

Salí y entré en ella una y otra vez. Todo mi cuerpo gritaba, se quejaba y suplicaba más. Un minuto o dos más tarde, me asió por la cintura y empezó a acoplarse al ritmo de mi cuerpo. Movi6 en pequeños círculos las caderas y fui incapaz de apartar la mirada de ella. Estaba bailando. Subía y bajaba el cuerpo, arqueándolo y meciéndolo contra el mío.

Se alzó y me tomó la cara entre las manos para acercársela a los labios.

«Dios mío».

Su sabor, su maldito sabor, estaba por todas partes. La lluvia y el sudor en sus labios, su calor en mi pene... por todas partes. Me mordisqueó los labios y presionó el cuerpo contra el mío, como si no estuviera suficientemente cerca. Cerré los ojos y ataqué su boca como si se tratara de un banquete.

«Sí».

Se apartó y resolló contra mis labios.

—Te siento en todas partes —susurró y gemí.

—No hables así, nena, o terminaré demasiado pronto.

Con las frentes pegadas, miré su cuerpo húmedo y caliente follándome mientras yo la follaba a ella. Ya ni siquiera recordaba el sonido de la voz de mi padre.

Tomé en la boca el pecho dulce, chupé con fuerza el pezón y sentí su cuerpo sacudirse debajo del mío mientras nuestros labios se unían una y otra vez. Me hundí en ella y gimió.

Más rápido. Con más fuerza. Más. De nuevo.

Respiraba de forma pesada y de repente dejó de hacerlo.

Alcé la mirada y vi que tenía el ceño fruncido y que no inspiraba. Sus ojos atormentados eran una mezcla dulce de placer y dolor, el momento más perfecto y crudo que había visto en mi vida.

Se estaba corriendo.

Un segundo o dos más tarde, emitió un gemido largo y cerró los ojos. Noté que contraía el cuerpo y luego se relajaba, dejándome vía libre para que me dejara llevar también yo.

La besé con dulzura, pero no me devolvió los besos. Seguía con los ojos cerrados y estaba temblando. Todavía se estaba corriendo.

Un par de sacudidas más tarde, exploté dentro de ella y sentí una oleada de placer entre las piernas que se extendía por los muslos y el estómago.

Jadeé, mareado y con el pecho ardiendo.

«Madre mía».

Inspiré una y otra vez mientras me sacudía en su interior un poco más.

«Más».

Lo único que quería era quitarme el preservativo, ponerme otro y empezar de nuevo.

No pude reprimir la sonrisa que apareció en mis labios mientras la besaba y pensaba en lo irónico que era esto. Solíamos acostarnos tarde viendo películas de miedo y, después de todo este tiempo, no había cambiado nada.

Esta noche no iba a dormir nada.

CAPÍTULO 32

Dejé la ropa mojada en la cocina y volví con dos toallas grises que había encontrado en el baño de Tate. Me lié una en la cintura y la tapé a ella con la otra al tiempo que me dejaba caer en el sofá.

—¿No vamos dentro? —Se aferró la toalla al pecho, asegurándose de que las partes importantes quedaban cubiertas.

—¿Tienes frío? —le pregunté con tono juguetón. Acerqué la cabeza a su cuello y apoyé la mano entre sus piernas—. Tengo pensado darte calor otra vez.

Curvó los dedos en torno a mi mano, pero sin intentar apartarme.

—Para —me pidió.

—¿Intentas decirme que no? —bromeé, y metí un dedo dentro de ella.

Gimió y tensé el cuerpo ligeramente. En lugar de intentar detenerme, en esta ocasión las bajó para empujar mi mano más dentro de ella.

Me acarició el pecho con los labios.

—Siempre te he deseado, Jared. Hasta cuando teníamos doce años quería que me besaras.

Tendría que haber sido yo quien le hubiera dado el primer beso. Los únicos besos.

—Gracias por lo que me has regalado esta noche.

Gruñí al notar lo húmeda que estaba y de repente sentí que el pene aumentaba de tamaño y se me endurecía.

—Ojalá yo hubiera sido la primera. Has estado con muchas chicas, ¿verdad? —Translucía en su voz un tono de tristeza y desvié la mirada.

No quería hablar de esto.

—Más de las que hubiera debido. —Elegí la respuesta fácil

¿Los nombres? Evaporados.

¿Los rostros? Olvidados.

Quería a Tate y no había nada mejor que hacer el amor con alguien a quien amaba de verdad. Me incliné para besarla, pero se apartó y me

miró con dureza.

—Necesito saberlo, Jared —insistió.

—¿Qué necesitas saber? —Me encogí de hombros, pero noté crecer un temor en mí.

«¿Qué es lo que está haciendo?»

Se sentó y se ajustó la toalla al cuerpo.

—Doy por hecho que la mayoría de tus novias antiguas van a nuestro instituto, ¿no? Quiero saber quiénes son. —Hizo un gesto en mi dirección, con los ojos muy abiertos, como si tuviera que haberme esperado esto.

—Tate. —Le acaricié la pierna—. No eran mis novias. Yo no tengo novias.

Su cara se volvió una mezcla de sorpresa, confusión y enfado, mucho enfado. Apreté los dientes y cerré los ojos.

«Idiota».

—¿Qué? —gritó y me encogí—. ¿Entonces yo qué soy?

«Sí, era un idiota integral».

Pero antes de que me diera tiempo a enmendar el error, se levantó del sofá, salió corriendo por el patio y entró por la puerta trasera, ajustándose la toalla para taparse el trasero mientras se alejaba.

—¡Tate!

«¡Joder!»

Salí corriendo tras ella y entré por la puerta abierta.

—No quería decir eso, nena. —Me detuve en seco cuando la vi en la cocina, cruzada de brazos.

—No me llames nena. Si no soy tu novia, tampoco soy tu nena.

Me pasé la mano por la cara.

—Novia no es suficiente para describirte a ti, Tate. Ese término es desechable. Tú no eres mi novia, mi chica ni mi mujer. Tú eres simplemente mía. —Me deleité en cada sílaba para que entendiera lo que estaba diciendo—. Y yo soy tuyo —añadí, un poco más tranquilo.

Tomó aliento para tranquilizarse.

—Tienes que decirme con quiénes has estado.

Solté una carcajada amarga.

—¿Por qué? ¿Para que te enfades cada vez que veas a una?

—Soy más madura que eso —espetó—. Fíate de mí. No se trata de ellas, solo quiero que lo admitas.

«¿Qué diablos?»

—¡Te he contado todo mi maldito pasado! —Levanté las manos—. ¿Qué más quieres?

—¡Quiero saberlo todo! ¡No quiero recorrer los pasillos del instituto y, sin saberlo, mirar a los ojos a cinco chicas diferentes con las que has follado! —gritó con ojos fieros.

—¡Eso no importa! —me ajusté la toalla en torno a la cintura y la miré por encima de la isla que nos separaba—. Acabo de hacer el amor contigo. Contigo. ¡Y a partir de ahora solo será contigo!

¿Qué era lo que quería? No podía retroceder en el tiempo y cambiar lo que había hecho con anterioridad, y no le encontraba sentido a contar nada de lo que ella quería saber. Ella era mi futuro y no quería que conociera mis partes feas.

¿Me obsesionaría yo con los chicos que la habían tocado? Maldición, ¡sí! Por eso no preguntaba.

—No me gusta que me mantengas al margen, Jared. —Se cruzó de brazos y con el gesto los pechos subieron un poco por encima de la parte superior de la toalla—. Dado que comparto instituto con esas chicas, eso es pedirme demasiado. Quiero saber quiénes, dónde y qué habéis hecho. Te has ido de rositas muy fácilmente. Sabes que tú has sido el único en mi caso. No quiero que me miren con sorna a sabiendas de que ellas han probado lo que es mío. Y también quiero saber lo que ha pasado con KC —añadió.

«Conque de eso va todo esto». No pude reprimir una sonrisa.

—Estás celosa.

¿Se creía que me había fijado siquiera en KC de ese modo? ¿O había mirado a las otras chicas como la miraba a ella? Siempre veía su cara, desde que tenía diez años solo la veía a ella.

Alzó la barbilla con determinación, como si estuviera a punto de enviarme a mi dormitorio por portarme mal.

—Vete. Y no vuelvas hasta que madures —me dijo con voz calmada.

Se dio la vuelta, con el pelo pegado a la espalda, y se encaminó a las escaleras.

«¿Que me vaya?»

Todavía quedaban como diez cosas distintas que quería hacer esta noche con ella, ¿y quería que me marchara? Noté la furia brotar en el estómago, haciendo que me hirviera la sangre, y me dieron ganas de iniciar una pelea. Ya le había contado lo de mi hermano, mi padre y toda la historia lacrimógena. Había hablado de algo que no quería hablar porque la quería y deseaba que supiera que podía confiar en mí.

Pero estaba harto de que me presionara tanto en una sola noche.

La agarré por el brazo, tiré de ella, la alcé y la llevé de vuelta a la cocina. Se removió para liberarse.

—Suéltame.

La solté delante de mí, la obligué a retroceder hasta la mesa y me cerní sobre ella.

—Llevo tres años portándome mal contigo, Tatum. Ya no te me vas a escapar más.

Endureció la mirada y se quedó sin aliento.

—¿Tatum? —preguntó, mirándome a la cara.

Sabía que la llamaba Tatum solo cuando quería mostrarme condescendiente. Como cuando los padres te llaman por tu nombre completo cuando están enfadados. Pero yo no estaba enfadado, y tampoco quería ser condescendiente. En realidad estaba disfrutando con su enojo.

Pero, me gustase o no, seguía poniéndome dura cada vez que nos enfrentábamos. Sentía como una descarga de electricidad en la ingle al ver a Tate tan feroz.

«Dios mío». Estaba preciosa.

Tenía una mirada dura y respiraba con dificultad por la boca. Estaba furiosa y sexi, y no tenía ni idea de si me iba a pegar o a follar. Solo sabía que ambas opciones serían agresivas.

Me acerqué lo suficiente para besarle, alcé la mano derecha y le acaricié la cara con los dedos. Se le entrecortó la respiración cuando le susurré:

—¿Quieres saberlo todo? Entonces déjame que te lo muestre. Date la vuelta y agáchate.

Abrió tanto los ojos que parecían planetas.

—¿Qué...? —tartamudeó, sin aliento.

La miré a los ojos y sentí la intensidad y las ansias por comprender lo que experimentaba.

—No estás asustada, ¿verdad? —Alcé la comisura de los labios cuando frunció el ceño—. Vamos, Tate, confía en mí. Quieres saberlo todo, ¿no es así?

Tenía la cara contraída y miraba de un lado a otro. Se dio la vuelta despacio y sentí un gran alivio. Estaba de espaldas a mí y se quedó quieta, esperando lo que probablemente pensara que iba a ser una retorcida violación de su cuerpo.

Pero sabía que me quería.

Ya no me conocía, al menos no de verdad. Por lo que ella sabía, podía tener un hijo en algún lugar, o tal vez me dedicara los fines de semana a vender droga en lugar de visitar a mi padre y a mi hermano. Lo suyo era un acto de fe porque yo le importaba.

La rodeé para colocarme delante de ella, aparté la toalla —la única prenda que llevaba puesta— de su maravilloso cuerpo y la dejé caer al suelo. Retrocedí un poco para mirarla. No formaba parte del plan, pero no pude evitarlo.

Valiente, como siempre, Tate se quedó quieta y no trató de taparse, lista para aceptar cualquier cosa que yo tuviera planeada. Pero sí notaba que estaba nerviosa, respiraba entrecortadamente y tenía el cuerpo rígido.

Volví a ponerme a su espalda, rozándola con el pecho. Le agarré las

muñecas y levanté los brazos por delante de sus pechos. Le rodeé el cuerpo menudo comparado con el mío, y me encantó lo bien que encajábamos.

Ella siempre encajaba.

—¿Confías en mí? —volví a preguntar.

—Sí. —Lo dijo en voz baja, ya no estaba tan segura.

Aferrado todavía a ella, extendí los brazos, separándolos del cuerpo, y le susurré al oído.

—Entonces apóyate en la mesa.

Se quedó sin aliento y me pareció que soltaba una risita. Seguro que estaba nerviosa o enfadada, pero iba a seguirme la corriente.

Colocó el vientre, seguido por los pechos y luego la cabeza, bocabajo en la oscura madera de la mesa de la cocina y yo le coloqué los brazos extendidos a los lados.

Sentí una oleada de calor en la ingle y me embargó una necesidad total de estar dentro de ella. Ahora, y no precisamente despacio.

Tenía un buen problema.

«Relájate, chico».

Esto era por Tate.

Me incliné, presionando el cuerpo contra su trasero al tiempo que subía las manos por la suave espalda hasta los hombros. Le acaricié con suavidad la nuca y los costados, notando cómo se estremecía y se relajaba con cada caricia.

Me agaché, acerqué la boca a la piel de la cadera y deposité besos por el torso. Arqueó la espalda y gimoteó cuando recorrí con la lengua la columna vertebral y luego hiqué los dientes con dulzura en el hombro.

Su cuerpo era increíble y adoraba poder tocarla. Lo haría durante horas si no fuera porque la sangre que me bombeaba en la entrepierna me producía un fuerte dolor. Deslicé la mano arriba y abajo por la espalda e introduje la otra mano entre sus piernas. Se contoneó con un jadeo y luego gimió. La recorrí con los dedos, acariciándola, pero sin precipitarme: no quería que tuviera un orgasmo, aún no.

Con dedos amables, acaricié el interior de los pliegues y alrededor del clítoris y sentí cómo se tensaba para después relajarse. La protuberancia estaba dura y muy húmeda.

No me apetecía acordarme de Tate de niña justo ahora, pero seguía sin poder creerme que estuviéramos en este punto. Esta era la chica a la que solía montar en el manillar de la bici bajo la lluvia, que me dejaba practicar los lanzamientos echándole palomitas a la boca un aburrido día de invierno. La única chica a la que había abrazado.

Iba a tener sexo con ella en la mesa de la cocina en la que nos comimos la tarta de cumpleaños cuando teníamos trece años.

Se me puso tan duro el pene al pensar en que al fin la tenía debajo de

mí, que me deseaba y murmuraba mi nombre.

Comenzó a moverse en mi dirección y, gracias a Dios, porque estaba listo para saborearla.

—Apoya la rodilla en la mesa, nena. —La ayudé a levantar la pierna para apoyar la parte interna del muslo en la mesa de la cocina. El otro pie apuntaba al suelo.

Sentí fuego en el estómago y un relámpago entre las piernas.

Dios, estaba abierta para mí, justo en el borde de la maldita mesa, y me estaba muriendo por probarla. Así que no perdí más tiempo y me arrodillé para enterrar la boca en su entrepierna. Tomé el clítoris con los labios y chupé.

—Jared —gimió y se removió, y yo retrocedí para lamerle el sexo.

—Sabes muy bien. —Inspiré y volví a chupar.

Se le aceleró la respiración y movió el cuerpo como si estuviera sufriendo el dolor más dulce. Chupé y lamí, notando cómo aumentaba su necesidad, sintiendo cómo abría el cuerpo en mi boca.

Y entonces metí la lengua dentro de ella.

—Por favor, Jared —gritó, echando la cabeza hacia atrás.

Maldita sea, yo también estaba listo.

Me puse en pie, presioné la polla contra su cuerpo y me aferré a las caderas.

—Dime qué es lo que quieres, Tate. Por favor, ¿qué quieres de mí?

—Yo... Jared... —Buscó las palabras. Se había quedado sin aliento y la necesidad que sentía era inmensa. Igual que la mía.

—Eres preciosa. —Me incliné sobre ella para susurrarle al oído—: Dime qué es lo que quieres de mí.

El sudor resplandecía en la pendiente de su columna y parecía que la habitación estaba en llamas. Nuestra piel empapada, su sabor en mis labios... todo ello creaba este nuevo mundo que no quería abandonar nunca.

Tendría suerte si dejaba que saliera de la cama lo suficiente para ir al instituto.

—¿Qué quieres de mí? —repetí, presionando la ingle contra su espalda una vez más.

—Con fuerza —chilló—. Hazlo con fuerza.

Y noté el corazón en la garganta.

Me aferré a su piel y volví a introducir un dedo en su interior para asegurarme de que seguía húmeda. Le iba a doler después de la primera vez y quería asegurarme de que estaba preparada para lo que me estaba pidiendo.

Estaba muy húmeda. «Sí».

Exhalé un suspiro hondo, me quité la toalla y busqué el último preservativo en el bolsillo de los *jeans* mojados. Rasgué el envoltorio con

los dientes. Me lo puse, la tomé por las caderas y empujé.

Con fuerza.

—Dios mío —gruñí entre dientes.

«Qué estrecha».

—Jared —susurró ella—. Sí.

El corazón me iba a mil por hora y tardé unos segundos en calmarme. Nunca antes me había sentido tan bien como ahora, teniéndola de esta forma. Me hundí en su sexo húmedo y caliente, y el calor se extendió por todo mi cuerpo.

Me presionó la parte trasera de los muslos con el talón que le colgaba de la mesa para que entrara y ya no pude esperar más.

Quería que lo hiciera con fuerza, pero esta era solo la segunda vez que practicaba sexo y no quería hacerle daño.

—¿Con fuerza? —Quería asegurarme.

—Sí —suplicó.

Así que empujé, despacio al principio y después más fuerte. Enseguida estaba agarrándole las caderas y empujé hasta el fondo.

No obstante, no le pareció suficiente quedarse ahí tumbada mientras yo la poseía. A Tate no. Se alzó sobre las manos y estuve a punto de correrme ahí mismo.

«Joder».

Tenía las palmas apoyadas en la mesa, el torso alzado y la espalda arqueada. Miré asombrado su postura justo delante de mí, cómo retrocedía hasta mí al tiempo que yo empujaba.

«Dios, Tate, sí».

El ritmo y la presión aumentaron y, madre mía, estaba muy mojada. Me aferré a las caderas; ojalá pudiera tocarla por todas partes, pero necesitaba aguantar. Ella empujaba cada vez con más fuerza.

Como siempre, Tate encontró el modo de controlarme.

«Chica mala».

Me incliné sobre su espalda, manteniendo el ritmo, y le tomé un pecho; lo quería en la boca.

Le besé el cuello, presionando con la lengua, saboreando la piel salada. La otra mano la deslicé por el vientre y la adentré de nuevo entre sus piernas, donde empecé a rodear con los dedos el clítoris una vez más.

Lo tenía durísimo. Quería envolverla con los brazos y sentir cada sacudida y espasmo cuando se deshiciera,

quería estar dentro de su cabeza y de su cuerpo, saber cómo se sentía cuando la hacía estremecer.

—Jared, esto es increíble —musitó vacilante mientras nuestros cuerpos chocaban una y otra vez.

—Sí, lo es. —Me acerqué a su oreja—. Porque es tuyo y mío, y nadie nos lo va a quitar.

«Ni siquiera yo».

Era mía y esto tan perfecto que había entre los dos no iba a volver a peligrar.

—¡Jared! —Eché la cabeza hacia atrás y gritó—. Dios mío...

—Te quiero, Tate. —Empujé con más fuerza—. Córrrete para mí.

Dejó de respirar y de moverse y rugió como la tormenta que se desataba fuera, gritando, estrechándose a mi alrededor y haciendo que yo también llegara al orgasmo.

«Dios mío».

El fuego y el placer me invadieron el cuerpo y me corrí justo después de ella. Me derrumbé en su espalda y ambos caímos sobre la mesa... y en la Tierra.

Nos quedamos allí quietos, resollando, demasiado agotados como para movernos siquiera. Al menos yo.

—Te odio. —Su voz era débil, pero por el tono que usó supe que estaba bromeando.

—¿Por qué?

—El masaje, el sexo oral, el beso, la charla... Creo que no necesitaba saber que has hecho esto con otras chicas.

—Y no lo he hecho —respondí.

—¿Qué?

—Nunca he hecho nada de esto con ninguna otra chica. —Alcé la cabeza y la miré.

Ella también intentó levantarse para rebatirme.

—Pero... si te he pedido que me cuentes...

—Querías saber qué he hecho con otras chicas. Bueno, pues esto es lo que no he hecho. —Lo dije con voz firme, pero amable. Necesitaba que me escuchase—. Nunca las he tocado de esta forma ni las he abrazado. Nunca me ha importado que ellas disfrutaran. Nunca han obtenido de mí lo que merecían, Tate. Y a KC nunca la he tocado así. —Le acaricié el pelo—. Mi cuerpo y mi alma son tuyas, y lo va a saber todo el mundo. A veces lo haremos lento y otras veces te follaré. Pero siempre será con amor, Tate.

«Siempre lo ha habido y siempre lo habré».

CAPÍTULO 33

No sabía si me creía, así que me quedé allí esperando con la preocupación de que no se diera cuenta de lo

mucho que la quería. Le agarré las manos y se enderezó para estar a mi altura y resopló.

«Mierda». Tragué saliva.

Estaba llorando.

—Te quiero —susurró y se dio la vuelta.

Tenía la cara descompuesta, y reprimía más lágrimas de las que caían. Posé las manos a ambos lados de su rostro y tiré de ella hacia mí.

—No me lo merezco, pero me lo mereceré. Te lo prometo.

Su sonrisa dulce y ojos entrecerrados la hacían parecer tan agotada que temí soltarla al salir de ella.

—Au —musitó, aguantando la respiración.

—Sí. —La agarré por las caderas para sujetarla—. Tranquila, te va a doler.

—Ya me duele.

—Quédate aquí —le pedí y le tendí una toalla. Me envolví la otra en la cintura—. Voy a abrir el grifo de la ducha y vengo a por ti.

—Puedo subir yo sola. —Soltó una carcajada.

—Quédate. —Y me marché.

Una vez abrí el grifo y comprobé la temperatura del agua, bajé y tomé a Tate en brazos.

—Imagino que los tirones de oreja típicos de los cumpleaños ya se pueden considerar dados — bromeé al tiempo que subía con ella.

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué os pasa a los chicos? Madoc también me lo dijo ayer en el instituto.

—¿Que hizo qué? —Me detuve en lo alto de las escaleras.

Me rodeó el cuello con más fuerza y se inclinó para tomar el lóbulo de

mi oreja entre los dientes.

Dejé escapar un suspiro y me olvidé de Madoc.

—El agua está bien. —Descorrí la cortina y la solté en la bañera.

—Abre el grifo de la ducha —me pidió con tono soñoliento. Se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas—. Suena como la lluvia.

Abrí el grifo y observé el agua caer en nuestras piernas. Me quité la toalla y me coloqué detrás de ella. Sentado, la rodeé con los brazos y tiré de ella hacia mi pecho.

—¿Sabes? —le dije al oído—. Me quedé en tu habitación un mes cuando estabas fuera.

—¿Qué? —Volvió la cabeza en mi dirección y la abracé con más fuerza. No sabía por qué, pero de repente quería que lo supiera todo.

—Cuando me metí en problemas y mi madre se fue a la clínica de desintoxicación, tu padre me acogió. Me enderezó de nuevo, o al menos un poco. Dormí en el suelo.

Me esforcé por mantener la voz firme, pero me estaba atragantando con las palabras.

—Odiaba que te hubieras ido, Tate. Me peleaba con todo el mundo, me saltaba las clases. Ni siquiera el amor por mi hermano me hacía seguir adelante. Controlándote tenía lo único que cobraba sentido en mi vida. Hacía que la sangre corriera por mis venas. Cuando tú estabas aquí, deseaba que llegara el día siguiente: si podía concentrarme en ti, no pensaba en todo lo que me hacía daño.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me miró, completamente despierta ahora.

—¿Por qué no dormías en la cama? —me preguntó con dulzura.

Junté los labios con los suyos, suaves y cálidos.

—Porque tú no querrías que me quedara ahí.

Estaba enfermo. La humillaba, la aislaba del resto de la gente, le hacía daño, ¿y dormir en su cama cuando ella no estaba me parecía demasiado invasivo? Ni yo mismo podía explicarlo.

Se acercó a mí y depositó besos por toda mi mandíbula. Sentí escalofríos en los brazos cuando me susurró contra el cuello:

—Sí que te quiero en mi cama. Y te quiero.

Cerré los ojos y una enorme sonrisa me iluminó el rostro. Ojalá Madoc me viera ahora.

O mejor no.

—Dilo otra vez.

—Te quiero —repitió más fuerte, con tono divertido.

—Otra.

—Te quiero. —Me dio un beso en la mejilla—. Te quiero. —Otro beso—. Te quiero. —Y siguió tentándome con suaves besos húmedos hasta que atrapé sus labios y la besé con fuerza.

«Nunca saldremos de la bañera».

—¿Cómo estás? —le pregunté cuando la solté.

—Bien. —Asintió y alzó las cejas—. A lo mejor tenemos que probar en el agua.

Todo el calor y energía que había en mi interior se disparó hacia abajo, pero de repente la decepción cayó sobre mí como un ladrillo.

—No podemos —murmuré—. No tengo más preservativos.

A lo mejor Tate tenía.

«Un momento... Mejor que no tuviera».

—Jared, ¡quiero una foto! —gritó mi madre chillona e inusualmente invasiva cuando subí corriendo las escaleras.

«¿Una foto?»

Me sacudí la sensación de molestia de encima mientras buscaba las llaves del automóvil en la cómoda. Tate y yo íbamos al baile de bienvenida.

Bueno, Tate, Madoc y yo íbamos al baile, en realidad. Me estaban esperando fuera y lo que de verdad quería hacer yo era darle un puñetazo en el estómago a mi amigo, decirle que se marchara a casa y salir de la ciudad para pasar el fin de semana con Tate.

Pero... ese idiota sabía cómo ponerme celoso y forzarme a actuar, y era un buen amigo. Y, sobre todo, Tate quería ir, y se lo debía.

—Uf, nada de fotos —me quejé y negué con la cabeza. Tomé las llaves y bajé corriendo.

Pero abajo estaba esperando mi madre.

—Oh, no. No. —Me agarró del brazo para pararme cuando intenté pasar de largo.

Me volví y fingí enfadarme, aunque en realidad me divertía lo bien que se estaba adaptando a su papel de madre.

Desde la charla en el estanque, habíamos descubierto algunos puntos en común. Seguíamos sin deshacernos en abrazos y besos, pero ahora nos hablábamos con amabilidad y éramos más pacientes.

—¿Qué? —Fui incapaz de reprimir una sonrisa—. Yo no me hago fotografías, mamá.

Se le iluminaron los ojos y se aclaró la garganta. Me estiró la corbata negra.

—Bien, pero tengo algo que decirte y no te va a gustar. —Mantuvo la mirada fija en la tarea que estaba desempeñando al colocarme bien la corbata y adoptó un tono firme—: Cariño, me hace muy feliz que Tate y tú hayáis encontrado el camino para volver a estar juntos...

«Dios mío».

Fui a darme la vuelta.

—Pero —continuó en voz alta, tirando de mí para que la mirara— las mamás adolescentes no suelen casarse con los papás adolescentes.

Pronunció cada palabra como si fuera idiota y no lo fuera a entender.

Ladeé la cabeza y la miré para mostrarle lo que ella quería, que lo comprendía.

«No dejes embarazada a Tate. Ya, gracias, ¡lo he entendido!»

Me dedicó una mirada amenazante.

—Pasas fuera casi todas las noches. Bueno, en realidad todas las noches. Como me hagas abuela a los treinta y cinco, te mato.

Lo decía en broma. O eso creía.

De todos modos, mi madre no tenía nada de lo que preocuparse. Tate y yo éramos responsables, y, en cualquier caso, ella me había mantenido alejado toda la semana. No quería distraerse con los estudios y yo no había insistido.

«Esta noche, sin embargo, era mía».

Exhalé un suspiro, di un beso rápido en la mejilla a mi madre y salí de casa.

Tate estaba en el porche de su casa, guapísima, hablando con Madoc como si fueran amigos.

Sacudí la cabeza; no podía creerme cómo habían cambiado las cosas. Tate le había roto la nariz, le había dado una patada en la entrepierna y había intercambiado palabras malsonantes con él en más de una ocasión.

Pero es que ella era como su padre. Resolvía el problema y seguía adelante.

Madoc, por su parte, estaba más que listo para pasar página. Estaba emocionado por el baile y se había vestido para impresionar. Teníamos prácticamente el mismo aspecto, pero yo iba entero de negro y él se había puesto una corbata morada.

Tate estaba igual que siempre, preciosa y resplandeciente, pero tenía un aspecto más peligroso. Casi esperaba pelearme con alguien porque flirteara con ella esta noche. Llevaba un vestido ajustado, de color piel y sin mangas que le caía hasta la mitad del muslo. Veía tanta piel que parecía que estaba desnuda.

Me acerqué a ella y le di un beso debajo de la oreja.

—Perdona por tardar tanto. Mi madre me ha dado una charla.

—¿Sobre qué? —me preguntó. Madoc se acercó y la tomó por el otro brazo.

—Sobre no dejarte embarazada —susurré disimuladamente, con la vista al frente.

Aunque no la estaba mirando, noté que se quedaba rígida y la oí aclararse la garganta.

«No debería de habérselo dicho».

Tenía que abandonar ya mis arrebatos de sinceridad, pero todavía

quedaba algo que quería contarle y la semana pasada había estado demasiado emocionado como para enfrentarme a eso.

—¿Preparados? —preguntó Madoc desde el otro lado.

Tate se relajó un poco y noté que suspiraba.

—Por supuesto —respondió a mi amigo—. Este es el comienzo de una gran amistad.

—También podría ser el comienzo de una gran película porno —contestó él y apreté los puños.

—¡Hijo de puta! —grité, en parte enfadado y en parte bromeando—. Esta noche te la vas a ganar —le advertí, y los dos se echaron a reír.

CAPÍTULO 34

El baile de bienvenida fue exactamente como imaginaba que sería: fotografías, ponche y música mala. Habían decorado el gimnasio con temática de Nueva York, detalle que encantó a Tate, y, después de todo, me alegré de que Madoc nos acompañara.

Donde yo fallaba, estaba él.

¿Bailar en público? Hecho.

¿Fotos cursis con poses adorables? Hecho.

¿Charla educada, inútil y sin sentido? Hecho.

Me adapté, pero situaciones como estas eran para mí como comerme un limón. Al menos Madoc hizo la noche más divertida para Tate.

¿Y ella?

Me leía como si fuera un libro abierto.

Fue discreta con las muestras de afecto en público e intensa con las miradas pícaras.

Estaba deseando llevarla a casa. Pero antes teníamos que ir a otro sitio.

—¿Seguro que quieres ir? —le pregunté cuando llegamos, agarrados de la mano, a la entrada de la casa de los Beckman.

Tori y Bryan Beckman, gemelos y compañeros de clase, habían organizado una fiesta para después del baile, y Madoc había insistido en que fuéramos y nos divirtiéramos.

—Sí —respondió en un murmullo—. No estoy cansada.

Arqueeé las cejas y ella negó con la cabeza. No me preocupaba que estuviese cansada, es que no quería recordarle el incidente del año pasado. Eso es lo que me preocupaba de verdad.

Hace un año, antes de que Tate se fuera a Francia, le pedí a Madoc que tirara las llaves de su vehículo a la piscina para ver si era capaz de lanzarse a recuperarlas. La había humillado e imaginaba que este era el último lugar donde le apetecía estar. Tampoco estaba seguro de querer

estar yo ahí.

No solo tenía planeada nuestra propia fiesta privada, también tenía ganas de contarle el resto de la historia; cada vez pensaba más en ello. Llevaba toda la semana callándomelo y ya era hora de soltarlo.

Necesitaba hablarle de Jax.

Atravesamos el vestíbulo de suelo de baldosas de cerámica y seguimos a Madoc por los escalones alfombrados hacia el enorme salón.

Había ya por lo menos sesenta o setenta compañeros de clase en la habitación y la música estaba tan alta que la sentía incluso en los pies. Eché la vista atrás al notar el brazo estirado detrás de mí y me di cuenta de que Tate se había quedado parada.

Exhalé un suspiro. «Mierda».

Su pecho subía y bajaba rápido y tragó saliva. Estaba nerviosa, como un cervatillo delante de los faros de un automóvil. Se me tensó el vientre y me dieron ganas de sacarla de aquí. Había sido una mala idea.

—Tate, ¿estás bien? —pregunté con voz suave, pero temía que se enfadara y me rompiera la nariz a mí en lugar de a Madoc, como hizo un año antes justo en este lugar.

—Sí, solo necesito beber algo.

No me creía nada, pero alcé las comisuras de los labios.

«Cabezota».

Nos abrimos paso entre la gente que salía de la cocina mientras resonaba *Adrenalize*, de In This Moment, en toda la casa. Madoc ya estaba preparándonos las bebidas y vi que Tate aceptaba la que le ofrecía.

A mí me tocaba conducir esa noche —bueno, en realidad todas las noches, ya que apenas bebía en público ya— y tampoco es que pensara quedarme mucho tiempo. Me quedé quieto, intentando reprimir una carcajada cuando mi chica se tragó de golpe el líquido oscuro.

Madoc sonreía de oreja a oreja cuando Tate alzó la barbilla para tomárselo todo y dejó el vaso en el fregadero. Tosió en la mano y yo me limité a sujetarla por la cintura y esperar a que se sintiera mejor.

Quería que se divirtiera, no que se pusiera nerviosa ni que tuviera miedo por la posibilidad de sufrir alguna broma. Por eso bebía, así que no dije nada.

—Vaya, está roja como un tomate —bromeó Madoc.

—¡Vete a la mierda! —le espetó Tate, pero este le guiñó un ojo.

Llegaron KC y Liam. Parecían el yin y el yang; ella tenía los ojos brillantes y sonreía, y él parecía estreñido, tenía cara de aburrimiento y los labios fruncidos.

—Hola, chicos —nos saludó, tirando de Liam.

Él se apartó el pelo de los ojos y nos hizo un gesto a Madoc y a mí, pero no dijo nada. Sabía que yo era la causa de que estuviera incómodo y tuve que esforzarme por mantenerme serio. Seguro que seguía pensando que

me había metido entre las piernas de su novia y me sorprendía que KC no le hubiera contado la verdad. Estaba jugando con él, haciéndole sufrir, no había duda. ¿Y por qué no? Ella y Tate seguían sin tener la relación de siempre, pero lo conseguirían, y a Liam que le dieran.

Madoc se terminó la bebida y enseguida se dispuso a preparar otras dos. Le hice un gesto negando con la cabeza. Tate no se dio cuenta, pues estaba hablando con KC, pero Madoc sí. Quería que estuviera despierta un buen rato.

Me incliné y le susurré al oído:

—Ven conmigo.

Ni siquiera esperé a que me mirara; la tomé de la mano y tiré de ella para salir de la cocina. Nos abrimos paso entre la gente, que se reunía en pequeños grupos, y esquivé las bebidas en el proceso. Cuando llegamos a las escaleras, llevé a Tate a la segunda planta. No tenía intención de usar las habitaciones de aquí con ella, pero la gente nos vio subir y seguro que harían sus propias cábalas cuando volviéramos a bajar.

Solo quería estar unos minutos a solas con ella. Enmendar un error.

Abrí la puerta de la primera habitación, eché un vistazo y vi que estaba vacía. Tiré de Tate y ni siquiera había cerrado la puerta cuando me lancé a sus labios. Se tambaleó y se agarró a mis hombros para mantener el equilibrio. El gemido de sorpresa me inundó la boca y se me puso tan dura que me entraron ganas de montarla ahí y ahora.

Ya, no era lo que tenía planeado, pero esta noche me había portado bien. Merecía una recompensa. Sabía a melocotón. Tiré de su cuerpo, apenas vestido, y estuve a punto de olvidar por qué había venido aquí.

—Dios mío, Tate. —Bajé la cabeza para mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Debería de quemar tu vestido.

—¿Por qué? —preguntó, estirando el cuello para que siguiera besándola.

—Todos los chicos llevan mirándote toda la noche. Voy a terminar arrestado.

Lo dije en tono de broma, pero las palabras iban en serio. No me sentía inseguro con respecto a ella, sabía que me quería y me fiaba de ella. Ni siquiera me importaba que la miraran otros chicos, que la desearan, en realidad me excitaba. No, el problema era que cada vez que un capullo la señalaba o la miraba de arriba abajo cuando pasaba por su lado, me daban ganas de manosearla por todas partes para dejar claro de quién era.

Podían mirar.

Podían desearla.

Pero era conmigo con quien se iba a marchar a casa y quería restregárselo por las narices. Aunque no podía meterle mano en público.

Se apartó y me tomó la cabeza entre las manos. Buscó mi mirada.

—Soy tuya. Siempre has sido tú —me aseguró.

Le sostuve la mirada y su fuego se encontró con mi hielo. Nunca podría negarle nada.

—Ven aquí. —La llevé al centro del dormitorio y me saqué el móvil del bolsillo. Me observó mientras ponía Broken, de Seether, y lo dejaba en la cómoda, al lado de la ventana.

Tate me miraba en silencio, con los brazos a los costados y una mezcla de curiosidad y emoción en la mirada. La tomé de la mano y le sostuve la mirada mientras colocaba sus brazos alrededor de mi cuello y la atraía hacia mí.

Cuando comenzamos a movernos al ritmo de la música, dejé de oír. Ni el alboroto de la fiesta, ni las conversaciones dentro y fuera de la casa. Tate tenía la mirada fija en mí, y ella estaba por encima de todo lo demás.

De repente volvíamos a tener catorce años, estábamos en su habitación y hablábamos de Silverchair. Yo era Jared. Ella era Tate. Y éramos inseparables.

—Siento no haber bailado contigo esta noche —le dije con tono de disculpa—. No me gusta hacer ese tipo de cosas en público. Me parecen demasiado personales.

Inspiró profundamente y me dedicó una mirada dura.

—No quiero que cambies tu forma de ser —indicó, negando con la cabeza—. Pero a mí me gustaría bailar contigo alguna vez o tomarte de la mano.

Le rodeé la cintura con los brazos y me acerqué más a ella.

—Lo intentaré, Tate. El pasado se ha ido, lo sé. Quiero que recuperemos la comodidad que sentíamos al estar juntos.

—Tu tatuaje. —Me miró, como si de repente entendiera algo—. «El ayer dura para siempre, el mañana nunca llega». Eso es lo que dice. ¿Qué significa?

Le acaricié el pelo con suavidad.

—Que vivía en el pasado. Lo que pasó con mi padre, lo que pasó contigo... nunca pude superar la ira. El ayer sigue persiguiéndome. Y el mañana, un nuevo día, parece no llegar nunca.

—¿Y el farol en el brazo? —preguntó, y solté una carcajada.

—Haces muchas preguntas.

Pero no apartó la mirada, insistiendo mentalmente.

«Bien, bien, como quieras».

—El farol eres tú, Tate. La luz. —Me acordé de la imagen de ella bailando con el camisón morado con estrellitas blancas cuando tenía once años—. Me lo hice cuando el año pasado me metí en problemas. Necesitaba limpiar mis actos y mi madre decidió hacer lo mismo con la bebida. Los dos elegimos un pensamiento que pudiera hacernos sobrevivir cada día. Un sueño o un deseo... —Nunca le había preguntado

a ella cuál era el suyo.

—¿Yo? —Entrecerró los ojos, sorprendida.

—Siempre has sido tú —repetí sus mismas palabras—. Te quiero, Tate.

Sonrió y acercó los labios a los míos.

—Yo también te quiero —susurró y el cosquilleo que sentí en los labios se convirtió en fuego por todo mi cuerpo.

«Madre mía».

Hundí los dedos en su cuerpo y ella me reclamó con las manos. Las deslizó por mis brazos y después hundió una en mi pelo.

Se apartó y volvió a mí una y otra vez, rozándome el labio superior con la lengua y tomando el inferior con los dientes. Los mordisquitos me provocaron escalofríos en la entrepierna y me rugió el estómago de hambre.

«Joder». No sabía si prefería follar con ella o comérmela.

—Bájame la cremallera —indicó mientras me daba besos por la mandíbula.

«No lo hagas», supliqué en silencio.

—Vámonos de aquí —sugerí—. Me apetece algo más que uno rápido.

—Yo nunca he tenido uno rápido —replicó—. Bájame la cremallera.

Me quedé sin aliento y noté que la entrepierna me latía. Estaba más que listo para ella.

En cuanto le bajé la cremallera del vestido y este cayó hasta quedarse a la altura de la cintura, estuvimos en el punto de no retorno.

—¿Qué ha pasado con mi chica buena? —bromeé, pero la verdad era que me encantaba.

«Mala tan solo conmigo».

Tate era una droga y yo era adicto a ella. No tardé en pasar las manos por toda su espalda y enterrar los labios en el cálido cuello.

Me quitó la corbata y desabotonó la camisa con dedos insistentes, y yo le acaricié los pechos y me embebí de cada gemido y jadeo que salió por su boca. Tenía mucha sensibilidad en el pecho. La rodeé con un brazo y deslicé la otra mano arriba y abajo por uno de los senos, notando cómo se endurecía el pezón cada vez que pasaba por encima.

—Jared —susurró. Me rodeó el cuello con un brazo y me besó—. Soy una chica buena, pero esta noche quiero ser muy, muy mala.

«Maldita sea». Me estaba matando y juro que cada vez que nuestros labios se unían, estaba a punto de explotar. No podía esperar a llegar a casa.

«A la mierda».

Me abrí la camisa, haciendo que saltaran algunos de los botones, y observé, ensimismado, cómo se quitaba el resto de la ropa y se quedaba solo con los tacones de color piel puestos.

«Vaya».

El corazón me latía acelerado, tenía la boca seca y empecé a respirar de forma entrecortada. Toda la sangre se fue al sur de mi cuerpo y estaba más duro que un maldito ladrillo. Me dolía más que nunca y necesitaba entrar dentro de ella.

—Joder, Tate. —La acaricié allí donde llegaba y la besé con fuerza. Tensé todos los músculos del cuerpo y tuve que contenerme para no lanzarla a la cama—. Lo siento, contigo quiero ir despacio. Pero es muy duro. ¿Crees que en diez años necesitaré juegos preliminares para ponerme duro contigo?

Se quedó quieta, valiente y atrevida, a sabiendas de que me tenía bajo su control.

Me saqué un preservativo del bolsillo, lo coloqué en la mesita de noche y me quité el resto de la ropa. Suspiré, aliviado, cuando liberé el pene.

Imaginar lo que quería hacer con Tate no era ni de cerca tan doloroso como verla observarme. Me miró de arriba abajo, tomándose su tiempo para estudiarme. Me sobresalté cuando estiró el brazo y empezó a masturbarme.

Exhalé una bocanada de aire.

Esto era algo que aún no había hecho. Explorar mi cuerpo de esta forma.

Tenía una mirada de sorpresa y curiosidad, y yo no quería perderme esto por nada en el mundo. Observó cómo respondía a ella, cómo crecía y se sacudía con sus caricias suaves, pero seguras. No creía que pudiera estar más caliente de lo que estaba.

«Joder, nena. Ya, ya, ya...»

No podía aguantar más. Tal vez fuera por los tacones, o por su cuerpo, o por cómo me asombraba simplemente por el hecho de ser ella, pero no podía más.

Alcancé el preservativo, abrí el envoltorio y me lo puse sin apartar la mirada de ella. La acerqué a mí, junté nuestros cuerpos y sentí su piel caliente derretirse contra la mía.

Apartó la mirada de mí y me susurró:

—Es mi turno.

«¿Qué?»

Abrí mucho los ojos, sin saber a qué se refería hasta que me empujó hacia la cama y se cernió sobre mí para montarme.

Tenía el pene presionado contra su apertura cálida y húmeda. Me aferré a las caderas y prácticamente gruñí.

—Eres perfecta. Perfecta para mí —señalé, sintiendo la piel suave y sexi en las manos.

«Maldita sea. Te necesito. Ya».

Tenía el cabello rubio suelto y se había convertido en un animal que me miraba como si supiera cómo matarme.

Se levantó y bajó despacio cuando coloqué el pene dentro de ella. Sentí que el placer me arrollaba como si fuera una ola de calor cuando me eché hacia atrás y sentí toda su calidez. Posé una mano en un pecho y otra en la cadera para acariciarla y guiarla.

—Dime que te gusta, Tate. —Quería saber que le estaba encantando. Que querría más.

Que era mi novia. Nunca había querido llamar así a nadie porque pensaba que no sería capaz de comprometerme nunca. No era así. Yo ya tenía una novia. Todo este tiempo, incluso cuando éramos enemigos, no podía permitir que nadie le quitara el sitio a Tate.

«Dímelo, nena. Dilo».

—Me... —Jadeó mientras movía las caderas con unos movimientos tan salvajes que más le valía seguir así toda la noche. Me costaba hasta respirar.

Alcé las caderas para entrar todavía más en ella.

—Dilo.

Frunció el ceño, sintiendo el dolor más dulce, y vomitó las palabras.

—Me encanta. —Sonrió—. Me encanta hacerlo contigo.

Me alcé, le rodeé la espalda con los brazos y hundí el rostro en su pecho. Me metí un seno en la boca.

—Sabes a caramelo —susurré contra su piel y atrapé un pezón entre los dientes—. Esta noche no vas a dormir nada, Tatum Brandt. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y tú? —me devolvió la pregunta, tomando mi cara entre las manos.

«Chica mala».

—Hay algo que no te conté la semana pasada cuando... cuando estábamos en tu habitación.

Estábamos tumbados bajo las sábanas, desnudos y felizmente exhaustos, mirando el techo. Le acaricié el brazo y ella apoyó la cabeza debajo de mi barbilla. No quería echar a perder esta calma perfecta, pero había llegado el momento. Contar la verdad era como mentir, una vez que empezabas, se hacía más fácil.

—¿El qué? —Tenía la voz ronca y yo estaba nervioso, como si tuviera un león arañándome el estómago o un rinoceronte corriendo por el pecho.

—Dejé a mi hermano en la casa de mi padre. Hui sin él —confesé.

Levantó el cuello para mirarme.

—Ya lo sé. Ya me lo contaste. Que intentaste que se fuera contigo, pero él no quiso.

Asentí.

—Pero no te lo conté todo. El día que me marché, mi padre me había obligado a bajar al sótano para ayudar a mi hermano. No sabía con qué tenía que ayudarlo, pero cuando llegué, vi... —Noté la bilis en la garganta, así que me concentré en respirar—. Vi a la novia de mi padre y a su amigo muertos en el suelo del sótano.

Se irguió y me miró a los ojos.

—¿Muertos?

—Vuelve conmigo. —Tiré de ella, pero posó un brazo en la cama y apoyó la barbilla en el puño.

Supuse que quería mirarme a los ojos.

—Sí, es lo que vi desde la distancia. Jax estaba sentado junto a la pared, con las rodillas delante del pecho, mirando al vacío. No parecía asustado ni enfadado, solo un poco confundido. —Entrecerré los ojos, imaginando qué sería lo que pasaría.

—¿Cómo sabes que estaban muertos? —preguntó con tiento y tragó saliva.

—Había sangre. No se movían. —Aparté las imágenes de mi cabeza—. No podía hacer que Jax se moviera, ni que hablara. Se quedó allí sentado y solo decía que estaba bien y que teníamos que limpiar aquel desastre. Es como si ni siquiera supiese que yo estaba en la habitación con él.

Tate me miró con los ojos teñidos de preocupación y deseé que lo comprendiera.

—Te sientes culpable —señaló.

—Sí —admití—. Estar en aquella casa era insoportable. En ese sótano. ¿Por qué no vino conmigo? — pregunté más para mí mismo que para ella.

—¿Se lo has preguntado?

—Una vez. —Le acaricié el pelo—. Dice que no se acuerda.

—¿Qué crees que pasó allí abajo? —Hizo la pregunta que yo mismo llevaba años planteándome. No habían arrestado a mi padre por asesinato. No creo siquiera que la policía encontrara los cuerpos cuando yo llegué a casa y denuncié los abusos de mi hermano.

Me quedé pensativo un momento, con miedo a admitir en voz alta mi sospecha.

—Creo que esas dos escorias tuvieron lo que merecían.

CAPÍTULO 35

—¿Te duele? —susurré en su pelo cuando entramos en el instituto el lunes por la mañana.

Se le entrecortó la respiración y casi oía la sonrisa en su voz.

—Un poco.

—Bien —murmuré. Le eché el brazo por los hombros y la acerqué a mí.

El sábado por la noche, después del baile, la llevé a su casa y la castigué por haberme apartado de ella toda la maldita semana manteniéndola despierta toda la noche.

Después de pasar el domingo con mi hermano y sin poder hablar con Tate porque me había dejado el móvil en la fiesta de los Beckman y me lo habían robado, la noche anterior me había colado en su dormitorio y había dormido con ella entre los brazos. No obstante, la desperté temprano. Estábamos ambos medio dormidos, pero seguíamos excitados.

Puso los ojos en blanco.

—Eres un egocéntrico —señaló.

La miré con una sonrisa de suficiencia.

—Y te encanta.

—No —replicó. Posé los labios en su frente.

«Sí».

Exhalé un suspiro.

—Cambiaré entonces —le prometí.

—Seguro que sí.

Se paró en su taquilla, pero yo me quedé detrás de ella, agarrándole las caderas. Me estaba convirtiendo en una lapa, pero era incapaz de resistirme a tocarla cuando la tenía cerca.

La gente nos había observado la semana pasada. Acostumbrados a considerarnos enemigos y a que yo nunca tocara a una chica en público, se mostraban bastante confundidos. Pero en lugar de rehuirlos o de

poner cara de malos amigos, les enseñaba el dedo medio.

Bueno, mentalmente.

Miré a la gente y vi a Piper y a Nate con las cabezas muy juntas. Los dos se volvieron para mirarme. Se me revolvió el estómago. No es que no pudiera apañármelas con ellos, pero no quería que Tate los viera siquiera. Ella iba a ser feliz... o se iban a enterar.

Nate parecía encantado, incluso con el ojo morado que le había dejado de recuerdo hace unas semanas. Piper tenía los labios fruncidos, como si estuviera asqueada. Tenía una mirada de enfado y la ansiedad crepitó en una parte de mi cerebro.

«Estupendo»

Estaba seguro de que iba a haber una pelea antes de que terminara el día.

—Bueno. —Tate se dio la vuelta y se abrazó a los libros—. Me voy, ¿me acompañas?

—No, tengo que ir al despacho de la orientadora.

Decir la palabra «orientadora» me daba ganas de vomitar, pero todos los del último curso teníamos que ir.

—Ah, la charla sobre los planes de futuro —bromeó, asintiendo con la cabeza.

Se me aceleró el pulso y me dieron ganas de reír.

—El único plan de futuro que tengo es llevarte a un concierto en Acción de Gracias —comenté en voz baja y me saqué dos entradas del bolsillo.

—¡Oh! —Puso cara de sorpresa y me quitó las entradas de la mano—. ¡No! ¡Avenged Sevenfold!

—Un regalo de cumpleaños atrasado —expliqué—. Estaba esperando a que salieran a la venta. — Sentí un hormigueo en la mandíbula al intentar reprimir una sonrisa—. Te gusta Avenged Sevenfold, ¿no?

Como habíamos estado mucho tiempo separados, tenía que recordarme a mí mismo que había cosas que igual ya no sabía de ella. Me miró como si tuviera tres cabezas.

—¿Que si me gusta Avenged Sevenfold? —Levantó los brazos para que viera la camiseta negra que llevaba, una de Avenged Sevenfold, debajo del cárdigan—. M. Shadows lo es todo para mí —bromeó.

—¡Eh! —Fruncí el ceño, sonreí y tiré de ella. Soltó una carcajada.

—Gracias —susurró contra mis labios.

—Puedes agradecermelo después.

Se apartó y me empujó.

—Vete. Ve a tu cita y haz planes para ir a una universidad en Nueva York.

Apenas me dio tiempo a poner los ojos en blanco antes de que se diera la vuelta y se marchara por el pasillo.

—Tienes buenas notas. No son magníficas, pero suficientes para entrar en una buena escuela. —La señora Varner abrió un expediente, el mío, y regurgitó la misma conversación que, sin duda, había tenido con otros trescientos alumnos de último curso con los que había hablado este mes.

Me quedé allí sentado, con los brazos en los reposabrazos y el tobillo apoyado en la rodilla. Notaba el aire espeso, pero seguía allí porque el director pensaba atormentar a los alumnos que opusieran algún tipo de resistencia a estas reuniones. Me mantuve sentado aunque pensaba en salir de allí lo antes posible.

—¿Qué universidades tienes en mente? —me preguntó, mirándome con preocupación.

—No sé. —Apenas abrí la boca para pronunciar mis escuetas respuestas de siempre.

Entrecerró los ojos y me estudió un momento antes de sacar unos folios de la carpeta.

—¿Quieres ver lo que salió en el test? —preguntó sin mirarme siquiera.

—No.

—Salió —continuó, como si no hubiera dicho nada— que tienes dotes de liderazgo.

«¿Qué?»

—¿Para ser entrenador? —pregunté.

¿Los deportes y yo? ¿Trabajando en una escuela el resto de mi vida y ganando un sueldo de mierda? Sería una pérdida de tiempo.

Se tapó con la mano una sonrisa.

—No. —La voz se le entrecortó por una carcajada—. Para ser militar o político.

«West Point». La voz del señor Brandt regresó.

No, a lo mejor algún día tenía una tienda u organizaba carreras, pero no pensaba conducir tanques ni volar aviones...

—Sí, ya. —Aparté las imágenes en las que aparecía en una cabina de mando—. Ya lo pensaré. —Me levanté, dispuesto a marcharme y sin ninguna intención de pensar en ello.

—Jared —me llamó y me detuvo—. En el test también pone que eres protector, una persona que apoya a los demás... —Se quedó callada y yo abrí mucho los ojos.

«¿Qué diablos?»

—Igual quieres considerar las carreras relacionadas con la atención médica o el asesoramiento a jóvenes. —Bajó la mirada, como si estuviera avergonzada.

«¿Asesoramiento a jóvenes?»

Seguramente tuviera la misma cara que se me pondría si alguien me decía que era hijo de unos lobos. Cuando la miré, vi a una mujer loca.

—Revise sus test —gruñí y salí de la sala.

«¿Asesoramiento a jóvenes? ¿Y esta mujer ganaba dinero con su trabajo?»

Tenía la cabeza hecha un lío y había perdido toda la calma que tenía esta mañana. Normalmente mi cerebro era como un almacén. Toma una caja, ábrela, enfréntate a ella y apártala antes de abrir otra caja. Ahora tenía todas las cajas abiertas al mismo tiempo.

¿Qué tenía de malo simplemente querer a Tate en la parte trasera de mi moto para toda la vida y nada más?

Pasé por la secretaría y abrí la puerta para salir de allí.

—¡Jared! —alguien gritó mi nombre, o más bien lo rugió, a mi izquierda. Me di la vuelta y vi a Madoc.

Cuadré los hombros de inmediato.

Parecía enfadado. Tenía el pelo como si no hubiera dejado de despeinárselo con las manos y los labios fruncidos.

—¿Qué narices pasa contigo? —me acusó y me abracé el cuerpo a la espera del puñetazo que estaba seguro de que me iba a asestar.

«¿Y eso?»

—¿De qué hablas? —Si en el despacho de la orientadora hacía calor, ahora mismo me estaba friendo. Me aparté el cuello de la sudadera negra de la piel sudada.

Mi amigo levantó el teléfono y se lo puso al lado de la cara. Se lo quité de las manos y observé, horrorizado, un vídeo en el que salíamos Tate y yo practicando sexo la noche del baile de bienvenida.

«¿Qué?»

El corazón me martilleaba en el pecho y no podía respirar.

«Dios mío».

El aire salía ardiendo de mi nariz.

Estábamos en el dormitorio de la casa de los Beckman y ella estaba encima de mí, totalmente desnuda.

«¿Cómo diablos ha pasado esto?»

Madoc tenía el vídeo.

La había visto así.

Apreté los puños, listo para derribarlo de un puñetazo.

Pero... ¿cómo podía tener él este vídeo?

Y entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿Quién más lo ha visto? —rugí. Iba a vomitar o a pelearme con alguien.

—Eh... todo el mundo —respondió con sarcasmo—. ¿No lo has enviado tú?

—¡Claro que no! No hemos grabado ningún vídeo practicando sexo. ¡Dios mío! —aullé. Apenas fui consciente de los alumnos que nos rodeaban cuando tendrían que estar en clase.

Madoc bajó la mirada.

—Se ha mandado desde tu teléfono —señaló, con más calma esta vez.

Cerré los ojos. «No, no, no...»

—Tate lo habrá visto. Mierda. —Me dirigí a las escaleras. Sabía que estaba en la tercera planta, en clase de Francés, pero Madoc me agarró por el interior del codo.

—Se ha ido ya. —Negó con la cabeza y se me revolvió el estómago.

Había perdido el teléfono y alguien había enviado un vídeo en el que salíamos Tate y yo a todo el maldito instituto desde mi número.

—¡Jared!

Me di la vuelta y vi a Sam al fondo del pasillo, señalando con el pulgar las puertas que daban a la calle.

—¡Tate está destrozando tu automóvil! —gritó, sin aliento.

Madoc y yo nos pusimos en movimiento. Corrimos hasta las puertas y vimos a mucha gente alrededor de mi Boss.

«Tate».

No veía mucho, pero la vi balancearse y sentí un agujero en el pecho cada vez que el arma de metal que tenía en las manos colisionaba contra mi vehículo.

Había perdido el control.

¿Cuántas veces podía sentirse humillada antes de desmoronarse?

¿Cuántas veces podían hacerla antes de que el daño fuera irreparable?

—Tate, ¡para! —La agarré por detrás antes de que bajara la palanca.

No tenía ni idea de cuánto daño había causado, pero no me importaba. Se apartó de mí y se dio la vuelta para mirarme.

Y entonces lo vi. El fin.

La muerte en sus ojos. La ausencia de emociones. La rendición después de todo lo bueno que habíamos construido esta semana pasada.

Creía que yo había enviado el vídeo a todo el instituto. Creía que deseaba hacerle daño una vez más.

—Tate... —intenté decir algo, pero no pude.

Ella no parecía enfadada, ni triste. Había abandonado. Y la verdad me dejó tan paralizado que apenas pude escuchar su amenaza.

—Mantente alejado de mí o la próxima vez caerá algo más que tu automóvil.

Se alejó y la gente que había a mi alrededor guardó silencio, pero no tenía nada que decir.

No tenía ni idea de cómo iba a arreglar esto.

«¿Orientador para asesorar a jóvenes?»

Sí, claro.

CAPÍTULO 36

—Dame tu teléfono —le pedí a Madoc al tiempo que me abría paso entre la gente, los susurros y las miradas invasivas.

—Déjala en paz por ahora —dijo.

Todas estas personas. Tenían la vista fija en mí, e incluso había algunas asomadas a las ventanas del instituto. Todos lo habían visto esto y probablemente algunos hubieran grabado a Tate destrozando el automóvil.

«Mi automóvil». Gruñí. Ni siquiera podía mirarlo.

—El teléfono, ya. —Tendí la mano una vez que conseguimos algo de espacio y me lo dio—. Voy a buscarla. —Marqué el número de Tate—. Tú quédate aquí y ve a hablar con el director. Asegúrate de que no se mete en problemas por esto.

El director Masters temía al padre de Madoc, gracias a Dios. El señor Caruthers no era solo un abogado, era el abogado cuyos casos se estudiaban en las facultades de Derecho. Su influencia nos mantenía a salvo de problemas y Tate iba a mantener también su expediente limpio.

Busqué las llaves en el bolsillo.

—Se van a enterar de lo del vídeo, Jared. Seguro que trata de evitarle problemas, pero llamará a su padre.

«Mierda».

—¡Joder! —rugí, acallando a los que nos rodeaban.

Las chicas chillaron y algunos retrocedieron.

Fue entonces cuando me di cuenta de que seguía teniendo público y, por primera vez en semanas, me dieron ganas de pegar a algo.

—Vosotros —bramé, señalando a mi alrededor con el dedo—. ¡Borrad ese vídeo del teléfono! ¡Ya! Como vea a alguien con él, ¡está muerto! Guarras incluidas.

—Dios mío. —Madoc se pasó la mano por la cara—. ¿Es que estás intentando que te arresten?

«Que les den a todos».

—Si aparece, consigue un teléfono y llámame. —Me di la vuelta y me subí al automóvil prácticamente destrozado.

Conduje más o menos una hora antes de armarme de valor para llamar a su padre. Seguro que le avisaban desde el instituto, pero quería que se enterara por mí. Había llamado y escrito a Tate sin parar, pero era el momento de enfrentarse al problema.

El padre de Tate respondió al primer tono.

—¿Sí? —preguntó, confundido. Tenía el teléfono de Madoc y él no conocía su número.

—Señor Brandt, soy Jared.

—¿Jared? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Me dieron ganas de reír. El señor Brandt y yo nos escribíamos mensajes. Si le llamaba por teléfono, sabía que pasaba algo.

—Tate está bien —me apresuré a decir, aunque me pareció una mentira. Físicamente sí estaba bien—.

Pero ha pasado algo. —Me quedé un instante callado y continué—: Es mejor que venga a casa lo antes posible.

Sonaba fatal, pero no podía decirlo de otro modo. Tate necesitaba a su padre.

—¿Qué diablos ha pasado? —bramó y me aparté el teléfono de la oreja.

Despacio y con timidez, usé las palabras más edulcoradas posibles para contarle que Tate y yo nos habíamos acostado, que nos habían grabado en el baile de bienvenida y que alguien lo había mandado a todo el mundo desde mi teléfono, que había perdido previamente.

Ya, me iba a asesinar.

El silencio al otro lado del teléfono me hizo encogerme de miedo. Tenía que callarme porque, en cualquier momento, aparecería, me agarraría del cuello y apretaría hasta matarme.

—¿Señor Brandt? —No respondió y entorné los ojos, como preparándome para un aguacero—. ¿Tiene alguna idea de dónde puede haber ido?

Se quedó un momento en silencio y al fin se aclaró la garganta.

—Puede que al cementerio.

—Sí, señor. Voy a probar allí.

—Jared —habló de nuevo, con más calma de la que esperaba—. Encuentra a mi niña. Llévala a casa, a salvo. —Pronunció cada palabra lentamente—. Y no te apartes de su lado hasta que yo llegue.

Asentí, a pesar de que él no me veía.

—Después —añadió— puede que no vuelva a dejar que te acerques a ella.

Se me cayó el alma a los pies. Colgó.

Conducir hasta el cementerio Concord Hill fue como entrar en un sueño peligroso. Había ido muchas veces, pero casi nunca sin Tate. Ahí estaba enterrada su madre y también fue donde me di cuenta de que ella era algo más que una amiga. Había dejado un globo en la tumba de su madre y había robado el colgante del fósil que le había dejado Tate.

Aunque este lugar tenía un significado doloroso para Tate, a mí me traía buenos recuerdos.

El corazón empezó a saltarme en el pecho como si fuera una pelota de tenis cuando vi el Bronco de su padre aparcado en el camino, cerca de la tumba de su madre.

«Está bien».

Exhalé un suspiro, aparqué detrás de la camioneta y apagué el motor.

Al salir del vehículo, pisé los cristales de las ventanas que había roto Tate, pero no hice caso. Tenía la mirada puesta en ella, que estaba tumbada encima de la tumba de su madre, con la frente apoyada en el suelo.

Intenté ponerme en su lugar.

¿Me importaba que la gente me viera practicando sexo con alguien? Sí.

¿Me importaba que la gente viera el cuerpo de mi novia? No solo su cuerpo, sino lo que estaba haciendo conmigo. Maldita sea, sí.

Hacía que lo que estábamos haciendo pareciera algo sucio.

Me dolía el pecho y quería destrozar la ciudad para encontrar a la persona que había hecho eso.

—Tate. —No pude hacer otra cosa que susurrar su nombre cuando me acerqué.

Se tensó, pero no me miró.

«Mierda. Vamos a arreglar este desastre sea como sea, porque nadie puede destrozar lo nuestro».

—¿Es que no has ganado ya, Jared? ¿Por qué no me dejas en paz?

—Tate, esto es una mierda. Yo...

Pero me interrumpió.

—¡No! ¡Se acabó! —gritó y se dio la vuelta para abrazarme con la mirada—. ¿Me estás escuchando? Mi vida está destrozada. Nadie va a dejarme vivir tranquila. Has ganado. ¿No lo entiendes? ¡Has ganado! ¡Y ahora déjame en paz!

Me quedé sin palabras y sin aliento. Me llevé las manos al pelo e intenté pensar en la manera de controlar la situación.

—Para un momento, ¿de acuerdo? —Levanté las manos y me esforcé por calmar la voz.

—Ya he escuchado tus historias. Tus excusas.

Se levantó y se dirigió a la carretera, en dirección a su automóvil.

—Ya lo sé —respondí—. Mis palabras no son lo bastante buenas. No puedo explicar esto, ¡no sé de dónde procede ese vídeo! —grité cuando me di cuenta de que no se detenía.

—¡De tu teléfono, idiota! —replicó y volvió la cara en mi dirección—. No, no importa. No quiero hablar más contigo. —Y siguió adelante.

No pensaba quedarse a hablar esto. Estaba muy enfadada y quería mantenerse alejada de mí.

—¡He llamado a tu padre!

Eso la detuvo en seco.

Murmuró algo entre dientes, pero no lo oí. Probablemente tampoco quisiera oír lo que había dicho.

Se quedó quieta. En silencio.

«¡Muévete, maldita sea!»

—Tate, yo no he enviado ese vídeo a nadie. —«Escúchame, nena»—. Ni siquiera grabé ningún vídeo.

«Esto es solo tuyo y mío, y nadie puede quitárnoslo».

Me estaba escuchando, así que decidí continuar mientras me lo permitiera.

—Llevo sin el teléfono dos días. Lo dejé en la habitación en la fiesta de Tori cuando estábamos escuchando música. Cuando me acordé más tarde, volví a por él, pero no estaba. ¿No te acuerdas?

El aire estaba helado y noté el sudor en el entrecejo como si fuera hielo. El viento movió la larga melena de Tate a su espalda.

«Que no se marche es buena señal».

—Eres un mentiroso —me acusó en voz baja.

«Eso no es una buena señal».

Aproveché la oportunidad y me acerqué a ella.

Esta misma mañana se reía mientras le hacía cosquillas en los costados y después susurró mi nombre cuando le hice el amor. Tenía que sentirme. Aunque no la tocara, tenía que sentirme.

—He llamado a tu padre porque, de todas formas, se iba a enterar. Ese maldito vídeo de mierda está ahí fuera y quería que se enterara por mí. Vuelve a casa.

La tensión de sus hombros se aflojó y agachó la cabeza. Como si se estuviera rindiendo.

—Te quiero más de lo que me quiero a mí mismo —le dije—, más que a mi propia familia, por Dios. No quiero dar ningún paso más en este mundo sin ti a mi lado.

Y por mucho que odiase admitirlo, era verdad. Quería a mi madre y a mi hermano. Pero si tuviera que elegir entre los tres, siempre escogería a Tate. Como no se dio la vuelta y tampoco dijo nada, posé la mano en su hombro.

—Tate.

Se volvió, apartando la mano de su cuerpo. Tenía los ojos en guardia. Yo seguía siendo el enemigo.

—Tienes todo el derecho a no confiar en mí, Tate. Ya lo sé. Tengo el maldito corazón destrozado ahora mismo. No puedo soportar la forma en que me miras. Nunca podría volver a hacerte daño. Por favor... vamos a intentar arreglar esto juntos. —Se me rompió la voz y el nudo que tenía en la garganta se

hizo más grande.

—De acuerdo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono móvil.

«¿Y eso?»

—¿Qué haces? —pregunté, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Llamar a tu madre. —Empezó a presionar botones en la pantalla.

—¿Por qué?

—Porque instaló una aplicación de GPS en tu teléfono cuando lo compró. ¿Dices que has perdido el teléfono? Vamos a encontrarlo.

CAPÍTULO 37

—Instituto —prácticamente susurró y se volvió a meter el teléfono en el bolsillo—. Está en el instituto.

—Hija de puta. —¿Mi madre me rastreaba? Supongo que por eso me encontró aquella noche en el estanque—. «Es más inteligente de lo que pensaba» —pensé para mis adentros.

Mi teléfono estaba en el instituto. Me lo dejé en la fiesta, lo que quiere decir que se lo había llevado alguien del instituto y lo tenía allí.

«Menuda estupidez».

Eso no respondía a la pregunta de cómo habían grabado el vídeo. Esa noche, el teléfono estaba reproduciendo música, no grabándonos a Tate y a mí.

«Mierda».

Parpadeé con fuerza.

El balcón.

¿Era posible que hubiera alguien grabándonos desde allí?

Noté ácido en el estómago y me enfadé.

Había sido la primera vez que Tate tomaba la iniciativa, que intentaba algo nuevo y se colocaba arriba. Se mostró valiente y estaba preciosa, y yo estaba maravillado.

Pensar en que había alguien fuera, en el balcón, observándonos... Observándola a ella...

Me centré y miré a Tate, que tenía las cejas enarcadas. Asustada.

«Ya no huye».

—Conozco esa mirada. —Me acerqué a ella y hablé con serenidad—. Es la que pones cuando quieres salir corriendo. La mirada que pones justo antes de decidir que vas a pelear.

—¿Y por qué estoy peleando? —preguntó con voz ronca.

«¡Por nosotros, maldita sea!»

—No hemos hecho nada malo, Tate.

Tenía los ojos rojos por el llanto, pero sabía que no iba a huir. Calmó la respiración y apretó los labios.

—Vamos. —Se volvió y se encaminó a la camioneta. Abrió la puerta.

«Menos mal». Exhalé un hondo suspiro.

Tal vez no encontráramos mi teléfono. Puede que a sus ojos yo todavía no fuera inocente. Posiblemente volver con ella al instituto, con todas esas miradas indiscretas, fuera un enorme error. Pero volvía a pelear por nosotros, y eso me hacía tan feliz que la próxima vez que me lo pidiera, pensaba bailar con ella en público.

—Es... ehh... ¿es seguro que lo conduzcas? —Señaló el Boss, que estaba aparcado detrás de la camioneta.

«Ni siquiera me importa». Negué con la cabeza.

—No te preocupes. Me has dado una razón para hacer nuevos arreglos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó y tomó aliento.

—Para en el trabajo de tu madre y recoge su teléfono —me dijo. Lo necesitábamos para encontrar el mío—. Nos vemos en el instituto.

Cuando ya tenía el teléfono de mi madre y escapé de sus preguntas, me dirigí a toda velocidad al instituto y encontré a Tate esperándome en el aparcamiento.

—¿Estás bien? —pregunté, tomándola de la mano, pero enseguida la apartó.

Se me cayó el alma a los pies.

—Tate.

No me miró. Tenía la cabeza vuelta y miraba el instituto.

—No me preguntes si estoy bien —replicó con voz ronca, como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Creo que no voy a saber responder a eso en un tiempo.

Se pasó la mano por el pelo y tomó aliento antes de entrar en el centro.

«Dios mío, que esto funcione».

Cuanto más tiempo pasara, más se alejaba de mí, y, fuera o no culpable, esto podía ser la gota que colmara el vaso.

Tate ya había sufrido suficiente. Estaba atravesando la línea entre luchar o abandonar. Me puse a su lado y me mantuve cerca, pero sin tocarla. Todos seguían en clase, pero no por mucho tiempo. El timbre sonaría pronto y entonces seríamos animales en una jaula. Miradas por todas partes y ningún sitio al que ir. Seguí el localizador del teléfono, sorprendido todavía por no estar enfadado por la idea de que mi madre me rastreara. Después de tanto tiempo sintiendo que estaba solo, me proporcionaba algo de alivio saber que alguien se preocupaba por mí.

La luz parpadeaba mostrando la localización general del teléfono, pero no era muy específica. Tenía que haber un modo más rápido de

hacer esto.

Me temblaban las manos y quería salir de aquí antes de que sonara el timbre.

—¿Todavía parpadea? —preguntó Tate, echando un vistazo al teléfono que sostenía en la mano.

—Sí. —Miré a mi alrededor para comprobar si alguien nos observaba—. No me puedo creer que mi teléfono siga encendido después de dos días. El GPS consume mucha batería.

—El vídeo se ha enviado esta mañana —indicó—. Si lo que dices es cierto, entonces quien lo haya usado probablemente lo haya cargado después del sábado.

«Aún se mostraba muy distante».

—Si lo que dices es cierto... —repetí sus palabras y odié cómo cambiaban las cosas. Esta mañana estaba a su lado y ahora me quería lejos.

—Mira —habló, matando el silencio que se había instaurado entre los dos—, este rastreador tiene un índice de precisión de cincuenta metros, así que...

—Así que empieza a marcar mi número de teléfono —la interrumpí—. Igual lo oímos.

Cincuenta metros era mucha distancia. El teléfono estaba aquí, pero teníamos que descubrir dónde exactamente.

Se sacó el móvil del bolsillo trasero y marcó mi número. Recorrimos el suelo de baldosas en silencio, atentos a cualquier sonido o vibración procedente de las taquillas.

Aunque tenía el teléfono pegado a la oreja, oí el buzón de voz cuando respondió. Cada vez que pasaba, colgaba y volvía a marcar mientras continuábamos caminando.

—Vamos a separarnos —sugirió después de la quinta llamada—. Seguiré llamando. Mantente atento a cualquier sonido. Imagino que estará en las taquillas.

—¿Por qué? —pregunté. Me detuve para mirarla—. Puede que lo tenga alguien.

—¿Conmigo llamando cada diez segundos? No. —Negó con la cabeza—. Lo habría apagado y en ese caso me habría saltado directamente el buzón de voz. Está encendido y está en una taquilla.

«¿Separarnos?» Me froté la mandíbula. No me gustaba la idea ni siquiera un poco. Pero no contábamos con mucho tiempo.

—Bien —cedí—. Pero si lo encuentras, llama de inmediato al teléfono de mi madre. No quiero que estés sola en los pasillos. Hoy, no.

Se quedó quieta, mirándome, como si no estuviera segura de que mereciera la pena. Probablemente pensara que yo había enviado el vídeo y ahora estaba riéndome de ella.

Se dio la vuelta y subió las escaleras que conducían a la siguiente planta.

Yo continué buscando en la primera, apretando y aflojando los puños dentro del bolsillo delantero de la sudadera, atento a cualquier sonido. Nunca llevaba reloj, pues normalmente comprobaba la hora en el teléfono, pero sabía que nos quedaba poco tiempo. Iba a sonar el timbre y tendríamos que dejarlo y salir de ahí.

Esta mañana había disfrutado de sus besos, sus manos, su felicidad. Y ahora solo contaba con sus dudas. Estas se interponían entre los dos como un elefante de diez toneladas.

El teléfono que tenía en la mano vibró y lo levanté tan rápido que estuvo a punto de caérseme:

2ª planta, al lado del aula de Kuhl!!

«Mierda». Salí disparado hacia las escaleras más cercanas para subir a la siguiente planta y estuve a punto de caerme cuando sonó el timbre. Sentí que el temor bajaba por mi estómago hasta los pies y tan solo dudé un instante antes de abrir la puerta y acceder a la segunda planta.

Los estudiantes inundaban el pasillo intentando llegar a las taquillas o bajar para marcharse. La mayoría se volvían para mirarme, pero yo me limité a doblar a la izquierda y avanzar entre la multitud todo lo rápido que podía. Algunos de los que se encontraban conmigo se frenaban y otros se detenían por completo para cuchichear con los amigos. No sabía qué pasaba por sus cabezas y apreté los puños por la irritación. No solo estaba enfadado por lo que había pasado, me cabreaba tener que arreglar un problema que no había provocado yo.

Al fin encontré a Tate junto a de unas taquillas del final del pasillo. Y, por supuesto, tenía público. Tenía el cuerpo rígido, pero estaba erguida y no se escondía de las miradas. Me miró y me derretí al comprobar que bajaba un poco la guardia.

—¿Estás bien? —le pregunté, tomándole la cara entre las manos.

—Sí. —Su tono me lo dijo todo: me creía—. El teléfono está aquí, en la 1622 —dijo con suavidad y me tensé—. No sé de quién es.

«Yo sí».

Miré a su espalda y endurecí la mirada al ver de quién era la taquilla. «Piper».

Tenía la mandíbula apretada y tomaba oxígeno como si se tratara de gasolina. Yo no pegaba a las mujeres, pero con gusto permitiría que lo hiciera Tate.

—¿Tan pronto has vuelto? —preguntó una voz femenina detrás de nosotros—. ¿Ya ha fracasado tu carrera pornográfica?

Tate se movió bajo mis manos y deposité un beso suave en su frente

antes de volverme para enfrentarme a esa guarra. Intenté dejar a Tate detrás de mí, pero ella se apartó y se colocó delante.

«Madre mía». Me rasqué la frente e intenté reprimir una sonrisa. Esto no tenía ninguna gracia, pero esta chica no paraba de sorprenderme.

—En realidad te estábamos esperando —dijo con fingida felicidad—. ¿Te has enterado de lo de ese vídeo que se ha enviado desde el teléfono de Jared esta mañana? ¿El que todo el mundo ha visto? No lo ha enviado él. El sábado por la noche le robaron el teléfono. ¿Sabes dónde puede estar? —Se cruzó de brazos.

El pasillo se había quedado en silencio y todos estaban quietos, como si se encontraran alrededor de un cuadrilátero de boxeo, observando.

—¿Y por qué iba a saber yo dónde está? —replicó Piper.

Tate levantó el teléfono.

—Oh, porque... —Volvió a marcar el número y todos oyeron el tono que le tenía puesto a Tate, *Behind Blue Eyes*, de Limp Bizkit, que sonaba en la taquilla de Piper.

Le asigné ese tono cuando se marchó a Francia, como si fuera a llamarme alguna vez, y no lo había cambiado. Tate le enseñó a todo el mundo la pantalla para que vieran que era mi nombre el que aparecía y a quien estaba llamando.

—Esa es tu taquilla, Piper —señalé para que todos lo supieran.

Había humillado a Tate, el daño ya estaba hecho. Pero no lo había elegido yo. Todos tenían que saber que yo no era quien le había hecho tanto daño. Que no se lo volvería a hacer.

—¿Sabes? Me encanta esa canción —comentó Tate—. Vamos a escucharla de nuevo. —Volvió a marcar el número y la gente se mantuvo a la espera; algunos querrían una pelea, otros susurraban y asentían.

Me acerqué a Piper y me cerní sobre ella.

—Abre la taquilla y devuélveme mi maldito teléfono o acudiremos al secretario y la abrirá él.

Frunció los labios.

—Fue idea de Nate —se defendió.

La gente empezó a reírse.

—¡Zorra estúpida! —rugió el aludido desde la multitud—. Fue idea tuya.

Cuadré los hombros cuando Nate dio un paso adelante.

«Algunas personas nacen estúpidas».

Eché el brazo hacia atrás y le di un puñetazo en la nariz que lo tiró al suelo como a un cervatillo muerto. Se agarró la nariz ensangrentada y yo me coloqué encima de él, preparado para volver a pegarle. Madoc apareció entre la gente y estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas cuando vio a Nate en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó, volviéndose hacia Tate.

No la escuché ni la vi responder, pero mi amigo negó con la cabeza y miró a Nate.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Tate a Piper.

Esta no respondió.

—Tu padre es policía, ¿no? —insistió mi chica—. ¿Cuál es su número? —Alzó el teléfono, dispuesta a marcar—. Ah, sí. Nueve, uno, uno.

—¡No! ¡De acuerdo! —exclamó Piper—. Nate me llevó al baile y a la fiesta de Tori de después. Cuando os vimos a Jared y a ti subir a la planta de arriba, Nate subió al balcón con su teléfono. Cuando me enseñó más tarde el vídeo, me di cuenta de que Jared se había dejado el teléfono en la cómoda, así que entré en la habitación y me lo llevé.

«Hija de puta».

—Entonces el vídeo se hizo con el teléfono de Nate —confirmó Tate, aunque me miraba a mí—. Lo transfirió al teléfono de Jared antes de escribir el mensaje.

Nos mirábamos a los ojos y sentí un alivio inmenso.

—Saca el teléfono de Jared, Piper. Venga —le ordenó Madoc. Miré a Nate, que estaba intentando levantarse. No obstante, cuando nuestras miradas se encontraron, pareció reconsiderarlo y se tumbó de nuevo.

Piper se tomó un extenuante minuto para recuperar el teléfono y se lo lanzó a Tate.

—Se acabó —indicó y movió la mano, despidiéndola—. Puedes irte.

Me dieron ganas de llamarla con un centenar de apelativos diferentes, pero era una pérdida de tiempo. Me iba a ocupar de esto, Piper y Nate no iban a irse de rositas.

«Limítate a sacar a Tate de aquí». Pero, por supuesto, ella tenía otros planes.

—Piper —empezó a hablar con calma—, hazte un favor y busca ayuda. Jared no es tuyo y nunca lo será. De hecho, ya nunca volverá a mirarte y ver algo bueno, si es que alguna vez ha visto algo bueno en ti.

Se volvió hacia mí, pero entonces Piper la agarró del pelo.

Y yo me quedé ahí como un idiota, sin saber a quién de las dos agarrar, porque ambas se movían muy rápido.

Tate se estrelló contra las taquillas. Piper intentó pegarle. Tate la esquivó y le pegó en la cara. Dos veces.

«Joder».

Vi que Madoc me estaba haciendo gestos.

—¡Porter! —gritó, con la ansiedad grabada en la cara. Agarré a mi chica rápidamente y le susurré al oído.

—Shhhh. —Intenté tranquilizarla, pero estaba desbocada.

El doctor Porter se acercó abriéndose paso entre la multitud.

—¿Qué pasa aquí? —bramó cuando llegó al frente.

Tate se relajó de inmediato contra mi cuerpo. La solté y se mantuvo en

silencio, con la vista gacha, mientras Porter alternaba la mirada entre la quejicosa Piper que estaba en el suelo y Nate, sangrando a su lado.

—Doctor Porter... —habló Madoc—: Nate y Piper se han chocado.

Noté el sudor bajar por la espalda y no supe si quería abrazar a Tate, pegar a Madoc o... pegar a Madoc.

—Señor Caruthers, no soy estúpido. —El profesor miró a la gente—. ¿Qué ha pasado aquí?

Levanté el pie y ejercí presión en el brazo de Nate como advertencia para que mantuviera la boca cerrada. Se removió, pero presioné con más fuerza.

De todas formas, dudaba que dijese algo. No quería que tuviéramos que contarle todo esto a la policía. Lo haría si Tate así lo deseaba, pero prefería encargarme solo.

—Yo no he visto nada, señor —comentó mi amigo Gunnar.

—Yo tampoco, doctor Porter —dijo otro alumno, siguiendo su ejemplo—. Probablemente haya sido un accidente. Todos entendieron en juego y les siguieron: nadie decía nada a Porter y nadie se metía en problemas. Tate estaba a salvo y me la llevaría a casa sin complicaciones.

El doctor Porter se frotó la barba y miró a Nate y a Piper.

—Muy bien, vosotros dos, levantaos e id a la enfermería. Los demás, ¡a casa! —ordenó.

Nate y Piper siguieron al profesor por el pasillo, aunque Nate se tambaleaba un poco. El resto se fue marchando poco a poco y en silencio. Nadie reía, nadie miraba a Tate. Sabían que el vídeo no era cosa mía y que, si yo no le hacía caso, ellos tampoco debían.

Que la gente te tema puede tener sus ventajas.

Rodeé a Tate y la acerqué a mí, para protegerla. Aunque tampoco es que necesitara que la protegieran.

—Siento mucho no haber confiado en ti. —La voz amortiguada vibró en mi pecho—. Y también lo que le hice a tu automóvil.

Eso no podía importarme menos.

—Tate, eres mía, y yo soy tuyo. Cada día te darás más cuenta de ello. Cuando lo creas por completo y no tengas dudas, entonces me habré ganado tu confianza.

Sabía que seguía sin tenerla. Lo de hoy era resultado de todo el daño que había ocasionado en el pasado.

—Yo soy tuya. Es solo que... no estaba tan segura de que tú fueras mío —señaló en voz baja.

—Entonces me aseguraré de que lo sepas. —Le di un beso en la coronilla y en mi cabeza apareció la imagen de Piper agarrándola por el pelo.

Intenté reprimir la risa por cómo Tate se había defendido y la había tirado al suelo.

—¿Te estás riendo ahora? —Se apartó y me miró, medio enfadada y medio confundida.

Cierto, no debería de reírme justo en este momento.

—Bueno, es que me preocupaban mis arranques de rabia, pero ahora los que preocupan son los tuyos. Te gusta pegar a la gente. —No pude reprimir una enorme sonrisa.

—No estoy enfadada. —Puso los ojos en blanco—. Ha recibido lo que merecía y ella me atacó primero.

La alcé, le coloqué las piernas alrededor de mi cintura y la llevé por el pasillo, incapaz de aguantar más tiempo sin tocarla. Me daba mucho miedo no poder volver a hacerlo.

—Es culpa tuya, ¿sabes? —me dijo al oído.

—¿Qué? —pregunté.

—Me has convertido en una chica mala. Y ahora me dedico a golpear a pobres chicas indefensas... y a chicos —añadió. Me dieron ganas de reír al pensar en todo lo que le había hecho a Madoc.

—Tendrías que decir más bien que he convertido el metal en acero.

Me besó la oreja y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Lo que sea con tal de que puedas dormir esta noche, señor acosador —bromeó.

La agarré con más fuerza, con la esperanza de poder enmendar todos los errores algún día.

CAPÍTULO 38

Durante la siguiente semana pusimos mucho empeño en eliminar el vídeo o denunciarlo en todas las páginas en las que lo habían subido.

Tate lo sobrellevó con impavidez hasta que leyó los comentarios que tenía en una de las páginas. Algunos de ellos eran crueles, otros retorcidos y todos sórdidos. Quería incendiar todo Internet, así que terminé por pedirle que se marchara y encargarme yo de todo. En realidad le pasé la tarea a Jax. Él entendía de estas cosas mucho más que yo, y sería más rápido.

Los padres de Piper descubrieron lo del vídeo y su relación con él y la sacaron del instituto el resto del curso. Recibiría clases en casa hasta que se graduara.

Con Nate fue distinto. Estuvo desaparecido en combate desde que sucedió todo, así que le di tregua por el momento. No obstante, seguro que acababa apareciendo y yo iba a estar preparado.

El padre de Tate, por otra parte, fue la parte más difícil con la que lidiar. Apoyó nuestra relación, pero tendríamos que «ir más despacio».

Los dos acompañamos a Tate a Chicago para comprar el G8 que había visto en Internet. A su padre no le parecía bien tener que gastar tanto dinero en un automóvil para ella, pero quería verla sonreír. Mantenerla ocupada, que se centrara en otro proyecto.

Algunas personas podrían considerar esta táctica terapéutica como una forma de esconderse, pero no era así. El proyecto que inventó para mí el año pasado me ayudó a no pasarme todo el tiempo pensando. Tenía espacio, distancia y perspectiva. Y estaba funcionando también con Tate. No podía creerme lo rápido que estaba superando lo del vídeo.

—¿Qué es eso? —Sonrió y miró con ojos curiosos la caja que acababa de ponerle en las manos.

Me puse de rodillas en la cama y me apoyé en los pies.

—Ábrela.

Tate estaba en la cama cuando crucé por el árbol, bajo la lluvia, para hacerle una visita.

Jax me había acompañado a una tienda outlet de la que me había hablado Madoc. No solía comprar mucho, así que me había lanzado a la piscina y había pedido ideas.

Quería regalar a Tate algo especial.

Le quitó la tapa a la caja y sacó el brazalete con abalorios. Le brillaban los ojos por la sorpresa y la confusión.

Vi cómo examinaba los cuatro abalorios que colgaban de la pulsera: una llave, una moneda, un teléfono y un corazón.

Me mantuve impávido, incómodo por la idea de que alguien supiera lo débil que era. Lo mucho que esperaba que ella pensara que yo merecía la pena.

Un momento después, su expresión se tornó en sorpresa al darse cuenta de lo que era.

—¡Mis tablas salvavidas! —exclamó, sonriendo, y exhalé un suspiro de alivio.

No fue hasta hace poco que me enteré de las tácticas de supervivencia de Tate. Eran cosas que siempre llevaba encima cuando iba a fiestas o a otras reuniones sociales en el instituto. Objetos de emergencia que usaba para escapar de mí si era necesario. Dinero, teléfono y las llaves del vehículo.

—Sí. —Me pasé una mano por el pelo y unos mechones me taparon la cara—. Cuando me contaste de camino a Chicago cómo tenías siempre un plan de escape cuando tenías que enfrentarte a mí en el pasado, no quise que me vieras de esa manera nunca más.

—No... —Negó con la cabeza.

—Ya lo sé —la interrumpí—. Pero quiero asegurarme de que no vuelves a perder la confianza. Quiero ser una de tus tablas salvavidas, Tate. Quiero que me necesites. Así que... —Señalé la pulsera—. El corazón soy yo. Una de tus tablas salvavidas. He ido con Jax hoy a elegirla.

Debería de haberle comprado la pulsera solo con el corazón. Un maldito corazón, eso era lo que necesitaba. Era yo quien la iba a mantener a salvo, a quien ella acudiría, si es que Tate acudía a alguien, en busca de ayuda o de consuelo.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó, sacándome de mi ensimismamiento.

—No se rinde —respondí—. Mi madre está tratando con un abogado para intentar conseguir la custodia. Quiere conocerte.

Y así era. Palabras de mi hermano: «Quiero conocer a la chica que te ha vuelto tan aburrido».

«Menuda bobada».

—Me encantaría —comentó ella con dulzura y se me derritió el corazón cuando la vi darle vueltas al brazalete entre los dedos, examinándolo con brillo en los ojos.

—¿Me lo pones? —me pidió. No hice caso de la lágrima que caía por su mejilla. Esperaba que fuese de alegría y, de repente, deseé que su padre se relajara con las reglas sobre la cantidad de tiempo que podíamos pasar juntos. Necesitaba tocarla.

Y pronto.

Teníamos dieciocho años, pero ambos respetábamos a su padre. Como pasaba con la mayoría de los padres, con dieciocho éramos todavía muy jóvenes para todo lo que quería hacer con ella.

Para todo lo que ya había hecho con ella.

Cerré el broche, ajustando la pulsera a la muñeca, y después tiré de ella para subirla a mi regazo.

«Madre mía».

Me echó los brazos por el cuello. Sentí su entrepierna encima de mí y cerré un momento los ojos. Hacía mucho tiempo. De acuerdo, solo una semana, pero aun así. Cuando pruebas algo que te llena tanto, es imposible no desear más. Mucho más.

Se inclinó y unió los suaves y dulces labios con los míos, y yo la agarré con fuerza de las caderas. Sabía que no podía quedarme, pero tampoco podía parar.

—Jared —amenazó una voz masculina y los dos volvimos la cabeza hacia la puerta.

«Mierda». El padre de Tate.

Suspiré y negué con la cabeza.

—Vete a casa —me ordenó desde el otro lado de la puerta—. Ya nos veremos mañana por la noche para cenar.

«Estupendo».

Todo mi cuerpo gritaba, ¿pero qué iba a decirle? «¿Eh, necesito a su hija durante unas tres horas o hasta que se quede dormida por la extenuación? ¿O le importaría si me quedo a dormir porque nunca he dormido tan bien como cuando tengo los labios de Tate en el cuello? Sí, seguro que funcionaba».

—Sí, señor —respondí y vi que el cuerpo de Tate se agitaba con una carcajada silenciosa.

La miré.

—Creo que me tengo que ir.

Me agarró por la camiseta y acercó la nariz a la mía.

—Ya —dijo a regañadientes—. Gracias por la pulsera.

Bajé de la cama y le di un beso de despedida. Ella tampoco me ponía las cosas fáciles mirándome como si quisiera devorarme. Pero hice lo que debía, por ahora, y volví al árbol. Me sorprendía que el señor

Brandt no lo hubiera talado nunca.

«Un momento... A lo mejor lo hacía ahora».

Me reí para mis adentros mientras volvía a mi ventana, me despedía de ella con la mano y apagaba las luces. La erección que tenía entre las piernas no había aflojado y me vi tentado a traer a Tate a mi habitación. «Otra ducha fría nocturna». Me encaminé al baño y noté que me vibraba el móvil en el muslo. Me lo saqué del bolsillo. Cuando miré la pantalla, me dieron ganas de lanzarlo al retrete.

KC.

CAPÍTULO 39

Exhalé un gruñido. Era tarde y ni ella ni yo éramos muy habladores. ¿Qué diablos quería?

Deslicé el dedo por la pantalla y respondí.

—¿Sí?

—Tengo algo para ti —canturreó en voz baja y con tono seductor, lo que me resultó perturbador.

Cuadré los hombros y me tensé.

—Estoy seguro de que no me interesa —respondí con tono monótono y abrí el grifo de la ducha.

—Te interesará. —Casi oía la sonrisa en su voz—. Estoy en casa de Madoc. Corre o empezamos sin tiiiiii.

«Dios mío». Yo no era quién para juzgar, pero KC podía ser un poco estúpida a veces. Ahora, sin embargo, simplemente parecía borracha.

—Pásamelo —le pedí. Estaba a punto de perder la paciencia.

La oír reír al otro lado de la línea.

—Amigo, vente. —Madoc se rio y mantuvo la voz baja—. Seguro que esto te gusta.

«¿Pero qué diablos?»

—¿KC?

—¿Qué? —Se puso a la defensiva—. KC es increíble, te ha traído un regalo. Te está esperando en el *jacuzzi* ahora mismo. Te daré una pista: se llama Nate.

Noté el pulso en la garganta y sentí calor en la cara.

—¡Así que ven aquí de una vez! —me gritó y colgó el teléfono.

Vaya, inspiré profundamente y me entraron ganas de reír y de pegar a alguien al mismo tiempo. Supongo que KC no era tan estúpida.

No tenía ni idea de cómo había conseguido atrapar a Nate, y en casa de Madoc, pero era perfecto. Le daría una buena paliza por mí, pero sería capaz de matarlo por Tate.

Me acordé de cómo había llorado, de que había tenido que enfrentarse a su padre la semana pasada, de cómo la había acompañado a todas las clases para que nadie le dijera nada.

Cada una de las lágrimas, cada sacudida del pecho y cada vez que cerraba los ojos por sentir vergüenza, eran signos del dolor que yo le había infligido. Nate y Piper no tenían ningún problema con ella, lo habían hecho por mí.

Entré en la habitación de invitados y desperté a mi hermano.

—¿Te apetece una pelea?

Después de haber ido a buscar el regalo de Tate a Chicago, se había venido a mi casa. Odiaba que no pudiera quedarse con nosotros, pero me alegraba de que sus padres de acogida fueran permisivos con las visitas. Se había quedado toda esta semana a dormir y conducido una hora para ir al instituto.

—Claro —murmuró grogui y salió de la cama.

Se recogió el pelo en una coleta larga y nos pusimos los dos nuestras sudaderas negras, marca de los Trent, antes de salir de casa. Mi madre estaba dormida y, por un momento, pensé en recoger a Tate para que nos acompañara, pero era mejor que se quedara en casa. Mejor no arriesgarme a meterla en más problemas.

Nos subimos al Boss, que ya estaba prácticamente reparado, y salimos. Jax bostezó a mi lado mientras atravesábamos las oscuras y resbaladizas calles en dirección al otro lado de la ciudad.

—Te acuestas tarde y siempre te levantas pronto. Tienes que dormir más. —Le eché un vistazo por el rabillo del ojo.

Negó con la cabeza.

—Mira quien habla. Me levanto y te encuentro en la maldita ducha a las dos de la mañana todos los días. Tienes que ir a por esa chica y pasar un buen rato con ella. Seguro que ella lo está deseando tanto como tú.

Entrecerré los ojos, con la vista fija en la ventanilla, pero no pude reprimir la risa.

—No serviría para nada. Seguiría necesitando una ducha fría. Cuando pruebas algo que te encanta, siempre quieres más.

—Dios mío —se quejó—. No te vayas a tatuar su nombre en el cuerpo, por favor. El único nombre de mujer que puede tatuarse un hombre es el de su hija.

Sacudí la cabeza, pero no pude evitar la imagen de una niña pequeña con el pelo castaño y ojos azules sobre mis hombros.

«Vaya». Miré por la ventanilla e intenté no pensar en lo mucho que estaban cambiando mis ideas de futuro.

Jax y yo permanecemos en silencio el resto del trayecto hacia la casa de Madoc, que estaba en un vecindario diez veces más elegante que en el que vivíamos Tate y yo. Aunque el nuestro era una zona estupenda, sí,

había muchas casas bien acondicionadas, parques y fiestas comunitarias acogedoras.

¿Pero Madoc? Él vivía en la zona rica de abogados y médicos. No era únicamente lugar para profesionales, era el vecindario donde los cirujanos y empresarios mantenían escondidas a sus familias mientras ellos trabajaban en Chicago.

Nos aproximamos a la puerta de metal negro de tres metros y medio y tecleé el código.

Durante el día había un servicio de seguridad que recibía a los visitantes que entraban y salían, pero, por la noche, había menos guardas y normalmente patrullaban la zona en los vehículos.

La puerta emitió un zumbido al abrirse y recorrí despacio la calle perfectamente pavimentada que conducía a Seven Hills Valley. Unas cuantas casas después, accedimos a la entrada de Madoc y tomamos la curva hasta la puerta delantera. Al apearme, cerré la puerta y apreté los puños, preparándome psicológicamente. Seguía sin tener un plan, pero siempre actuaba sin pensar, como si supiera lo que estaba haciendo.

«En caso de duda, haz lo que sabes».

Oí a Jax salir del vehículo y entramos juntos a casa de Madoc. Atravesamos el vestíbulo y nos dirigimos a la parte trasera. En realidad era una mansión, pero Madoc me corrigió con respecto al término hace años. Para él era simplemente una casa.

Nunca presumía de su posición o de dinero. Si lo hiciera no seríamos amigos.

—Eh, ya era hora. —Nos recibió en el pasillo. Llevaba un bañador ridículo negro y gris, y tenía el pelo rubio hacia atrás; parecía como si viniera de nadar. Pero el resto del cuerpo estaba seco.

Dentro dos días celebraríamos Halloween, y hacía mucho frío, aunque seguro que la temperatura en el *jacuzzi* de Madoc era tolerable. Me paré delante de él.

—¿Cómo es que ha venido a tu casa? —pregunté.

Nate sabía que Madoc era mi mejor amigo. Después de lo del vídeo, no creía que fuera tan idiota como para confiarse y respirar el mismo aire que respiraba él.

Esbozó una sonrisa.

—Esa es la mejor parte. Piensa que es la casa de KC. —Le brillaban los ojos como si estuviera orgulloso de haber engañado a Nate—. KC salió esta noche y se lo encontró. Se le ocurrió un plan y me escribió un mensaje. Le dije que lo trajera aquí. Ni siquiera me ha visto todavía.

Se encogió de hombros y esperó a mi respuesta.

Yo me contuve, no sabía hasta dónde quería llegar con esto. Ahora tenía mucho que perder y, por primera vez en mucho tiempo, me importaba lo que pasara con mi vida.

Jax se aclaró la garganta a mi lado.

—¿Te tienen bien atado, Jared?

«¿Atado? Será capullo...»

Volví la cabeza y le lancé una mirada asesina, pero él se limitó a sonreír y apartó la mirada.

Jax sabía todo lo que había sucedido con Nate, me había estado ayudando con el vídeo, y, aunque se burlaba de mí por mi relación con Tate, estaba de nuestra parte. Quería que ese idiota pagara tanto nosotros.

Pasé por la cocina y seguí por el pasillo, y Madoc y Jax me siguieron.

Observé a KC y a Nate en el *jacuzzi* por las puertas de cristal, entré e interrumpí su pequeño mundo de tranquilidad.

—Fuera del *jacuzzi*, KC. —Ladeé la cabeza.

—¿Qué...? —comenzó Nate.

—No hables —le interrumpí.

KC, vestida únicamente con un sujetador negro y unas bragas, salpicó agua de la bañera al salir.

—Ve a por su ropa —exigí sin apartar la mirada de Nate. Un segundo después, Madoc se acercó y tomó las prendas de Nate del lateral del *jacuzzi*.

No sabía si llevaba algo puesto, pero, conociéndolo, seguro que estaba desnudo.

No dijo nada y nos recorrió con la mirada a mí, a Madoc y a Jax. No sabía si KC se había marchado, pero no había oído la puerta, así que supuse que seguía en el patio.

—Jax, déjame tu navaja. —Tendí la mano con los ojos todavía fijos en la expresión de sorpresa de Nate. Un instante después, tenía el arma en la mano.

Presioné el botón y me vibró la mano al emerger una hoja parcialmente serrada. Nate abrió mucho los ojos y miró a todas partes, como buscando una vía de escape.

«Ni lo intentes».

—Ya sabes por qué estoy enfadado. —Me planté delante del *jacuzzi*, frente a él—. Y deberías de haber sabido que no se me iba a olvidar.

—Jared... —comenzó.

—Cállate —espeté.

Tenía el pelo negro y corto; sudado y pegado a la frente, y los labios le temblaban un poco.

—Podríamos haber acudido a la policía —le dije—, pero me gusta encargarme de mis cosas. —Giré la muñeca para mostrar la navaja—. Y te va a doler.

—Por favor. —Tenía la voz ronca e intentó levantarse—. Puedo explicarlo.

—¿Explicarlo? —Volvió a sentarse—. ¿El qué? ¿Cuando intentaste forzar a mi novia en el bosque o cuando nos grabaste desnudos y mandaste el vídeo a todo el mundo?

Rodeé la bañera, acercándome a él.

—¿Sabes? Puedo entender que seas tan idiota como para no entender una regla sencilla. —Bajé la voz y dejé bien visible el cuchillo—. Pero esto lo vas a entender. Vas a pasar una noche muy desagradable.

Me acerqué más a él.

—Lo siento —gimoteó, moviendo los ojos azules de la resplandeciente hoja negra que tenía en la mano a mi cara—. No debería de haberla tocado. No volveré a mirarla. Por favor, no.

—¿Qué has dicho? —pregunté. Me detuve y arqueé una ceja.

—Que lo siento —repitió, más fuerte.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haber molestado a tu novia.

—No. —Negué con la cabeza, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. Sientes haber molestado a Tate —le corregí.

No volvería a molestarla, fuera o no mi novia. Nunca.

—Tate —repitió, respirando con dificultad—. Siento haber molestado a Tate. No volverá a pasar. Fui un idiota, estaba borracho. Me disculparé con ella.

—No. —Mi voz se tornó una amenaza de muerte—. Si vuelves a hablar con ella, mirarla, decir algo de ella..., si tan siquiera vuelves a sonreírle, añadiré tu sangre a la colección del cuchillo. —Me dolía la mandíbula de lo tensa que la tenía y noté que Madoc y Jax se echaban a un lado—. Vete a casa —exigí a Nate.

—¿Qué? —oí a Madoc detrás de mí, pero mantuve la vista fija en Nate, que salió de la bañera completamente desnudo.

—Se marcha. —Me volví para mirar a mi amigo y a mi hermano. Parecía que a ambos se les iban a salir los ojos de las órbitas—. Por esta vez.

Sabía que querían que le diera su merecido. Yo también, maldita sea. Pero algo había cambiado. No quería seguir sintiendo que Tate merecía a alguien mejor que yo. Hacerle a Nate esta noche lo que tanto deseaba no serviría para nada. Era un perdedor. Yo tenía a mi chica. Me quería. Había ganado.

—Mi ropa. —Nate miró a su alrededor, moviéndose y temblando—. Tengo las llaves en los jeans.

—Entonces me parece que tienes un problema. —Esperaba que mi sonrisa fuera de lo más siniestra—. Que tengas un buen paseo.

Dudó un instante, probablemente pensando en cómo iba a llegar a su casa, a dieciséis kilómetros de distancia, sin ropa y con este frío.

Pero no se quejó.

Todos permanecemos en silencio mientras se iba del patio.

Vi a KC, de pie en la distancia y cubierta con una toalla. Al teléfono parecía borracha, pero ahora tenía un aspecto muy sobrio.

—Me aseguraré de que se vaya. —Madoc soltó una carcajada—. No quiero que intente robar ropa de mi casa.

Le di al botón para volver a esconder la hoja, le lancé la navaja a mi hermano y comencé a caminar hacia la casa.

—¿Qué pasa, Jared? ¿Ni un puñetazo siquiera? —Su tono era tranquilo. No estaba decepcionado, más bien confundido.

—Hay otras cosas por las que merece la pena pelear, Jax.

Me acerqué a la mejor amiga de Tate y me sorprendí al comprobar que me alegraba tenerla de mi lado. Dudaba de que Madoc o Jax hubieran podido acorralar a Nate esta noche. Tanto ella como yo habíamos sido unos idiotas por razones egoístas, pero sabía que estaba dispuesta a proteger a Tate y esperaba de verdad que arreglaran las cosas. Tate necesitaba una explicación por su parte.

—Gracias —le dije.

—De nada.

Devolvió la mirada a Jax y frunció el ceño. Miré a mi hermano y me di cuenta de que la observaba de arriba abajo, violándola de todas las formas posibles en que un hombre puede violar a una mujer sin tocarla.

—¿Qué estás mirando? —espetó ella.

Él alzó la comisura de los labios.

—¿Necesitas a alguien que te lleve a casa?

—No te conozco —replicó con tono condescendiente.

—Eso tiene solución —respondió él como si nada— Podemos conocernos ahora.

«Dios mío».

KC puso una mueca, pero le devolvió el repaso visual que él le había hecho previamente.

—Además, ¿cuántos años tienes?

—Los suficientes para quitarte la toalla.

KC nos miró a los dos, con el ceño fruncido y exasperación.

—Sois iguales. —Sacudió la cabeza y se dio la vuelta para marcharse—. Madoc, ¡necesito que me lleves a casa! —gritó al entrar en la casa.

Oí a Jax reírse y puse los ojos en blanco.

Ambos evitábamos los compromisos, pero lo hacíamos de forma distinta. Él no apostaba por las relaciones breves y frías como yo. No le importaba que la gente se acercara demasiado porque sabía que nunca llegarían al fondo. A mí me daba miedo involucrarme demasiado. Jax sabía que nunca se iba a involucrar lo suficiente.

—¿Quién era esa? —me preguntó cuando recorrimos de nuevo la casa de Madoc y volvimos al automóvil.

—KC, la mejor amiga de Tate.

Abrimos la puerta y entramos.

—¿De dónde viene lo de KC? —Se apartó los mechones de pelo que se le habían salido de la coleta.

—Ni idea. —Suspiré—. Es KC desde que la conozco. —Lo miré antes de encender el motor—. Y no —le dije.

—¿No qué?

—Estoy intentando arreglar las cosas con Tate. Necesita tranquilidad y no más dramas. KC no es una chica de una sola noche y es una persona demasiado sensible como para tener amigos con derecho a roce. Déjala en paz.

—Demasiado tarde, hermano. En mi tribu somos cazadores.

«Mi tribu». Me reí para mis adentros, aunque me pareció triste. Dudaba de que Jax recordara siquiera qué aspecto tenía su madre, mucho menos el nombre de su tribu. Además, solo era un cuarto nativo americano, pero, en su opinión, era indio por completo.

—No es tu tipo —señalé—. Es una estirada y una quejica.

Salí de la entrada, presioné el acelerador y recorrí la carretera hasta la puerta.

—Exactamente mi tipo —replicó en voz baja—. No puedes enamorarte de alguien así.

CAPÍTULO 40

—Joder —bramé, y me senté en la cama. Doblé la pierna y apoyé la frente en la mano, con el codo sobre la rodilla.

«Estoy jodido». Me palpitaba el pene con tanta fuerza que me dolía. Constantemente me despertaba con erecciones, y sentía como si volviera a tener trece años. Me había despertado por la presión que sentía entre las piernas y lo único que deseaba estaba bajo llave en la casa de al lado. Iba a ser un año muy largo, eso seguro.

Seguía sin tener planes para la universidad, pero sí tenía algo claro: acabara donde acabase, iba a visitar a Tate y a exprimirla en privado, sin padres de por medio.

Un crujido me sacó de mi ensimismamiento y alcé la cabeza. Me encontré a Tate entrando en la habitación.

El corazón me dio un vuelco y parpadeé varias veces para asegurarme de que no se trataba de un sueño.

—Por favor, dime que estás pensando en mí. — Cerró la puerta y se apoyó en ella. Sus labios eran suaves y juguetones, y chapurreó las palabras.

Estaba jugando conmigo.

Con esa mirada, feroz e insistente. Con esa boca, húmeda y abierta. Con esa voz, suave y tentadora. Iba a tener que agradecer a los astros mi suerte al tenerla aquí.

—¿Estás de broma? —Enarqué las cejas y aparté la manta para señalarle el bulto duro que sobresalía en los *jeans* con los que me había quedado dormido—. Mira esto. No puedo ni pensar.

Salí de la cama y me abalancé sobre ella. Juntamos los labios y al sentir la suavidad con la que nuestros cuerpos se acoplaron me arrepentí de todas las otras chicas a las que había tocado.

Tate siempre sabía bien, a manzanas calientes y cielos tempestuosos, y su lengua era puro caramelo.

Sabía cómo moverse conmigo. Cuando me incliné hacia ella, se arqueó. Cuando aparté la cabeza, me leyó la mente y me ofreció el cuello.

—Un momento —resolló—. La puerta de tu casa está abierta. No he visto a tu madre al entrar, pero tiene que estar despierta.

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—Has sido tú la que has empezado, y esta no es tu casa. Aquí no hay reglas. —Sonreí.

Me acerqué al iPod y puse *Raise the Dead*, de Rachel Rabins, para amortiguar el ruido.

—Ven aquí —susurré, tirando de ella por las caderas en mi dirección, pero ella me apartó.

No fue decepción, sino dolor y confusión lo que sentí.

—¿Qué...? —comencé, pero me quedé sin aliento cuando empezó a quitarse la ropa.

«Joooooder».

¿La camiseta blanca? Fuera. ¿Los pantalones del pijama y las bragas? Fuera de un solo movimiento. Cuando se acercó a mí, ya estaba mareado y muy duro.

Deslicé los dedos por sus costados y después por los preciosos pechos. Tenía la piel sedosa y firme, como si fuera lluvia.

Perfecta.

Ni siquiera me dio tiempo a llegar a la mesita de noche cuando me empujó a la cama y se sentó a horcajadas sobre mí.

—Tate, un preservativo —me quejé.

Todo mi cuerpo se estremeció con el contacto, con su calidez frotándose contra mí y la sangre bombeando en mi entrepierna.

—Los pantalones —susurró, y cuando fue a alcanzar un preservativo, supe a qué se refería.

Unos tres segundos después, tenía la goma puesta y di una embestida para entrar en ella.

Nos quedamos quietos un momento, temblando y recuperando el aliento mientras nos empapábamos de la sensación.

«Dios, Tate. Qué estrecha».

Se abalanzó sobre mis labios y me deleité con su boca, moviendo la lengua junto a la suya al tiempo que jadeábamos y buscábamos más.

—Jared —musitó entre besos—. No sé qué me pasa. Siempre quiero más.

Empezó a mover las caderas adelante y atrás, arriba y abajo por el pene, haciendo que me recorriera un escalofrío. Su piel celestial sabía a crema. Le agarré el trasero para empujarla hacia mí. La habitación se llenó de calor y sudor.

Dios... me quería. Seguía sin poder creérmelo.

—¿Qué quieres, Tate? —resollé contra sus labios, desesperado y

perdido en la necesidad que sentía por su piel, su olor, su fuego...

—Te quiero a ti. —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras movía el cuerpo—. Todas las mañanas y todas las noches.

Volvió a bajar la cabeza y jugueteó con mi pelo.

—Quiero sentirte todo el día, Jared.

«Sí, iba a ser un año muy largo».

Le rodeé la cintura con un brazo y me moví para que ella quedara abajo y yo pudiera penetrar al amor de mi vida con suficiente fuerza para que pudiera sentirme.

Todo el maldito día.

—Ahhh —gimoteó y me miró con ojos desesperados.

—Te quiero, Tatum Brandt. —Coloqué la mano en su boca y empujé con fuerza—. Córrete.

Odiaba las prisas, pero sabía que mi madre ya estaba despierta y que las palabras y gemidos captarían su atención. Incluso con la música.

—Dios mío, nena, es tan agradable. —Bajé la boca y le chupé el pezón.

Era consciente de que tenía la espalda empapada en sudor y sonreí cuando saboreé la piel salada. Ella estaba disfrutando esto tanto como yo.

Tensó los muslos a mi alrededor, hundió las uñas en mi espalda y la sentí vibrar mientras contenía la respiración.

Estaba llegando al orgasmo y levanté la cabeza para ver cómo cerraba los ojos. Un momento después, gimoteó y espiró en mi mano.

Siempre me daba cuenta de cuándo alcanzaba el clímax. Tenía una forma especial de respirar.

Me apoyé en una mano y le agarré el muslo con la otra. Moví las caderas contra sus piernas cada vez más rápido, más y más rápido, con más fuerza.

Cerré los ojos y sentí que estaba en el momento culminante.

«Joder». Bajé la mirada para ver su bendito rostro y me hundí en ella un par de veces más antes de parar.

Un fuego frío se extendió por mis venas y solté todo el aire del cuerpo al caer sobre ella, respirando como si acabara de correr una maratón.

—Jared, necesito una cami... Oh.

Levanté la cabeza. Al ver a Jax, Tate chilló y me apartó para taparse.

—¡Qué diablos! —Estaba totalmente desnudo y Jax estaba a nuestro lado, con los ojos y la boca abiertos—. ¡Fuera de aquí! —grité.

Un instante después, esbozó una sonrisa y resopló.

—Hola, tú debes de ser Tate. Soy Jaxon. —Y el capullo le tendió una mano.

Por suerte, Tate estaba detrás de mí, pero yo no estaba tapado. Y el idiota había dejado la puerta abierta.

Tate se asomó y le ofreció la mano tímidamente.

—Eh... hola, Jaxon. Encantada de conocerte.

Se dieron la mano y él se quedó quieto, sonriendo.

—Que te vayas —volví a bramar con una mirada asesina.

—¿Por qué gritas, Jared? —Mi madre asomó la cabeza y Tate se aovilló debajo de mí de nuevo.

«¿En serio estaba pasando esto?»

—¡Jared! —El resuello de sorpresa de mi madre cuando se dio cuenta de que había más brazos y piernas me hizo apretar los dientes.

Jax soltó una carcajada y se empezó a poner colorado.

—¡Fuera todo el mundo! —grité, y mi hermano se fue, todavía sonriendo y reprimiendo otra carcajada.

Mi madre, con la cara distorsionada por el enfado y aspecto de querer decir algo, agarró el pomo de la puerta y la cerró.

—Dios mío —gritó Tate contra mi pecho—. Esto no acaba de suceder.

—Me temo que sí. ¿Qué más da? —Le quité hierro al asunto. Estaba enfadado porque a Tate le daba vergüenza, pero mi madre y Jax no suponían ninguna amenaza.

Me miró, con el pelo tapándole los ojos.

—Tu madre se lo va a contar a mi padre.

—A mi madre le da miedo tu padre. A todos nos da miedo. No dirá nada. —Le di un beso en la frente.

—Soy una irresponsable. —Se sentó y se tapó. Parecía a punto de vomitar—. No he podido evitarlo. O... puede que no haya querido. Me desperté y te deseaba tanto que ni siquiera lo pensé.

—Mírame —la interrumpí, posando las manos en su cara—. No eres irresponsable. Eres una buena chica. Nadie nos va a quitar esto, Tate. —Endurecí el tono y la mirada. La agarré de la barbilla para que me mirara—. Tenemos dieciocho años. Estamos en mi casa. Estás en un lugar seguro. Deja de actuar como si tuviéramos que disculparnos por estar enamorados. Comprendo que tengamos que respetar a tu padre bajo su techo, pero lo hecho, hecho está. No vamos a dar marcha atrás. —La rodeé con los brazos y la besé en el cuello cálido.

—Lo sé. —Suspiró, me echó los brazos por el cuello y me abrazó con fuerza—. Te quiero, y... y tengo confianza en esto.

Aun así, sentí dudas.

«¿Está segura?» Últimamente habíamos tenido mucho drama, o demasiados problemas, quizá ella seguía temiendo sufrir.

Me aclaré la garganta y cambié de tema.

—Ve a arreglarte para el instituto. —Retrocedí y la miré—. En treinta minutos te recojo. Y puedes salir por la puerta principal, ya saben que estás aquí —añadí al tiempo que me levantaba.

Alzó la comisura de los labios y se rio cuando le lancé a la cara una camiseta limpia.

—Ponte esto. —Era otra de Nine Inch Nails. Era uno de mis grupos de

música preferidos, así que tenía unas cuantas—. Para reemplazar la que quemaste el año pasado —añadí.

—De acuerdo.

Sonrió y se puso la ropa interior y la camiseta.

—Siempre me ha gustado ponerme tu ropa —susurró con tono provocador y dio una vuelta para mostrarme el atuendo.

Y... otra vez se me puso dura.

—Oye, lo retiro —se apresuró a decirme Jax cuando entré en la cocina—. Deberías de tatuarte su nombre en el cuerpo. Maldita sea, me lo voy a tatuar yo. —Y el idiota se echó a reír de nuevo.

—Jaxon, ese comportamiento es intolerable. —Entró mi madre con un maletín en la mano—. No te creas que vas a poder irte de rositas cuando vivas aquí.

—Sí, mamá —bromeó, aunque, sinceramente, él tenía mejor relación con mi madre que yo.

—Jared, vuelve a casa después de clase. Tenemos que hablar. —Me señaló con el dedo.

—Sí, mamá —murmuré, repitiendo las palabras de Jax.

—Jax, cariño. —Esta vez miró a mi hermano—. ¿Has terminado con mi ordenador portátil?

—Sí, lo he dejado en la funda. Gracias. —Se metió una cucharada de cereales en la boca.

Mi madre se acercó a mí después de colgarse en el hombro la funda del ordenador. Me puso la mano en la mejilla y le dejé, aunque no pude mantener el contacto visual.

—Te quiero —susurró con amabilidad—. Y vuelve a casa después de clase.

Asentí y se marchó. El sonido de los tacones se fue apagando por el pasillo.

Miré a Jax, que intentaba ocultar una sonrisa, y de repente me sentí confundido.

—Tienes un teléfono, ¿para qué necesitabas el ordenador? —le pregunté.

Alcancé una manzana de la encimera y le di un bocado.

Mi hermano se encogió de hombros y siguió comiendo cereales.

—¿En serio estás cómoda con esa ropa? —pregunté cuando entramos en el instituto, tomados de la mano.

Tate no me miró, pero su sonrisa rezumaba sarcasmo.

—¿Te preocupa mi comodidad o la tuya?

No parecía en absoluto una fresca. Al contrario, parecía la imagen de portada de una revista. Pero el vestido negro era corto. Normalmente se

vestía con un estilo masculino, pero ahora parecía embarcada en la misión de aumentar mi deseo sexual las veinticuatro horas del día.

Estaba a cien.

—Mi preocupación no tiene nada que ver conmigo. —Tiré de ella hacia mí y le eché un brazo por los hombros—. Solo pienso en ti.

Recorrimos los pasillos y apenas se fijaron en nosotros; por fin, porque el instituto había pasado a un nuevo drama. Jax era un genio. Anoche, cuando volví a casa, hice una búsqueda en Internet y no encontré el vídeo en ninguna parte.

Todo el mundo había pasado página.

—Vamos a dar una vuelta después de clase —le sugerí—. Nos subimos a la moto y paseamos.

Alzó la mirada, enarcó las cejas y sonrió, pero entonces miró las taquillas que había a nuestro lado y la burbuja estalló de inmediato.

Seguí su mirada y vi a dos chicas mirándonos y cuchicheando. No eran nada disimuladas.

A una de ellas no la conocía, a la otra sí.

«Mierda».

—Tate, no les hagas caso.

—Qué fácil es para ti, Jared. —Lo dijo con voz baja y tranquila, pero había un punto de amargura—. Puedes grabar un vídeo con diez estrellas del porno distintas, pero tú eres el hombre. Soy yo quien está pagando por ese vídeo, no tú.

Tenía razón. Aunque me estremecía cada vez que lo veía, yo no estaba en su lugar. Y poco había que yo pudiera hacer para protegerla. Me dieron ganas de sacarla de ahí. De subir a la moto y perdernos, pero ella no iba a querer. Así pues, me limité a tomarla de la mano.

—Vamos a clase.

Nos movimos entre los grupos de gente, pero la noté dudar. La miré y me di cuenta de que sacaba su teléfono, que estaba vibrando. Levanté la mirada cuando oí muchos otros sonar y vibrar. Me abordó el temor ante la sensación de *déjà vu*. Todo el mundo estaba recibiendo un mensaje al mismo tiempo, justo como me había contado Tate que sucedió cuando apareció el vídeo. También mi teléfono vibró en mi trasero y noté un escalofrío al sacarlo del bolsillo.

«Madoc».

Miré a mi alrededor y me fijé en que casi todo el mundo estaba concentrado en su dispositivo. Desbloquéé la pantalla y abrí el mensaje.

«¿En serio?»

Enfadado y con ardor de estómago, vi una grabación de Nate lloriqueando anoche en el *jacuzzi*. Yo también salía, aunque borroso, y no se oía lo que decía. Solo se veía y se oía a Nate Dietrich, suplicando por su seguridad y disculpándose.

«¡Joder!»

Sentí una ola de calor por la espalda y el sudor me empapó la frente cuando miré a Tate. Ella también lo estaba viendo, claro. La gente empezó a aullar y a reír en los pasillos y otros cuchicheaban y enseñaban el teléfono a los que no habían recibido el mensaje.

No era un vídeo muy revelador. Me protegía a mí y lo lanzaba a él a los tiburones. Yo no tenía ningún problema, pero ¿y Tate?

Miraba el teléfono con los ojos entrecerrados y entonces se concentró en mí, con cara seria y de pocos amigos.

—Jared, eres tú, ¿no? Está hablando contigo.

Respiraba rápido y tenía la cara tensa.

«Mierda». Justo cuando las cosas empezaban a tranquilizarse. Maldito Madoc y maldito Jax. Estaba claro que mi amigo había enviado el vídeo a todo el instituto, pero lo había grabado Jax en cuanto le di la espalda anoche. Estaba muy seguro. Madoc no sabía nada de edición de vídeos, y Jax era muy bueno.

Por eso le había pedido prestado a mi madre el ordenador esta mañana.

—Tate...

—¿Esto fue anoche? —me interrumpió.

—Surgió. —Levanté las manos y negué con la cabeza, mirándola—. Nate estaba en la casa de Madoc y Jax y yo fuimos a hablar con él.

—¿Le amenazaste? ¿En qué estabas pensando? —me acusó—. No me malinterpretes —continuó—, me halaga el gesto, pero no merece la pena. Ahora van a volver a hablar de nosotros, todo el mundo sabe lo que es esto.

Miré a mi alrededor y, sí, la gente nos estaba mirando otra vez. Hablando y riendo, y también cuchicheando. Las sonrisas no eran maliciosas, pero seguían hablando.

Y Tate ya estaba harta.

—¿Por qué no me llevaste contigo? —me preguntó.

Alcé un poco los hombros y me reí.

—No me pareció buena idea meterte en todo ese lío. Has pasado por mucho, no quería que te pusieras sensible...

—¿Sensible? —La voz sonó como una alarma en el pasillo lleno de susurros.

Miré a mi alrededor, me acerqué a ella y me puse nervioso al verla tan enfadada.

—No quería decir eso...

—¿Por qué no me lo has contado esta mañana? —Había vuelto a erigir el muro y yo estaba impactado por lo cerca que habíamos estado solo un instante antes—. ¡Otro vídeo, Jared! —exclamó—. Yo tendría que haberlo sabido.

—¡No sabía que lo estaban grabando!

¿Pero qué diablos? ¿Por qué se enfadaba? Debería de estar contenta de que hubiera defendido su honor. Nate se había marchado sin un rasguño, pero el vídeo acababa justo cuando acercaba la navaja a su cara. La gente iba a ponerse en lo peor hasta que apareciera él para demostrar que estaba bien.

Tate estaba exagerando porque no sabía qué había pasado.

—¡Esa es la misma excusa que usaste la última vez! —replicó.

—¿Excusa? —¿En serio estaba dando a entender que yo sabía lo del vídeo anterior?—. Te estás enfadando por nada. ¡Otra vez! ¡Lo mismo que te pasó con mi automóvil!

Me pasé la mano por el pelo y suspiré.

—Mira. —Tenía los dientes apretados y hablé en voz baja—: KC llevó a Nate a la casa de Madoc anoche...

—¿KC está metida en esto? —me interrumpió—. ¿Y yo no? ¿Por qué no me lo dijiste?

«Uf, por el amor de Dios».

—No tuve oportunidad —señalé, moviendo la mano—. Esta mañana has llegado a mi cuarto y te has abalanzado sobre mi polla muy rápido...

—¡Agh! —rugió y me dio un rodillazo en la entrepierna.

Me doblé hacia delante y caí de rodillas.

«Mierda, mierda, mierda...»

Sentí un dolor agudo en la ingle y gemí de dolor.

«Dios mío, Tate».

Cerré los ojos y respiré entrecortadamente. Me concentré para que no se me tambalearan las piernas. Me ardía la entrepierna y me dieron ganas de vomitar. Maldita sea...

Inspiré una y otra vez, reprimiendo las arcadas... o las lágrimas.

Tate se había ido. No la había visto marcharse, pero sentía su ausencia.

Y ahí estaba yo. Solo y como un tonto en un pasillo lleno de gente a la que no veía, porque tenía la vista borrosa y estaba temblando.

«Maldita Tatum Brandt».

Iba a matarme.

CAPÍTULO 41

Noté peso en el hombro y me desmoroné un poco hacia adelante.

—Se le da bien, ¿eh?

«Madoc».

Me ayudó a levantarme y me apoyé en las taquillas para mantener el equilibrio. El dolor del impacto había pasado, pero seguía encontrándome bastante mal. Era una mierda y no quería volver a sentir esto nunca.

—¿El vídeo? —gruñí en un intento de sonar amenazante, pero se me rompió la voz como si estuviera lloriqueando.

—Tu hermano. —Asintió—. Lo vi anoche grabando con el teléfono sin que tú te dieras cuenta, pero no tenía ni idea de lo que iba a hacer con él. —Arqueó las cejas—. Hasta esta mañana, cuando me lo mandó por correo electrónico.

—Que os jodan a los dos —maldije—. ¿Os pareció buena idea enviárselo a todo el mundo?

—Sí —confirmó sin dudarlo y con un brillo en los ojos—. Me pareció una idea perfecta enviárselo a todo el mundo. Que vean a ese idiota integral llorando y darle a probar un poco de su medicina.

—Y ahora Tate me culpa a mí.

—Bueno... —Se echó a reír—. No sabía que reaccionaría así, pero tú sí lo verías venir, ¿no?

¿Se estaba riendo? Claro, es que esto tenía mucha gracia.

—Ha exagerado. —Me erguí e intenté devolver mi pene a la vida masajeándolo despreocupadamente en un pasillo lleno de gente—. Anoche me fue bien. Además, ¿en serio pensaba que me iba a quedar de brazos cruzados después de lo que había hecho ese idiota? ¿Y por qué le molesta tanto?

No paraba de hacerme preguntas. No debería de haberse enfadado de esa forma.

Tenía el cuello y la espalda empapados en sudor y me dieron ganas de ir en su busca y echármela al hombro.

—Tate tiene experiencia gracias a nosotros. Problemas de confianza —continuó mi amigo y se colocó delante de mí—. Mira. —Bajó la mirada y negó con la cabeza—. Normalmente no me importa con quién follas o en qué problemas te metes, me quedo al margen y dejo que te autodestruyas. ¿Pero Tate? Ella es nuestra pequeña, así que ve a arreglar esto.

Lo observé mientras se alejaba, perplejo por lo mucho que seguía sorprendiéndome mi amigo.

«¿Tiene razón? Sí».

Quería que Tate confiara en mí. Todavía estábamos trabajando en ese asunto y anoche pude haberme metido en problemas. Ella se habría preocupado y enfadado si me hubiera pasado algo o si hubiera hecho algo estúpido.

Seguro que seguía sintiendo inseguridad en cuanto a lo que pudiera haber pasado entre KC y yo. Que estuviera en el mismo lugar que su amiga, y sin ella, le sentaba mal.

Recorrí el pasillo, decidido a sacarla de clase de Cálculo, pero reduje el ritmo cuando vi que todo el mundo caminaba en la misma dirección.

Había una masa de gente andando, gritando y hablando. Vi que todos miraban el teléfono móvil, el vídeo, claro, y algunos mencionaban mi nombre, pero no les hice caso.

«¿Adónde va todo el mundo?»

Y entonces me acordé. El salón de actos. Esta mañana teníamos esa reunión. Sobre el acoso escolar.

Me pasé los dedos por el pelo con fuerza para masajear el cuero cabelludo y exhalé un hondo suspiro. Estupendo. Seguro que disfrutaba más cortándome el brazo y echando sal en la herida. Continué moviéndome todo lo rápido que pude entre los estudiantes para acercarme a las puertas dobles del salón de actos.

—Jared —me llamó alguien, pero ni siquiera miré.

Tate estaba aquí, en alguna parte, así que examiné las filas conforme recorría los pasillos. Éramos unos dos mil alumnos en el instituto, pero los de primer curso tenían una reunión aparte en el gimnasio, así que aquí no había tanta gente como de costumbre.

Buscar la melena rubia era una pesadilla. Nunca antes me había fijado en la cantidad de rubias que había. Pero reconocería a Tate en cuanto la viera, así que eché un vistazo rápido antes de que nos pidieran que nos sentáramos. Recorrí el pasillo central y se me aceleró el pulso cuando vi sus zapatillas moradas. Tenía las piernas cruzadas y se le veía un pie en la fila.

Caminé rápidamente por la alfombra morada, apoyé las manos en el

reposabrazos y me agaché.

—Tenemos que hablar —dije que voz baja—. Ahora.

Me miró con los ojos azules entrecerrados y se me quedó la boca seca.

Mi voz había sonado como una advertencia; me estaba enterrando aún más.

«Tranquilo». Tenía el estómago tenso y no sabía si es que me gustaba el drama o que ya estaba acostumbrado a él, pero esto se me daba bien.

Este no era el momento ni el lugar, pero a la mierda todo.

—Ahora quieres hablar —replicó. A su lado estaba sentada Jess Cullen, la capitana del equipo de atletismo, y estaba completamente quieta, mirándonos.

Tate miraba el frente, negándose a posar la vista en mí.

—Tú puedes reaccionar y comportarte como te dé la gana sin tener en cuenta a nadie, pero yo tengo que dejarlo todo cuando a ti te apetece.

No era una pregunta, era una afirmación.

—Tatum...

—Ahora soy Tatum —replicó, y miró a Jess—. Es curioso cómo funciona esto, ¿eh? —le preguntó.

—¿Por qué estás enfadada? Lo de anoche no lo hice para lastimarte.

Me agarré al reposabrazos con más fuerza. Me gustaba verla enfadada, siempre me había gustado. Aquel primer beso al lado del fregadero y fui suyo. No obstante, no era tanto que estuviera enfadada, sino distante. Tenía la barbilla baja y seguía sin mirarme. Y eso no me gustaba.

—No me has tenido en cuenta —indicó, sin aflojar la mandíbula—. No compartes nada conmigo hasta que corres el riesgo de perderme. Todo lo haces con tus reglas, según tus esquemas. Siempre me dejas fuera y tengo que ser yo quien se esfuerce por entrar.

Tenía una expresión tan dura como una roca y la vista al frente.

—Voy a volver a hablar contigo, Jared, pero ahora no. Y tampoco durante una temporada. Necesito tiempo para pensar.

—Para llegar a tus propias conclusiones —intervine.

—No tengo otra elección cuando soy la única en la relación. Antes me has humillado en el pasillo. ¡Otra vez! Me lanzas a las pirañas solo para tu propia diversión. ¿Cuándo te has sacrificado tú por mí? —replicó con voz tranquila.

Inspiré y espiré el aire espeso y doloroso. Apenas me había ganado su confianza. Dudaba de mí y también de mi compromiso para con ella.

¿Y cómo iba a culparla? ¿Por qué iba a confiar en mí? Le había dicho que la quería, había intentado demostrárselo, pero nunca le había mostrado que la elegiría a ella la primera.

Me había visto con un montón de chicas que no eran ella. Había sufrido una y otra vez, se lo había hecho pasar mal y había hecho bromas delante de todo el mundo. Me había visto disfrutar con sus lágrimas y

aislamiento.

En ese momento todas las consecuencias de mis actos me cayeron encima como si fueran una carga de basura que me enterraba.

«Capullo».

¿Cómo había podido perdonarme?

—Que se siente todo el mundo —gritó en el micrófono una voz masculina, probablemente la del director, y al fin parpadeé.

«Siempre me dejas fuera y tengo que ser yo quien se esfuerce por entrar».

Seguía pensando que ella era mía, y le había dicho yo era suyo. Pero ella no lo sentía.

Con el corazón martilleándome en el pecho y la cabeza llena de niebla, intentando autoconvencerme de no pensar en lo que estaba a punto de hacer, recorrí el pasillo y subí las escaleras hasta el escenario.

El director Masters volvió la cabeza en mi dirección, apartando la mirada del público. Tenía el pelo castaño canoso echado hacia atrás y se le había arrugado el traje gris. A este hombre yo no le gustaba, pero me había hecho muchos favores estos años gracias a Madoc y a su padre.

—No pensará fastidiarme el día, ¿no, señor Trent? —me preguntó casi con voz quejicosa, como si se sintiera ya resignado a cualquier trastada que pensara hacer.

Señalé el micrófono que tenía en la mano.

—¿Me deja hablar un par de minutos con el micrófono? —Tenía la garganta que parecía un desierto y estaba muy nervioso.

Este instituto era mío, pero ahora mismo solo había una persona en él que me importara. ¿Se quedaría o se marcharía?

Masters me miró como si fuera un niño de dos años que acabara de pintarrajear las paredes.

—Voy a comportarme —le aseguré—. Es importante, por favor.

Creo que fue el «por favor» lo que lo convenció, porque enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—No me hagas lamentar esto. Tienes tres minutos. —Y me tendió el micrófono.

Se oyeron silbidos y comentarios en toda la sala, que terminó quedando en silencio. Ni siquiera tenía que decir nada para tener la atención de la gente. Todo el mundo sabía que era una persona discreta. Solo hablaba cuando era necesario y no me gustaba llamar la atención.

Por eso esto iba a ser tan difícil.

Puede que fuera el bombeo de sangre en el corazón lo que me hiciera sentir un poco mareado, pero levanté la barbilla y me calmé.

Miré a Tate, la única persona que había en la sala, y la dejé entrar.

—Asesiné a un osito de peluche con ocho años —comencé como si nada. Los chicos aullaron en señal de aprobación y las chicas se quejaron

—. Lo sé, lo sé. —Empecé a pasearme por el escenario—. Ya era un capullo por entonces, ¿verdad?

Todo el mundo se rio.

—Lo corté en pedazos y los tiré a la basura. Cuando mi madre se enteró de lo que había hecho, se quedó horrorizada. Como si fuera a empezar a torturar a animales después de eso. Si ella supiera...

»El caso es que —hablé a Tate, aunque lo dije para todo el mundo— me encantaba ese osito de peluche. Más que nada por esa época. Era de color tostado con orejas y garras marrones. Se llamaba Henry y dormí con él hasta que me hice demasiado mayor. —Negué con la cabeza, avergonzado. Los chicos se echaron a reír y las chicas gimieron.

»Un día me encontré a unos niños por la calle y yo llevaba el osito. Se empezaron a reír de mí. Me llamaron nena, bebé y me miraron como si fuera un bicho raro. Así que tiré el muñeco a la basura. Pero esa noche volví a por él y al día siguiente probé a enterrarlo en una caja en el ático. —Miré de nuevo a Tate. Tenía la vista fija en mí y me estaba escuchando, así que continué.

»Puede que supiera que, si lo tenía cerca y no lo perdía, podría vivir sin él. Pero tampoco funcionó. Así que después de unos días sin poder dormir solo, sin poder mostrarme fuerte sin un estúpido animal, decidí destrozarlo. Si no cabía la posibilidad de repararlo, entonces no serviría para nada. Tenía que hacerlo, no había elección.

«Tate».

—Así que me hice con unas tijeras podadoras y lo rompí en pedazos. Le corté las piernas y se apagaron los recuerdos. Le arranqué los brazos y acabé con mi dependencia. Lo tiré a la basura y dejé de ser... débil.

Bajé la mirada y se me rompió la voz al recordar que sentí como si hubiera muerto alguien cuando hice eso.

—Lloré toda la noche. —Tomé aliento y me aclaré la garganta—. Y hasta dos años más tarde no encontré nada que me gustaba más que Henry. Conocí a una chica y se convirtió en mi mejor amiga. Tanto que incluso quería que se quedara conmigo por las noches. Me colaba en su habitación y dormíamos juntos. No es que la necesitara, es que se convirtió en parte de mí. Me quería, le gustaba y me aceptaba.

Solo tenía ojos para Tate. Estaba sentada muy quieta.

—Ella me miraba y yo me quedaba sin aliento. No quería que se acabara ese instante nunca. ¿Sabéis lo que se siente? —Recorrí al público con la mirada—. Día sí y día también sientes la emoción de estar vivo y experimentar un millón de momentos de amor y felicidad que os pertenecen a los dos. Cada día es mejor que el anterior.

Todo se volvió borroso y me di cuenta de que estaba llorando, pero no me importó.

—Pero, como sucedió con Henry —continué con voz firme de nuevo

—, llegué a la conclusión de que esa dependencia me volvía débil. Pensé que no era lo suficientemente fuerte si necesitaba algo o a alguien, y la dejé marchar. —Negué con la cabeza—. No, en realidad la alejé de mí. La lancé al vacío.

»La traté mal. La corté en pedazos para que nuestra relación no se pudiera reparar. —Como hice con el osito—. La llamé de muchas formas, extendí rumores para que la gente la odiara, la aislé de todo el mundo. Le hice daño, no solo porque la odiaba, sino también porque odiaba no ser lo bastante fuerte para no quererla. —Toda la sala se quedó en silencio. La gente que se estaba riendo ya no reía y todos prestaban atención.

»Podría contar ahora que mi madre no me quería y que mi padre me pegaba, pero todos tenemos nuestros problemas, ¿no? —pregunté—. A veces podemos culpar a otros, pero somos nosotros los que decidimos cómo reaccionamos. Somos responsables de nuestras elecciones y las excusas ya no sirven de nada.

Acababa de contarle mis problemas a todo el instituto. Ellos sabían que era un acosador, un capullo, pero tan solo deseaba que ella tuviera buena opinión de mí.

Bajé las escaleras, micrófono en mano, y recorrí el pasillo hasta mi chica.

Y le hablé solo a ella.

—No puedo cambiar el pasado, Tate. Ojalá pudiera, porque volvería atrás y repetiría cada uno de los días en los que yo existía sin ti, y me aseguraría de hacerte sonreír. —Me ardían los ojos por el arrepentimiento y vi que ella también los tenía llenos de lágrimas—. Todos y cada uno de los minutos de mi futuro te pertenecen.

Me dejé caer al lado de su asiento, agradecido por verme de nuevo en sus ojos, y apoyé una rodilla en el suelo.

—Haré lo que sea por ti, Tate.

Se acercó a mí y enterró la cara en mi cuello, temblando por las lágrimas. Inspiré su aroma y la abracé.

Aquí estaba.

Mi hogar.

—Cualquier cosa, nena —le prometí.

Se apartó y se limpió las lágrimas con el pulgar, sollozando y sonriendo al mismo tiempo.

—¿Cualquier cosa? —Soltó una carcajada y le brillaron los ojos de alegría y amor.

Asentí.

Presionó la frente contra la mía, me tomó la cara entre las manos y me preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en hacerte un *piercing* en el pezón?

«Por el amor de Dios».

Solté una carcajada y la besé con fuerza para deleite de la enardecida multitud que nos rodeaba.
«Chica mala».

Autora de *best sellers* de *The New York Times*

Bully

PENELOPE DOUGLAS

SEDA NEW ADULT

Libros &
seda

Bully

Me llamo Tate. Pero él no me llama así. Nunca se referiría a mí de una manera tan informal, eso en el caso de que me dirigiera la palabra. No, casi ni me habla.

Pero aún así, nunca me deja sola.

Hubo un tiempo en que fuimos muy amigos. Luego me dio la espalda e hizo de arruinarme la vida su objetivo. Me han humillado, me han gritado y han murmurado sobre mí durante toda la secundaria. Sus burlas y los rumores se volvieron cada vez más sádicos según iba pasando el tiempo, mientras yo me volvía loca tratando de no cruzarme en su camino. Incluso me fui a Francia durante un año, solo por evitarlo.

Pero ya me he cansado de esconderme y no pienso consentir que me arruine también el último año. Puede que él no haya cambiado, pero yo sí. Ha llegado el momento de luchar.

No pienso dejar que vuelva a acosarme nunca más.

Autora de best sellers de *The New York Times*

PENELOPE DOUGLAS

Rival

SEDA NEW ADULT



FALL AWAY

Rival

Madoc y Fallon. Dos adolescentes que no se conocen y que juegan al límite entre el amor y la guerra.

Ella ha vuelto.

Durante los dos años que estuvo en el internado, no supe nada de ella. Cuando volvió, de día ni me hablaba y de noche dejaba la puerta de su habitación abierta.

Entonces era un tontorrón, pero ahora estoy listo para pagarle con la misma moneda...

He vuelto.

Después de dos años, sigue queriéndome aunque se comporte como si fuera mejor que yo.

Pero ya no me asusta. Ni me presiona. Si se tira un farol, se lo devuelvo. Es lo que quiere, ¿no? Mientras me mantenga en guardia, no se dará cuenta de lo mucho que me importa...